

GRANSUPERTERROR

ELIZABETH ENGSTROM **EL ELIXIR NEGRO**

**Novela finalista
al premio Bram Stoker**

Lectulandia

¿Es Angelina Watson un vampiro?

El interrogante flota a lo largo de esta novela, magistralmente escrita, que puede leerse tanto en clave sobrenatural como en clave psiquiátrica.

Lo cierto es que Angelina tiene una técnica muy peculiar para castigar a los hombres que intentan seducirla: les muerde el cuello y les succiona la sangre.

A Angelina le complace el sabor de la sangre. La revitaliza. La pone en contacto con los sentimientos más íntimos de sus víctimas.

Ahora bien, ¿es un vampiro o sólo una psicópata con fobias sexuales?

Angelina deja un reguero de víctimas en su peregrinación a través de Estados Unidos, hasta que su camino se cruza con el de Boyd.

Enamorado en un principio de Angelina, cuando ésta desaparece sin despedirse, su instinto le dice que deberá seguirla y atraparla como si fuera su presa más codiciada.

Boyd es un cazador nato.

En su itinerario, Angelina tiene extraños encuentros:

Sarah, que le ofrece su amistad.

Una lesbiana, que le entrega un bastón emblemático.

La transformación de Angelina en el monstruo que es, o que cree ser, se acentúa con el transcurso del tiempo. Una voz desencarnada, la voz de Ella, le ordena proseguir su macabra campaña. Empieza a preferir la sangre de los niños, que no está contaminada por malas experiencias como la de los adultos.

Boyd se encuentra cada vez más cerca. Pero aún queda mucha sangre por beber.

Lectulandia

Elizabeth Engstrom

El elixir negro

ePub r1.0

GONZALEZ 17.10.14

Título original: *Black Ambrosia*
Elizabeth Engstrom, 1988
Traducción: Teresa Camprodón

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Soy una mujer afortunada. Cuento con una estructura de apoyo formada por amigos voluntariosos, inteligentes y fieles.

Mi grupo de escritura —Maggie Doran, Marie Johnson, Geri Kaeo y Madge Walls— ha sido indispensable en la elaboración de este libro. Dot Bergstrom, Carol Bearman, Ross Nodem y los del *Banana Farm Writer's Retreat* me ayudaron en la perspectiva de la vida. Tonia, Steve, Susan, Nancy, Mike, Peggy, Polly, Jeannie y Pam me ayudaron en la perspectiva eterna. Bob Gutzmer, Pauline Merner y Clarice Cox siguieron creyendo en mí; Susan Bredesen me recogió del suelo cada vez que empezaba a llorar y a patalear, y Melissa Ann Singer sacó amablemente este tierno manuscrito de la estantería y me ayudó a consolidarlo.

Esta escritora necesita sobre todo la estabilidad constante, el amor y las risas (junto con unos cuantos momentos de tensión) que generosamente aportan una sorprendente variedad de familiares: de sangre, naturales y políticos, pero sobre todo Evan, Eron y Nikki.

Nunca pretendí ser una vampira. Ciertamente que la idea me había pasado por la cabeza, pues me enfrascaba en todo tipo de literatura, pero no le prestaba más atención que a la fantasía de crecer y convertirme en una heredera o una reina. Creo que poca gente en su juventud se traza una ruta en la vida. Estoy segura de que existen personas así, pero yo no era una de ellas. Mis sueños eran sobre todo de poder, de eso no cabe duda. Cuando era niña carecía de poder.

Pero mis sueños de juventud eran impotentes; me tenía en poca estima. Yo era el patito feo, la inadaptada, y siempre estaba a malas con la vida, la combatía, sabiendo todo el rato que me hallaba a su merced. Lo mejor que podía esperar era una vida sosa, con escasos momentos jugosos de placer. Creía que en última instancia la vida haría conmigo lo que se le antojase. Me sentía vulnerable.

Sin embargo, hoy pienso de otro modo.

Nací Angelina Watson, hija de John y Alice Watson, cuando John tenía sesenta años y Alice cuarenta y tres. Sólo puedo especular sobre las causas de su esterilidad hasta aquel momento, pues ambos han muerto ya, pero yo fui para ellos, cuanto menos, una sorpresa. Madre dijo que yo era un regalo de los ángeles. De ahí mi nombre.

Mi padre falleció cuando yo tenía ocho años. Recuerdo pocas cosas de él, salvo sus grandes y cálidas manos, su fino pelo gris y su risa estruendosa. Fue periodista toda su vida y por ello la ciudad entera nos conocía a Madre y a mí, y nos saludaban por la calle, los conociéramos personalmente o no.

Madre y yo salimos adelante con lo que él nos dejó, complementado por lo que ella ganaba como archivera y lo que sacaba trabajando para un servicio de conserjería tres noches a la semana. No es que fuera mucho, pero a nosotras nos parecía suficiente. Nunca se metieron conmigo por vestir ropa barata, como con otros niños. En realidad, nunca se metieron conmigo en modo alguno. Me dejaban en paz. Yo siempre estaba sola.

Cuando cumplí doce años, Alice se enamoró de un hombre quince años más joven que ella. Se casaron y él se mudó a vivir con nosotras. Se llamaba Rolf y tenía un gran bigote y unas cejas espesas y pobladas. Era un hombre muy agradable, y bueno con Madre y conmigo. Nos trataba bien, nos compraba cosas bonitas y cada poco nos trasladaba a un barrio mejor, a una casa nueva en la parte más bonita de Wilton.

Recuerdo la primera vez que pasaron en casa después de su luna de miel de un fin de semana. Yo estaba en la cama y ellos llamaron a la puerta y me dieron un beso de buenas noches, se fueron a su habitación al otro lado del pasillo y cerraron la puerta. Oí el crujido que hacen los muelles de la cama cuando dos personas se acuestan en

ella; luego empezaron a crujir rítmicamente y supe lo que estaban haciendo. Lo había oído en el colegio, pero en realidad nunca creí que Madre pudiera hacer algo parecido, sobre todo con Rolf, con aquellas cejas. Salté de la cama, me senté cerca de su puerta y escuché.

Recuerdo que me agarré las rodillas contra el pecho y me hurgué los dedos de los pies en el corredor del vestíbulo. Se me enfrió el trasero allí sentada sobre el suelo de madera, oyéndolos charlar y gemir y saltar en la cama. Empecé a mecarme hacia delante y hacia atrás hasta que el camisón de franela me dio demasiado calor y quise quitármelo, pero me pareció totalmente impropio, de modo que me acurruqué contra la pared, frotándome los muslos uno contra el otro y mordiéndome el canto de la mano.

Justo cuando oí a Rolf jadear y rugir fuerte, me mordí la piel de la palma de la mano.

Los muelles se calmaron. Oí a Madre hablando en voz baja y la imaginé alisándole el cabello sudado de la frente de Rolf, que yacía inerte sobre ella.

Los muelles volvieron a chirriar cuando Rolf se hizo a un lado, y yo me chupé la sangre tibia y salada de la mano.

Pronto oí roncar y, en la tenue luz que daban las farolas de la calle, vi el dibujo del papel pintado y las oscuras gotitas que manaban de mi mano. Las lamí, una a una, a medida que aparecían y restregué la última sobre el papel pintado cerca de la puerta del dormitorio.

Recuerdo que mi padre me decía: «Boyd, un día cazarás algo demasiado astuto para dejarse cazar, o demasiado tierno y lindo para matarlo. Y cuando eso ocurra, colgarás la escopeta».

Él nunca comprendió mi pasión por la caza y yo nunca llegaré a comprender cómo él pudo dejarla un día. Mi hermano también lo hizo. Sencillamente dejaron de salir, pero yo continué. Había algo de desafío, todo era cuestión del momento preciso y además estaba la experiencia, el aire puro y la belleza. Pero nunca fue suficiente. Nunca fue suficiente desafío, ni suficiente belleza, ni suficiente emoción. La muerte siempre llegaba demasiado pronto; era siempre demasiado fácil, nunca era demasiado auténtica. Creo que por eso continuaba: seguía buscando la auténtica cacería. Sabía que andaba allí afuera, no tenía más que encontrarla.

Alice murió cuando yo tenía quince años, y Rolf y yo la lloramos juntos durante breve tiempo. Luego fuimos realistas y decidimos que lo mejor era seguir caminos separados. Madre había sido el hilo común de nuestras vidas y entonces ya no nos ataba nada.

Permanecí con él hasta que vendió la casa. Yo vendí las cosillas de valor que Madre y yo poseíamos, y dejé el resto. El vértigo de sentirme libre de las ataduras de la propiedad fue una sensación extraordinaria. Ahora sólo era responsable de mí misma y de mi pequeña colección de pertenencias selectas, que envolví y metí en una pequeña mochila de tela, comprada con el dinero de la venta de las joyas de Madre.

En nuestra última noche en la casa, Rolf me invitó a una deliciosa cena y, mientras los tristes ojos marrones se le llenaban de lágrimas, me contó lo mucho que adoraba a mi madre y que esperaba estar siempre en contacto conmigo. Le consolé lo mejor que pude, lo cual no era mucho, ansiosa como estaba por desembarazarme de lastres y compromisos; deseaba librarme de cualquier obligación.

—Angelina, Angelina, Angelina —suspiró, dándome unos golpecitos en la mano.

Se enjuagó las lágrimas, luego sacó un sobre del bolsillo de la americana y lo apoyó contra el jarrón rosa.

Sus conmovedores ojos me alentaron a mirar el contenido. Era un cheque por una considerable cantidad de dinero. De la venta de la casa, según dijo.

No deseaba la carga que representaba, pero lo cogí.

En algún momento a medianoche me despertó el sonido de la puerta de mi dormitorio al abrirse. No estaba asustada, porque ya entonces la noche era mi amiga, era el día quien me reservaba los horrores de la sociedad. Me quedé muy quieta, arropados mis hombros por el íntimo manto de oscuridad y observé cómo la puerta del dormitorio se abría muy despacio. Sabía que era Rolf; había estado arriba, bebiendo. Supuse que estaría borracho y eso significaba que había entrado en mi habitación para una de dos: o para violarme o para llorar. Yo ya era lo suficiente mayor como para comprender ambas cosas.

Se acercó a la cama y, aunque podía oler el alcohol en su aliento, no pensé que estuviera borracho. Apenas veía sus ojos relucientes en la penumbra de la habitación cuando levanté la vista hacia él, que descollaba por encima de mí. Se quedó allí un buen rato antes de hablar.

—Estás despierta —dijo.

—Sí.

Se arrodilló junto a mi cama.

—Angelina... Angelina... —algo ahogado—. ¿Rezarás por mí?

Aunque no era eso lo que yo esperaba, no me pilló totalmente desprevenida. Su

pena era muchísimo más inmensa de lo que yo podía imaginar.

—Claro, Rolf —le dije.

Arrodillado junto a la cama, con uno de sus pijamas a rayas, juntó las manos como hacen los niños para decir sus oraciones y se puso a rezar. Rezaba por Madre, por mí, por él y por el perdón de todos nuestros pecados. Luego empezó con el mundo, rezaba por la paz y el fin de las enfermedades; ya me estaba cansando con aquella cantinela lacrimógena. De modo que me corrí un poco en mi cama gemela, levanté las sábanas, él pronunció un sofocado y prematuro «amén» y se metió dentro. Me dio la espalda y los sollozos sacudían la cama.

Le puse delicadamente la mano en el costado y apoyé la mejilla fría sobre su cálida espalda. Ni en las regiones más recónditas y abisales de mi experiencia pude descubrir los motivos por los que me comportaba de aquel modo con Rolf, y eso me hizo sentir bastante extraña. No sabía nada de esa pena, de esa desolación, de esos sentimientos suyos.

Lo medité un instante mientras el cansancio calmaba sus sollozos. Envueltos en un aura de sosiego y fatalidad, pronto nos quedamos dormidos.

Por la mañana me cepillé los dientes y me peiné, guardé el camisón y me despedí de Rolf. Él me abrazó muy fuerte, me cortó la respiración mientras me preguntaba, susurrándome al oído, si estaba totalmente segura de que debía irme. Asentí contra su pecho y me soltó. La tensión de la pregunta aún temblaba en el borde de su carnosos labio inferior. Me até los cordones de las botas, me cargué la mochila a la espalda y salí por la puerta. Tenía que hacer una visita al banco para ingresar el cheque de Rolf y sacar mis ahorros, y ésa sería la última de mis responsabilidades.

Nunca más volvería a enredarme.

ROLF BREZINSKI: ¿Angelina Watson, dice? Angelina. Después de todos estos años. Sí, la conocía. Claro. Me casé con su madre. Qué mujer más hermosa era Alice. Nunca hallé otra mejor. Cargarla con una niña como Angelina debió ser una broma de Dios.

Angelina. Era como el acero. Brillaba con la misma dureza. Y todo ello se traslucía en sus ojos. Sus ojos eran... no sé. Casi magnéticos. No he visto otros ojos iguales. Sabe que a veces se mira a alguien a los ojos y se ve amor y dulzura. Así eran los ojos de Alice. Bien, cuando mirabas los de Angelina, sabías perfectamente que había alguien allí, acechando. Ningún mortal temeroso de Dios tiene derecho a unos ojos como esos.

Cuando Alice murió, Angelina se quedó hasta que vendimos la casa. Por supuesto, Alice le legó la mitad de la casa. Entonces, Angelina vendió todas las cosas de su madre —incluidas las joyas de su abuela—, hizo las maletas y se largó. Era sólo una jovencita, pero me alegré de librarme de ella. No he tenido noticias suyas

desde entonces. Es decir, hasta ahora.

Angelina. Maldita sea. Lejos, como la falsa moneda.

Sería un problema. Un problema, puedo decirlo. Lo supe entonces. Esa última noche... pasé casi toda la noche arriba, pensando en ella, en su porvenir, pensando en su desapego a todo ese dinero y sabía que sería un problema. Precisamente llegué a la conclusión de que si era un hombre de verdad, haría algo por ella. De modo que fui a su habitación, dispuesto a... dispuesto a matarla, supongo que ya es hora de que lo confiese... iba a apretarle la almohada contra la cara y ahogarla... Pero cuando estuve allí, no vi más que los tiernos ojos castaños de Alice y cómo amaba a esa extraña niña...

En realidad nunca habría podido hacer algo así. Nunca podría pecar así. Nunca. Supongo que un par de coñacs me dieron un falso valor.

¿Ha venido a decirme que estaba equivocado, que debí haberlo hecho?

Dejé a Rolf en Wilton, Pennsylvania, y empecé el viaje de mi vida. Me paró una matrona en un sedán de color crema y cuando me senté en el asiento delantero me preguntó cuál era mi destino. Lo pensé un momento, pero me di cuenta de que no tenía respuesta. Después de cierta vacilación, indagué a dónde se dirigía. Me dijo que iba a Columbus, Ohio, a visitar a su hermana y que, si lo deseaba, podía viajar con ella todo el trayecto. Parecía agradable y olía a limpio, de modo que acepté.

Viajamos juntas cinco horas. Al principio yo me resistía a hablar de mí misma, pero como la mujer me contaba cosas íntimas, de su familia, de sus dificultades y sus alegrías, llegué a comprender algunos de sus sentimientos. Había enviudado el año anterior y sentía una rabia por la pérdida que discutimos en profundidad. A mí no me resultaba extraña la pérdida que causa la muerte.

Nos separamos a primera hora de la mañana en las afueras de Columbus. Me dijo que disfrutaría viajando hacia el sur, de modo que me dejó en el nudo de autopistas, donde podría encontrar quién me llevara hacia Tennessee.

Estoy segura de que pasaron más de dos horas antes de que volvieran a recogerme y para entonces había meditado mucho sobre las familias, la pérdida, la muerte y mi viaje. Llevaba menos de un día en la carretera y mi radiante alegría ya se había convertido en introspección. La aventura era una experiencia instructiva y debía prestarle mucha atención. En ese tiempo quería ver el amplio abanico que ofrecía la vida, de lo normal a lo extravagante, de la seguridad a los conflictos, con todas sus gradaciones intermedias. Y lo hice.

Los problemas me rehuyeron durante todo un año, hasta esa terrible noche de luna nueva cuando un demonio llamado Earl Foster, azuzado por el fucilazo del alcohol, intentó hacerme daño. Así, retrospectivamente, estoy segura de que habría podido evitar la situación de haber tenido tiempo para meditar un momento antes de actuar. Pero no lo tuve, de forma que quizá la experiencia completa resultara inevitable. Eso ocurrió tras un año de incesante vagabundeo, aunque también de aprendizaje incesante e inestimable.

Durante más de un año viví como una pasajera. Aunque traté de no hacer nada ilegal, me sometí a varias pruebas muy inocentes. Aprendí sobre los toros en los pastos de las granjas y los peligros de subir a los árboles frutales. Absolutamente ingenua. Joven e impetuosa.

Viajaba sin dirección, sin prisa. Aceptaba cordialmente viajar con quienquiera que se ofreciera a llevarme y nuestras vidas convergían durante los kilómetros que hacíamos juntos. No sentía remordimientos en pedir que me dejaran bajar, ni tampoco me parecía una imposición viajar con ellos hasta su destino final si la compañía era agradable.

Noté que se agudizaba mi percepción del ambiente. Podía oler una situación nada más abrir la puerta del vehículo. Los humanos desprenden un perfume de cólera, un dulce aroma a voluptuosidad, una satisfacción arrolladora e imperturbable y un miedo intenso. Aprendí a equilibrar los ambientes, a sintonizar al dedillo mis propias vibraciones para contrarrestar o aumentar una atmósfera, o para mantener una neutralidad que permitía que vagaran libremente las emociones del momento. Esa práctica constituía un interesante pasatiempo; el talento resultó ser, a la larga, indispensable.

Mis compañeros de viaje eran trabajadores, ejecutivos, drogadictos, amas de casa fugadas, borrachos, vendedores, hombres de negocios, familias, abuelos y cantantes de rock. Me topé con mayordomos y mujeres policías de tráfico y criminales cosidos a cicatrices. Llegué a conocer a maridos que engañaban a sus esposas y mujeres corrientes que pegaban a sus hijos. Me encontré con corrupciones del lenguaje, dialectos de todo el país, acentos de todo el mundo. Oí chistes terribles, proposiciones repulsivas y cumplidos enigmáticos. Me contaron historias imposibles y llegué a creer en ellas.

Viajamos por carreteras, autopistas y caminos de carro. Viajamos con aire acondicionado y con polvo, en sedanes y jeeps y camiones y limusinas. Viajamos en autobuses y taxis viejos y casas sobre ruedas y una vez en un barco arrastrado por un camión. Viajé largas distancias en camiones con remolque con visionarios vestidos de cuero y hasta el colmado de la esquina en un coche antiguo con una amorosa abuela. La variedad era infinitamente sorprendente. Y extensa.

Consumía mucha menos energía que cuando vivía en casa con Alice y Rolf. En casa siempre estaba reprimiendo energía nerviosa, pero mientras viajaba me sentía relajada, sosegada, en calma. No tenía nada que hacer salvo mover el pulgar ante el que pasaba. Soy más bien bajita, por debajo del metro sesenta, y siempre he estado delgada, así que mantenía la línea con una comida fuerte al día y siempre llevaba una manzana o una naranja en la bolsa por si acaso.

Descubrí que la importancia de la comida residía en la sociabilidad del acto, no necesariamente en la nutrición. Comimos en tenderetes de carretera, paradas de camioneros, cafeterías y amables cocinas con esposas que cocinaban pasteles rebullendo en ellas. Compartimos el pan sobre las colinas y alrededor del fuego y de pie en los aparcamientos. Incluso pasamos un rato comiendo el caldo y los mendrugos de las comidas de beneficencia en ciudades lo bastante grandes como para tener misiones para los necesitados.

En aquellas ciudades fuimos engullidos por los camiones y los rascacielos y el cansancio. En pequeños burgos, admiramos las fachadas recién pintadas y los letreros de color pastel y diseño clásico expuestos para atraer al visitante. Visitamos museos y vimos estatuas. Vimos las nubes reflejadas en edificios de espejo y cerramos las

puertas del coche contra la chusma de los suburbios y de los espectáculos pornográficos del sábado por la noche.

La civilización no me impresionó. En todas partes la mejor aportación del hombre a la creación me parecía tan lamentablemente insuficiente como las palabras que tengo para describirla.

Pero también vi kilómetros cuadrados de campos de maíz y bosques de bóvedas tan espesas que parecía que estuviéramos dentro de una casa. En Minnesota acampamos junto a lagos y nos bañamos en arroyos. Nadamos en el océano en una playa de Alabama y atravesamos a pie el río Mississippi en su nacimiento. Vimos llanuras infinitas y después colinas de suave pendiente y detrás montañas. Vimos pájaros y conejos y ciervos y alces; esquirols, ardillas listadas, antes y osos y jabalíes. La naturaleza hablaba en voz alta y clara, y en mi alma supe que era la más fuerte. El hombre contra los elementos era una falacia. El hombre estaba fantástico cuando bailaba con la Naturaleza, pero parecía un loco cuando le presentaba batalla.

Me sirvieron de lecho lugares tan variopintos como mis visiones. Dormí en árboles, en alcantarillas y bajo las estrellas. Dormí en moteles, hoteles, establos abandonados y hogares con sábanas limpias. Me desperpecé sobre una loma en mitad de kilómetros y kilómetros de prados, y conté ochenta y ocho estrellas fugaces. Dormí en una estación de trenes y en un cementerio y debajo de una autopista.

Siempre dormía sola.

Durante mi meditación nocturna, repasaba los acontecimientos del día y, aún cansada, regeneraba mi entusiasmo para la aventura del día siguiente.

Con la mañana procedía a mi aseo particular. Me lavaba el cuerpo a conciencia y me ponía ropas limpias. Luego lavaba la ropa del día anterior. Cada día me alegraba de llevar corto mi cabello rubio. Nunca fue un engorro. Aprendí a bañarme en los lavabos de las estaciones de servicio. Podía lavarme el pelo y la ropa interior, enjabonar y enjuagarlos muy rápido. Si estaba en movimiento tendía la ropa húmeda sobre mi mochila, donde se secaba al sol antes de volver a doblarla. Si no, me limitaba a tenderla en una rama, una valla o en el retrovisor de un coche aparcado. Sólo entonces estaba preparada para hacer nuevos amigos. Para mi sorpresa me resultó muy fácil hacerlos, incluso en la jungla de la gran ciudad.

Durante más de un año afronté el desafío diario. Era América lo que veía; era la Naturaleza lo que oía; era supervivencia lo que aprendía. Al cabo de un tiempo ya no era ningún desafío. Estaba preparada para algo nuevo. Y se me ofreció algo nuevo.

Fue a finales de septiembre y yo me encontraba en Missouri por segunda vez cuando conocí a Earl Foster. Regresaba a un lugar que me había resultado cómodo en el pasado. Era en realidad la primera vez que buscaba denodadamente un destino, en lugar de ir a donde la vida me condujese. Llegué a media tarde, encontré un

campamento Ozark muy agradable y tendí mi hamaca entre dos gruesos árboles, cerca de una mesa de picnic.

Me quité las botas y subí a la hamaca, me estiré lo mejor que pude y me cubrí con la ligera manta del Ejército de Salvación.

Cayeron las sombras y de pronto me sentí muy cansada. Deprimida. Llevaba tres días sin verme la cara en otro lugar que no fuera un espejo retrovisor. Sólo me quedaban un dólar y catorce centavos, y no había comido más que una manzana por la mañana.

Se acercaba el invierno. A todos los animales del bosque les empezaba a crecer el pelaje invernal, habían acumulado alimentos y se preparaban para hibernar. Noté el aviso, pero no supe qué hacer. Empecé a cuestionarme mi elección en la vida. O mi falta de ella.

Durante más de doce meses había estado viajando, experimentando, acrecentando mi conocimiento, pero ¿con qué fin? Acostada en aquella hundida hamaca, me sentía como si hubiera estado observando sin participar. No recordaba haber contribuido a nada que no fuera crear un poco de ambiente en las vidas de toda la gente que había conocido. Sentí que mi vida había sido un simulacro, que una verdadera vida era una vida normal —con familia y responsabilidades— y hasta que no las tuviera, no tendría vida. No tenía nada. Nada, salvo el hilo de un eco misterioso que me guiaba hacia adelante.

Caminaba sobre terreno peligroso. No podía estar siempre libre de responsabilidades, siempre en movimiento, adicta a las carencias y, por primera vez, eso me asustó.

Me subí la manta hasta el cuello.

«Sí, Angelina —pensé—. Es hora de establecerse en algún lugar».

El recuerdo de la cara de Rolf pasó por mi imaginación y durante un momento me ardió el fondo de la garganta, pero mi camino no iba en esa dirección. Había pasado el tiempo. Yo había cambiado. Seguramente él tendría una nueva vida.

Se levantó la brisa y me mecí un poco en la hamaca, mientras levantaba la vista hacia los árboles teñidos de otoño.

«Encontrar un lugar y establecerme. Encontrar un lugar y establecerme». Hasta la frase sonaba cómoda, cálida, deliciosa. Sonaba a seguridad y yo me imaginé mirando desde un cómodo sillón frente al fuego por ventanas de cristales limpios los árboles cubiertos de nieve. Encontraría un lugar y me establecería. El dinero me saldría al paso, eso no me preocupaba: siempre me quedaba la cuenta en Wilton, en caso de necesidad. Conseguiría un piso, un empleo y un novio. Pronto, antes de que mis viajes se volvieran amargos y se convirtieran en un borrón en la historia de mi vida. Necesitaba que el tiempo transcurrido en la carretera fuera un buen recuerdo, un recuerdo agradable. Un recuerdo de felicidad y aprendizaje, de risas y plácida

soledad.

Mi decisión disolvió la tensión y descansaba a punto de sumirme en el primer sueño cuando un polvoriento y viejo Pontiac azul traqueteó por la carretera y resopló para detenerse en la mesa de picnic junto a mí. Había dos hombres en el coche. Salieron despacio, tambaleándose, cada uno con una cerveza en la mano.

Ésa fue la primera vez que vi a Earl Foster. Y me recorrió un escalofrío procedente del Infierno.

J. C. «JUICE» WICKERS: Earl y yo entramos en el parque a beber cerveza como siempre, y justo donde siempre íbamos había un excursionista, durmiendo en una hamaca. Un niño. Pensamos en darle una cerveza y charlar un rato, ya sabes, para matar el tiempo. De modo que aparcamos, salimos del coche y el niño saltó de la hamaca y empezó a ponerse las botas y ¿puedes creerlo? ¡no era un niño, era una chica! Dime qué hacía una maldita chica acampando sola junto al lago ¿eh?, ¿Qué clase de chica haría algo así?

Bueno, yo te lo diré. Una hippie, eso es. Una de esas putas fugitivas y malolientes, eso es. Sin familia, sin juicio, sólo basura ¿sabes? Asquerosa basura.

Pero vi esa mirada en los ojos de Earl ¿sabes? Me decía que hacía mucho que no había estado con una mujer, me decía que ya había bebido demasiada cerveza, me decía que estábamos demasiado lejos de cualquier persona. Y, diablos, pensé que ella se lo estaba buscando, allí fuera sola.

Pero, te cuento. Te cuento. Esa mirada en los ojos de Earl Foster no era nada, nada, maldita sea, comparada con la de la muchacha.

Esa chica no era una chica, si quieres creerme.

En mis viajes ya había tenido ocasión de reflexionar sobre el hecho de que, en realidad, yo era una mujer que viajaba sola y, como tal, no debían sorprenderme en desventaja. Caían las sombras, muy pronto oscurecería, y haría frío. A los dos hombres que acababan de llegar probablemente les importaba poco mi intimidad. Ciertamente no se marcharían después de haber llegado hasta allí, sólo porque constituyeran una intromisión en mi soledad.

Por un momento pensé que podía arrebujarme en la manta y simular que era un hombre. Las botas y la mochila no traicionaban mi sexo, pero entonces me hallaría totalmente indefensa y aún más a su merced. Decidí afrontarlos lo más preparada posible.

Arrojé la manta al suelo y salté de la hamaca, enfundándome las botas tan rápido como pude, sin perder de vista a los dos hombres de pelo cano. Earl dejó un paquete de seis botellas marrones de cerveza sobre la mesa de picnic y me miró. Oí que hablaban entre sí, pero todo lo que alcancé a entender fue una exclamación de sorpresa y la palabra «chica». Me alisé las arrugas de mi ropa y caminé hacia ellos mientras se acomodaban al otro lado de la mesa.

—Hola —dije.

—Hola. No esperábamos encontrar a nadie aquí —dijo el de pelo largo.

Tenía el pelo canoso amarillento, con unos pocos cabellos negros. Le colgaba alrededor de las orejas hasta los hombros en grasientos mechones, ligeramente rizados en las puntas. Su barba cerdosa era del todo gris y venas rojas y púrpura le habían explotado en la nariz y las mejillas como fuegos artificiales. Parecía musculoso en cierto sentido, como si utilizara sus fibrosos músculos, pero sólo a medias.

—¿Cerveza?

—No, gracias. No bebo.

—No bebes, ¿eh? —Intercambiaron miradas—. Me llamo Juice. Éste de aquí es Earl Foster.

—Yo me llamo Angelina.

—Angelina —Earl Foster abrió la boca por primera vez—. Bueno, es un nombre precioso —su voz sonaba áspera de ironía—. ¿No te parece, Juice? Angelina. ¿No se te atrabanca la punta de la lengua?

Vació la botella de cerveza sin quitarme ojo. Earl tenía un vientre gordo y redondo de bebedor de cerveza, y carrillos flácidos y rechonchos. Tenía los ojos marrón oscuro bañados en amarillo y ribeteados de rojo. Su pelo era grueso y blanco, y se lo acababa de cortar. Mientras le miraba con asco, él eructó y me sonrió de un modo grotesco. Le faltaban los dientes y tenía las encías enrojecidas y enfermas.

Arrojó la botella de cerveza a los matorrales y cogió otra, la destapó y tiró la chapa a un lado sin ningún cuidado.

—Angelina —volvió a decir.

Se despertó mi sentido del ambiente, al intentar identificar el sentimiento que revoloteaba sobre mí. ¿Era peligro? Los miraba a uno y otro, intentando descifrar el ritmo de su relación. Cándidamente no creí que ninguno de los dos fuera capaz de violarme, pero como aún era virgen, no estaba del todo segura de lo que se requería para ello. Juice parecía, con mucho, físicamente el más fuerte de los dos, pero Earl parecía al mando. Earl era el cerebro, si es que entre los dos tenían algún cerebro. Juice se limitaba a sonreír.

—Bebe, Juice —dijo Earl, su lengua acuosa pronunciaba sin ayuda de los dientes—. No queremos hacer esperar a Juliana. —Se volvió hacia mí para explicarme, sus encías chocaban entre sí, soplabla las palabras a través de los labios y escupía espuma de cerveza al hablar—. Juliana es la hermana de Juice. Vamos a cenar a su casa. Hoy su marido ha pescado un montón de truchas. Y Juliana fríe el pescado de un modo... ummm. —Pasó la lengua alrededor del extremo de su dedo índice, chupó delicadamente la punta, luego sorbió la cerveza mirándome por el rabillo del ojo—. ¿Tienes hambre, Angelina?

Yo estaba muerta de hambre. La idea de las truchas recién fritas era más de lo que podía soportar. Asentí.

—¿Quieres venir con nosotros? Su casa está a poco más de... ¿qué habrá, Juice, un kilómetro y medio? A Juliana no le gusta beber, igual que a ti, de modo que venimos aquí primero para entonarnos un poco, ¿sabes lo que quiero decir?

Miré a Juice, se limitó a sonreírme con esa sonrisa vacía y a abrir otra cerveza.

—¿Por qué no vienes como nuestra invitada? Disfrutaremos de una buena cena y luego te traeremos directamente de vuelta aquí. Sana y salva y empachada de pescado.

Millones de ideas cruzaron por mi mente y todas ellas eran positivas. No me habían hecho ningún daño en más de un año que llevaba en la carretera. Nunca me habían amenazado. Había aceptado viajar con todo aquel que se había ofrecido a llevarme y éste era un viaje más, con comida al final. Tal vez ésa era otra de las incontables circunstancias afortunadas que me había deparado mi andadura, para proporcionarme una ducha caliente o sábanas limpias de vez en cuando. En esta ocasión se trataba de truchas frescas.

—¿Qué dices?

—Estaría bien —dije.

Earl Foster se volvió hacia Juice y guiñó un ojo.

—Las chicas siempre tienen hambre, Juice. —Hurgó en el bolsillo y sacó un llavero, que dejó sobre la mesa de picnic—. ¿Te gusta conducir, Angelina?

Pronunció las palabras de un modo burlón: ¿te gusta conduuuuucir, Angeliina?

Yo asentí. No tenía permiso, pero sabía conducir. Había reemplazado a muchos que necesitaban dormir y no deseaban detenerse. Me sentiría mucho mejor al volante. Earl se levantó eructando.

—Vamos, Juice. Ardo de deseos de probar pescado blanco y tierno.

Recogí la hamaca, doblé la manta y las metí en la mochila. Me silbaban los oídos, avisándome de que algo iba mal, pero el estómago me empujaba hacia adelante y también estaba mi orgullo. Deseaba que la vida fuera perfecta y enriquecedora, y necesitaba creer que todo acabaría bien. Había decidido establecerme y necesitaba que ésa fuera la experiencia que coronase mi trayectoria.

Tuve que ajustar el asiento delantero del coche para llegar a los pedales. Earl Foster se sentó delante y tuvo que ayudarme a mover el asiento hacia atrás y hacia adelante hasta que estuvo lo bastante cerca. Gruñía y gemía al hacerlo, mientras Juice, en el asiento trasero con mi mochila, se carcajeaba ebrio. Earl se sentó con el brazo sobre el respaldo del asiento y las rodillas apuntando hacia mí.

El motor se puso en marcha y encendí las luces. Estaba oscureciendo. Retrocedimos, giramos y nos aproximamos despacio hacia la autopista, donde Earl indicó que nuestro destino quedaba a la derecha. Entonces miró a Juice por encima del hombro y abrió otra cerveza.

Condujimos un buen trecho, dos kilómetros, tal vez tres, por un lugar solitario. Entonces Earl señaló hacia una bandera, una cinta, no, un harapo atado a la rama de un árbol y con dedos fuertes y huesudos me cogió del brazo y se acercó hacia mí, lanzándome su aliento pestilente al inclinarse para indicar un camino de gravilla apenas visible entre la maleza. Yo aminoré la marcha y me interné en él.

Saltábamos en los asientos mientras en vano trataba de esquivar los baches y, a unos catorce metros o así, la carretera —lo que yo creía el camino de entrada a la casa— se hizo más estrecha. Aún conducía despacio, casi por inercia, sobre la gravilla, sintiendo algo más que el ruido de los matojos bajo las trazas de los neumáticos al arañar los bajos del Pontiac.

El camino viraba hacia la derecha, luego hacia la izquierda y luego seguía recto todo lo lejos que los faros permitían ver. Empecé a soñar que estaba despierta. Los crujidos de los toscos matojos eran tan fuertes que invadían el coche, a los lados los matorrales se iban haciendo más altos que el techo y los faros iluminaban el exiguo túnel por el que pasábamos. Sentí que los tres estábamos apresados en una confabulación eterna —la realidad había huido de nosotros—, estábamos fuera de control, deslizándonos por el canal del parto del destino.

Y entonces los árboles desaparecieron, nos encontrábamos al aire libre, el lago rielaba ante nosotros y al lado teníamos otra mesa de picnic. No vi ni casa, ni hermana, ni olía a pescado y el miedo me atenazó la mente y la retorció entre sus

dedos nudosos.

—Para aquí.

Yo obedecí.

—Apaga las luces.

Apreté el botón. Mi seguridad se esfumó.

—Dame las llaves.

Quitó las llaves del contacto y las dejó en la mano que había encontrado mi muslo.

—Bueno —dijo Earl en el silencio—. ¿No es acogedor?

Juice seguía riéndose en el asiento trasero.

—Qué lástima que no tengamos una furcia en celo para ti, Juice, viejo. Ésta nos lo tendrá que hacer a los dos. —Sus horribles dedos me amataron el muslo, dejando cinco marcas redondas. Luego cogió la cerveza y abrió la puerta del coche—. Vamos querida. Juice, trae su mochila.

Me agarré al volante hasta que me dolieron los dedos. Mirando a la lejanía, intentando pensar, intentando decidir, pero la materia de la que se hacen las decisiones parecía haber escapado de mi mente. Los hombres se sentaron en los bancos a la luz de las estrellas y hablaron en voz baja. Se acabaron las seis cervezas y sacaron otras dos del maletero del coche. Yo me senté quieta, silenciosa, inmóvil, intentando aclarar el desbarajuste de mi cabeza.

Me pareció que debía echar a correr, sin embargo, me sentía ligada a mis pertenencias. Tenían toda mi vida en su poder. Pesaba más el hecho de no poder abandonar mi mochila que la idea de que los dos viejos me violaran, mataran y tiraran al lago donde nunca, nunca, nadie me echaría en falta. No podía recorrer ese túnel terrible sin que me dieran caza con el coche. No sabía a dónde ir ni qué hacer.

Empecé a llorar de frustración. No podía pensar. Pero entonces de algún lugar me llegó el conocimiento, la certeza, de que todo terminaría bien. Una fuerza más profunda, más poderosa actuaba pacientemente. Mi cabeza no acertaba a comprender el propósito, me impedía la acción. Era como derivar hacia un estado de supervivencia, en el que la mente consciente está drogada, para que la Naturaleza, que es infinitamente más sabia que el hombre, proceda sin obstáculos.

La puerta del coche se abrió y se encendió la luz interior, cegándome por un momento. Earl estaba allí, con la camiseta sucia tensa sobre el voluminoso vientre.

—Vamos, vamos, pequeña Angelina, no llores, querida.

Le miré a la repugnante cara, deformada por la bebida e iluminada por un fuego que no era de este mundo. Algo empezó a revolverse en mi interior. Sonrió abiertamente, levantando los labios y mostrando esas horribles encías, mientras sus ojos me dirigían llamaradas.

—Vamos, Angelina. Dale un besito al viejo Earl y te dejará marchar.

Me cogió del brazo y me sacó del asiento delantero. Yo caí al suelo y él me dio una patada en lugar de besarme. Me llevé el dedo a la garganta, con la esperanza de que si me provocaba el vómito, me creerían enferma y me llevarían a algún sitio o al menos me dejarían en paz.

Pero en el estómago no tenía nada que devolver. Logré provocarme dos o tres náuseas y Juice dijo:

—Está enferma, Earl.

Su respuesta fue:

—Estos sucios hippies siempre están enfermos de algo.

De modo que me limité a quedarme allí tendida, sobre la gravilla, entre el coche y la mesa de picnic, llorando.

Se sentaron a la mesa y bebieron. Cuando mis sollozos se hicieron más lentos, volví a oír la voz de Earl Foster.

—Angelina, cielo, puta de coño chungo, cuando dejes de jorobar y lloriquear, quizá quieras cerrar la puerta del coche. Gastarás la batería del Pontiac y pasaremos un buen rato juntos. Aunque huelas demasiado mal para ello.

Me sequé la cara con la manga y me levanté. Volví al asiento del conductor y cerré la puerta. ¿Qué le ocurría a mi mente? ¿Por qué no podía pensar?

Segundos más tarde, la puerta volvió a abrirse con una explosión de luz y sonido, y Earl me acercó hacia él de un tirón. Me sujetaba fuerte contra su despreciable cuerpo. Me tiró del pelo con una mano, obligándome a levantar la cara, luego aquellos labios llenos de cerveza bajaron sobre los míos, me metió su asquerosa lengua en la boca y su barba cerdosa me rascó la piel.

Se me debilitaron todos los músculos. Pensé que eso era morir. Y entonces lo que se revolvía dentro de mí hirvió e irrumpió al exterior. Una fuerza primaria que Earl había desatado al violarme el alma con su mierda se rebeló y asumió el control. Recuerdo sólo el aullido, no un grito, sino un bramido gutural que procedía de lo más hondo de mis entrañas. Me sorprendió más a mí que a nadie. No sabía que fuera capaz de emitir un sonido así.

Earl retrocedió, como accionado por un resorte.

A la luz de la puerta abierta del coche, le vi retroceder a tientas, luego subirse a un montón de matorrales y caer de espaldas. Si la memoria no me falla, él se acercó, aunque también pude aproximarme yo, no me acuerdo con exactitud. Sólo recuerdo lo bien que me sentí al abandonarme —renunciando al control—, al saber que no debía hacer más que observar el drama que se desarrollaba.

Recuerdo una expresión de terror en el lamentable rostro de Earl, mientras se tambaleaba hacia atrás, intentando escapar de mí. Recuerdo la sensación de agrado y asombro. Recuerdo que casi pude comprender esa huidiza melodía que me había seguido toda mi vida.

Y entonces me falla por completo la memoria.

J. C. «JUICE» WICKERS: No me des prisas, ¿vale?

Así que la llevamos a nuestro bebedero particular. Se prestó de buena gana a acompañarnos. Llegamos y empezamos a beber.

Earl Foster iba un poco cargado y estaba un poco molesto porque ella no quería unirse a nosotros y ser sociable, se limitaba a sentarse en el coche haciendo puchereros. De modo que la hizo salir para que nos acompañara, bebiéramos unas cervezas y contáramos unos cuantos chistes, ya sabes.

Earl abrió la puerta del coche, sabes, la convenció de que saliera y ella le atacó. Lanzó ese aullido, ese... Dios Todopoderoso... era como un gato en celo maullando a la noche ¿sabes? Earl retrocedió y ella se abalanzó sobre él.

No daba crédito a mis ojos. Era oscuro, pero la puerta del coche estaba abierta y ese viejo Pontiac tiene buenos acabados. El viejo Earl Foster estaba tumbado de espaldas y esa chica estaba sobre su pecho, encorvada sobre él, y el viejo Earl estaba gorgoteando, moviendo brazos y piernas al principio, luego fue debilitándose y ella le chupaba, tío, ella estaba jodidamente chupándole y bebiéndole... ¡Dios! bebiéndole la sangre. Por fin Earl dio un suspiro y ese fue el fin, yo estaba sentado en esa mesa de picnic sin saber qué hacer, Jesucristo, recogimos una escoria de la playa y resulta una jodida...

No sabía qué hacer, así que me senté allí quieto. Pensé que cuando terminase con el viejo Earl Foster vendría a por mí, de modo que me quedé sentado, sin atreverme a respirar, rezando para que no se agotase la batería del Pontiac.

Entonces ella se apartó de él con los ojos cerrados. El cuello del viejo Earl estaba hecho una mierda de... Jesús, estaba desgarrado y ella tenía esa expresión, como... Dios... como si acabara de follar, serena y sonriente, y volvió con él, ya frío y amoratado, y le acarició la mejilla.

Jesús, me dieron ganas de vomitar. Ella le acariciaba la mejilla, luego se desasíó, le besó en la... la cómo-se-llama..., la sien y luego se acurrucó contra él y se puso a dormir.

Cuando oí que empezaba a roncar, me acerqué y cogí las llaves del bolsillo de Earl Foster, sin dejar de temblar. Te aseguro que nadie se ha puesto sobrio tan rápido en su vida. De modo que le quité las llaves sin tocarle apenas, mientras ella roncaba y tenía sangre en la nariz, las mejillas y la ropa. Y me largué como alma que lleva el diablo.

Nunca olvidaré los sueños de esa noche. No eran sueños en el sentido corriente de la palabra, sino una mezcla y una confusión de líneas argumentales, experiencias extraordinarias y escenas de la vida cotidiana. Esa noche mis sueños eran sensaciones y sentimientos. Toda emoción positiva y toda sensación placentera que había experimentado alguna vez, aumentada mil veces y repetida en una representación incesante toda la noche. La danza de la vida iba acompañada por la música más fascinante —una música jamás oída sobre esta tierra—, una música fantástica que hablaba de amigos y compañeros, secretos compartidos, y confianza.

La música era un torrente continuo de amor, gozo y solidaridad. Era hermandad y patriotismo y el primer sorbo de una bebida fría en un día caluroso. Era el olor a gatitos recién nacidos y la sensación de los pies desnudos sobre el barro blando y húmedo. Era un pastel de manzana caliente con queso y helado, y que te abracen y te acunen y te besen en la frente. Era correr en una noche de verano y apoyar la nariz contra el cristal frío de la ventana en un día lluvioso. Era fantástica y perfecta, nueva y refrescante, cálida y tierna.

Era mi música, mi música personal. Toda mi vida había oído la melodía de esa sinfonía. Era el eco misterioso de esa música que alentaba mi andadura, que me guiaba a través de los avatares de la vida. Esa música que siempre iba conmigo, la oía siempre que estaba sola, pero, de algún modo, nunca podía aprehenderla, nunca hasta entonces la había oído del todo, nunca antes había sido totalmente mía.

Antes de despertarme, sabía que por fin había encontrado algo que merecía la pena en mi vida. La búsqueda de esa música, la consecución de esa melodía, sería la fuerza motriz de mis ambiciones. Había encontrado la pieza de mis emociones que se había perdido y encajaba perfectamente en mi personalidad.

Me había completado.

Al irme despertando lentamente los sentimientos se extinguieron y escaparon. Deseaba que no me abandonaran nunca, pero notaba que se alejaban a medida que mi conciencia afloraba a la superficie. Noté que fruncía involuntariamente el ceño, deseaba quedarme allí, en aquel lugar placentero, pero entonces oí una voz, una voz que ya había oído antes, en algún lugar, en algún tiempo, una voz tan familiar para mí como mi propio nombre, diáfana, melódica, estimulante y sensual. La voz era tan cercana y clara que casi podía ver los labios que me hablaban en voz alta pero con amabilidad, directamente al oído: «Eres tú, Angelina» y mi corazón latía de gozo, mi espíritu volvió a sublimarse, pues la música estaba dentro de mí. Reconocería ese lugar, podría ir allí cuando quisiera. La paz y la felicidad fluían en mis adentros y abrí los ojos.

El sol coloreaba el cielo hacia el Este. El aire era fresco, pero no tenía frío. Los

árboles rojos y anaranjados estaban silenciosos en su esplendor de septiembre. Me desperecé, oyendo como la gravilla crujía bajo mi peso. ¿Había dormido sobre la grava toda la noche? ¿Cómo pude haber dormido así? ¿Me habrían drogado?

Mi mochila se encontraba sobre la mesa de picnic. Ni rastro de Juice ni del coche. ¿Sería Juice el responsable de ese terrible desaguisado? Corrí hacia la mesa, cogí la mochila y la apreté contra mi pecho. Luego, al mirar hacia Earl Foster, me dio lástima. Pobre hombre. Por repugnante que fuera, no merecía una muerte así.

¿Cómo pudo ocurrirle eso, estando yo a su lado?

Miré a mi alrededor en busca de un teléfono o una casa, pero no había nada, salvo el lago, unas pocas mesas de picnic en una pequeña zona de aparcamiento y el camino de gravilla que llevaba hasta la carretera. Por eso Earl Foster me había llevado hasta allí. Estaba desierto.

Cogí la manta de la mochila y le tapé, mientras las moscas empezaban a salir con el alba. Saqué jabón, champú y una toalla de la mochila y fui hasta la orilla del lago. Me metí en él, con ropa y todo y nadé un rato, luego me quité la ropa, prenda por prenda y las lavé bien, hasta que acabé desnuda y limpia. Me cepillé los dientes, me sequé, me puse ropa limpia y colgué la húmeda en un árbol para que se secara. Luego me senté a meditar sobre Earl Foster y qué acción debía emprender.

Llamar a la policía, por supuesto, y buscar algo que comer.

Miré la insólita quietud de la manta que le cubría. Hubiera debido moverse o respirar. Cuanto más me concentraba en él, más tenía la sensación de que Juice era su único contacto con la vida. Earl Foster no tenía familia, ni esperanzas, ni sueños. Qué triste.

Me estremecí y caminé un rato por los alrededores, intentando expulsar de mi cabeza ese conocimiento íntimo de él, intentando recordar cómo había abusado de mí la noche anterior. Me paré sobre su cuerpo cubierto por la manta y quise darle una patada, llorar por él, rezar por él... hacer algo, pero no podía hacer nada, así que me vacié la mente de Earl Foster y me concentré en mi libertad. Me senté en la mesa de picnic, dándole la espalda y leí un ratito mientras el sol me secaba la ropa. Luego empaqué y me encaminé hacia la carretera, que apenas recordaba de la noche anterior. Parecía muy distinta bajo la luz racional del día.

Llevaba caminado unos ocho kilómetros por la autopista principal cuando paró un coche último modelo recién encerado. Me agradó descubrir que el conductor rondaría los veinte años, de complexión fuerte, pelo negro y rizado, y unos ojos azules que centelleaban deliciosamente. Parecía una compañía amena. En el asiento trasero llevaba una nevera pequeña llena de hielo y bebidas sin alcohol, y dos patates pequeños, limpios, bien cosidos, como los del ejército, llenos de una blanda y redonda plenitud. Se llamaba Lewis y era un tesoro.

En los escasos minutos que llevábamos juntos me convenció de que el Oeste era

el lugar para pasar el invierno y Nevada no era un mal sitio para vivir todo el año. Era pulcro y agradable. Me sentía cómoda y segura, y de un solo viaje me llevaría hasta mi campamento de invierno. Me resistí a abandonar todo eso para hablar con la policía y declarar sobre Earl Foster, que era una persona deplorable, ahora ya sin remedio. Decidí que otro se ocupara de Earl Foster... y podía esperar para comer. Después de todo, no tenía tanta hambre.

Nos turnamos para conducir todo el día, luego nos detuvimos a pasar la noche en un motel de carretera. Lewis arregló lo de nuestro alojamiento, yo estaba tan cansada que no dije nada. Dormimos en la misma habitación, en camas gemelas separadas, sin incidentes.

Me desperté al alba con el sonido de un gran camión que se arrastraba por la carretera y luego olí el café que compartía el mismo aparcamiento con el motel. Me levanté en silencio —Lewis aún dormía—, me vestí y salí. Me gasté el último dólar en dos cafés en tazas de plástico.

Lewis se despertó cuando yo regresé y se incorporó, apoyándose sobre un codo para mirarme, con el pelo oscuro revuelto y los ojos hinchados de dormir. Se frotó la bronceada barbilla y me sonrió como un niño.

—Buenos días.

—Buenos días —le dije y le ofrecí la taza.

Él acomodó la almohada contra la pared y se sentó, arrastrando la sábana consigo. Su piel lisa contrastaba agradablemente con la blanca ropa de cama.

—¿Has dormido bien?

Asintió, dejó la taza en el centro de una mancha negra sobre la mesita de noche de madera. Extendió los brazos y movió un dedo.

—Ven aquí.

Me senté tímidamente en el borde de la cama, sabiendo que estaba a punto de seducirme, sabiendo también que yo accedería. No porque fuera Lewis concretamente, sino porque había llegado el momento.

Se sentó hacia adelante, se cayó la sábana y me besó en el cuello. Yo cerré los ojos y pronto empezó a desabrocharme la blusa. El corazón me latía tan fuerte que apenas podía respirar, no de excitación, sino de miedo, creo. No sabía si me dolería o me agradaría. No sabía si me gustaría o lo detestaría. En materia sexual estaba completamente en blanco y de repente sentía muchas ganas de aprender. Pero estaba acostumbrada a hacerme cargo de mi vida. Y en esa ocasión, en aquella vulgar habitación de motel, era Lewis quien estaba a cargo y yo me disponía a dejarle el control de mi cuerpo.

Cuando me hubo quitado la blusa, me desabrochó los pantalones y yo me puse en pie y me los bajé. Entonces él se levantó, muy cerca de mí y yo intenté con todas mis

fuerzas desviar la mirada... al menos durante el momento siguiente. Él se frotó contra mí, luego me tomó en sus brazos y me tumbó en la cama, donde consumamos el acto. No me impresionó, aunque estoy segura de que no fue culpa de Lewis. Creo que lo hizo lo mejor que pudo.

Cuando acabó disfruté examinando su anatomía. Le hice muchas preguntas y él se tumbó un rato con las manos bajo la cabeza. Yo me arrodillé en la cama a su lado y él me respondió con sonrisitas, sonrojándose de vez en cuando. Al poco volvió a tomarme y yo intenté con todas mis fuerzas encontrarle algún placer.

Descubrí una cosa. Fue un momento de perspicacia tan intenso que casi me dolió, lo sentí al observar el orgasmo de Lewis. Aunque he sido célibe la mayoría de mi vida, aún recuerdo esa mañana. Miré fascinada la cara de esfuerzo de Lewis en el preciso momento del orgasmo y me percaté de mi error al creer que estaba cediendo el control a Lewis, cuando en realidad era al contrario. Su naturaleza sexual le dejaba totalmente indefenso. Durante el orgasmo, era yo quien tenía el control. El control absoluto. Le podía hacer lo que quisiera en el lapso de esa liberación. Casi me eché a reír en voz alta.

Ahí reside el placer del sexo.

LEWIS GREGORY: La amé desde el primer momento en que la vi. Era tan delgada y una bola de fuego. Creo que era virgen, aunque nunca me lo dijo. Tenía ojos salvajes. Siempre estaban como... asustados, o algo así. Nunca eran como los de los demás. Estaban como asustados o si no parecían... no sé. Parecían comprenderlo todo sobre todas las cosas. No puedo explicarlo. Era lo más excitante que me ha sucedido en la vida. La amaba. Quería llevármela a casa, meterla en el dormitorio y ocuparme de ella para siempre jamás.

Supongo que toda la vida he intentado domar criaturas salvajes. Cuando era un crío, quería salvar los pajarillos que cazaban los gatos. Quería cuidarlos, pero siempre morían. Nunca supe si morían del susto —del gato— o porque yo los cogía. Deseaba que uno viviera lo suficiente para convertirse en una mascota.

De algún modo, así es como me sentía con Angelina. Supongo que fui un ingenuo. Deseaba domesticarla pero no me atrevía.

¿Por qué se fue? Secreto. Las criaturas salvajes siempre tienen secretos, cosas que no pueden compartir porque no saben cómo hacerlo. Angelina tenía montones de secretos y ellos la arrastraban.

La casa de Lewis era una nadería moderna, un hogar de madera y ladrillo en Westwater, Nevada, con una horrible alfombra anaranjada y accesorios de plástico imitación de madera. La sala de estar albergaba una televisión sobre un cubículo con ruedas, un montón de almohadones, cojines desemparejados y un raído sofá Naugahyde. Una mesa de fórmica, cubierta por un mantel verde de plástico con polvo de Nevada en su áspero tejido a juego con un portaservilletas de plástico y servilletas marchitas en un rincón de la cocina. Todo en la cocina era amarillo trigo o verde aguacate. Todo en la casa parecía comprado en un supermercado, incluido el mobiliario del dormitorio.

Lewis me enseñó su patio trasero, su barbacoa, su cobertizo para las herramientas. Me sonrió mientras recorríamos la casa, las paredes desnudas brillaban ante nosotros, como si estuviera presentando a sus antiguas queridas la nueva, con la esperanza de que coexistieran en armonía, para hacer más gratos sus días. Tenía la extraña sensación de que ya me había convertido en una de las posesiones de Lewis y ese sentimiento era alarmantemente agradable.

Me duché mientras Lewis encargaba la cena, luego se duchó él mientras yo cambiaba las sábanas y exploraba la casa. La nevera contenía cuatro latas de cerveza, una botella de Tabasco casi vacía, un trocito de queso blando en la esquina de una lechosa bolsa de plástico y dos patatas germinadas. Empecé a hacer una lista.

Esa noche, desempacamos, comimos y nos fuimos a dormir pronto. Lewis se desperezó en la cama a mi lado y luego me buscó. Yo me coloqué en una posición cómoda y nos acostamos juntos mientras él hablaba de lo bueno que era estar en casa, lo agradable que era tener un nido, aunque normalmente no tuviera a quién arrimarse. Antes de conciliar el sueño, me contó sus planes para mejorarla, el estilo de mobiliario, los colores de la pintura, la hipoteca y un barrio algo mejor cuando esa casa se hubiera revalorizado lo suficiente.

Mientras él hablaba, me percaté de que me había equivocado al pensar que lo que yo deseaba era encontrar un hogar y establecerme.

A la mañana siguiente era domingo. Leímos el periódico en la cama, luego fuimos a comprar comestibles al colmado de la esquina.

El viaje al colmado resalta en mi mente porque por primera vez hasta donde alcanzo a recordar otra persona y yo nos enfrascamos en un divertido juego de niños, tan divertido que no podía dejar de reírme y se me saltaban las lágrimas. Nos lanzamos comestibles uno a otro, hicimos carreras de carritos, nos turnamos para empujarnos, hicimos burla a los demás compradores, leímos los ingredientes

echándole mucho teatro e hicimos el tonto, perfectamente el tonto, durante casi una hora.

Entonces, en el instante de pensarlo, estallé de júbilo, placer y cariño hacia ese hombre, ese hombre tan inteligente, que me había acogido y me hacía girar a su alrededor, y toda la alegría desapareció. La diversión llegó a su fin. Ese estrecho contacto físico en un lugar público era demasiado molesto. Me gustaba controlar mi cuerpo, sobre todo en público. La diversión llegó a su fin. Terminamos de comprar y fuimos a casa.

Lewis volvió a trabajar al día siguiente y yo tuve que entretenerme por mi cuenta, lo que no me resultaba difícil en condiciones normales, pero en el desierto de la casa de Lewis, tenía que exprimirme la imaginación para descubrir algo un poco divertido. Acabé lavándole todos los platos, toda su ropa y luego me dediqué a la casa.

Cuando llegó de trabajar me habló emocionado de su trabajo y sus amigos, yo estaba sombríamente resentida. Entré las bolsas de ultramarinos y ayudé a guardarlos, escuchando sus chistes, luego me senté con la barbilla apoyada en la mano, mientras él preparaba la cena y fantaseaba sobre las aventuras que nos depararía el día siguiente. Yo no estaba hecha para quedarme en casa esperando a que un hombre regresara del trabajo. Con un día tenía bastante.

Al día siguiente en cuanto Lewis se fue a trabajar, empecé a explorar Westwater.

En la ciudad había media docena de grandes supermercados y Lewis era el supervisor general del más grande y más próspero, en la zona norte de la ciudad. La zona norte era la más rica, la meta de las estrategias de Lewis en donde establecer su verdadero hogar. A mí me importaba un pimiento.

Era mi primera experiencia en ese paraje del Oeste. Había pasado el invierno anterior en California, pero California no se parecía en nada a Nevada. Westwater era un auténtico desierto —desierto en el sentido literal de la palabra— lleno de arena, artemisa y cactus.

Eché a andar desde la casa de Lewis por su barrio, atravesando la autopista hasta la ciudad. Por la cantidad de moteles ruinosos, deduje que Westwater era el lugar a donde acudían los perdedores de Las Vegas, para ganarse un salario decente, con vistas a reponerse y regresar. Caminé por el pequeño pero respetable distrito comercial, que estaba lleno de hombres con trajes claros y mujeres con trajes de chaqueta. Seguí caminando, sabiendo que esa ciudad, como todas las ciudades, debía tener una zona más destartalada y mi paciencia fue recompensada un par de manzanas más allá.

Me pareció que había excesivos bares, coctelerías, teatruchos de variedades y librerías para adultos, dado el tamaño de la ciudad, hasta que me percaté de la cantidad de cortes de pelo militares que desfilaban por las calles. Debía de haber una base militar cerca. Empecé a fantasear sobre esa zona cutre y al instante desee oír su

música por la noche, cuando cobrase vida, en plena efervescencia.

Pero el primer día me limité a vagar por las calles, familiarizándome con Westwater.

Comí un bocadillo de ensalada de atún en un puesto de camioneros justo al lado de la autopista, y observé ir y venir camiones y autocares, luego me di cuenta de que el edificio de al lado era una estación de autobuses y me picó la curiosidad. Terminé de comer, miré la hora y me fui, por Lewis. Deseaba estar en casa cuando llegara, pero me atrajo la estación de autobuses. Miré el interior a través de las ventanas polvorientas, vi personas sentadas sobre bancos de madera, y oí los vagos acordes de una melodía que antaño me había sido muy familiar. Acordé conmigo misma que regresaría al día siguiente.

En un principio, exploraba Westwater cada mañana después de que Lewis se fuera a trabajar, luego me sentaba al frescor de la estación de autobuses durante el calor de la tarde, leyendo ostensiblemente un libro que llevaba conmigo. Nunca podía concentrarme en las páginas del libro, en su lugar miraba los pasajeros de la estación de autobuses y maquinaba historias sobre sus vidas.

Con el tiempo, esperaba ansiosa a que Lewis se fuera a trabajar por la mañana y me dirigía de inmediato a la estación de autobuses en cuanto su coche doblaba la esquina.

La estación de autobuses, la fascinante estación de autobuses. Era un espectáculo continuo y divertido. Mis emociones fluían libremente, sentada en el gastado banco de madera. Deseaba estar con algunas personas, viajar con ellas, conocerlas. Otras eran demasiado obvias, algunas tenían demasiados niños, otras me irritaban con sus ostentaciones y su aspecto presuntuoso, algunas parecían, por sus vestidos y sus modales, fuera de lugar en aquellos andurriales.

A la semana de descubrir la estación de autobuses, acudía cada día, a mirar, a mirar. El único sentimiento más fuerte que aquel que me empujaba a sentarme allí cada día era acudir por la noche. Quería ver las diferencias en la gente. Anhelaba experimentar el ambiente, estar allí con los moradores de la noche moviéndose a sus anchas.

Hay algo en la noche que fomenta el lado turbio de las personas. Preocupaciones y temores pesan onerosamente cuando está limitada la percepción sensorial. Uno puede estar acostado en la cama y asustarse por un leve ruido procedente de la otra habitación hasta que el corazón está a punto de explotar de tensión. Esos terrores que sobrecogen en la oscuridad resultan insignificantes, incluso tontos, a la luz del día.

Me parece excitante salir después de que oscurezca. Incluso ir al supermercado de la esquina es diferente. Los colores se alteran, las percepciones cambian y la distorsión de la realidad se acentúa a medida que la oscuridad se hace más intensa. Las cosas suenan diferente en la oscuridad.

Hay quien mejora. Otros corren a casa y cierran la puerta. Mucha gente se queda en casa por la noche, sin atreverse a salir. Creo que temen esa influencia que, como las mareas, como dos copas de champaña, afectan a nuestra más sórdida naturaleza animal y nos desquician.

El crepúsculo siempre ha sido la hora mágica, el momento encantado que nos hace saltar de alegría, provocador, mientras esperamos la oscuridad para sentar la cabeza, sólo un poco —gracias a Dios, sólo un poco—, esperando contra toda posibilidad de esperanza que la luz proyecte un último rayo de racionalidad en nuestras mentes y nos diga que nos vayamos a casa y encendamos las luces. Pero no lo hacemos. Preferimos doblegar nuestra sensibilidad y pronto el doblegamiento se hace permanente y debe ser alimentado como un hábito. Los noctámbulos son amantes, solitarios, lectores, románticos. Los noctámbulos son adictos.

Me obsesionó la idea de ir a esa estación de autobuses concreta y observar a los noctámbulos en su elemento durante la borrachera de la luna, la locura de la oscuridad.

Cada día durante semanas me senté en la estación de autobuses. Cada día cambiaba de asiento y por tanto de punto de vista. Y cada tarde, precisamente después de que el autobús de las tres y veinte vomitara sus pasajeros procedentes de Salt Lake City, abandonaba mi asiento —¡a regañadientes!— y me iba a casa para llegar justo antes que Lewis.

Me sentaba a su mesa, con la barbilla apoyada en la mano, mientras él hacía la cena y charlaba sobre los incidentes del día, yo me ponía a soñar con la estación de autobuses. ¿Cómo estaría con las luces encendidas? ¿Quién habría allí, quién llegaría y quién partiría, y cómo me las arreglaría para verlos?

Nunca me sentí en deuda con Lewis, ni tampoco atrapada por él. Era la persona más agradable que había conocido y por eso establecía cuidadosos parámetros sobre el límite que toleraría al cariño que sentía por mí. Yo me creía una persona relativamente fiel y Lewis era una joya de hombre. Él sabía que yo me pasaba todo el día fuera, pero después de la primera pregunta —cuando fue evidente que yo no tenía ningún interés por revelar mi paradero y me desagradaba que insistiera en el tema— respetó mi intimidad. Creo que sólo deseaba asegurarse de que no veía a otros hombres, lo cual me parecía totalmente divertido y pintoresco. Salir sola por la noche en lugar de quedarme con él, hubiera rebasado los límites no sólo de su afecto, sino también de su hospitalidad. A él le habría dolido y eso a mí no me habría gustado.

De modo que me sentaba con él, presente en cuerpo pero con la mente en otra parte, jugábamos a cartas y mirábamos la televisión, a veces salíamos a dar largos paseos y hablábamos sobre cómo los vecinos intentaban audaz y vanamente hacer sus hogares únicos mediante el extravagante uso de la vegetación.

Los días pasaban, uno tras otro y tras otro. El día de Acción de Gracias cociné un

pequeño pavo. Se acercaban las Navidades y mientras lo hacían los días se volvían terriblemente fríos. Se desempolvaban y compraban estufas, y también edredones y mantas. Empecé a acostumbrarme al ritmo sexual de Lewis y toleraba sus proposiciones con menos desagrado. Compramos sudaderas rojas a juego y empezamos a hablar de los regalos de Navidad y de las actividades del Año Nuevo.

Mi cuerpo estaba satisfecho; estaba relajada, bien alimentada y ejercitada, pero había un hueco en mi mente y un deseo en mi alma. Tenía que salir. Tenía que acabar con ese papel de mujercita, aunque fuera durante un rato. Tenía que hacer otra cosa, algo más, algo diferente, algo joven.

Cuando creí que ya no podía soportarlo, cuando empecé a pensar seriamente en dejar a Lewis, cuando creí estallar de frustración por relegar mis verdaderos sentimientos frente a mis prioridades, se murió la madre de Lewis.

La llamada se produjo mientras estábamos desayunando. El teléfono sonaba raras veces; Lewis no era una persona gregaria. La llamada nos sorprendió, era tan rara a las siete de la mañana. Lewis fue a cogerlo a la sala de estar. Le oí proferir una exclamación, luego siguió escuchando, yo acudí y me acurruqué a su espalda mientras él hablaba y vi el estúpido árbol de Navidad en un rincón, mirando el agostado polvo del desierto y supe que alguien había muerto, precisamente en Navidad, justo en el momento preciso.

Se dio la vuelta y me abrazó y me llenó el hombro de lágrimas. Se trataba de su madre, me dijo. Un ataque. Tenía que salir inmediatamente para California y estaría fuera tres o cuatro días.

Sentí lástima por Lewis. Le abracé y mientras sus sollozos sacudían mi cuerpo y resollaba y sus lágrimas me mojaban el pelo y la ropa, intenté comprender su dolor. Con la mejilla apoyada contra su pecho, observé temblar los pequeños carámbanos de plástico sobre el árbol de Navidad con el estremecimiento de la habitación, haciendo juego con el temblor de excitación que me recorría el vientre al pensar que esa noche podría ir a la estación de autobuses y dejar que la marea de oscuridad arrastrara mi mente.

LEWIS GREGORY: Mi madre murió justo antes de Navidad. Creo que fue eh... el quince de diciembre. Angelina y yo ya habíamos puesto el árbol. Papá llamó mientras estábamos desayunando. Llamé a la tienda, empaqué y me fui. Mi padre estaba bastante alicaído. Le ayudé a hacer los preparativos, luego la enterramos. Salimos juntos un par de noches. Me dolió dejarlo. Sólo tenía a mi madre, a mi madre y a mí.

Fuera como fuere, estuve cinco días ausente. Volví el veinte. Llamaba a Angelina cada día y parecía estar haciéndolo bien. Creo que incluso me echaba de menos. No era muy demostrativa con los afectos y las emociones, pero creo que me echó de

menos mientras estuve fuera.

Ella se quedó unas pocas semanas después de mi regreso. Me dije a mí mismo que el hecho de haber ido al funeral no tenía nada que ver con su partida, pero no las tenía todas conmigo. Fue una verdadera patada. Perder a mi madre y luego a Angelina, a las dos al mismo tiempo. Fue una verdadera putada.

Pero sé el motivo de que Angelina me abandonara. Cuando volví a casa estaba diferente. Se habían producido aquellos asesinatos, ¿recuerda, aquellos horribles asesinatos? Angelina estaba sola y no conocía a nadie en la ciudad, y sé que tuvo miedo, debió pasar verdadero miedo. Así que yo me volví superprotector y ella no podía vivir de ese modo. Yo no sabía qué hacer. No sabía cómo actuar. Ella era tan importante para mí, no podía dejarla ir sola por las calles, al menos hasta que capturaran al que había cometido aquellos... no lo hice demasiado bien. Acababa de perder a mamá y luego Angelina estaba distinta. No sabía qué más hacer.

Intenté agarrarla fuerte y ella se escabulló, como el jabón.

Como el jabón de lavanda.

Me temblaba el estómago como si tuviera frío, incluso me castañeteaban un poco los dientes, apoyada en un hombro contra la jamba de la puerta, de brazos cruzados, mientras Lewis hacía las maletas para salir de viaje. Al principio permaneció en silencio, limpiando las maletas y doblando sus trajes. Podía ver cómo repasaba mentalmente lo que se iba a llevar y yo lo observaba en silencio, pensando en lo extraño que me resultaba que los hombres desgraciados tuvieran tanto peso en mi vida.

Entonces Lewis empezó a hablar. Se puso a recordar y habló de las cosas especiales que su madre solía hacer cuando él era un niño. Me dijo:

—Ponía pepinillos en los bocadillos en lugar de lechuga. Una vez, recuerdo que me pegó. Yo tendría unos quince años. Estábamos en la cocina y dije alguna estupidez propia de un adolescente, ella vino directa hacia mí y me abofeteó. Y luego se puso a llorar y se fue al dormitorio. Siempre era así, firme, nada extravagante, sólo... mamá. Ésa fue la única vez que me pegó y la única vez que la vi llorar. Casi me muero.

Le brillaban los ojos por los recuerdos y las lágrimas.

No podía hacer nada por él, nada para aliviar su pena ni ayudarle a hacer las maletas. Había intentado adecuar mi humor, como lo había hecho en tantos coches. Intenté aligerar el ambiente, intenté elevar mi espíritu al menos lo suficiente como para que el alma de Lewis no pesara tanto. Pero no pude. El pesar se derramaba por el suelo como una capa de plomo fundido. De modo que me limité a mirarlo y me sorprendió lo distinto que era al perder a su madre... distinto de cómo Rolf perdió a Alice, distinto de cómo la perdí yo.

Y luego mis pensamientos vagaron de nuevo hacia esa noche de libertad y sentí un escalofrío de ansiedad.

Cerró las maletas, me metió un fajo de billetes de veinte dólares en el bolsillo del tejano y me abrazó. Cargó el equipaje en el maletero mientras yo le miraba desde la puerta principal y, justo antes de subir al coche, una extraña expresión modeló su rostro. Cerró la puerta y volvió hacia mí, me cogió por la cintura y me miró con una feroz intensidad, con aquellos ojos verdes, fríos y delicados a pesar del temblor de sus manos:

—Estarás aquí cuando regrese, ¿verdad? Quiero decir que no sé cuánto tiempo voy a estar fuera... serán pocos días, seguro, pero no sé cuántos. Por favor, Angelina, prométemelo. No podría soportar perderte a ti también... Ahora no...

Le falló la voz y los ojos, humedecidos en las comisuras, centellearon de temor y añoranza.

Sonreí con una sonrisa que creí adecuada a las circunstancias, si no compasiva al

menos considerada y le acaricié la mejilla:

—Estaré aquí —le dije.

Y se marchó. Se metió en el coche y partió.

Yo cerré la puerta y eché un vistazo a la casa vacía. Empezaba a parecerme un hogar. Los pocos efectos personales que habíamos incorporado en los meses pasados la habían hecho más cálida. Pero de repente me resultó vacía e impersonal. Era barata, ruidosa y polvorienta. Me sorprendió mucho. Lewis hacía que la casa resultara alegre. Lavé los platos del desayuno y me senté a la mesa de la cocina a meditar sobre él.

Pero sólo pude pensar en la noche que se avecinaba. Mi fantasía había crecido hasta proporciones tan tremendas que una parte de mí deseaba retenerse, temiendo descubrir que no podía vivir de acuerdo a mis expectativas.

Pero eso era una tontería. En realidad carecía de expectativas. Era sólo curiosidad. Una curiosidad aplastante. No era más que una estación de autobuses, me dije a mí misma. Una estación de autobuses que conocía muy bien. Era simplemente un aspecto distinto lo que deseaba ver esa noche, como mirar una pintura al óleo bajo la luz natural en lugar de hacerlo bajo un fluorescente. En la estación de autobuses vería a los noctámbulos bajo su luz natural.

Fui a tomar un baño.

HAROLD WATERTON: Claro que la recuerdo. Es una de esas como-se-llamen. Ya sabe cuáles. Tienen la manía de observar a la gente. A ésa la recuerdo. Delgada. Una muchachita flacuchita y menudita ¿no?

Sí. La recuerdo. Solía venir hacia las once, once y media cada día y se quedaba hasta las tres. Se sentaba, simulando leer, pero sólo observaba.

Llevo veintisiete años vendiendo billetes en trenes y terminales de autobuses. Y las ves de todo tipo. Yo ya las había visto de su tipo. Lo convierten en una manía ¿sabe a lo que me refiero? No es precisamente normal sentarse en una terminal de autobuses durante cuatro horas al día, sin hacer nada más ¿no le parece? Durante meses, hablamos de meses. Le eché el ojo, creo que estaba aguardando para hacer algo. Las maníacas siempre acaban haciendo algo. Así que me limité a esperara que hiciera su número para poder echarla. Incluso hice que una mujer la siguiera hasta los lavabos por si hacía algo allí ¿sabe? Pero nada. Nunca hizo nada.

Luego dejó de venir. La perdí. Pasas cuatro horas al día vigilando a una perversa que espía a los demás y llegas a encariñarte un poco con ella, mentalmente claro. Así que la perdí y me pregunte dónde estaría mejor con su locura que en la estación de autobuses. Westwater no tiene estación de trenes ni aeropuerto.

Luego, oh, tres semanas, un mes más tarde, apareció y compró un billete para Nuevo México. Esa fue la mejor parte. A ese tipo de personas no les gusta que las

sorprendan en su elemento ¿sabe lo que quiero decir? No le gusta que los demás reconozcan cómo se lo montan con sus locuras ¿sabe lo que quiero decir? Allí estaba ella, de puntillas, apenas la podía ver desde la ventanilla. Yo estaba sentado en el taburete, mirándola, je, y le dije —no se lo pierda—, le dije: «¿Dónde ha estado... escondiéndose de alguien?».

Estos pervertidos siempre se esconden de alguien, alguien que los busca. Je. Bueno, me fulminó con la mirada y se dio media vuelta, realmente asustada. Diablos, en realidad creo que se estaba escondiendo. Quiero decir que se escondía de verdad. Pero ya sabe, cuando me fulminó con la mirada casi me caigo de espaldas, durante un segundo... bueno, diablos.

¿Sabe cuando en las fotografías a veces sales con los ojos rojos? Sobre todo cuando sacas una foto a tu perro. Bueno, sus ojos eran casi así. Nada de casi, quiero decir que eran así, pero sólo durante un segundo.

Diablos, no sé lo que quiero decir.

Salí de casa a las dos y media, deseaba llegar a la estación a las tres para poder asistir al cambio de la luz a la oscuridad. El cielo enviaba mensajes de un atardecer tardío, un viento levantisco soplabá en mis cabellos. Me subí el cuello del abrigo y sólo saqué el pulgar de lo hondo del bolsillo cuando se aproximó un coche. Pronto me llevaron hasta la estación de autobuses.

Abrí las grandes puertas y entré.

Había algo en el aire y me parecía una aventura.

La calefacción del edificio estaba encendida y la gente estaba cómoda en mangas de camisa, con los abrigos apilados sobre los asientos de madera. Las calefacciones que rara vez se usaban despedían un olor distinto, un viejo aroma, una fragancia añeja un poco mohosa que era lo bastante esquiva para resultar agradable. Alguien con un poco de espíritu navideño había colgado una guirnalda plateada alrededor de la garita del vendedor de billetes y parecía banal en medio de las antiguas, auténticas y deterioradas condiciones del edificio.

Algunos pasajeros esperaban el autobús de Salt Lake City; otros esperaban partir en ese autobús o en otro. Dos jóvenes homosexuales compartían a hurtadillas un cigarrillo junto a la fuente. Un *cowboy* sentado en una esquina rasgaba una guitarra y cantaba en voz baja una canción de amor. Cuando acabó, los ocupantes de la estación de autobuses le aplaudieron, a lo que él respondió tocándose el Stetson y sonrojándose débilmente. Yo sonreí al encontrar un asiento con una vista excelente, junto a la vieja máquina de café de la que colgaba un cartel amarillo de «Averíada». Iba a ser una buena noche, completada con diversión gratis.

Los pasajeros cambiaban... un lento pero constante cambio.

Los borrachos entraron para resguardarse del frío y acurrucarse junto a los calefactores. Mujeres y niños llegaban justo a tiempo para comprar los billetes y abordar los autobuses y no se quedaba ni uno solo de ellos. Viejos alcohólicos, jóvenes drogadictos, homosexuales, parias, los deformes y los desposeídos, viejos raros que me recordaban a Earl Foster... entraban, algunos se quedaban, otros partían. La policía pasaba cada hora a inspeccionar y a cambiar saludos con el vendedor de billetes. El viejo vendedor de billetes fue sustituido por uno más joven, más huraño, obviamente mejor preparado para solucionar cualquier posible problema que surgiera con los pasajeros y, cada vez más despacio el aspecto de la estación de autobuses fue cambiando.

A las once en punto llegaron cinco hombres jóvenes de pelo engominado y con chaquetas de cuero y empezaron a burlarse y mofarse de los que estaban en la estación. En quince minutos el vendedor de billetes había hablado con ellos dos veces, pero el daño ya estaba hecho. Toda la gente, salvo unos pocos, se habían ido,

largándose a sus segundos lugares preferidos, según supuse, dejando la estación relativamente vacía. Luego, como si conocieran el horario de las rondas policiales, el quinteto se esfumó en sus motos y se fueron justo antes de que la policía acudiera para su próxima inspección rutinaria. El resultado fue penoso: tres borrachos dormían en la esquina trasera cerca de las salas de espera, una pareja apasionada se abrazaba en una misteriosa postura bajo una manta de cuadros y yo me senté junto a la máquina del café, sintiéndome como si me acabaran de robar.

Sabía que la noche no había terminado. Algo me decía que la marcha estaba por llegar. Crucé las piernas, eché un trago de agua, comprobé el horario y me percaté de que no había más llegadas hasta la una y media, cuando en diez minutos llegarían tres autobuses.

Reflexioné unos momentos sobre Lewis. Por aquel entonces ya habría llegado a casa de sus padres y probablemente estaría durmiendo, o sentado hablando y bebiendo con su padre. Habría estado llorando y tendría los ojos hinchados y el cabello despeinado. Podía verlo, con su camisa de lana a cuadros verdes, intentando afrontar la pérdida como un hombre, sentado junto a su padre, quien, sin duda, le haría sentirse como un niño.

Miré bajo la luz artificial, bajo el calor artificial de la estación de autobuses y percibí la diferencia del color de la madera por la noche. Noté que las luces exteriores tenían un halo diferente a su alrededor cuando las veías a través de los viejos cristales de las ventanas. Suaves ronquidos procedían de la esquina, del otro lado partían gemidos de satisfacción y el vendedor de billetes volvía las páginas de su libreta.

De repente estaba hambrienta, famélica.

Junto a la estación de autobuses se hallaba el café, una parada de camioneros, un restaurante abierto las veinticuatro horas.

Era el momento.

Me levanté y cogí el pesado abrigo a cuadros que Lewis me había comprado y reprimí la absurda idea de que debía decirle al corpulento hombre que estaba tras la garita de barrotes que volvería en seguida. Me abroché el abrigo, hundí las manos en los bolsillos y abrí las grandes puertas.

Afuera helaba. Con ese frío, tan cerca de Navidad, debería haber nieve. Me levanté el cuello y bailé durante un velocísimo instante; mi respiración se condensaba en el aire. Podía ver el neón parpadear sobre el aparcamiento, en lo alto de un poste para captar la atención de los camioneros de largas distancias. El letrero de neón rosa decía: «Cocina casera de Jane». Debajo, en letras azules destelleantes decía: «Buena comida casera». A la luz del día siempre me había parecido que se hallaba justo en la puerta contigua, pero en la distorsión nocturna de la realidad, el café estaba claramente al otro lado del aparcamiento, más allá de los remolques de los camiones que estaban aparcados en una alineación notablemente ordenada.

Me encaminé hacia él, con paso enérgico y la cabeza gacha, agradeciendo a Lewis el dinero que me había dejado. Me quité el frío de la cabeza y en su lugar pensé en qué pediría con la taza de chocolate caliente que ya estaba empezando a saborear.

Al andar, di un puntapié a unos cuantos guijarros de mi camino y decidí salir a la calle, por el aparcamiento y los camiones que me bloqueaban el paso, en lugar de caminar entre ellos por los callejones que creaban al estar aparcados tan juntos. Pero el viento era tan frío y tan desagradable que en el último minuto lo pensé mejor, pues los camiones harían una perfecta barrera contra el viento y troté entre dos remolques.

Las paredes creaban un intrincado laberinto. No alcanzaba a ver ninguna luz, salvo el destello del ridículo neón de «Jane». Las ruedas eran casi tan altas como yo. Me sentí indefensa, enana entre esa maquinaria gigantesca.

Avanzaba por el pasillo, cuando oí un ruido que me detuvo en seco. La adrenalina me daba falso valor y excitaba mi cerebro. Me paré a escuchar un momento más. Oía el sonido del metal contra el metal, un estrépito.

Observaba con horror mientras mis pies empezaron a moverse hacia el ruido. Con el oído atento al silencio, percibí más ruidos; alguien intentaba forzar uno de los contenedores. Me acerqué, caminando instintivamente en silencio. Rodeé el enorme extremo de uno de los remolques y bajo el vientre del contenedor vi tres pares de piernas enfundadas en tejanos Levi's. Si alguno de los muchachos se inclinaba para coger algo o atarse el zapato, me vería y ése sería mi fin. Uno caminó hacia el fondo del camión, susurrando a los demás. Hubieron más susurros, luego otras pisadas resonaron hacia la cabina del camión. Seguí el ruido, manteniendo el camión por medio.

Las pisadas se alejaban, se dirigían hacia la estación de autobuses. Le seguí, ocultándome. Luego él se paró, se desabrochó los pantalones y oí el chorro de orina contra un neumático.

Era uno de los rufianes con cazadoras de cuero que antes, por la tarde, habían perturbado la tranquilidad de la estación de autobuses, tres de ellos estaban intentando robar el contenedor y aquél se había separado momentáneamente del grupo.

Miré el fuerte chorro de orina salpicar, evaporarse, mientras mojaba todo el neumático, luego pude olerlo y eso prendió el delirio que ya había aflorado a mi mente. De repente me sentí hambrienta, sentí despertarse en mi interior un hambre antigua, innata, latente. Me dolían las glándulas salivares debido a la dulzura que se me prometía. Tuve un exceso de salivación y me sequé la comisura de los labios con la manga del abrigo. Ardía de excitación, también mi abrigo estaba caliente.

Mi sistema nervioso se tensó a medida que el río de orina se debilitaba. Di dos ligeros pasos hacia adelante, balanceando mi peso, agazapándome un poco. El

hombre se sacudió el pene y se lo guardó en los pantalones, subiéndose la cremallera mientras se daba la vuelta.

Yo salté y me abalancé sobre su garganta antes de que le diera tiempo a verme.

Cayó hacia atrás y sus brazos estaban demasiado ocupados intentando hacer tantas cosas: intentando amortiguar su caída, intentado desasirse de mí, intentando liberarse de mi mordisco, intentando arrancarme los ojos. Todo fue inútil. Me fijé en cada uno de sus débiles intentos por defenderse con mucha atención, al igual que me fijé en el ruido que hicimos al caer al suelo. Eran cosas de las que aprender, nada más. En aquel momento lo importante es que estaba hambrienta, insaciable, estimulada por el primer sorbo. Luego la sangre fluyó cálida y dulce, mis labios encontraron la vena y la apretaron con cuidado, bebiendo con avidez, deleitándome, saboreando el último chorro, saboreando el alivio, jugueteando, estallando de alegría hasta que no pude esperar más y una explosión de terminaciones nerviosas prendió como una chispa en mi cuerpo y me eché a temblar, a tiritar, y me sentí plena.

Estaba mareada del esfuerzo. Yacía con la mejilla junto a la suya, recobrando el aliento, sintiendo una vez más el fresco aire de la noche. Lo aparté lentamente y lo miré a la cara, tan pálida a la luz mortecina. Se parecía algo a Lewis, con los rizos oscuros colgándole por la frente. Doblé las piernas y me arrodillé sobre su pecho. Esa herida de aspecto terrible en su cuello brillaba al mirarla. Cogí una gota con el dedo y la chupé, luego cogí otra y la restregué cuidadosamente por un lado de su nariz. Estaba hermoso.

Se me cayeron los párpados. Oí una música familiar. Deseaba descansar y sumirme en ella, donde me cuidarían y atenderían. Necesitaba acostarme, abrazada a esa bella persona, ese maravilloso Adonis de rostro frágil y dormir con él un sueño reparador. Me sentía afectiva y fantástica y amada. Completa.

Pero el suelo estaba duro y el aire era frío y dos hombres esperaban a que regresara mi adorable y apuesto príncipe. Vendrían a buscarlo.

Con un supremo esfuerzo, me sacudí las telarañas del sueño, besé al hermoso joven en los labios y me levanté, sin dejar de mirarlo. Tenía los labios rojos dónde le había besado. Con las mejillas pálidas y el pelo oscuro parecía un escolar inglés.

Le amaba.

No recuerdo haber regresado a casa, pero estaba en casa cuando me desperté con música en los oídos, sumida en la agradable sensación de ser engullida, cuidada, nutrida, alimentada. Me desperté y me levanté como si estuviera flotando, deslizándome sobre la llamativa alfombra anaranjada de la casa de Lewis, que de algún modo me resultaba menos ofensiva. Recordaba todos los incidentes de la noche anterior, todos excepto mi regreso a casa y me parecía una aventura increíble.

Espera a que se lo cuente a Lewis, pensé para mí. Luego me di cuenta de que no

podía contárselo ni a Lewis ni a nadie. Era un secreto. La idea de tan maravilloso juego de naturaleza furtiva me hizo reír y me llevé la mano a la boca. El reloj dio las dos de la tarde, así que me di un baño y me preparé para la noche.

Viernes por la noche.

Noche de baile juvenil en el local de la Asociación de Veteranos de Guerra.

Ese viernes, no podía concentrarme en el trabajo, sólo podía pensar en el baile. Había estado ayudando a montar esos bailes adolescentes desde que tenía dieciséis años —Jesús, ocho años ya—, luego, cuando Bill tuvo la edad y el interés suficiente, empezó a colaborar. Eran divertidos y era un lugar bonito y limpio para que fueran y se reunieran los chavales. Yo siempre disfrutaba con ellos. Pero ese viernes... ese viernes...

Casi dejo mi empleo. Había sido capataz de la construcción durante mucho tiempo y el trabajo es un problema detrás de otro, ¿sabe? Bueno, ese viernes, Westwater era una ciudad demasiado pequeña para mí, la industria de la construcción me parecía una profesión sin salida, mi padre parecía apegado a la rutina y si el capullo de mi hermanito no paraba de enredar en el trabajo... me refiero a que le hice un favor al contratarle.

Supongo que tenía el día, pero ése en concreto estaba preparado para cualquier cosa. Si no hubiera tenido la responsabilidad de ese baile de adolescentes, me habría largado, dejado el empleo, agarrado mi pistola y mi saco de dormir y me habría largado. Estaba preparado para cualquier cambio. Estaba preparado para algún cambio fundamental.

No podía siquiera sospechar que asistir a ese baile de adolescentes fuera a cambiar algo más que mi vida.

Me cambió a mí.

Lewis me llamó justo antes de la puesta de sol. Hablamos poco. Su padre lo estaba llevando bien, el funeral sería la tarde siguiente, se quedaría uno o dos días más con su padre y sus tíos, y luego regresaría a casa.

Le dije que su plan me parecía perfecto y que yo me encontraba bien; de hecho la palabra que empleé fue «feliz». Me dijo que me quería, me mandó un beso y colgamos.

Volví del teléfono dispuesta a reanudar lo que estaba haciendo antes de la llamada de Lewis, pero no pude recordar de qué se trataba. Sabía que había sido agradable, entretenido e interesante —había estado aprendiendo algo— pero se me había borrado de la mente. Estaba segura que no había sido solamente un producto de mi imaginación, aunque en la casa no había rastros de ninguna actividad que pudiera haberme entretenido de ese modo. Era un enigma y estaba algo resentida porque Lewis me había interrumpido. Me senté un momento en la oscuridad creciente, observando crecer las sombras, observando el último destello del cielo anaranjado.

Alargué el brazo y encendí la lámpara. Su luz dura arañó la habitación y me hirió los ojos. La volví a apagar y fui a vestirme para el baile.

Mi rostro parecía algo descompuesto, lo noté mientras me aplicaba una ligera capa de sombra de ojos. Examiné mis rasgos uno a uno, luego retrocedí un paso para calibrar todo el conjunto. Tenía una flacura que no estaba antes. Tenía los pómulos algo más prominentes y también las cejas. Me gustaba el efecto. La gordura de niña por fin había desaparecido. Me peiné, me recorté el pelo alrededor de mi cara, observando los mechones blancos, amarillos y dorados caer en el lavabo, luego me cepillé el nuevo corte y le di un toque de carmín rosa a mis labios.

En la estación de autobuses había visto un cartel sobre los bailes juveniles del viernes por la noche y llevaba semanas aguardando la ocasión. Limpié los mechones de pelo abriendo el grifo y dejando que se los tragara la cañería.

Cogí el abrigo a cuadros del armario del recibidor y me lo puse, luego me contemplé en el espejo de la puerta. Estaba manchado. Tenía una gran mancha marrón en el cuello y se extendía por el delantero izquierdo. Me quité el abrigo, fui al baño y lo miré a la luz.

Sangre seca.

El sereno rostro del muchacho parpadeó en mi memoria. Me sentí satisfecha por haberle concedido ese descanso aun a expensas de mi bonito abrigo. Lo enrollé y lo puse en una bolsa de papel. Los lunes recogían la basura.

Volví al armario donde encontré una cazadora forrada en piel de cordero, calurosa y suave, sólo un poco grande. Me haría muy buen servicio. Del armario de la ropa blanca saqué una vieja y deshilacliada toalla de baño marrón, dejé a un lado la

chaqueta y me coloqué la toalla sobre los hombros como una capa. Volví a ponerme la chaqueta. Ya estaba preparada.

Salí al aire fresco y temblé de ansiedad.

Enseguida encontré quien me llevara. Cuando llegué a la sala de baile era pronto. Aún no había nadie, así que me quedé explorando por los alrededores.

La sala era un gran edificio de madera en las afueras de la ciudad. La casa más próxima estaba a cientos de metros de distancia. Sucias zonas de aparcamiento rodeaban el edificio por los tres costados. Detrás había un descampado lleno de hierbajos con unos cuantos árboles, y al internarme en él, pisé botellas de cerveza vacías, papel higiénico y condones usados. Comprendí hasta dónde llegaba la vigilancia en los bailes juveniles de fin de semana: no más allá del ámbito de las luces. Imaginé que a última hora esa zona estaría tan poblada como el interior de la sala.

Hundí las manos en los grandes bolsillos de la cazadora, metí las mangas todo lo que pude para evitar la brisa y di vueltas al edificio, intentando conservar las piernas y los pies en calor.

De repente llegó un viejo en una camioneta roja con un proyector roto en el techo. Era corpulento y caminaba con dificultad. Abrió todas las puertas, las empujó hasta dejarlas abiertas de par en par, y luego encendió todas las luces. Yo le seguí adentro en busca de calor. Aunque en el interior no hacía mucho más calor.

El hombre oyó mis pasos en el umbral de la puerta, se dio la vuelta y me deparó una mirada acuosa.

—Llego pronto, creo —dije yo.

—Bueno, siéntese allí —señaló una hilera de sillas alineadas contra la pared, luego comprobó su reloj—, Boyd llegará pronto, quizá pueda usted ayudarlo a hacer los preparativos y vender entradas o algo.

Desapareció en el lavabo de los hombres.

En la cavernosa estructura resonaron los ecos de sus actividades. Tiempo atrás debieron enorgullecerse de ese edificio. Paredes, techos y vigas estuvieron otrora pintados, y los suelos de madera barnizados y encerados. Pero eso fue hace mucho tiempo. Un polvoriento letrero azul, ribeteado de galones dorados y cubierto de telarañas, se extendía en lo alto de una pared tiznada, loando en letras doradas a los Veteranos de Guerra. El suelo de madera estaba desgastado en el centro, desgastado por generaciones de zapatos danzarines. Un escenario improvisado ocupaba un rincón de la sala, donde se apilaban amplificadores, micrófonos, cables eléctricos y aparatos. En el otro extremo de la sala había una gran ventana que daba a una cocina y a un mostrador, presumiblemente era una zona donde se vendían bebidas sin alcohol. Junto a la ventana estaban las puertas de los dos lavabos. Esa pared ostentaba la única pintura reciente del lugar, un barniz verde claro.

Golpeé los pies contra el suelo y me puse a temblar.

Afuera se detuvo una camioneta, levantando polvo y gravilla. El motor se apagó y se cerraron las dos puertas.

—Hey, ¿Kyle? ¿Kyle? —gritó una fuerte voz masculina desde la puerta. Oí murmurar una respuesta desde el lavabo de los hombres. Luego un vaquero entró en la sala, miró a su alrededor y me vio. Sonrió—. Hola.

—Hola —dije, y mi cuerpo empezó a temblar de una excitación diferente.

—¿Está Kyle por aquí?

Antes de que me diera tiempo a responder, una versión más joven del mismo hombre, obviamente su hermano, dobló la esquina y entró en la sala, frotándose y soplándose las manos. Se paró y me miró con la misma intensidad que su hermano mayor. Luego la puerta del lavabo de los hombres se abrió y el viejo salió, acarreando un cubo y un mocho.

El vaquero se acercó a él:

—Hey Kyle. He conseguido una mesa nueva para dentro del bar. Donada por las mujeres de ese taller de costura. Tienen unas preciosas mesas talladas y nos han dado una de las viejas. Bill me ayudará a meterla en la cocina, así podremos usar la otra mesa para las entradas, en lugar de la vieja y desvencijada mesa de juego.

—Bien, bien —Kyle abrió la puerta del lavabo de señoras y la abrió con una cuña de madera—. Necesitarás ayuda, ella puede ayudarte.

El vaquero me sonrió.

Yo le devolví la sonrisa. Era un hombre más largo que un día sin pan, el hombre más vivaz y saludable que he conocido en mi vida. Su Stetson oscuro mostraba su rostro bronceado. Llevaba una chaqueta marrón sobre una camisa azul a cuadros con tejanos y botas de punta afilada. Era grande, de hombros anchos y tenía ojos verdes, un rostro abierto y sincero y un aroma como a bosque en primavera. Volvió a sonreírme y sentí prenderse algo en mi interior.

—¿Eres amiga de Kyle?

Sacudí la cabeza.

—Es sólo que he llegado algo pronto.

—¿Eres nueva en la ciudad?

Asentí. Me costaba respirar.

—Soy Boyd Turner. Éste es mi hermano Bill.

Bill sonrió y volvió a soplarse las manos.

—Angelina Watson.

—¿Quiere ayudarnos?

Yo me encogí de hombros, sintiendo como se me arbolaban las mejillas.

—Puede vender entradas. Siempre es demasiado trabajo para Bill y para mí. Kyle nos ayuda con la limpieza y los materiales pero —miró su reloj— pronto llegará la

banda, y... —Una camioneta se detuvo en el aparcamiento. Nos sonreímos. Tenía los dientes blancos y limpios—. ¿Lo ve? ¿Nos ayudará durante media hora? ¿Pagará la entrada con su trabajo?

Me adulaba con su coqueteo. Era irresistible, con su encanto masculino y sus maravillosos ojos. Saqué las manos de los bolsillos y me levanté, dispuesta a recibir órdenes.

En un momento se armó un gran bullicio. La banda empezó a colocarse y mientras lo hacían, llegaron los voluntarios a trabajar en el bar. Boyd los reconoció, chocó sus manos y les dejó pasar gratis. Todos los demás tuvieron que pagar un dólar por un pedazo de papel escrito en tinta negra que decía: «En depósito sólo — Alimentación y ganadería Wileys's».

Empezaron a llegar los más madrugadores, la mayoría chicos jóvenes que habían pasado la mayor parte del día decidiendo qué ponerse y preparándose para conocer chicas esa noche. Pagaban su entrada, luego se agrupaban alrededor de las puertas de los lavabos. Cuando los grupos eran lo suficientemente grandes, todos se iban a sentar a los coches, seguía el intercambio de mentiras y planes estratégicos, reforzados por una cerveza y un cigarrillo, y volvían a entrar más tarde, mostrando un sello en el dorso de la mano.

Mi trabajo consistía en despachar entradas y despertaba en mí sentimientos interesantes. Me sentía orgullosa cada vez que llegaba Boyd a recoger los recibos y me deparaba una sonrisa especial de gratitud. Me sentía fatal cuando las jovencitas — de mi edad, más mayores, más jóvenes— venían y me arrojaban sus billetes de dólar o no me enseñaban el sello de sus manos para volver a entrar.

La banda afinó y tocó para una multitud que atendía de pie. Nadie se sentaba en las sillas plegables de metal dispuestas a lo largo de las paredes. Se quedaban de pie con sus tiesas ropas del oeste, en grupos de chicas, de chicos y parejas. Nadie bailaba. Todo el mundo se abría paso a codazos entre la multitud, merodeando y luego, como si obedecieran una señal secreta, todos se pusieron a bailar. Un baile que se expandía hasta las paredes. ¡Qué ritual más peculiar!

Cuando la banda se tomó su primer respiro, la sala se vació. Todos salieron a fumar y a evaporar el sudor que habían acumulado bailando en un local cerrado. Muchos ya estaban bastante borrachos y unos pocos me hicieron comentarios obscenos al pasar. Boyd me trajo una taza de chocolate caliente y se sentó en la mesa, mirándome.

—Bill te sustituirá ahora. No quedan muchos más por llegar. Unos pocos, pero no muchos. Él se las arreglará.

Sorbí el chocolate y asentí, observando a los jóvenes dividirse en más y más parejas, vi las miradas seductoras, oí las risas, vi a muchos desaparecer por la esquina

y supe a dónde habían ido. Temblé y me crucé de brazos. Boyd seguía mirándome.

—¿De dónde eres?

—De Pennsylvania.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

Sacudí la cabeza.

—¿Tienes familia aquí?

—No —dije—. Estoy aquí por mi cuenta. Precisamente ahora estoy cuidando la casa a un amigo que está en California.

Sabía que le sorprendería, así que le dirigí mi mirada más incisiva, desafiante y mejor calculada, para demoler la pregunta antes de que la planteara. Él creía que yo era demasiado joven.

—¿Has conducido hasta aquí?

—He venido en autoestop.

—Luego te llevaré a casa ¿vale?

Tardé un rato en responder. Deseaba estar con él, oh Dios, deseaba estar con él, pero me acordé de Lewis. No existía ningún compromiso, me recordé a mí misma, se trataba sólo de acompañarme a casa. Y si sucedía algo mejor, más interesante, bueno... yo no estaba atada a él para toda la noche, aunque no podía imaginar nada más interesante que ese hombre increíble. ¿Era prudente aceptar que me acompañara un desconocido? Oh Angelina, pensé. Te has vuelto tan precavida en tus meses de domesticidad. Yo sabía que era perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

Me pasó la respuesta por la mente, pero no podía apartar los ojos de su rostro. Vi cuando empezó a hacerle mella la timidez. Él pensaba que yo debía responderle.

—Vale —dije.

Su alivio fue evidente. Volvió a sonreír, una sonrisa íntima, una sonrisa reveladora.

—Pues, vamos. Baila. Disfruta. Y cuando cerremos, nos reuniremos aquí.

Me levanté y al hacerlo, él, sentado en la mesa, sacó las manos de los bolsillos como para tocarme: la cintura, los hombros, la cara. Pero dejó caer las manos en su regazo y columpió los pies adelante y atrás, luego se puso en pie y se instaló en la silla plegable en la que yo había estado sentada.

Me dirigí al lavabo de señoras. Madera pintada de verde, llena de palabras escritas con lápiz de labios, bolígrafo y objetos punzantes habían absorbido el olor de miles de muchachas, litros de desinfectante. El cuartito con dos lavabos, dos espejos y dos wáteres estaba abarrotado de chicas retocándose el maquillaje, arreglándose la ropa y peinándose. Me quedé en un rincón observándolas un rato, mientras charlaban sobre los chicos y sus novios. Entonces, una preciosa joven de pelo oscuro, labios pintados de rojo intenso y demasiado colorete en las mejillas se fijó en mí en el espejo, y mientras se volvía entre la multitud dijo:

—Hola.

Hundí aún más las manos en los bolsillos y dije:

—Hola.

—¿Eres amiga de Boyd?

No sabía qué responderle.

—Algo así.

—Eres nueva.

Asentí.

—Soy Catherine.

—Yo Angelina.

—Bueno Angelina si eres amiga de Boyd, yo soy tu amiga.

Se giró hacia sus amigas y todas rieron, luego volvió a repasarne de arriba abajo y regresó a sus cremas, sus colores y su estúpida charla. La contemplé en el espejo un momento más, la contemplé escrutándome sin mirarme a los ojos y recordé esa sensación, esa sensación de ser diferente, de perderme el chiste, de estar fuera del rebaño y la odié. Me largué de allí y me topé de frente con un chaval borracho cuyas manos se aferraron rápidamente a mi torso, por dentro de la chaqueta. Le aparté de un empujón, asqueada del lugar y salí al exterior. Deseaba volver a mi sitio en la mesa, pero Bill estaba allí, intercambiando monedas y camaradería con algunos amigos.

El aire fresco me reanimó después del ambiente cargado de la sala abarrotada. El aroma a sudor mezclado con perfume, lociones para el afeitado, desodorante, cerveza y aliento de fumadores era demasiado potente para mí. Aspiré hondas bocanadas de aire fresco y caminé sin rumbo entre los coches del aparcamiento. La mayoría de los vehículos estaban desocupados, unos pocos tenían las ventanas empañadas, otros cigarrillos incandescentes en la oscuridad mientras sus ocupantes charlaban. Vagué entre ellos, con los puños hincados en los bolsillos. Me pregunté de qué hablarían, cómo sería estar abrazado a alguien en el coche de papá, con buenos amigos y mucha conversación un viernes por la noche.

Oí como la música volvía a sonar, los portazos de los coches como respuesta a la llamada, pero oí un sonido diferente, que respondía a otros estímulos y vi que me dirigía irresistiblemente al aprovechado descampado de la parte trasera del edificio. Oí el siseo de la maleza y mi corazón empezó a latir.

Me arrimé a la sombra de un matorral alto, sintiendo cada vez más una sensación innata de furtividad, aunque probablemente no había necesidad de ello. Quienquiera que estuviera en el descampado sabía que estaba a pocos metros de la formidable multitud. Habían optado por ceder cualquier derecho a la intimidad.

Me enjuagué las comisuras de la boca.

A medida que los ojos se me acostumbraban a la oscuridad, vi dos formas, dos personas sentadas en el suelo, mirándose. Al acercarme, los oí hablar y mi sentido del

ambiente percibió vibraciones rojas de furia en su conversación. Me acerqué aún más, olvidando el frío, excitada mi curiosidad. Alzaron las voces.

—Yo confiaba en ti —dijo ella dulcemente.

—Y aún puedes confiar —respondió él.

—No cuando estás fuera haciendo... lo que quiera que hagas... con ella.

—No fue nada, Julie. De verdad. Ella necesitaba ayuda y yo la ayudé.

—Apuesto a que sí —su voz estaba llena de burla, de desdén.

—Sabes, creí que había hecho de ti una mujer, pero aún eres una niña.

Oí una respiración honda, luego la chica se puso lentamente en pie. El muchacho se alzó y se quedaron cara a cara un momento antes de que ella le propinara una bofetada. Fue tan fuerte que estaba segura de que todo el mundo la había oído, incluso dentro de la sala. Me sentí consternada.

Él se llevó la mano a la cara. Casi pude ver las huellas rojas y oír el zumbido en sus oídos. Le dolía la cara, el orgullo, el amor. Yo deseaba ir hacia él, pero dudaba. No conocía a esa persona. No comprendía la situación, ¿qué bien le haría mi presencia? Me quedé donde estaba, sin atreverme apenas a respirar, meditando. Meditando.

Y entonces llegó esa voz, esa voz que conocía tan bien como mi nombre, la misma voz que hablaba a mi alma, que me hablaba con esa música etérea que plantaba los cimientos de mi vida... esa voz me hablaba directamente al oído como Ella lo había hecho antes; una voz clara, una voz dulce, rica y sensual, y cerré los ojos y vi los húmedos labios que me hablaban:

—Tu regalo, Angelina —dijo Ella—. Dale al chico tu regalo.

Recordé la felicidad y la paz. Recordé la tranquilidad y la alegría. Luego recordé el flujo de emociones de la noche anterior y la noche en los Ozarks y me percaté de que tenía un regalo, una misión, y la libertad cobró para mí un nuevo significado.

En ese momento, de pie en la maleza, sentí nuevas emociones, nuevos sentimientos, llegué a creer que yo era una elegida. Era la elegida para poseer y emplear la música, esa música eterna y etérea. ¿Por qué algo —¿alguien?— se hacía cargo de mi vida como eso (¿Ella?) había hecho? ¿Por qué mi recompensa era esa adorable sensación de paz y protección? ¿Por qué me obsesionaba la idea de la estación de autobuses, si no era para cumplir mi destino acudiendo allí a experimentar la paz? Yo aliviaba el sufrimiento, concedía la paz. ¿Para qué otra cosa estaba allí, acechando por instinto en la maleza? Sabía lo que debía hacer.

Librarme de la responsabilidad no era un error. Liberarme de las relaciones familiares, de los bienes materiales, incluso de los deseos básicos de poseer tales cosas, no había sido un plan erróneo. Todo eso tenía un propósito. Yo había sido la elegida. Yo era especial. Yo sería una persona de segundo plano, que realizaría grandes cosas sin o con poco reconocimiento y aclamación públicos. A todas luces mi

tipo de ayuda no sería reconocida. Ellos no lo entenderían. Se avecinaban grandes cosas y yo era un diente menor de un poderoso engranaje. Guiado por Su voz.

Me sentí libre, maravillosa y una con la naturaleza.

La seguridad inundó mi alma. Oí deliciosos acordes musicales. Me asomé a la puerta de la eternidad y supe que si pudiera sentarme y meditar sobre ella un momento, comprendería el escurridizo concepto.

Más tarde. Cuando llegó el momento, tenía algo importante que realizar.

Avancé entre la maleza justo cuando el joven se inclinaba hacia el suelo, con las manos en la cara y los hombros temblorosos.

KYLE CARMICHAEL: Claro que la recuerdo. Estaba merodeando alrededor de la sala cuando llegué. Nunca había visto a Boyd tan colado por una mujer. Las mujeres le asediaban, a un muchacho grande, fuerte y de buen corazón como él. Le asediaban; hubiera podido elegir, pero nunca pareció salir con ellas en serio más de una o dos veces.

El padre de Boyd y yo éramos viejos amigos, luchamos juntos en la guerra. Yo nunca tuve hijos, sólo hijas que mi esposa crió, de modo que siempre sentí que Boyd y Bill eran también míos. Los cuatro íbamos de caza cada fin de semana. Era precisamente el tipo de cosas que hacen los hombres, reunirse, enseñarles a los jóvenes lo que es la vida.

Je. Si Boyd se hubiera tomado a las mujeres tal como se tomaba la caza, probablemente habría tenido un montón de problemas. Ese chico no se rendía. Ni siquiera la puesta de sol le detenía. Se compraba libros y armas y él mismo las cargaba. Una vez siguió la pista de un ciervo todo el fin de semana. Lo cazó. A mí me parece que era como una obsesión, pero no quise preocupar a su padre, no soy de esos entrometidos.

Boyd era siempre un caballero. Y su hermano también. Buenos deportistas. Al cabo de un tiempo los tres nos cansamos de cazar; primero dejamos de disparar, luego dejamos de llevar las armas, y por último dejamos de salir, salvo Boyd. Él siguió, aunque solo.

Sí. Mi corazón se alegró cuando vi a Boyd y a ese pedacito de rubia mirarse de ese modo. Me dije a mí mismo: «Kyle, Boyd ha encontrado algo mucho mejor que seguir rastros en una montaña nevada. Ahora tiene una mujer que cazar». Je. No hay como una mujer para cambiar la cabeza de un hombre.

Sabía que el chico me oía acercarme, pero no levantó la cabeza hasta que me arrodillé junto a él y le toqué en el hombro. Entonces apartó los dedos y se enjuagó la húmeda cara, primero con las manos, luego con la manga de la chaqueta, el sufrimiento aún modelaba sus rasgos. Al darse la vuelta para mirarme, vi el brutal morado de su mejilla.

—¿Qué? —dijo él, tomándome por una emisaria de su novia.

—Nada. Sólo he venido para estar contigo. Para calmar tu dolor. Me llamo Angelina.

Él asintió, sollozando y se secó la nariz con la manga. Yo empecé a acariciarlo. Mis manos se deslizaban levemente sobre su cabeza, entre su pelo castaño helado de frío. Le toqué la mejilla hinchada y le puse un dedo en la barbilla. Le desabroché el botón de arriba de su abrigo mientras él hurgaba con los dedos en su regazo. Luego me miró, con los ojos enrojecidos y apenados.

—Le compré un diamante para Navidad. ¿Ahora qué voy a hacer con él?

Le desabroché el segundo botón. Debajo tenía una camisa roja de franela y del cuello salía el triángulo de una camiseta blanca. Me sentí a gusto y encauzada, feliz y sana, y se me llenaron los ojos de ternura, amor y gratitud mientras sostenía su rostro en las manos.

—No sé. No creo que ella merezca tu amor —dije, desabrochándome el abrigo.

—Supongo que podré devolverlo —él empezó a apretarse las manos, haciendo crujir los nudillos—. En realidad pensaba... —por primera vez pareció ser consciente de mi presencia cuando me quité la chaqueta de cordero y desenrollé la toalla que llevaba a los hombros—. ¿Qué haces?

—Shhh —le dije, poniéndome un dedo sobre los labios—. Voy a aliviar tu dolor. Vamos, échate. Haré que la olvides por completo.

Podía notar que estaba nervioso e imaginé felizmente que la seducción le hacía olvidar todo recuerdo de su corazón destrozado. Se tumbó y me puse de horcajadas sobre su pecho, situando ligeramente las rodillas sobre sus brazos. Empecé a balancearme, al ritmo de la música que sonaba en mis oídos y le canturreé en voz baja mientras le acariciaba el rostro.

Cerró los ojos y en su boca destelló una sonrisa. Le abrí el cuello del abrigo, descubriendo la tierna piel, tan blanca del invierno, tan virginal e inmaculada, tan hermosa. Ni un pelo, ni un lunar, ni pecas, apenas una arruga. Un liso y amplio campo abierto con el más débil de los pulsos.

La boca se me inundó de saliva mientras un hambre voraz estremecía todo mi cuerpo. Me incliné y tomé lo que era mío.

Su forcejeo fue un entretenimiento. Deseé fervientemente que abandonara esa

estúpida lucha, la victoria sería mía, sería nuestra. Pero pronto se apaciguó y yo sacié mi sed, sacié mi espíritu.

Esta vez la herida era pequeña y precisa, estaba depurando mi técnica. La limpié con la punta de la toalla y me sequé la cara lo mejor que pude, dado que carecía de espejo. Le volví la serena cara y recorrí su mejilla con la yema del dedo. La hinchazón había bajado y ya no estaba enrojecida sino azulada. Luego coloqué tiernamente al chico de costado, le doblé las rodillas contra el estómago y le tapé el cuello con la toalla. Lo miré con cariño, qué niño, qué chiquitín, acurrucado como un bebé. Era irresistible en su inocencia. Era hermoso y me había complacido por completo. Me sentía agradecida. Agradecida, feliz y tranquila, completa y muy soñolienta. Me tumbé abrazada a su espalda y dormí, sucumbiendo a los dulces acordes de la música que me inspiraba y como una canción de cuna me invitaba dulcemente al sueño.

Me despertaron los rugidos de un motor y, al sentarme, frotándome los ojos, intentando recuperar el sentido, me deslumbraron unos faros. El baile había terminado. Debía reunirme con Boyd para que me llevara a casa. Besé a mi amante de esa noche y lo abandoné. Me cepillé las hojas y la hierba de mi ropa, me puse la cazadora y me peiné con los dedos. No estaba segura de tener manchas delatoras en la ropa o en la cara y no lo sabría hasta que encontrara un espejo.

Con la cabeza gacha, me debatí contra la multitud que salía y me abrí paso a contracorriente hasta llegar al vacío lavabo de señoras. Abrí la puerta y me miré al espejo. Mi cara reflejaba la serenidad de mi alma. Parecía relajada, feliz, amada. El agua caliente me lavaba las manos mientras yo me miraba la cara en el espejo, estimando mi nuevo aspecto. Era el aspecto enjuto de la satisfacción espiritual. Me sequé las manos en la toalla de papel y comprobé una vez más mis dientes en el espejo.

Apagué las luces al salir.

Kyle barría un montón de colillas, envoltorios de chicles y basura variada que desfilaba ante su ancha escoba. El snack bar estaba cerrado, la comida recogida, todo limpio y las luces apagadas. La mesa de las entradas estaba guardada. Bill y Boyd aguardaban en el portal, hablando con algunos hombres más mayores. Me dirigí hacia ellos.

Boyd me vio aproximarme y sonrió.

—¿Preparada?

Yo asentí.

—Kyle cerrará —dio un codazo a su hermano en el costado—. Vamos, tío.

Estrechó las manos de los dos hombres, dio las gracias a Kyle y los tres salimos al frío del aparcamiento que aún contenía unos pocos coches y estaba lleno de botellas y

latas vacías.

La camioneta de Boyd era grande, una camioneta tan elevada del suelo que creí que necesitaría una escalera para entrar. Me cogió por la cintura y me ayudó a subir, y yo me senté cómodamente entre los dos hermanos. El motor cobró vida. Boyd encendió las luces, la calefacción y la radio en un movimiento rutinario. Puso la furgoneta en marcha y emprendimos el camino.

Boyd permaneció en silencio mientras conducía los pocos kilómetros que faltaban hasta su casa. Bill seguía el ritmo de las canciones de la radio con los pies y asentía con su Stetson. Incluso cantó algunos fragmentos de una melodía de amor. Cuando nos paramos fuera de su casa, saltó, dio rápidamente las gracias, cerró la puerta y volvimos a reanudar la marcha. Boyd no pronunció ni una palabra.

Me aparté hacia la puerta, pero no del todo. Me había gustado sentirme tan ínfima, flanqueada por los dos hombres. Por fin me encontraba en la situación que había deseado durante la noche. Pero fue tan breve, ahora tenía un hueco a mi lado, aire a mi alrededor y por un momento me inquieté, temerosa de perder el sentimiento de camaradería.

Pero la hermosa voz estaba conmigo, en lo más hondo de mi mente, siempre conmigo. Me sentía realizada y satisfecha.

Aún era pronto, teníamos toda la noche por delante. No me importaba volver a casa de Lewis, pero ¿qué podíamos hacer?, ¿sería correcto que yo sugiriera algo?

Y entonces se me ocurrió que Boyd no me había preguntado dónde vivía. Mi espíritu se alegró. Así que la noche no había concluido. Estábamos camino hacia alguna parte, hacia la aventura. La angustia de enfrentarme sola a la casa de Lewis se desvaneció y yo me relajé. El aire caliente que soplaba en mis botas me adormecía. Boyd alargó el brazo y cambió de emisora; mucho más perceptivo que su hermano menor a la molestia de la música, y las viejas canciones de la radio decían su cuestionable sabiduría en nuestro cuadrado y veloz universo sobre ruedas.

Continuamos por la autopista, por carreteras llenas de surcos, pasamos vallas rotas y salimos a caminos de arena y polvo, donde la luna se reflejaba en el desierto. Volvimos a la ciudad, atravesando despacio el distrito de luces rojas, luego tranquilamente por los pequeños y pacíficos barrios con sus casas alineadas y sus habitantes plácidamente inmunes al efecto de la oscuridad sobre ellos, incluso dormidos.

Boyd no dijo una palabra. Yo también guardaba silencio.

De repente parecía haber un olor en el aire. Olía como a cuero gastado. Sentí la soledad mezclada con amor. Me aliviaba la unidad... no, no era exactamente unidad, no estábamos unidos. No me alivió descubrir que se trataba de camaradería. Compartíamos cierta pasión por conducir y por la noche. Boyd y yo no necesitábamos palabras para comunicarnos. A cierto nivel nos comprendíamos

perfectamente.

La noche, la calefacción, la música y afuera la eterna película que se proyectaba sobre la amplia pantalla que nos mantenía juntos. No dejaba de sorprenderme la evolución del viaje por la ciudad y sus alrededores. A medida que avanzábamos me maravillaba de la aguda percepción que Boyd tenía de mí y de Westwater. Me lo presentó en una secuencia lógica que me sorprendía y me fascinaba en cada viraje. No había ninguna necesidad de comunicación verbal. El aire estaba cargado de nuestra energía.

Después de horas, días, minutos, eternidades, acabamos de nuevo en la sala de baile. Estaba oscura y vacía. Pensé en el descampado trasero lleno de maleza y también en Boyd. Pero estaba oscuro y vacío. Como el cadáver del chaval que yacía allí.

Boyd frenó para pararse en medio de la calle desierta y miró el edificio a través de su ventanilla. Luego bajó un poco el cristal y entró una helada ráfaga de aire, haciendo pedazos el ambiente. Parecía encerrarse en sí mismo con un temblor.

—Sin gasolina —dijo.

Miré el indicador de la gasolina. La aguja roja descansaba sobre la señal de «vacío».

Se volvió hacia mí y me miró a los ojos, luego sonrió.

—¿Dónde vives?

Se lo dije.

Nunca he creído en las almas gemelas, ni en la reencarnación, ni en las drogas alucinógenas, siempre he creído que todo eran patrañas, hasta esa noche. Y entonces, cuando Angelina y yo empezamos a hablar, la reconocí. No me refiero a su rostro, ni a su cuerpo, ni a nada, sino a su alma. Reconocí su alma. No sé cómo pudo suceder, pero es cierto. Nos conocíamos tan bien, por dentro y por fuera, que circulamos —después del baile— circulamos en la camioneta toda la noche. Jamás Westwater me había parecido tan mediocre. Supongo que fue entonces cuando supe que me largaría y eso añadió excitación.

Fue una noche excitante, es cierto, al menos para mí. Dimos vueltas hasta que cerraron todas las gasolineras y apenas tenía suficiente gasolina para llegar a casa. Y no cruzamos ni una sola palabra. Era como la noche, así de mágica. Era como si estuviéramos encerrados en una celda juntos, sin hacer más que contemplar juntos el mundo y mirar esa rarísima película del mundo que nos rodeaba, un pequeño microcosmos de la sociedad, de la que nosotros nos sentíamos desligados. Nosotros estábamos juntos. No, juntos no es exactamente la palabra precisa. Eramos más bien uno con el otro, en un sentido puramente visceral. Almas gemelas, supongo que es el único modo de describirlo.

Cuando la dejé, le dije que la recogería la noche siguiente a las ocho y luego me fui a casa.

Fue divertido. Toda mi vida se vació allí mismo en la puerta de su casa cuando ella bajó de la camioneta. De camino a casa, de algún modo sabía que no sólo nos habíamos conocido en el pasado, sino que nuestros senderos se cruzarían muchas veces en el futuro. Ya sentía impaciencia. Deseaba estar con ella, sentarme con ella y charlar durante años, y quizás descubrir que... ¿qué es eso? ¿Atracción? No lo creo. Y sin embargo, cuando tuvimos la oportunidad, cuando estuvimos juntos esa noche no hubo palabras entre nosotros. No teníamos nada que decirnos. De alguna manera estábamos más allá de las palabras.

No obstante, la pasión persistió. Una pasión por conocerla, porque sentía que ella tenía mucho que enseñarme sobre mí mismo. Casi como si fuera mi otra mitad.

Dormí todo el día siguiente, hasta la puesta de sol, cuando el timbre del teléfono me despertó. Volvía a ser Lewis. De nuevo me profesó su amor, pero esta vez yo no le correspondí. No podía corresponderle. A la luz del nuevo amor que me embargaba —un profundo amor, un amor eterno— no podía corresponder a las superficiales palabras de Lewis. Mi silencio le preocupó y amenazó con regresar inmediatamente. Tenía que pensar rápido, para convencerle de que en aquel momento estaba distraída y de que podía quedarse todo el tiempo que necesitara. Yo me encontraba bien, estaría bien y esperaría ansiosa su regreso.

Me molestó mentirle de ese modo. A Lewis.

Vagué por la sala de estar y me senté en el sofá de plástico, agradecida de que Lewis me despertara justo a tiempo para disfrutar de la oscuridad que rodeaba la casa y colmaba el cielo. La música tocaba un mantra de calma y el tiempo se escurría mientras yo empezaba a meditar, recomponiéndome a mí misma, entrando en equilibrio con lo eterno. Después me percaté de que eran las siete y media, y tenía que darme prisa para estar preparada cuando llegara Boyd.

Llegó puntualmente a las ocho, vestido prácticamente como la noche anterior: tejanos, camisa de franela a cuadros, chaqueta de pana y Stetson oscuro. Se sentía incómodo en la casa de Lewis y verlo allí me horrorizó. Boyd no pertenecía a una casa como aquélla. Pertenecía a un establo en un rancho campestre, a un pequeño y agradable refugio de algún tipo, junto a un fuego de campamento, pero nunca a una prometedora casa semimoderna, en espera de revalorización.

Corrí al recibidor, abrí el armario ropero y me detuve. Sintiéndome algo extraña, abrí el armario de la ropa blanca, saqué una toalla azul floreada y me la coloqué sobre los hombros antes de ponerme la chaqueta de cordero que había llevado la noche anterior.

En dos pasos, Boyd me ayudó a ponerme la chaqueta y me preguntó:

—¿Para qué es la toalla?

Volví a detenerme antes de responderle, porque no sabía exactamente qué responderle. Deseaba contárselo todo, mi misión, mi lugar de serenidad, los sentimientos que me embargaban cuando desarrollaba mi potencial. Pero no me atreví. Quise hablarle de mis pensamientos y de cómo a veces oía voces al oído y otras sabía las cosas instintivamente, y una de las cosas que sabía por instinto era que esa noche debía llevar una toalla alrededor de los hombros. Pero la explicación me pareció desafortunada antes de pronunciar las palabras.

De modo que respondí:

—Esta chaqueta es demasiado grande y a veces me entra frío por las mangas y me llega hasta los hombros.

El sonrió, como si comprendiera mi engaño.

La camioneta aún estaba caliente. Subí al asiento del copiloto por mi propio pie y pude notar cómo Boyd sonreía a mi espalda al mirar cómo me apresuraba a hacerlo; a establecer, de una vez por todas, que yo era capaz de cuidar de mí misma, que no necesitaba auparme como a una niña. La sólida puerta se cerró tras de mí y me centré en el asiento mientras él daba la vuelta por delante y entraba. Cuando cerró la puerta el espacio familiar se cernió sobre nosotros y toda mi ansiedad desapareció. Nos sentamos en silencio, en la oscuridad, un buen rato. Luego él puso en marcha el coche, encendió las luces, la calefacción y la radio con el mismo movimiento rutinario. Ya empezaba a cogerle cariño.

Al acelerar me apreté contra el asiento y escapamos del vecindario de Lewis.

Reprimí el impulso de preguntarle a dónde íbamos, sabía que podía confiar en Boyd, que él encontraría algo que hacer agradable para los dos. Mientras nos dirigíamos hacia la ciudad, empecé a notarlo distinto, un poco ido. Un problema le rondaba en la cabeza, así que me senté a su lado en la cálida cabina e intenté relajar el espacio que nos rodeaba.

Por fin hablé, con su voz profunda y algo nerviosa en ese espacio tan reducido. Yo conocía la conversación silenciosa de Boyd, su voz parlante me resultaba extraña a los oídos. Tardé un momento en digerir el sonido antes de encontrarle algún sentido. Y luego me chocó extraordinariamente.

—Anoche asesinaron a un chico en el baile —dijo.

¡Asesinaron!

—Pero nosotros fuimos los últimos en irnos.

—Ya lo sé. Él estaba fuera en el descampado. Es un viejo lugar lleno de matorrales donde algunos chicos van a beber o fumar o hacer el loco. He pasado toda la tarde con Julie, su novia. Habían ido allí a hacer el amor y tuvieron una pelea. Lo último que sabemos de él es que está muerto. Con la garganta desgarrada. El sheriff cree que fue un perro salvaje o un animal suelto. Lo mismo que le pasó a un motorista en el aparcamiento del Café de Jane el jueves por la noche.

Había dicho asesinato. Asesinato. La palabra flotaba por las paredes internas de mi cráneo y era incapaz de pensar en nada más. Asesinato. La palabra daba vueltas y vueltas. Casi la podía ver desfilando alrededor de mis globos oculares. Asesinato. Mi mente tropezó con el obstáculo y lo repetía una y otra vez hasta que fue un conjunto de sonidos sin sentido. Asesinato.

Yo no había asesinado al chico, en absoluto. Yo le había amado. Amado total y completamente, con todo mi cuerpo y toda mi alma. Le había amado como recompensa, hasta darle la paz. Estaba lejos de esa malévolas arpía, no habían ido allí a hacer el amor, ella le había seducido hasta allí para romperle el corazón. Por alguna razón yo conocía la esencia de su carácter. Al muchacho le gustaba ella, pero estaba

enamorado de la idea del amor. Él quería ser capaz de amarla. Ahora estaba verdaderamente enamorado. Ahora estaba en paz. Descansaba en paz eternamente, en el seno del reino de la calma. ¿Qué derecho tenían a emplear esa terrible palabra: asesinato?

¡Y por un perro salvaje! Esa noche mi trabajo fue pulcro. Lo aseé con una toalla y lo dejé limpio y respetable. ¡Cómo se atrevían! Me sonrojé ferozmente y hundí las manos en los bolsillos de la chaqueta. No me atrevía a hablar pues sabía que me temblaría la voz de indignación.

El silencio cayó sobre nosotros otra vez, pero el aire de la camioneta era diferente. Estaba teñido de mi rabia y de la pena de Boyd. Al fin ya no pude resistirlo más tiempo. Tenía que saber más.

—¿Lo conocías?

No podía evitar el temblor de mi voz.

—No demasiado. Sabía quién era. Conocía a su chica, Julie. Es una chica estupenda de verdad, pero cree que fue por su culpa. Los remordimientos la están corroyendo.

Es natural, pensé.

—Dan tenía la edad de mi hermano. Bill lo conocía muy bien. Incluso iban a la misma clase.

Boyd viró por la calle principal y paró la camioneta en un aparcamiento frente al concesionario Ford. Apagó el motor, luego se volvió en el asiento para mirarme. Por primera vez noté una mancha marrón en el iris de su ojo derecho. Era una pequeña pincelada marrón, justo encima de la pupila de su ojo verde. Le daba una mirada peculiar, era un punto focal, una característica muy particular. Deseaba sentarme y quedarme mirándolo siempre, le miré a los ojos y supe más sobre la muerte de Dan y sus repercusiones en la comunidad, supe más sobre Boyd y su sensibilidad, pero alargó la mano hacia mi rostro, lo que me alarmó en mi repentino estado paranoico y me hizo retroceder.

—Hey —sonrió—. Relájate. —Luego un tierno índice me acarició la mejilla y la barbilla. Su voz era dulce e hipnótica—. Venga. Vamos a ver una película. Necesito reír.

Se acercó más. El ala de su sombrero frenaba la luz de la fila de bombillas que alumbraban el montón de coches usados y ensombrecía sus ojos.

—Ven a reírte conmigo —dijo mientras giraba la cabeza y con mucho cuidado posaba los labios en mi mejilla.

Llevaba una colonia muy fuerte e intensa, un aroma muy elemental, al contrario que la colonia liviana, casi femenina que usaba Lewis.

Se echó hacia atrás, la sombra retrocedió y vi el dolor en sus ojos. Una pregunta afloró a mis labios.

—¿Por qué te duele tanto?

—Porque era tan joven —dijo Boyd, casi susurrando, sus doloridos ojos mirando directamente a los míos—. Porque aún le quedaba mucha vida por delante. Porque le han robado el placer de crecer y casarse y tener niños y una carrera. Y porque nos lo han robado a él y la posibilidad de tener a sus hijos entre nosotros. Danny era un buen chico. Habría sido un buen hombre, un buen ciudadano, una persona muy útil. Y ahora algo irracional ha... —Se apartó de mí y se agarró al volante—. ¿Quieres ir al cine o no?

Podía ver que le había molestado, lo notaba en su voz, lo sentía en el aire, pero no podía detenerme ahora. Era demasiado intrigante.

—Quizá fue justo que muriera.

Los ojos de Boyd me fulminaron.

—Eso es un montón de mierda fundamentalista. La gente me lo ha estado diciendo, sabes. «Los caminos de Dios son misteriosos... De alguna manera todo es para bien...». Eso son un puñado de mentiras. El Dios que yo conozco no va por ahí desgarrando las gargantas de los niños.

Le puse la mano en el hombro. El frío empezaba a penetrar en la cabina.

—¿No crees que a veces la gente se busca su destino?

—¿Qué demonios te ocurre? ¿No lo comprendes?

Me sonrojé como respuesta a su súbita ira.

—Anoche unos perros salvajes desgarran la garganta de un muchacho mientras nosotros bailábamos y lo pasábamos bien. Me he quedado todo el día con su novia. Llevaba un anillo de diamantes que la madre del chico encontró en su armario. Iba a dárselo para Navidad. Hoy es dieciocho de diciembre. Son unas buenas Navidades para un montón de gente. Y tú estás aquí sentada diciéndome que, probablemente debido a que Julie se enojó un poco en el descampado, cuando Danny vio al monstruo le gritó: «¡Ven, perrito, perrito!». —Golpeó el volante, el aura de su pesar olía amargo—. Eres una persona insensible, Angelina. Pensé que te había calado, pero no, no lo he hecho.

—No soy insensible, Boyd, simplemente soy imparcial. Intento descubrir una perspectiva. Estoy segura de que el cuadro es más amplio, si pudiéramos...

—No. Yo ya he descubierto mi justicia. Tenemos que acudir a una partida de caza a medianoche. Vamos a seguir el rastro de esa cosa y machacarla.

Ahora me tocaba a mí saltar de terror. Boyd me sonrió cuando lo dijo, me sonrió sin alegría, me sonrió con la mueca sedienta de sangre de una calavera. Claro. Era un cazador. Un cazador.

Y yo también.

Abrí la puerta y salté a la acera, a la molesta brillantez de la parcela de coches usados. La marquesina del teatro derramaba luz sobre el otro lado de la calle y había

empezado a formarse una cola en la puerta.

Boyd saltó y corrió alrededor de la camioneta hasta donde yo estaba, pero yo le di la espalda y me alejé.

Él cazaba por placer, por deporte, para divertirse. Buscaba hermosos animales salvajes y los mataba. Yo cazaba por dolor. Yo buscaba a los confusos, los heridos, los oprimidos y los amaba hasta matarlos, hasta darles la paz, la calma, la eternidad. A mí me odiaban y a él le aclamaban.

—Angelina —oí sus firmes pisadas detrás de mí y una gran mano me cogió por el hombro. Me dio la vuelta—. ¿Angelina? —La mancha marrón de su iris me miraba y yo la percibí como el centro de una diana—. Por favor, te llevaré a casa. —Me zafé de su mano y empecé a caminar otra vez—. ¡Por favor, es peligroso!

Seguí caminando, intentando taconear un poco, hacer que mis pasos sonaran algo más fuertes sobre el cemento, deseando ser más grande y más corpulenta y no tan lamentablemente minúscula.

Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta, preparándome para un largo y frío viaje a casa. El precoz aire de la noche me helaba hasta hacerme tiritar. Me sentía animada y viva.

Mis pies me llevaron calle principal abajo, hacia los barrios más bajos de la ciudad. Las prostitutas esperaban de pie en las esquinas, la mayoría de ellas escasamente vestidas. Si tenían suerte, un coche con calefacción aparecería por la curva y ellas subirían con un cliente que las pagaría. Si no, se contonearían sobre sus tacones altos hasta un bar caldeado, donde se calentarían las rodillas e intentarían darse un poco de marcha. Era un clima duro para las rameras, sobre todo acercándose la Navidad.

Las esquivé, ignorando sus miradas, ignorando el bullicioso calor que explotaba en la calle cada vez que la puerta de una taberna se abría, ignorando a los sucios chavales que se pasaban paquetes de plástico entre ellos, ignorando a los hombres de pelo corto y uniforme que hacían comentarios groseros y vagaban por las calles en grupos.

Me percaté de estas cosas apenas como detalles periféricos. Mi mente estaba ocupada con Boyd mientras caminaba por la sucia acera, pasando ante las librerías para adultos y los espectáculos pornográficos.

Al andar, recordé la charla que habíamos mantenido en la camioneta. Intenté encontrarle algún sentido. Intenté descubrir un hilo de razón con el que hilvanar la conversación. Boyd y yo estábamos muy cerca. Eramos del mismo tejido. Éramos como retales idénticos de tela de diferentes tintadas. Demasiado distintos para coincidir, pero demasiado iguales para contrastar. Era una situación peculiar. Yo entendía su punto de vista. Al menos, podía captarlo, comprenderlo. Boyd no toleraría mi punto de vista en absoluto.

En absoluto.

¿Quién era él para desaprobarme mi opinión? Por algún motivo mi indignación se asió a esa lógica para nutrir el resentimiento. Cuando me interné en la zona vacía y solitaria del centro de Westwater, ardía de rabia contra Boyd y su hermano y la mocosa de Julie y toda la cuadrilla que se había preparado para cazar y mutilar al asesino de Dan. Si ellos supieran. Si supieran. Si...

Tal vez debía presentarme voluntaria para acompañarlos.

No seas loca, Angelina, me dije a mí misma. No corras riesgos innecesarios.

Tuve que pararme y mirarme en el reflejo de un escaparate. Miré mi diminuta estatura, mi carita delgada y mis rasgos, mi cabello rubio y corto y pensé en perseguir a los perseguidores que se abrirían paso entre la maleza intentando ahuyentar a un coyote enloquecido. La idea me hizo reír a pesar de mi rabia y recuperé la cordura. Olvídalo, Angelina, dije a mi reflejo. Mi ser virtual asintió y reanudé la caminata.

Pero, como ocurre con los resentimientos, mi mente no lo olvidaba. Cuando hube salido del centro de la ciudad, pasado ante la biblioteca y me dirigía hacia la estación de autobuses, volví a tener un nudo en la garganta y me subió la temperatura. Empecé a correr para quemar el exceso de energía.

Con las manos en los bolsillos pasé de largo ante la estación de autobuses y el restaurante de Jane, sintiendo como el aire frío me cortaba la garganta a medida que mi respiración se hacía cada vez más fuerte debido al desacostumbrado esfuerzo. Me sentía maravillosamente. Atravesé la carretera hasta el barrio de Lewis y giré a la izquierda en lugar de hacerlo a la derecha, donde se encontraba la casa de Lewis. Aún no estaba preparada para ir a casa, quería seguir corriendo, corriendo cada vez más rápido y más fuerte, quería librarme de todas las tensiones y resentimientos creados y de la rabia. Mis pies golpeando el pavimento se convirtieron en un único sonido, un ritmo casi tan hipnótico como mis reflexiones, y, poco a poco, llegó la música y mis pies descendían ligeros y el reino de paz estaba allí, justo delante de mí, justo al alcance de la mano, resplandecía tentador, justo delante de mí. Angelina, ¿por qué por una vez no lo haces a la manera de Boyd? —dijo la música—. No le guardes rencor hasta que no hayas comprendido su punto de vista. La posibilidad de comprensión se presentaba precisamente ante mis narices.

Precisamente ante mis narices un hombre paseaba a su perro. Se encontraba en medio del campo que bordeaba la hilera más externa de casas. Bajé por un sendero segado y sin perder el ritmo, con pies ligeros, a una velocidad increíble, corrí, casi volé, camino abajo y, como a cámara lenta, lo vi dudar y volverse, vi al perro aullar, la expresión del rostro del hombre, luego oí el alarido feroz, el alarido de la victoria, del coraje, de la superioridad, de exultación.

Y llevé a cabo el asesinato.

El perro escapó, gruñendo y ladrando, y regresó cuando yo hube terminado. Me

puse en pie, me aparté del hombre y le miré: mi primera muerte puramente por placer. El perro lamió la fría y arrugada cara del hombre, mirándome de soslayo, luego encontró la herida abierta. El perro frunció el ceño y empezó a gemir, olvidándose de mí, mientras chupaba el cuello inerte de su propietario. Sacudió la herida con los dientes, mordisqueando cuidadosamente los bordes con sus pequeños e ineficaces incisivos y yo le ahuyenté, luego me quité la toalla de los hombros y cubrí al hombre con ella.

Puse una bota sobre el pecho del hombre y miré al cielo con un apremio dramático. Levanté los brazos como para abrazar el frío cielo de la noche con sus millones de estrellas parpadeantes y grité:

—¡Ahora lo comprendo, Boyd! ¡Lo comprendo! ¡Tú y yo somos de la misma calaña!

Y luego me reí, porque Boyd aún no lo sabía. Y me volví a reír, consciente de que los placeres del universo, los goces de la eternidad me pertenecían.

Apeñusqué la toalla alrededor del cuello del hombre, justo por encima de la solapa de piel de castor de su abrigo, como si fuera una bufanda. Asusté otra vez al perro, aplaudiendo para ahuyentarlo y luego volví a la casita de Lewis, donde me duché y me dejé caer sobre la cama, maravillada del placer de matar, preguntándome a quién intentaba agradar.

Esa noche estaba un poco nervioso. Había pasado todo el día sentado con Julie, mientras ella lloraba y frotaba ese diamante de su dedo También aguardaba la cacería de esa noche. Estaba algo tenso.

Angelina era demasiado joven, ahora que lo pienso. Tendría sólo unos... bueno, no sé, pero era joven. En realidad era solo una niña. De no haber estado tan nervioso, probablemente lo habría notado y no la habría agobiado. Pero no lo hice, no lo hice.

Así que discutimos. Es difícil decir exactamente por que discutimos, el caso es que ella terminó por bajar de la camioneta y largarse por la calle. Intenté detenerla, pero Angelina es muy terca. Yo no soportaba su obstinación, así que supe cuando darme por vencido. Nada la haría cambiar de opinión.

Ves, ahí es donde empiezan los problemas. A veces encuentras en chorros huérfanos —zorros, coyotes— y son buenas mascotas, porque son bastante jóvenes. Pero llega un momento en la vida de un cachorro salvaje en que ya es demasiado mayor para domesticarlo, e intentar quedárselo es una pérdida de tiempo. Seguía pensando que quizá si no la hubiera dejado marchar... aún era tan joven... Entonces tal vez fuera mi instinto el que me dijo que ya había traspasado ese umbral.

Ésa fue la última vez que la vi en una buena temporada. Había mucho que hacer en la ciudad, apenas tenía tiempo para pensar en ella, aunque nunca la aparté de la

mente. Yo ayudaba al sheriff haciendo el trabajo de a pie del caso y fue entonces cuando... cuando vi la toalla, Jesús, la toalla y entonces lo supe. No podía creerlo, por eso no se lo dije a nadie. Pero lo supe. Fue entonces cuando empecé a buscarla seriamente. Tardé mucho tiempo, pero la encontré.

Planeé bruscamente desde cumbres vertiginosas hasta profundidades que encogían el estómago. El viento me lavaba la cara y una transparente prenda de gasa me ponía la piel de gallina. Volé sobre montañas y colinas, vi cementerios e iglesias, pequeñas ciudades con su maraña de cables sobre postes de juguete. Levanté la vista y vi la noche por el otro lado del día y siempre estaba allí, paciente, consoladora, prestándome su apoyo y su guía. Era mi seguridad, mi protección. Sabía que no podía caerme.

El día empezó a sonar. Era un sonido incierto, duro, insípido contra el acompañamiento musical de mi vuelo deslizante, flotante. El aire se espesó y me costaba avanzar a través de los estridentes timbres que envenenaban la música. Mi cuerpo temblaba y se agitaba en incómoda resonancia. Deseaba la oscuridad, quería que desapareciera la luz y descender. Inspeccioné el campo en busca de una cueva, una guarida, incluso un valle en sombras.

Pero la luz del día se estaba extinguiendo, yo me estaba extinguiendo y luego me encontré en el suelo, cogiendo montones de... hojas para mi barbilla, y abrí los ojos y volvió a sonar el teléfono de la mesilla de noche de Lewis.

Me senté, con el estómago revuelto, incómoda, carraspeé varias veces, luego descolgué el auricular. Noté como la penumbra descendía alrededor de la casa. Otra vez me había quedado dormida durante el día.

—¿Angelina?

Era Lewis.

—Hola —dije.

—¿Dónde has estado todo el día? Te he llamado una y otra vez. ¿Has salido a divertirme?

—No. He estado aquí. El teléfono no ha sonado.

—Oh. Bueno, quizá la línea no funcionaba bien. Oye, llego a casa mañana. Dios, me muero de ganas de verte.

—¿Mañana?

—Sí. Saldré de aquí a media mañana, o sea que llegaré a última hora de la tarde.

—¿Cómo está tu padre?

—Lo está llevando bien. Aquí tiene buenos amigos, estará bien. Me muero de ganas de verte. Dios, te he echado tanto de menos.

Yo guardé silencio.

—¿Angelina?

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien?

—Claro.

—¿Me has echado de menos?

—Sí, Lewis, te he echado de menos.

—Bueno, duerme bien esta noche, cariño. Te veré mañana.

—Vale.

—Adiós, amor.

—Adiós.

Colgué el teléfono. Lewis volvía en casa. Intenté estirarme como un gato, pero la ansiedad me mordisqueaba los límites de la conciencia. Había disfrutado con Boyd, había disfrutado en la estación de autobuses, había disfrutado de mi libertad, y ahora Lewis regresaba a casa para poner fin a todo eso.

Me dejé caer en la almohada y me tapé con la sábana, sintiendo vagamente que hacía algo malo durmiendo todo el día. Madre nunca lo hubiera aprobado.

El reloj dio las cinco y media, el anochecer invernal se agudizaba. Qué extraño que el teléfono no funcionara en todo el día. Debía de haber un problema en la central, una avería que había afectado a todo el vecindario y que acababan de reparar.

Seguramente no habría podido dormir con el timbre sonando.

Cerré los ojos y medité sobre el regreso de Lewis a casa. Él querría que practicara el sexo con él otra vez, algo que no me interesaba en absoluto. Yo había cambiado en los días en que Lewis había estado fuera. Me sentía inquieta ante su regreso, la misma inquietud que sentía cuando de colegiala tenía que presentarme a un examen que no había preparado.

Lewis tenía principios, requisitos.

Desearía que me quedara en casa todas las noches.

Mi inquietud se tornó en rabia. Otra vez me había dejado enredar por las responsabilidades. Ahora tenía que cortar su red restrictiva. No tenía ningunas ganas de someterme a ningún examen, ninguna investigación. Tendría que dejarlo. La cuestión era cuándo.

Afuera se hizo más oscuro y yo me desperté y me despabilé por completo. Mi libertad se acercaba, había tomado una decisión: pronto volvería a viajar, sola, sin lastres. Pero no por ahora. Tendría que esperar. Tendría que esperar.

Fui a la cocina, apesadumbrada y triste.

Lewis llegaría a casa mañana. La frase siguió rondándome por la cabeza. Cada vez que me detenía en mis quehaceres domésticos —quitar el polvo, limpiar el baño, pasar el aspirador—, las palabras me zumbaban en el cerebro y la inquietud me pisaba los talones.

A las nueve en punto estaba hasta las narices de los trabajos caseros. Las dos lámparas de la sala de estar emitían una luz amarilla que se reflejaba misteriosamente en la ventana oscura de la habitación principal de Lewis. Me puse a pasear. Me senté en el borde del sofá. Paseé. Me senté. Me encontraba tensa, horriblemente tensa. Mis

manos se retorcían, combatiendo en mi regazo.

Lewis llegaría a casa mañana.

Deseaba salir. A la oscuridad. Deseaba entregarme a ella, rendirme a lo extraordinario, al lado alterado de mi personalidad que cobraba vida después del ocaso.

Quería encontrar a Boyd, ver si había perseguido y matado algo a lo que pudieran culpar de las muertes.

Boyd.

Quería ver a Boyd. Me moría por ver a Boyd.

Mis manos se separaron y reposaron sobre mis muslos como dos pájaros heridos.

Boyd.

Me recosté en el duro sofá de Lewis y cerré los ojos. Recordaba haber estado en la cabina de la camioneta de Boyd, cómodamente custodiada por los dos hermanos. La abrasante sensación del aire caliente, la música en la radio, el parabrisas immaculado... recordaba su olor, boscoso y despierto.

Recordé nuestra pelea.

Se me clavaron las uñas en la palma de las manos y una náusea punzante me ardió en el esternón. Boyd no tardaría en descubrir que yo era la responsable de esas muertes.

Empecé a pasear otra vez. Los sentimientos pugnaban por aflorar. Estaba a punto de coronar nuevos altiplanos emocionales en mi ascensión a la madurez.

Boyd era el único que podía comprenderme. Era el único que podía contener mis pasiones.

Quería que Boyd...

Dios mío, quería que Boyd me detuviera.

Con esa idea en mente, respiraba como una exhalación, como si me hubieran apaleado. Tenía calambres en el estómago y me tallaban las rodillas. Al cabo de un momento el dolor cesó y volví al sofá, sintiéndome frágil y delicada. Me tendí, reprimiendo las ganas de escapar. Controlando los deseos nacidos del pánico que insistían en que hiciera las maletas y me fuera de la casa de Lewis esa misma noche. «Lárgate —me decía mi interior— incluso sin hacer una maleta». En cuanto se me borraba ese pensamiento de la mente, lo reemplazaba otro que decía: «Ve a la estación de autobuses, diviértete». Y otro diablo decía desde mi hombro: «Encuentra a otro necesitado».

Mi cuerpo parecía palpar con cada nueva idea, pero no respondía con ninguna acción. Me sentía hinchada y pesada, como si los excesos de las tres noches anteriores finalmente hubieran quebrado mi sistema interno.

Cerré los ojos y apreté la mejilla sonrojada contra el frío plástico del sofá. Esperaba dormir, esperaba superar el enloquecedor diálogo interno que sabía me

asediaría todo el tiempo que me negase a mí misma la oscuridad.

Cerré los ojos y empecé a buscar un lugar en mis adentros, el lugar de la meditación, el único que me había ayudado antes. Oí la música, la hermosa música, y se aplacó el martilleo en el interior de mi cabeza. Escuché la música, relajándome en la meditación, acunándome hacia delante y hacia atrás a su ritmo. Precisamente cuando me sentí centrada otra vez, la música se alejó y oí Su voz, la clara y portentosa voz femenina que me hablaba al oído con labios deliciosos. La voz era incisiva y fresca como un arroyo de montaña, y las palabras me acariciaban el corazón y se fundían con él. Ella dijo:

—Es el momento, Angelina. Ven. Sígueme.

Vislumbré el vestigio de algo eterno deslizándose por los corredores de mi mente y lo seguí.

Me desperté a las tres y media de la mañana. La noche languidecía y sentí que necesitaba un baño. Las ropas ceñidas me habían dejado huellas en la piel pegajosa. Me desesperé, luego llené una bañera de agua caliente y me sumergí un buen rato mientras cavilaba. Me quedaban pocos recuerdos de mi encuentro con Ella. Sólo sabía los sentimientos.

Observé el agua del baño golpear contra los límites de mi cuerpo mientras examinaba los sentimientos, extrayendo uno tras otro. El más potente llegó el primero. Se centró en el plexo solar, se agitó en el estómago y me llegó hasta el fondo de la garganta. Lo reconocí como algo secreto, algo divertido, algo así como un niño pequeño obscuro, algo que no cuentas a tus padres, sino de lo que te ríes en el dormitorio, con las puertas cerradas y las luces apagadas. Por la noche.

Ella y yo teníamos un secreto, pero no sabía cuál.

El segundo sentimiento fue de responsabilidad. Podía sentir una ligera tensión en los hombros y sabía que tenía una responsabilidad, posiblemente un acuerdo de por vida. Con ese sentimiento nacía otro... un sentimiento de seguridad.

Yo la serviría y Ella se ocuparía de mí.

Estos sentimientos trajeron consigo una nueva libertad. Podía relajarme. Sólo tenía que desempeñar las tareas que se me asignaban. Me sentía más ligera y más libre que en toda mi vida. La vida sería fácil de ahora en adelante. Me diría a dónde ir y cuándo. Carecía de exigencias y preocupaciones. Tenía una importante misión y, como una elegida, estaba en casa de Lewis para un propósito. Ella me diría cuándo debía marcharme.

Lewis estaría en casa mañana.

Derramé más jabón de lavanda en el baño y empecé a lavarme y a frotar.

Me marcharía de casa de Lewis, pero todavía no.

LEWIS GREGORY: Llegué a casa a eso de las cuatro de la tarde y ella estaba dormida en la habitación. Al principio pensé que estaba borracha o drogada o algo así. No podía despertarla. La sacudí y la abofeteé un poco, con delicadeza, no la pegué fuerte ni nada por el estilo. Empezaba a estar realmente asustado. Ella apenas respiraba. Cuando le puse una toalla fría en la frente, parpadeó un poco y profirió unos sonidos. Comprobé el armario de las medicinas y la cocina y no encontré nada que pudiera haber tomado o ingerido que la hubiera puesto en ese estado, así que me limité a esperar. Entré la maleta y me senté a mirarla. Y poco a poco fue despertándose. Sencillamente se despertó. ¡Jesús! Había visto sueños profundos antes, pero...

A las cinco y media, ya estaba bastante consciente y a la hora de cenar estaba activa y nerviosa. Era extraño. Era como ver a algo... regenerarse. Parpadeó y luego hizo un movimiento lento, perplejo y por último recuperó la conciencia. Fue extraño. Sáurico, supongo que podría calificarse así.

Yo estaba cansado de conducir y a las nueve ya estaba dispuesto a irme a dormir. Ella dijo que no y se quedó toda la noche en vela mirando la televisión, creo. Fuera como fuese, de madrugada noté cómo se acurrucaba en la cama conmigo. A las seis y media, cuando sonó el despertador, intenté despertarla, yo estaba... ya sabe... alegre de verla, pero ella volvía a estar ausente.

Nunca había visto a nadie dormir de ese modo. Angelina no dormía así antes de irme a California. Me dio tiempo a acostumbrarme, porque nunca cambió. Pasaba las noches despierta mirando la televisión, y dormía todo el día. Durmió hasta el día de Navidad. Año Nuevo también. Estuve despierto hasta medianoche intentando estar con ella... estaba tan quemado, casi enardecido.

La amaba tanto, pero ella había cambiado. Era demasiado distinta. Y la amaba por quedarse todo ese tiempo, después de haber perdido a mamá y todo eso. Cuando llegó la hora de que se marchara, ambos lo supimos.

Me quedé con Lewis algo más de dos semanas después de que regresara de California. Fueron semanas difíciles para los dos. Yo quería a Boyd. Quería oírle, verle, tocarle. A veces creía ver su camioneta fuera de la casa de Lewis, mientras me sentaba sola de noche y la televisión cotorreaba insensateces en la habitación vacía. La televisión estaba encendida por Lewis, un efecto especial para que se tranquilizase y pensara que yo me divertía.

Yo no me divertía. Estaba atormentada. Toda la noche paseando por la sala, esperando... esperando. Cavilaba durante horas, ahondando en la música interna, perdiéndome en ese lugar de serenidad, pero cuanto más tiempo pasaba sintiéndome aprisionada por la noche —confinada en la horrible sala de estar de Lewis—, más me costaba encontrar ese lugar donde mentalmente hundía los pies y renovaba fuerzas. Odiaba quedarme allí, pero aún no estaba preparada para marcharme. Mis emociones y, sin duda, las de Lewis se hallaban en un caos constante y doloroso.

Y entonces, una mañana cuando me desperté supe que había llegado el momento de marcharme. Pensé que habían obrado fuerzas misteriosas, había sido un retraso fructífero; los preparativos estaban hechos, activados los contactos, desobstaculizado el camino. La prudente espera había sido recompensada. Esa Verdad sonaba cierta. Existía un poder en la música, un poder en el universo. Las fuerzas que controlaban todas las cosas me confirmaban que yo poseía realmente mi propio lugar en el mundo. Por distinta que yo fuera, mi nicho había sido cuidadosamente excavado y preparado.

Esa noche cené con Lewis, luego le cogí las manos y le miré a los ojos. Toda mi voluntad se concentró en ese momento, deseándole a Lewis una vida feliz y plena. Era un hombre bueno. Le deseé una rápida revalorización de su casa y una esposa e hijos para mantener su nivel de respetabilidad hasta donde se sintiera cómodo.

No necesitamos palabras. Él me abrazó, luego yo hice las maletas. Decliné su ofrecimiento de acompañarme hasta la estación de autobuses, pero acepté la chaqueta de cordero y cien dólares.

Nos besamos en la puerta, salí al sendero y luego caminé por la acera, deseando no volver la vista atrás y no correr, sino caminar tranquilamente. Oí la puerta principal de la casa de Lewis cerrarse a mis espaldas y tuve un momento de tristeza al imaginarlo entrando en su solitaria sala de estar con el sofá de plástico, la alfombra naranja y los pequeños detalles de vida que él y yo habíamos comprado cuando vivimos tiempos mejores.

Pero pasó ese momento y la puerta se había cerrado, rompiendo los lazos que me ataban a él. De repente mis pies fueron libres, mi respiración diáfana y fuerte. Saltaba en el aire todo lo alto que podía y casi brincaba a través del aire frío y puro de

Westwater, volando con la libertad del recién liberado. Decidí no volver a enmarañarme. Tenía una obligación, una cómoda obligación, un acuerdo firme que anclaba mi alma en las fuerzas existentes y eso bastaba.

Oí el eco de los talones de mis botas en las paredes exteriores de las casas y luego en los edificios, mientras mi paso me conducía con seguridad hacia la estación de autobuses, donde compré un billete hacia un clima más cálido.

Cuando Angelina dejó Westwater, yo lo supe. Sentí que se alejaba de mí como si ella se estuviera llevando mi vida. La atracción mutua era más poderosa que nada de lo que había sentido hasta entonces. Yo intenté mantenerme ocupado, intenté cazar. Intenté trabajar, pero ella me arruinó. Ella me arruinó. Estaba seguro de que si pudiéramos sentarnos y charlar, si pudiera hablar seriamente con ella, descubrir más de ella y su modo de pensar, entonces, tal vez podría dejarla que continuara su camino.

Pero ella era tan endiabladamente distinta. Había conocido algunas personas diferentes, pero Angelina era diferente de un modo tan contrario que nos parecíamos. Como dos mitades de algo roto, la topografía de su alma parecía exactamente contraria a la mía. Y pensé que debíamos encajar, si podíamos, y constituirnos en un todo.

Cuando pensé en ella sentada justo a mi lado en la camioneta, después de matar a aquellas personas y luego intentando decirme que quizás Danny se lo había buscado, al principio me enfurecí. Quiero decir, ¿cómo se atrevía? Y luego me sorprendió que pudiera hacer eso. Matar a alguien, y sentir curiosidad ante las reacciones de la gente, en lugar de remordimientos. ¡Curiosidad! Mierda. Me divertía matar un conejo para cenar desde que papá, Kyle y Bill colgaron la escopeta. Y luego me asusté un poco. Asustado por los que estaban afuera, asustado retrospectivamente, pues ella podía haberme matado, justo frente a la sala cinematográfica, y envolver una toalla alrededor de mi cuello, o en ese descampado en vez de al viejo señor Simpson. Pero yo sabía que ella nunca me mataría. Nunca me mataría.

Entonces estaba solo. Estaba solo, pues fuera lo que fuese lo que me arrebató al marcharse, dejándome un agujero vacío en las entrañas, sólo quería sentarme con ella y hablar un rato. Por mi propia cordura.

Ya ve, tenía muchos motivos para dar con ella. Pensaba que era el único que podía hacerlo. Supongo que todavía lo creo.

El autobús llevaba sólo tres pasajeros y avanzaba en la oscuridad a la vez que yo me hundía en la depresión. Me sentía como si me hubieran suspendido en una solución incolora e inodora. El autobús se encaminaba hacia la libertad. Luego aceleró la marcha, llevándome lejos de Westwater, llevándome lejos de Boyd.

Encogí los hombros hasta que la piel mullida del abrigo me tapó las orejas y apreté el dorso de la mano contra la ventana empañada mientras los postes de teléfono azotaban la noche al pasar. Mi equipaje descansaba en el asiento contiguo. Un soldado negro fumaba un cigarrillo apestoso en el asiento trasero. Una mujer de mediana edad dormía a pierna suelta en el asiento de detrás del conductor. La cavernosa vacuidad de la radio de pasajeros resonaba a mi alrededor. Así no era como debía sentir la libertad.

Pensé un momento en Lewis. El y yo pertenecíamos seguramente a especies diferentes. Le tenía mucho respeto; admiraba sus ideales, su empuje, la perpetua pulcritud en sus asuntos, pero no teníamos nada en común. Nada en absoluto.

Tenía la mente llena de Boyd, todo mi ser estaba lleno de Boyd. Me atraía como las mareas. Pensé que necesitaba huir de él, irme muy lejos, distanciarme de su esfera de influencia.

Pero eso era una tontería. El influjo estaba en mí, no en él, no en el aire. Sin embargo, la atracción era real y la sentí toda la noche.

El alba suavizó el desierto y tuve la suficiente energía para admirarlo antes de quedarme dormida. Dormí todo el día y me desperté para la puesta de sol, renovada, viva y cansada del autobús. Desembarqué en la siguiente parada y eché un vistazo a Red Creek, Nuevo México. Impulsivamente le dije al conductor que podía partir sin mí. Me lavé en las dependencias de la cafetería y comí un poco antes de recoger el equipaje y volver a la carretera.

La superficie alquitranada se extendía infinitamente en ambas direcciones. No era necesario que me planteara de qué dirección habíamos venido. Westwater quedaba hacia el noroeste. Su fuerza aún me atraía. Eché a andar hacia el este, el taconeo de mis botas era un sonido tranquilizador y familiar sobre el lomo de la carretera. No sabía que había añorado tanto ese sonido hasta entonces. Ningún ruido podía equipararse a ese.

Di grandes y rápidas zancadas en el temprano aire vespertino, recargando mis energías, bombeando sangre caliente por mis músculos. Respiré hondo y moví los brazos. Me sentía bien. La libertad volvía a fluir. Tal vez había cortado la cuerda que me ligaba a Westwater y había escapado por fin a su influencia magnética.

La luna se alzó sobre las romas colinas. Apenas había tráfico. El desierto brillaba a la luz de la luna. Caminé por el centro de la carretera desierta, trazando un dibujo

con el tacón de mis botas, sintiendo que la luz de la luna me bañaba en su glacial calidez y cómo fulguraba en la ancha franja de carretera que quedaba ante mí. Imaginé que caminaba por un canal, clavando los tacones en la superficie del agua.

Volví a pensar en Boyd. ¿Qué lo hacía tan distinto de Lewis? No pensaba en las características individuales, como el color del pelo y los gustos sobre el mobiliario. Me refería a diferencias *fundamentales*... del mismo modo en que yo era diferente de mis compañeros de clase, del mismo modo en que yo era diferente de todos los demás. Boyd también participaba de esa diferencia. Él y yo éramos distintos entre nosotros pero teníamos algo en común... había algo similar.

Nosotros pertenecíamos a la inmensa minoría, Boyd y yo. La mayoría de la gente era básicamente igual, presentaba saludables manifestaciones de sus características individuales. Se casaban, tenían amigos íntimos, asistían a reuniones y jugaban al bridge. Todas esas actividades me parecían extrañas y sus motivaciones ajenas.

Mi libertad se esfumó. La frustración se materializó ante mí, en la forma de una búsqueda eterna, una búsqueda tan desesperada como la del Santo Grial. Me debatiría para encontrar la paz interior, un vínculo común, la normalidad, y nunca las hallaría. Parecía que mi destino iba a ser una vana búsqueda de respuestas a preguntas que apenas estaban planteadas.

Mi frustración parecía tan ilimitada como la carretera que se extendía ante mí, plateada y centelleante a la luz de la luna. Tan infinita como el camino de mi vida, tan infinita como la valla que corría al lado de la carretera, tan infinita como el rebaño de ovejas acostadas en el otro lado de la valla.

En cuanto concebí la idea, la sangre se aceleró hasta cada capilar de mi cuerpo. Todo mi ser enrojeció. Habían sido semanas. Semanas. De repente, se me presentó un antídoto contra mi frustración. Ya sentía el alivio, colándose por las ranuras. ¿Cómo podía haberme olvidado? La música era mi compañía, mi eterna amiga. Sólo necesitaba evocarla.

Salté la valla y separé a un corderillo de su madre. Lo desgarré furiosamente y bebí, percatándome al instante de que era un error, sabía... mal, pero no podía detenerme.

Cuando terminé, estaba enojada por mi comportamiento. El acto no me alivió en absoluto. Acabé con el cordero y me lavé, percibiendo el fuerte olor a medicina en el agua y luego el cartel oficial de cuarentena apostado al lado. Noté lo extrañamente quieto que estaba todo el rebaño. Apenas habían reaccionado, ni siquiera cuando el pequeño baló ante la inminencia de la muerte. Me pareció raro el escaso alboroto y la poca resistencia que ofreció el cordero, que fueron nulos por parte de su madre. Me sentí vagamente entretenida, pero estaba demasiado enfrascada en mi propia soledad como para prestarle atención. Esperé la somnolencia —y la música, la música celestial— que siempre acompañaba a una muerte. No llegó.

A un kilómetro carretera abajo, me afligió la enfermedad. Vomité hasta que no me quedó nada y aún sentía náuseas. Hacia la puesta de sol tenía los ojos hinchados y cerrados y los dedos tan gruesos y abultados como salchichas. Apenas lograba sostener la cabeza erguida. Pasé todo el día tumbada en una zanja de riego seca y sombría, sintiendo la piel cada vez más tensa hasta que pensé que iba a estallar. La sed era aplastante y esperaba la muerte.

Al caer la noche y refrescar el aire me sentí algo mejor y al salir la luna logré ponerme en pie. Me apoyé contra un poste y cuando por fin pasó un coche me arrastré hasta la cuneta. Era una mujer joven con un niño. Se detuvo para recogerme. Cuando me vio la cara a la luz interior del coche, lanzó una exclamación, luego me llevó a su casa, me alimentó, me bañó y me metió en la cama.

Se llamaba Sarah.

Me quedé con ella tres días hasta que pasó la reacción alérgica causada por la medicación del cordero. Ofrecerme su casa fue un acto de caridad y desprendimiento que me afectaría mucho, mucho tiempo.

Sarah Monroe. Era una profesora de baile de piel morena y fuertes músculos. Sarah vivía con Samuel, su hijo de tres años en una casa pequeña de un solo dormitorio. Los grandes ojos marrones del niño miraban curiosos e interrogantes, serenos y pacientes. Nunca había conocido a un niño igual.

La primera noche dormí. Me despertaba con frecuencia, pero la enfermedad aún no me había abandonado y pronto volví a sumirme en el sueño sanador que mi cuerpo necesitaba.

Dormí hasta que asomó la noche, cuando Sarah llegó a casa después del trabajo. Me alentó a sentarme y charlar.

Ésa fue la primera vez que vi realmente a Sarah, a Samuel y a su entorno. La casa estaba decorada con telas indias a modo de tapices, cortinas, colchas, una de ellas incluso colgaba del techo. Las telas de vivos colores constituían también su guardarropa. Sarah se las envolvía alrededor de su cuerpo y llevaba el cabello oscuro corto en un cómodo peinado. El efecto era un poco claustrofóbico, pero colorista y animado. Almohadones de todos los tipos y tamaños se hallaban esparcidos por el suelo alfombrado y apilados en montañas en un rincón. Estantes de madera cruda se sujetaban sobre ladrillos. Dichos estantes estaban llenos de libros sobre baile, expresión corporal, terapia y misticismo. En un rincón de la pequeña sala de estar había un colchón, pulcramente cubierto por un tejido floreado.

Sarah parecía ser una exótica mezcla de nacionalidades. Yo la observaba moverse por su minúscula cocina mientras preparaba el té para las dos. Me apoyó contra la pared, me ayudó a ponerme cómoda. Samuel se sentó en el colchón y nos observaba en silencio. Sus ojos eran del mismo color oscuro que los de Sarah.

Sarah se desenrolló el *sarong* para descubrir unos leotardos amarillos y calentadores. Se sentó sobre la alfombra en medio de la habitación y empezó a practicar sus ejercicios. Nunca había visto nada tan hermoso ni fascinante en mi vida.

Mientras trabajaba, iba charlando. Tenía treinta y cuatro años, enseñaba baile en la escuela superior, expresión corporal en preescolar y pasaba dos tardes a la semana con los ancianos de la ciudad, enseñándoles ejercicios suaves para reducir al mínimo los estragos de la edad. Los sábados ayudaba en la clínica de fisioterapia.

Hacía cuatro años la escuela superior de la localidad había ofrecido una exhibición de danza en la que participaron Sarah y sus clases. Sarah bailó con un invitado: un guapo muchacho de San Francisco que había venido para la exhibición de danza y que la dejó con un niño gestándose en su vientre.

—Fue un escándalo —se reía Sarah mientras bajaba la cabeza hasta las rodillas y se sostenía grácilmente un pie con la mano.

Habló de criar a un hijo, de enseñar a las chicas de la escuela superior; mirando de reojo mis reacciones, hablaba de su amor por la vida y la libertad de entregarse a las propias creencias.

Sólo la podía seguir unos momentos al mismo tiempo, y luego mi mente se disparaba, en busca de un pensamiento o una idea y cuando regresaba, el tema era diferente y yo tenía que simular que la seguía, hasta que la entendía y ella decía algo que me hacía correr tras un nuevo concepto.

Fue una tarea agotadora. Yo recostada en un rincón, enferma, aún con fiebre, débil y triste, mientras delante de mí una mujer sana, feliz y equilibrada hacía ejercicios con la cara sofocada y un femenino lustre de transpiración cubriéndole el rostro y el pecho. Se paró y me miró.

—Bébetelo té —dijo ella—, te ayudará a curarte.

Con un estruendo de mis tripas, me di cuenta de que yo no sólo era diferente, yo era inferior. Me bebí el té y débilmente regresé a la cama, a la cama de Sarah, que generosamente me había prestado. Ella dormía en la habitación principal, sobre el colchón con su hijo.

Al tercer día, seguimos la misma rutina: yo dormía durante el día y me despertaba con el crepúsculo, cuando ella regresaba de trabajar. Me reclinaba contra las almohadas y Samuel se sentaba en el colchón y ambos mirábamos cómo su madre finalizaba los ejercicios de su jornada profesional. Sólo en esa ocasión, porque era evidente que yo me encontraba mejor, Sarah empezó a preguntarme sobre mi vida.

Le conté mentiras.

Ella sabía que yo mentía, podía deducirlo de sus movimientos y para mí se convirtió en una especie de juego: al contarle algo terriblemente falso y pasar a la siguiente pregunta, mi imaginación me conducía por extraños derroteros. Ni siquiera me preocupaba porque mis historias se contradijeran entre sí.

Sarah dejó de hacer preguntas. Samuel se apartó de mí y se metió el pulgar en la boca. Esa acción me hizo parar. Me puse en pie y me despecé, luego me duché mientras Sarah terminaba sus ejercicios. Luego se duchó ella, mientras yo intentaba jugar con Samuel, pero él no hacía más que mirarme con aquellos ojos marrones líquidos y dejó bien claro que prefería divertirse por su cuenta. Así que hice las maletas, sintiendo un vago resentimiento y remordimientos. Sarah había sido tan amable conmigo y yo le había mentado. Cuando Sarah terminó del baño, yo ya estaba preparada para irme.

Ella me vio en la puerta, con ojos comprensivos de perdón y me dijo:

—Cuando aprendas a decirte la verdad a ti misma, Angelina, házmelo saber.

Me di la vuelta y me fui.

Transcurrieron al menos seis meses, tal vez cerca de un año, antes de que recogiera toda la información sobre aquellas tres muertes de Westwater. Cuando descubrí la verdad —que las marcas de dientes eran humanas— no me cupo duda de que se trataba de Angelina. La policía estaba tan alucinada que inventaron la teoría del perro salvaje la noche que encontraron el cuerpo de Danny. Pensaron que era mejor que la comunidad creyera que se trataba de una manada de perros asesinos deambulando por las calles, y no de un maníaco homicida. Cuando en realidad encontraron una toalla que envolvía pulcramente las heridas. Jesús.

No podía creerlo. Quiero decir que sabía que era cierto... de ser alguien, había sido Angelina... pero ¿cómo podía una persona hacer algo semejante? Dios.

En cualquier caso, cuando logré atar cabos, ella hacía tiempo que se había marchado. Yo era el único que podía saberlo. Nadie más conocía su conducta, sus... cambios de personalidad, como podríamos llamarlos. Ella era algo diferente. Nadie más sabía lo de la toalla. Yo la vi precisamente fuera del armario, luego la volví a ver empapada de la sangre del señor Simpson.

Empecé a pensar en ella. Anoté todo lo que podía recordar sobre ella, todo lo que había dicho y me suscribí a distintos periódicos, buscando algo sospechoso, algún asesinato con su marca de fábrica, cualquier pista que seguir, cualquier indicio sobre su paradero. Ahorré dinero y guardé una maleta hecha y preparada, en espera de un indicio. Me volví negligente en el trabajo, incluso acepté un descenso de categoría de la construcción a empleado, para poder salir escopeteado y descolgarme por la estación de policía. A los policías les gustaba que yo estuviera tan fascinado por el caso.

Sabía que Angelina y yo volveríamos a encontrarnos algún día. Y cada mañana al despertarme me preguntaba si sería ése el día y miraba la maleta que aguardaba a la puerta de mi dormitorio y rezaba para que ocurriera.

Pero nada sucedió. Esperé durante casi un año.

Cuanto más pensaba en ella, más fantaseaba sobre ella y más me dejaba llevar por la imaginación. A veces hubiera podido jurar que estaba con ella...

Después de dejar la casita de Sarah, durante cinco meses el azar me llevó hacia el oeste. Cada vez me sentía más frustrada y furiosa debido a sentimientos para los que no tenía nombres. No tenía definiciones, ni líneas divisorias, ni etiquetas para los torrentes de emociones que arrasaban mi corazón.

Sabía que yo era especial, sabía que tenía un propósito, una vocación, pero durante ese tiempo de confusión la odié, odiaba pensar en ello. Me enrabíé contra Dios, contra la Naturaleza. Pensé en mí misma como en un chiste. Yo no cuadraba en nada, en nada.

Intenté seguir en movimiento, alejándome de Westwaler, Nevada. Pero continuaba fascinándome, seguía haciendo mella en mí la extraña atracción hacia Boyd.

Mi vida era un desastre. Mis recuerdos de ese período son algo vagos, como si los viera a través de un distorsionador cristal ahumado. No dejaba de moverme, sin descansar apenas, sin comer apenas. No me atrevía a nada, no me atrevía a atarme a nada ni a nadie. No había alegría en mi vida, no había compañerismo. No oía música, no me susurraban tiernas palabras al oído, aprendía poco, salvo del sufrimiento.

Seguía pensando en Sarah y en Samuel. Las palabras «saludable» y «equilibrada» siempre me venían a la mente. Sarah había cometido errores, incluso errores notorios y continuaba viviendo, trabajando, esforzándose en la misma comunidad. Yo intenté recordar todo lo que me dijo, pero me lo impedía la vergüenza. Le había mentido, había aceptado su hospitalidad y me había comportado como una estúpida. Aún más desalentadora era la gentileza con la que me había dejado marchar. Ella me había perdonado.

Algún día —pensé— lograré el equilibrio. Algún día tendré salud y mi piel relucirá como la de Sarah y mis ojos brillarán como los de Samuel. Entonces volveré a Red Creek, Nuevo México y le daré las gracias por el profundo influjo que había causado en mí.

Algún día.

Entre tanto tenía una piel cetrina y un cabello sin vida, y los ojos férreamente cerrados o medio ausentes. Intentaba meditar, cada vez que dejaba de trabajar, pero nada, nada.

No podía creer que realmente hubiera matado a esas personas. Tres personas. ¡Tres personas! Tres personas y un cordero. Y a Earl Foster.

Debía de estar loca.

Mis noches se llenaron de raras pesadillas. Soñé con esas tres personas de Westwater. Soñé con triste ternura sobre la hija retrasada del viejo. Soñé con la prometida que esperaba al muchacho joven. Soñé con los mixtificados padres del

canalla. Los sueños persistían durante el día, incluso a veces pensaba en los muertos como personajes que yo representaba en ocasiones. Sus recuerdos vivían en mí y a veces yo respondía a preguntas como si fuera uno de ellos. Estaba perdiendo mi identidad. ¿No es eso algo de locura?

Durante cinco meses después de dejar a Sarah, trabajé en pintorescos empleos para conseguir dinero. También trabajé o viajé sin descanso, compulsivamente, durante el día y me rendía al sueño cuando llegaba la noche.

Y entonces, una baja tarde de mediados de junio, entré caminando en Seven Slopes, Colorado. Estaba cansada, hambrienta, sucia y descorazonada. Aunque mis emociones aún pugnaban por salir, sabía que era el momento de darles rienda suelta, de dejar de sentir lástima por mí y hacer algo positivo. Establecerme.

En un destello de lucidez me percaté de que establecerse no significaba esclavitud. De nuevo pensé en Sarah y por primera vez comprendí que una rutina podía ser liberadora... si no malgastaba todo mi tiempo y mi energía en buscar un lugar dónde dormir cada noche, quizás por fin consiguiera descansar o meditar, o —quién sabe— quizás disfrutar de algo.

En la gasolinera pedí la dirección de la lavandería, luego entré en esa tranquila y pequeña ciudad con sus tiendas de chalets suizos. Al andar, admiraba, y mientras admiraba sentí que se me relajaba el rostro, sentí que se esfumaba el malhumor. Probablemente Seven Slopes fuera el hogar más perfecto que pudiera hallar.

De repente, un modo de vida normal me resultaba de lo más atractivo que podía imaginar. Deseaba cortinas amarillas para la cocina, como las de Alice.

Seven Slopes, Colorado, descansaba en una cañada donde convergían seis valles. Las vertientes se alzaban drásticamente por tres costados de la pequeña ciudad y, aunque en junio verdeaban afablemente, sin duda constituirían una impresionante estación de esquí en invierno.

El comercio de invierno significaba forasteros de paso desde octubre hasta abril. Turistas. Cuando me cansara de la pequeña ciudad, los forasteros probablemente saciarían mi apetito de novedad, de cambio, de animación.

Al caminar, noté que los telesillas aún funcionaban en una vertiente. Los turistas de verano. Fuera de temporada, la tranquila gente de la ciudad tendría las narices metidas en las vidas de los demás desde mayo hasta septiembre, pero yo podría permanecer al margen, distante. Podría llevar una vida ordenada sin implicarme demasiado. Podía vivir allí y disfrutar de los visitantes. Todo el año.

Encontré la lavandería y entré en el lavabo a asearme mientras las máquinas me lavaban la ropa. Cuando volví a estar fresca y limpia, hice autoestop colina arriba para pasar la noche. Caminé entre vegetación que me llegaba hasta la cintura y flores silvestres. Mis botas desprendían un fresco y verde olor. Sentía más ligero el corazón en ese lugar. Anhelaba ansiosa que llegara la mañana. Por la mañana empezaría a

establecerme y a hacer de ese maravilloso paraje mi hogar.

Observé ponerse el sol detrás de las Montañas Rocosas y sentí la excitación de vivir. Apenas tenía tiempo para sorprenderme de que esa excitación hubiera estado antes dormida, frente al olor dulce del aire de montaña que me rodeaba.

Por la mañana, me despertó la canción de los pájaros y la espectacular visión del sol sobre las montañas. Sabía que ése era mi hogar. Lo sentía en los huesos.

La casa que pude permitirme alquilar era un sótano arreglado bajo un almacén de telas. Era sombrío, las únicas ventanas eran unos pequeños tragaluces en el techo, pero tenía dos dormitorios, una sala de estar, baño y cocina, y una indescriptible moqueta gris humo. El dormitorio más pequeño y el baño carecían de ventanas, pero me gustaba el sitio. Era mi primera casa, mi primer hogar, mi primer paso en la carretera hacia una madurez responsable. Después de pagar al propietario, recorrí el espacio vacío tocando las paredes y me sentí orgullosa.

Al cabo de una semana me había gastado hasta el último centavo comprando lo mínimo necesario para la casa: un colchón, una cómoda, ropa blanca, una mesa de cocina y sillas.

Necesitaba un empleo.

La suerte me sonreía. El primer día, me contrataron como operadora de un servicio de mensajería telefónica.

Pasaron las semanas. Ante mí se desplegaba una nueva vida y por primera vez empezaba a comprender el punto de vista de Lewis. Había placer en la responsabilidad. Había placer —un placer casi animal— al anidar y al mejorar el nido. Otros deseos animales invadían mis sueños y buena parte de mis caminatas, pero no había olvidado la enfermedad que me produjo la medicación del cordero ni el sentimiento de inferioridad cuando me senté, enferma y confusa en un rincón, mientras Sarah y su bebé perfecto irradiaban salud ante mí.

Evitaba la noche. Por primera vez me asustaba la noche, su poder sobre mí, su persistente paciencia. Podía discernir mi locura —mi grave enfermedad mental— de antaño, pero había dejado atrás todo eso. Se me presentaba la oportunidad para empezar de nuevo e iba a aprovecharla. Tenía una vida durante el día, no quería saber nada de la marea nocturna que me había confundido la mente.

Compré muebles para mi pequeño apartamento y ropa nueva para mí. Empecé a vestir como una joven señora, con bonitos vestidos veraniegos y americanas y pantalones y blusas que se adaptaban a mi pequeña figura. Mi apartamento empezó a adquirir personalidad propia, con tapices y el uso creativo de ciertos materiales desechados y mucha tela. No era elegante, pero era mío.

El servicio de mensajería consistía en cinco cuadros de conexión manual llenos de luces de mensaje y agujeros, y empleábamos cables antiguos, enchufes y

auriculares. Me gustaba mi trabajo, hablar con la población anónima, coger mensajes... Durante las horas punta y por la tarde trabajábamos tres chicas, dos durante el día y una por la noche. La señora Gardener y su secretaria trabajaban en la oficina al otro lado de una ventana de cristal, desde donde no nos quitaba ojo.

Lo más sorprendente era lo mucho que me gustaba la compañía de las chicas con las que trabajaba. Con el tiempo llegué incluso a sentirme una de ellas.

Aprendí a reír.

En mis horas libres exploraba la ciudad, que sólo parecía pequeña a primera vista. Detrás de la calle mayor, con su fachada y las diversiones para después del esquí destinadas a los visitantes, estaban las galerías comerciales, los almacenes y pequeños suburbios donde vivía la gente del lugar. Había poca pobreza. Era un lugar agradable; atraía mis latentes pretensiones sociales.

Un día me sucedió que ya no me sentía diferente. Me sentía como una persona. Pronto podría considerarme una persona «normal». Incluso cruzó por mi imaginación la idea de que un día podría borrar el pasado, encontrar un hombre y fundar una familia. La idea me hizo sonreír. No parecía probable, pero mis horizontes se ampliaban. Notaba que era importante para mí dejar las puertas y la mente abierta. Era joven.

Era muy joven.

Las tardes se volvieron frías. Pronto los días se acortaron y las noches se hicieron largas. Temía por mi nuevo estilo de vida. Sabía lo que podía ocurrir si la noche volvía a atraparme. Me guardé con esmero de ella. A veces notaba que, como yo no iba a la noche, la noche venía a mí.

Los extraños empezaron a andurrear por las calles. Zonas vacías de la ciudad se abrieron y se prepararon para la temporada. El servicio de mensajería telefónica necesitó trabajadores adicionales, como todo el mundo en la ciudad, y se intensificó el ambiente de excitación. El perezoso verano había pasado. El invierno y su rémora, la oscuridad, estaba a punto de descender.

Cautelosamente, disfrutaba de todo ello. Disfrutaba de los cambios en la ciudad, en la gente. Me sentía más feliz y más sana que nunca en mi vida. Mis sueños eran normales, apenas pensaba en Boyd. Me entretenía planeando un viaje a Red Creek, para ver a Sarah y a Samuel en primavera, cuando acabara la temporada alta.

Y entonces cayó el primer copo de nieve. La ciudad se llenó hasta rebosar. Parajes que apenas había notado, cobraron vida de repente y las montañas rutilaban con su fulgor blanco tanto a la luz del sol como a la luz de la luna.

Por todas partes destacaba la moda de la ropa de esquí; hasta los empleados de las tiendas estaban equipados. Por todas partes se veían rostros activos quemados por el sol con relucientes dientes blancos. Los bares y los restaurantes rebotaban de bullicio: música, canciones, voces felices. Pares de esquíes se alineaban a ambos

lados de la calle mayor, de pie sobre rejillas, apoyados contra edificios y coches, transportados a hombros y en los costados de los enormes autobuses. Era un fascinante espectáculo las veinticuatro horas del día.

Todas las chicas del trabajo eran entusiastas del esquí. A todas les horrorizó saber que yo no me había calzado jamás un par de esquíes; todas prometieron introducirme en lo que creían la más alta expresión del deporte. Yo seguía excusándome para no acudir a sus excursiones a la nieve, pero no podía quitar los ojos de la calle mayor de la ciudad.

Era la actividad que precedía al esquí lo que me fascinaba.

El cielo se oscurecía cuando salía de trabajar, yo hundía las manos en los bolsillos y corría a casa, temerosa de estar fuera en la noche floreciente, temerosa de la atracción que ejercía sobre mí, temerosa de la fascinación que sentía por las fiestas. A veces me descubría a mí misma de pie en la nieve, mirando a través de las ventanas, las chimeneas, los jerseys coloristas, el brillo alcohólico de los rostros bronceados y tenía que esforzarme para correr a casa antes de que la oscuridad me llevara más allá del sentido común, más allá del punto de imposible retorno.

El día anterior a Acción de Gracias una de las chicas intentó esquiar en «Sucker», una de las pistas negras más difíciles. Poco después la enyesaron desde los sobacos hasta los dedos del pie y me llamaron para suplir sus horas de trabajo.

Ella trabajaba en el turno de medianoche.

Al principio todo fue bien. Sentía la instigación pero la resistía. Yo sabía en qué consistía un comportamiento normal y lo practicaba toda la noche. Intenté con todas mis fuerzas dormir desde las cuatro de la madrugada hasta las nueve, levantarme, salir y desayunar y luego volver a trabajar desde medianoche hasta las ocho de la mañana. La rutina era sencilla y no presentaba ningún problema. Mi único problema era la atracción, la atracción que ejercía el otro lado.

Tenía los fluorescentes encendidos y las cortinas corridas. No quería que ninguna oscura influencia tocara mi cuadro de conexiones.

Pero, claro que lo hizo. Estaba allí la primera vez que entré de noche. Había afectado a la chica a quien yo sustituía. Corrí hacia la puerta y la cerré con llave. La sala del cuadro de conexiones estaba tranquila, vacía, la oficina estaba oscura, los escritorios limpios, las máquinas de escribir y las calculadoras tapadas. La oscuridad ya estaba dentro.

La oscuridad ya estaba dentro y se colaba a través de las llamadas que intentaba responder. Las personalidades de aquella gente —clientes, usuarios con los que había hablado durante el día— estaban obviamente alteradas por la noche y, de noche, cuando suponían que yo no tenía trabajo, ellos querían hablar.

Y mientras hablaban yo sabía que en ellos obraba el influjo de la noche y pronto empecé a contagiarme de la marcha.

En unas semanas la oscuridad me poseyó de nuevo.

GLORIA GARDENER: Era una buena trabajadora. Me dolió tener que ponerla en el turno de medianoche cuando Becky se rompió la pierna, pero ella era la única candidata. Todas las demás chicas tenían familias, o novios, o algo, y Angelina estaba sola. No pareció importarle demasiado, al menos ella no me comentó nada. Le di un buen aumento por el inconveniente.

Se llevaba muy bien con las demás chicas. Un poco tímida al principio, creo que lo había pasado mal, no hablaba demasiado de su pasado. Me refiero a que era tan poquita cosa, joven y demás, pero en su rostro no quedaba inocencia, si entiende a lo que me refiero. Creí que le estaba dando un respiro cuando, ya sabe, la contraté, tan joven y tal, y huérfana a esa edad. Trabajaba realmente bien. Las demás chicas, bueno, eran maravillosas y la hicieron sentirse bien de verdad. No imaginé ni remotamente que Angelina me daría problemas por la noche. Pero supongo, que... bueno, las jóvenes tienen sus tentaciones, ¿no cree?

De cualquier modo, Becky tuvo que permanecer en cama sin trabajar durante seis meses. Pasaron seis meses antes de que ella volviera al trabajo. Por aquel entonces, claro, Angelina no deseaba dejar su turno, así que Becky volvió a trabajar de día. Pero Becky deseaba su antiguo turno, de manera que fue ella quien descubrió todo lo que Angelina había estado haciendo de noche y me lo contó. Las demás chicas la habían estado tapando, supongo que fue porque Angelina llevaba poco allí y yo nunca lo descubriría.

Durante el turno de noche trabajaba de un tirón, sin descansos. Respondía llamadas, calculaba los totales del día, renovaba y ponía al día la información de los clientes, hablaba con los clientes solitarios y borrachos, respondía a las alarmas contra ladrones llamando a la policía, trabajaba en emergencias de distintos tipos, todo en un estado de actividad frenética, de ansiedad y movimientos contenidos. Mantenía mis emociones tensas y evitaba hablar demasiado con los usuarios.

Sentía el alba, más que la veía, la atracción cedía, se relajaba mi percepción de la realidad y volvía a respirar. Había pasado otra noche, la había derrotado una vez más.

A las seis en punto, otra chica, normalmente Theresa, se incorporaba al cuadro de conexiones. Juntas hacíamos las llamadas horarias de despertador, preparábamos el café para la señora Gardener, limpiábamos los cuadros y nos preparábamos para la avalancha de llamadas.

Theresa era una animada pelirroja que siempre se estaba peleando con su novio y luego se quedaba despierta toda la noche para enmendarlo. Me gustaban sus notables comentarios en torno a la primera taza de café. Su mera presencia me animaba. La veía como la encarnación completa del día: el resplandor del sol, la salud, la felicidad, el amor. Incluso la turbulenta relación con su novio traía luz a la habitación.

A las seis y media llegaba Judy y para entonces el cuadro estaba encendido de llamadas. Ésa era la franja del hogar y, con el día, mi humor mejoraba bastante. A las ocho llegaba Suzanne para reemplazarme. Fichaba con la tarjeta, guardaba mis auriculares, rellenaba mi informe diario y me iba, agotada.

La mañana que conocí a Cap Nicks yo salía del edificio con las piernas fatigadas para internarme en el helado aire de diciembre. Toda la noche había librado una batalla con la paciente, pacientísima oscuridad, trabajando sin descanso y luego emergiendo a la luz del sol llena de ávidos esquiadores que marchaban por las aceras con nieve apilada, los esquíes al hombro, con un aspecto demasiado activo, saludable y animado para ser las ocho de la mañana. Recuerdo que miraba su desfile, sintiendo el agotamiento en cada célula, pensando que me sentaría bien una taza de chocolate caliente o incluso un café.

En lugar de girar a la izquierda, bajar por la calle y llegar a mi casa-sótano, giré a la derecha y subí hacia la calle mayor hasta un puesto popular de desayunos.

Debí haberlo sabido. La fila de turistas esperando el desayuno salía por la puerta y se alargaba dos tiendas más allá. Era la temporada del visitante, Angelina, me dije a mí misma. Era un duro concepto, el del populacho estacional, y yo no estaba acostumbrada.

Mientras permanecía allí, me percaté de que ni el café ni el chocolate caliente eran el verdadero motivo. Lo que yo quería era compañía, deseaba estar con alguien

interesante. Cualquier cosa que me impidiera ir a casa, a un apartamento vacío.

De repente, la soledad me pareció sobrecogedora. Sentía la necesidad de compartir con alguien los terrores de la noche, la confusión sobre mi pasado que me estrangulaba las ideas. Necesitaba hablar con alguien, estar con alguien. Necesitaba aprender no sólo el significado de la palabra «remordimiento», sino también ver a otras personas que vivieran con él. Y «remordimiento» no era la única palabra que necesitaba comprender. «Altruismo» era otra. Como también «compromiso» y «sacrificio». Todas esas palabras sociales.

La soledad me envolvía como el sudario de un leproso. No tenía a nadie. A nadie excepto a Boyd y él era imposible. Sin embargo, algún día regresaría con Boyd. Algún día podría mantener la cabeza alta y estar limpia.

Continué caminando, pasé los almacenes, dejé atrás la entrada de servicio de las galerías comerciales. Oí los tacones de mis botas sobre el suelo helado y sobre la nieve prieta, sobre el hielo e incluso sobre el pavimento, pero no sonaba igual. Sonaban graves.

El aire era punzante y gélido, y me destilaba la nariz. Hundí las manos en los bolsillos, donde una encontró un viejo Kleenex y la otra jugueteó con un penique y un guijarro pulido. El sol brillaba y se reflejaba en la nieve. Me detuve un momento dejando que la tristeza y la soledad se mezclaran con el cansancio. Caminé por la cuneta tiznada de negro y sentí lástima de mí misma.

Sentí como si me estuviera rindiendo. La vida era demasiado dura. Tenía que luchar sola contra la oscuridad y era demasiado, demasiado duro. Me sentí vieja.

Quería tumbarme sobre el montón de nieve y esperar a que alguien viniera a rescatarme. Deseaba que alguien me alejara de todo eso, que cuidara de mí. Estaba cansada de hacerlo todo yo.

Pero me limité a seguir dando patadas al montón de nieve y cuando gasté un poco del exceso de energía, decidí que mi casa era el lugar donde debía estar. Allí me prepararía una buena taza de té caliente, me pondría cómoda y dormiría. Estaba muy cansada.

Sintiendo el sol calentándome la espalda y el frío en la cara, bajé la cabeza y eché a andar hacia casa. De repente, el santuario de mi pequeño apartamento me resultó atractivo. Podía ocultarme allí. Aceleré el paso.

Había cruzado la calle, escuchando nueva vida en mis pasos, cuando oí una voz ronca, afilada por el whisky gritando un saludo.

—¡Buenos días! ¿No es una belleza?

Un hombre, un hombre grande al que le salía la carne por encima de los pantalones se hallaba en el portal de la esquina de unos almacenes. Era calvo, estaba descalzo, llevaba una camiseta de cuello cerrado, daba palmas contra el frío y bailaba un poco, pues sus rosados y desnudos dedos de los pies se hacían daño con los duros

granos de sal esparcidos por la helada acera.

—¡Si sigue mirándose los pies mientras camina, se perderá el día! —Se quedó en silencio, meditando un momento, frotándose fuerte las manos y luego los brazos enrojecidos—. ¿Tiene prisa?

Volvió a sonreír con los dientes grandes y blancos. Yo dije no con la cabeza.

—Bueno, demonios, entonces entre, salgamos de este frío.

De repente empezó a temblar convulsivamente, ejecutando una extraña danza con los pies desnudos y balanceando obscenamente el vientre.

—Maldición, que frío hace fuera.

El hombre abrió la puerta y entró, sonriendo ante su peculiar invocación.

Me siguió y cerró la puerta tras él.

—Bueno, preciosidad, ¿qué puedo ofrecerte? ¿Café? ¿Té? ¿Un amigo? Eso es lo que yo necesito, un poco de compañía. Un poco de compañía femenina. Me llamo Nicks. Capitán de este club. Todos me llaman Cap.

—Yo soy Angelina Watson. Un té estaría bien.

—Marchando una taza. —Se dio media vuelta, luego se paró y saludó con la mano desde el almacén—. Bienvenida al Yacht Club Antituristas de Seven Slopes.

La habitación ocupaba todo el vasto extremo de un almacén. El tejado con sus claraboyas y vigas de metal se extendía mucho más arriba. Una partición de metal dividía el Yacht Club del resto del edificio del almacén, pero la pared sólo llegaba tres o cuatro metros de alto.

Con todo su espacio, el Yacht Club estaba decentemente amueblado y parecía, si no cómodo, como mínimo habitable. Varios módulos de salón distribuían el espacio, junto con lámparas, alfombras y una atmósfera hogareña. Una cocina con tres frigoríficos y un bar separaban el resto de la sala de las dependencias personales de Cap, que, según podía ver, consistían en una cama desecha, un armario y varias cajas de cartón. Una larga barra se extendía por dos de las paredes, un ecléctico surtido de taburetes de bar aguardaban ante ellas. Todas las tuberías a la vista estaban bien pintadas y el resultado era el interior más extraño que había visto en mi vida, pero no era desagradable. No era en absoluto desagradable.

Cap regresó con una camisa a cuadros desabrochada sobre la ilimitada camiseta y con una taza de té en un platito. La puso sobre una mesa de café donde descansaba un tazón de café humeante y me indicó que me acercara.

—Ven, ven, siéntate aquí. Justo debajo de esta mesa está la calefacción. Hace que toda esta zona sea bonita y agradable. Así que vamos, ¿qué le parece mi club?

—Es muy peculiar —dije.

—Ja, ja. ¿Acaso no es verdad? Le llamamos la «buhardilla». Eso le da más clase, ¿no crees?

—¿Qué es exactamente este lugar?

Se dejó caer pesadamente en el sofá, moviendo los codos.

—Antes de que vinieran los turistas, teníamos una linda ciudad. Un hombre podía ir a un bar del barrio y tomar una copa tranquilo, llevar a su chica, ya sabes, quizás tomar un bocadillo o algo así.

Me bebí mi té. Canela.

—Y luego descubrieron Seven Slopes. Ta-chán. Una buena cobertura informativa, anuncios en todas las revistas de esquí, subieron los terrenos y las facilidades para el esquí, y ahora los bares están llenos de cocaína y estúpidos de vacaciones. Unos pocos nos reunimos y fundamos el Yacht Club. Está abierto todos los días excepto los lunes, ése es mi día libre, y de vez en cuando, cuando me voy a dormir. —Gruñó hacia la mesa y dio un sorbo de su café—. Así que tú eres mi primera cliente de hoy.

—Y tú eres el capitán.

—Así es. Capitán. Antes de que me llamaran Cap me llamaban Jefe. Trabajaba en la línea de ferrocarril de Denver, pero ahora estoy retirado.

—¿Es un club reservado?

—En realidad, sí. No se admiten turistas. Todos somos antituristas, pero no oficialmente. Los turistas son buenos para la economía, sabes. Aunque sean malos para la vida social. Todos nuestros miembros son residentes de todo el año y de buena fe. —Volvió a mirarme y de nuevo noté sus rasgos, el humor en sus ojos—. ¿Vives aquí?

—Sí, vivo en Wharton Street. Trabajo en el servicio de mensajería telefónica.

—¿Trabajas para Gloria? ¿Gloria Gardener?

Asentí.

—Ja. Mejor para ti. Apuesto a que no te da respiro, ¿no? Gloria es una buena y vieja liberal. Su marido es miembro fundador del Yacht Club. Quizá por eso nunca utilizo su servicio. Ja. Gloria. Dale recuerdos... No, mejor no.

Me guiñó el ojo mientras tragaba ruidosamente el resto de café.

De repente toda la energía abandonó mis extremidades como el agua caliente. Necesitaba ir a casa.

Me levanté y le di las gracias a Cap, declinando su insistente invitación a desayunar. Le expliqué mi horario y me invitó a regresar esa noche como su invitada, para cenar algo después de trabajar, ver el club en acción y conocer a sus amigos.

En mi ansiedad por salir, acepté. Más tarde me arrepentí y pensé en no acudir. Por otro lado, era la excusa perfecta para ver parte del otro lado de la vida social de Seven Slopes y yo también necesitaba compañía.

Empecé a odiar a Angelina. Después de tanto tiempo sin saber nada de ella, imaginé que debía de haber muerto. Intenté convencerme a mí mismo de que había muerto o se había reformado, pero lo pensé mejor. En lo más hondo de mi ser estaba

seguro de que si Angelina hubiera muerto yo lo habría sabido. No hacía más que pensar en ella y eso me estaba destrozando la vida. Recé por tener noticias de ella y poder detenerla. Y luego recé por tener noticias de ella y poder volver a verla. Tenía que hablar con Angelina. Tenía que preguntarle: «¿Por qué?». Y por último recé para recibir noticias de ella y tener una excusa para dejar Westwater. De repente se había convertido en una maldita ciudad, demasiado pequeña para mí. La odiaba y odiaba a todo el mundo que se relacionaba conmigo. Otro invierno y creí que moriría de aburrimiento. Estaba inquieto como nunca antes. Realmente inquieto. Sólo deseaba salir, ver cosas nuevas, encontrarme con personas nuevas. Sólo quería irme.

Pero ésa era la dirección donde recibía los periódicos, y desde allí había tendido mi red intentando encontrarla, así que no me atrevía a marcharme. Estaba atrapado en ese lugar por culpa de Angelina. Ella me había atado a Westwater y de veras la odiaba por eso.

Dormí todo el día y me desperté a las cuatro de la tarde. Afuera ya estaba oscuro. Encendí la radio para oír música navideña y no pude soportar los recuerdos. Un año atrás yo estaba con Lewis. La Navidad anterior la había pasado con mi madre y Rolf. ¿Volverían las vacaciones navideñas a ser otra vez lo que habían sido? Seguramente no. La Navidad era para los niños.

Me preparé tostadas y una taza de té, y me senté en mi ruinoso mesa, preocupada por acudir de noche al Yacht Club. Conocería a gente más mayor, gente con experiencia, gente sabia. ¿Cómo me presentaría ante ellos?

Me preocupaba que la oscuridad me venciera en medio de una multitud de adultos, que mi comportamiento fuera extraño. Me preocupaba que ese mi primer acontecimiento social se torciera y tuviera que salir de Seven Slopes por miedo o vergüenza, como había tenido que irme de muchos lugares antes.

Extendí la mermelada en la tostada y la contemplé. Se me había quitado el apetito. ¿Cómo demonios cumplía la gente con sus obligaciones sociales? ¿No arruinaba la experiencia el estrés y la tensión de todo eso? ¿Realmente alguien encontraba placer en ello?

Quizá los demás se limitaban a aceptar la vida. Quizá simplemente aceptaban su comportamiento como manifestación de su personalidad y no había nada de que avergonzarse. Bueno, ciertamente valía la pena intentarlo. Había hecho algunos progresos en Seven Slopes, controlándome estrechamente. No debía temer que mi conducta me incapacitase.

Iría al Yacht Club y dejaría que lo que tuviera que ocurrir... ocurriera. Tras esta decisión el fardo de la vida pareció aligerarse sobre mis hombros. Ya no necesitaba luchar más, podía relajarme. Esperé con ilusión la noche que se avecinaba.

Entonces sucedió.

Apenas estaba despierta, jugueteando con las tostadas, aún algo confusa después del largo sueño. Sentía un poco de melancolía navideña, evocadora, envuelta en la crisálida de mis pensamientos, cuando, de repente, sentí como si el fondo de mi mente se viniera abajo y yo cayera por un inmenso vacío. Se me revolvió el estómago y luego... me encontré cara a cara con Boyd. Nos vimos el tiempo suficiente para notar el asombro y luego, como un yoyó, volví al punto de partida, la trampilla se cerró de un portazo y me encontré sentada ante las tostadas frías, sudaba por todos los poros y me daba vueltas la cabeza.

Por un momento pensé que iba a desmayarme.

Volví a la cama y me tumbé, maravillada por la alucinación tan realista, maravillada por su posible significado.

Cuando recuperé la conciencia, eran las ocho en punto.

Habían pasado cuatro horas. Cuatro horas que no recordaba. No había dormido. Sabía que no me había dormido. Me atenazó el pánico. Sabía dónde había estado. Había pasado cuatro horas con Ella... cuatro horas con la propietaria de aquellos labios, con la voz de la oscuridad, la música de mis sueños. Cuatro horas con la fuerza que me había hecho enloquecer en Westwater. Cuatro horas de las que no recordaba nada. ¿Qué me había hecho?

Oh, Dios, ¿y ahora qué? Intenté escapar con todas mis fuerzas. Intenté evitar la oscuridad por todos los medios a mi alcance, pero ¿qué posibilidad tenía frente a esa voz, esa fuerza, esa hipnotizadora que me robaba la conciencia y me doblegaba a su voluntad?

Empecé a pasear. La mente se me llenó de posibilidades, modos de eludirla, modos de soslayar su influencia sobre mí. No podía ir a trabajar. La oscuridad invadiría el servicio de mensajería. No podía quedarme en casa, pues era de noche y había dormido todo el día. No podía salir, no podía quedarme, el mundo empezó a cerrarse sobre mí. Me sentí indefensa ante Su poder, indefensa, desesperada, minúscula, perdida...

Ya sé —pensé—. El Yacht Club.

¡Sí! El Yacht Club. Allí había luz y gente y conversación. Eso era lo que necesitaba, eso era exactamente lo que necesitaba. Ella no se atrevería...

Ella no se atrevería.

Eran las ocho en punto.

Me duché, me cambié de ropa y me preparé.

Mientras caminaba por las calles en dirección al club, aún estaba muy preocupada y bastante inquieta. Podía oír la actividad del club a más de una manzana de distancia y podía ver las mudas luces procedentes de las ventanas del almacén, pero Ella estaba en mi mente. Ella y Boyd y esa extraña, extrañísima experiencia de verlo, de reconocer su esencia, de estar tan cerca que durante un instante casi pude olerlo. Y luego, en lugar de permitirme meditar sobre la situación. Ella captó mi atención durante cuatro horas. Me había dejado en paz, durante meses. Y ahora, de repente, se habían esfumado cuatro horas. Estaba realmente preocupada.

Golpeé la puerta del Yacht Club tan fuerte que me dolieron los nudillos. Sin embargo, cuando se abrió la puerta se me olvidaron todas mis preocupaciones. La habitación estaba transformada por las auras de la gente que la llenaba. Era como un gran cóctel informal.

La gente estaba de pie bebiendo en la barra de la pared, charlando en pequeños grupos o sentada sola. Algunos se apiñaban en los módulos de la sala o deambulaban, masticando aperitivos, comiendo bocadillos, bebiendo cerveza, soda, café. Parecía un club —en realidad parecía más una fiesta navideña—, no parecía un bar en absoluto.

Un alto caballero, que se presentó como Kent, se ofreció a coger mi abrigo, así

que me lo quité, luego me quité la toalla marrón de los hombros y la dejé sobre un estante. Kent colgó mi abrigo en un gran perchero de bronce detrás de la puerta. Me preguntó si era socia y cuando le dije que era la invitada de Cap, me sonrió en aparente reconocimiento y me acompañó hasta el fondo, donde Cap estaba sirviendo en la barra.

—¡Angelina!

Cap salió por un extremo de la barra y me abrazó. Me sorprendió su intenso afecto al apretarme contra los pliegues de su carne, luego cuando me soltó me percaté de que había estado bebiendo y por algún motivo necesitaba demostrármelo. Yo reprimí el cómico impulso de mirar si la huella de mi huesudo cuerpo sobre su gran estómago había dejado un contorno permanente de Angelina impreso en su carne.

Estaba bien vestido, con una camisa limpia de franela y tejanos, y olía bien. Estaba contento, se sentía en su elemento.

—¿Qué puedo servirte? Es un club privado. Aquí no nos preocupa el carnet de identidad.

—Oh, no bebo. Sólo té, por favor.

Mientras aguardaba, miré a mi alrededor y noté una singular ausencia de mujeres. Había algunas presentes, que supuse eran esposas, la mayoría jugando a cartas con sus maridos o en parejas en mesas de juego dispuestas en el rincón más alejado. Una pareja de mujeres entablaba una conversación con sus compañeros en un sofá y otras dos discutían animadamente en la barra de la pared, pero el resto eran hombres. Una sorprendente variedad de hombres.

Tragué saliva.

Cap me trajo el té.

—Jo, me alegro de verte —dijo—. No estaba seguro de que vinieras. Lo siguiente será hacerte miembro del club. Necesitamos algunas damas para iluminar un poco el lugar. Añadir un poco de color.

Yo le sonreí. Era una persona adorable.

—Ahora pásatelo bien, ¿oyes? Esta noche estoy atado detrás de la barra, si no te presentaría algunos amigos. Ya sé que tienes que trabajar a medianoche, pero ¿puedes pasarte por aquí cuando termines y tomaremos café cuando acabes tu turno?

Le dije que así lo haría, apuré el té y salí a explorar ese interesante territorio masculino.

Mientras me abría paso entre los pasillos, mi nariz captó el olor masculino, escuché fragmentos de conversaciones, oí enmudecer las conversaciones a mi paso. Fui consciente de qué personas estaban bebiendo. Después de unas notables observaciones sobre los hombres, me percaté de que mi criterio para seleccionar compañía esa noche consistía en encontrar un hombre que no bebiera. Un hombre que no contaminase su cuerpo. Educadamente decliné ofertas de todo tipo, mientras

deambulaba, atenta, al acecho.

Mientras andurreaba despacio, mirando, escuchando, invitándome a entrar y salir, presentándome cuando era necesario, empecé a serenarme. Me encontraba tranquila, cómoda. Volví a sentir una presencia, una amorosa y consejera presencia que me animaba. Era un sentimiento familiar, que había añorado en mi vida fría y solitaria durante demasiado tiempo, y era maravilloso. Continué paseando por el Yacht Club, disfrutando del ambiente, sintiéndome segura y relajada.

Recorrí casi toda la habitación, y me sentía cada vez mejor y más feliz. La lucha había cesado. Me sentí protegida y aliviada. Y libre para dejar que la noche siguiera su curso, libre para disfrutar.

Entonces lo vi. Se hallaba en el rincón donde convergían las dos barras y hablaba con otro hombre. Era él, no cabía duda. Mi hombre de esa noche.

Era alto y de pelo cano. Su cara surcada por profundas arrugas revelaba años de actividad y aventura. Era limpio y guapo, con la nariz recta y ojos limpios y transparentes.

Bebía agua mineral. Me acerqué a su lado y me quedé allí, interrumpiendo ostensiblemente la conversación.

—Hola —ofreció mi caballero.

—Hola —dije—. Me llamo Angelina Watson.

—Yo soy Fred Bertow —dijo, demostrando con los ojos inmediato interés—. Este es Carl.

—Encantado de conocerte —dijo Carl—. Te veré más tarde, Fred.

Carl hizo un guiño y se apresuró a largarse.

—No te he visto nunca por aquí —dijo Fred, acercándose.

Olía a agua y jabón. Tenía las manos grandes y peludas, y las uñas pulcramente arregladas. Empezaron a dolerme las glándulas salivales.

—Es la primera vez que vengo.

—¿Eres nueva en la ciudad?

—Llevo aquí pocos meses.

—Tal vez me permitas invitarte a una copa.

—No, gracias. Estoy tomando té. Tal vez deba ir directa al grano.

Sonrió auténticamente divertido. Estaba intrigado. E interesado.

—Pareces una persona agradable: limpio, sobrio y, supongo, saludable...

Esperé su respuesta.

Levantó una ceja y confirmó mi impresión con un leve asentimiento.

—Encuentro que eso es muy atractivo.

—¿De verdad?

—Sí —dije simplemente y bebí el té.

Él se sirvió agua mineral de la pequeña botella mientras nos miramos

mutuamente un rato largo. Podía ver cómo su mente calibraba las implicaciones y las estrategias del siguiente movimiento, pues era evidente que le tocaba el turno a él. Mi corazón empezó a latir. Intenté evitar que me temblasen las rodillas o que mi boca sonriese estúpidamente. Los hombres son tan fáciles.

Cuando supe su próximo movimiento, él sonrió.

—¿Eres tan escandalosamente limpia como te crees?

—Lo procuro —dije—. Y busco asociarme con aquellos que hacen lo mismo.

—Entonces, ¿nos asociamos?

—Me gustaría.

Durante una décima de segundo, miré el rostro de ese hombre y no podía creer estar diciendo esas cosas. Entonces él retomó el hilo de la conversación y yo me metí en el personaje.

—¿Ahora?

Miré el reloj. Eran las nueve y veinte. Dejé la taza en la barra y me dirigí hacia el guardarropa. No me atrevía a darme la vuelta para ver si me seguía, pero cuando cogí el abrigo de la percha, él me lo quitó y me ayudó a ponérmelo. Yo deslicé la toalla a través de la manga y dentro del enorme bolsillo del abrigo.

Caminamos juntos en la noche lacerante y fría, precedidos por vaharadas de respiración caliente. Descubrí que no tenía nada que decir. Dejé que me guiara su gran mano en mitad de mi espalda, dejando que la noche siguiera su curso. Seguramente Ella tenía algo especial en mente.

DEDRICK «CAP» NICKS: Angelina parecía una buena chica. Un poco con las aristas sin pulir, tal vez, pero..., hey, tienes que serlo en estos días. Sobre todo las chicas que van por libre. Tienen que ser duras.

Ella se pasó por allí un par de mañanas, nos sentamos y tomamos café juntos. Pero siempre estaba muy cansada después del trabajo. También se pasó un par de noches, antes de su turno, pero yo estaba muy ocupado entonces y no tuvimos oportunidad de charlar demasiado, así que nunca llegamos a conocernos mutuamente. Hey, tal vez eso sea algo bueno, ¿eh?

No, viajábamos en círculos diferentes. El Yacht Club no era su tipo de local, aunque así lo pareciera al principio. Daba la impresión de estar fascinada. Bueno, demonios, nosotros, los viejos chiflados, somos bastante fascinantes, debo admitirlo. Pero no éramos de su tipo. Los jóvenes sí, debió cambiarnos por aquellos bronceados y atléticos esquiadores jóvenes. Los turistas. Creo que eran más del agrado de Angelina.

Hey, me pregunto si usted podría decírmelo. Me refiero a que he sido franco con usted y en mi oficio se oyen un montón de rumores. ¿Es cierto eso, quiero decir, realmente encontraron todo eso, bueno, ya sabe, todo ese material en su apartamento

cuando ella se fue?

El apartamento de Fred estaba muy bien decorado con mobiliario caro y de excelente gusto. Parecía el anuncio de una revista, terminado en apagados colores pastel, obras de arte originales y un amplio panorama de las pistas de esquí cubiertas por la nieve y la librería de la ciudad iluminada por la noche.

Sus dos perritos le saludaron moviendo el rabo y contoneando el cuerpo, resoplando y bailando de excitación. Yo tenía ganas de pisarlos, pequeñas cositas repelentes. Seguramente percibieron mi opinión, pues me ignoraron por completo, recibieron muestras de amor y cariño de su amo, y luego, a una orden de éste, desaparecieron en la habitación más lejana de la casa.

Entonces acaparé la atención de Fred. Toda la atención.

Sus manos largas parecían cubrir cada recodo de mi cuerpo mientras me ayudaba a quitarme el abrigo. Para mi sorpresa, me descubrí a mí misma temblando ante sus caricias, la excitación me ponía la piel de gallina hasta los dedos de los pies y los pezones se me ponían duros como pequeñas nueces. Sirvió dos vasos de agua mineral con rodajas de limón, luego bajó las luces y nos acomodamos en el sofá a mirar el panorama. Me sentía muy cómoda a su lado. Yo estaba abierta y excitada ante sus caricias.

Me estaba convirtiendo en una mujer.

—A veces —dijo él— me siento aquí, aquí mismo en este sillón y observo todo el día los esquiadores —su mano empezó a jugar con el cabello de mi nuca. Yo notaba como me subía la temperatura—. Y en vacaciones, por la noche, toda la gente de la patrulla de esquí sube a la cima y baja esquiando con antorchas. Bajan en línea y zigzag, y trazan distintos dibujos, sosteniendo esas llamas en la noche oscura contra la nieve blanca.

Me besó detrás de la oreja. Yo quería ver los esquiadores con antorchas. Casi podía extraerlos de su recuerdo y verlos a través de mi mente.

Me cogió el vaso y lo dejó sobre la mesa de café, luego me acercó hacia él. Su abrazo no se parecía en nada al de Cap, ni al de Lewis. Era enjuto y duro, y me dolía la piel de estar en contacto con la suya.

Él debió de oír mi pensamiento porque se desabrochó la camisa, me sacó la blusa de los tejanos y con una mano en mi espalda, apretó mi vientre desnudo contra el suyo. El contacto fue seguido por una vibración eléctrica. Sentía el escalofrío recorernos a los dos y nuestra respiración se detuvo un momento. Entonces él se separó y me miró intensamente. Empezó a desabrocharme despacio la blusa mientras yo me quedaba allí sentada, mirándole a la cara, recordando los detalles, y él se ponía a hablar.

—Hay algo mágico en esquiarse a toda velocidad. Bajas tan deprisa las vertientes

que te da miedo a caerte. —Su toque liviano me quitó la blusa tan rápidamente como crecía su pasión—. Es tan estimulante que no puedes detenerte, no deseas detenerte, no deseas caerte. —Su rostro empezaba a cambiar y sus dedos se hicieron más duros en su excitación—. Porque si te caes los cristales pueden hacerte trizas. ¿Qué camino seguir, eh, Angelina? En una explosión de triunfo orgásmico, una mancha roja en el declive de tu pista favorita.

Cuando me hubo desabrochado la blusa y los tejanos, se ocupó de su ropa. Nos inclinamos hasta quedarnos horizontales sobre el sofá, incongruentemente cálido justo delante del enorme y frío ojo de una ventana, que nos mostraba el invierno en todo su esplendor.

De repente me apretó fuerte, dejándome un morado en la cintura, luego me tumbó sobre el sofá y con una mano me bajó los tejanos hasta las rodillas y su dedo cálido y seco me penetró, y yo grité ante lo inesperado del acto. Él dudó un instante, sonriéndome con cariño, luego se puso en pie, lanzó el resto de mis prendas, me quitó los tejanos, luego me cogió en brazos y me llevó a través de la sala de estar hasta el dormitorio.

Nos acostamos sobre la suave colcha, nuestras manos ocupadas en el otro, así como nuestras bocas, que probaban, chupaban, hablaban en tonos bajos y tiernos. Fue una coreografía magnífica. Me sentí como si hubiéramos bailado juntos cientos de veces antes.

Nuestras piernas se entrelazaron, luego se recompusieron. Él intentó montarme, movimiento que evité con poca dificultad y continuamos nuestra danza, luchando cada vez más intensamente. La fricción física creció y nuestro vals se convirtió en un combate —una batalla de dos voluntades— examinando, probando, retrasando. Su frustración crecía con cada una de mis negativas, mi excitación explotaba con cada nuevo énfasis de su frustración.

El combate se agudizó, el dolor entró entre lo permitido y sentí que me ardía la muñeca y un tobillo de la fricción con la piel mientras me zafaba de su llave.

Entonces la música se elevó en mis oídos. Parecía como si hubiera estado allí toda la noche, tocando un dulce acompañamiento a nuestro cortejo y ahora el volumen aumentaba con un apropiado cambio de intensidad.

Los acordes musicales fueron memorables, monumentales, el arreglo era único, era nuestro, se exaltaba en el coro, construyendo, construyendo, el *crescendo* casi nos ensordecía, y yo oía mi parte orquestada, sabía cuándo dejaba de ser un *pas de deux* para convertirse en un *solo* y Fred se tumbó de espaldas. Yo me senté a horcajadas sobre su pecho y me agarré a los músculos pectorales, clavándole los dedos en los sobacos, aguantando, aguantando, aguantando un último momento más largo y durante el tañido de címbalos vi la expresión de su rostro, el destello de la duda, el instante de la verdad y la pizca de remordimiento, y yo me abalancé sobre el gusano

gigante que latía justo debajo de su oreja.

La canción de cuna que sonaba sobre mi cabeza mientras bebía fue la música más dulce e inocente que he oído nunca. Hablaba de paz y armonía y vida, y vida después de la vida. Fred se quedó quieto y mi respiración se ralentizó. Chupé más, estaba llena, pero él era tan puro, tan delicioso, era como un arroyo fresco en un día caluroso... no soportaba desperdiciar nada. Enrollé las piernas a sus pesadas extremidades y me acurruqué con la canción de cuna, estimulando el pezón de mi alimento con los dientes, frotando con las manos su peludo pecho y masajeándole los músculos faciales hasta que se relajó.

Cerré los ojos y vi los esquiadores con las antorchas, zigzagueando por la montaña. Mi rostro se ablandó en una sonrisa y pensé en la expresión de Fred cuando hablaba de esquiar rápido, tan rápido que temía caerse, y conocí la sensación. Sentí el alborozo, vi a la Muerte volando sobre la montaña a mi lado. Conocí a Fred en ese momento y lo amé.

Hasta que no me percaté del peligro de dormirme no me di cuenta de que habíamos caído al suelo en nuestra violenta contienda y nos habíamos llevado la mitad de la colcha con nosotros. Me senté y rocé la carne fría con las yemas de los dedos entretanto mis pasiones se enfriaban aún más y, mientras deslizaba los dedos sobre sus rodillas, volvió a suceder.

Vi a Boyd.

Lo sentí mirando a través de mis ojos, viendo lo que yo veía, el hermoso y fuerte cuerpo de Fred Bertow, durmiendo el eterno reposo, con el cuello desgarrado y la colcha arrugada colgando de la cama. A los ojos de Boyd no era hermoso. Era bárbaro y repugnante.

Luego volvió a ser dulce y tierno. Me dirigí hacia mis adentros y miré directamente la expresión conmocionada y de repulsa de Boyd, y le dije:

—¿Los amas antes de matarlos, a los indefensos animales que asesinas con tus armas automáticas? ¿Les das placer o al menos una oportunidad honesta? ¿Los amas, Boyd? ¿Los amas como hago yo?

Y entonces empecé a reírme, me enjuagué la barbilla y sentí el viscoso fluido y noté que había goteado en mi pecho, entre mis senos y se había mezclado con mi rubio vello púbico. Y me reí más y más. Luego él se fue y yo regresé a la habitación, al silencioso dormitorio en el que sólo estábamos Fred y yo. Oí a los perros gemir en la otra habitación, y de repente el buen humor desapareció.

Era como si acabara de despertar y estaba conmocionada por lo que había hecho. Estaba horrorizada. ¿Cómo había sucedido? ¿Cómo pude permitir que eso sucediera? No sólo dejé que sucediera, sino que yo lo busqué. Yo hice que sucediera.

Se me quebró el alma dentro de mí. Me inundó la desesperación. Me percaté de que no tenía ningún control sobre mi vida. Todo lo que había hecho en los meses

pasados para evitar que la oscuridad se adueñara de mi vida había sido en vano. Todo en vano. Todo. No podía creer que hubiera vuelto a matar.

Entonces tuve frío y miedo.

Esa noche llegué puntual a trabajar, pero mi mente estaba turbia y me dormía durante mi turno.

Por la mañana me arrastré como pude y cuando por fin dieron las ocho fui al Yacht Club a cumplir mi cita para desayunar con Cap. Me disculpé con la excusa del cansancio, pero en realidad era la vergüenza lo que me cansaba así. Él me guiñó un ojo como si comprendiera que había pasado una noche movida y me dejó marchar.

La policía no llegó hasta al cabo de seis días. Para entonces, los perros de Fred habían dado buena cuenta de lo único que podían comer, mutilando las pruebas que la policía hubiera podido conseguir como causa de la muerte. Como yo era aparentemente la última en verlo con vida, vinieron a preguntarme si se había quejado de indigestión o dolores en el pecho o de algún tipo.

No lo había hecho y así se lo conté a la policía.

En realidad me enfurecí y me descontrolé cuando empecé a ver a Angelina, quiero decir a verla de verdad.

Angelina y yo estábamos conectados de una misteriosa manera. No puedo describirlo, era como...

Cuando yo era un niño solía pasar mucho tiempo llamando a la gente por teléfono. Bueno, el teléfono de una chica siempre comunicaba, pero el resto descubrimos que si gritábamos en el teléfono entre las señales de comunicar podíamos hablar con otras personas que estuvieran llamando a su número y oír la señal de comunicar. Era una misteriosa conferencia.

Bueno, algo así sucedía con Angelina y conmigo. Caíamos en una especie de vacío, como ese lugar en donde existía la señal de comunicar y nos veíamos. A veces podía ver por sus ojos, como brillantes ventanitas en el vasto agujero negro, ventanas al mundo exterior.

Y al igual que la señal de comunicar, creo que había más, pero nunca me dio tiempo a investigar. Siempre me pillaba por sorpresa. Y Angelina solía hacer lo mismo...

La primera vez que ocurrió, casi me cago. Pero luego empezó a ser más frecuente. Tuve que dejar mi trabajo. Temía que me sucediera mientras estaba trabajando con una sierra o algo por el estilo, o mientras conducía. Dejé de

conducir. La conexión duraba sólo un segundo o dos. Justo lo bastante para consternarme, supongo. No sé por qué. No creo que Angelina lo hiciera a propósito. Creo que estaba tan consternada como yo.

Pronto me cansé de mirar a sus víctimas y escuchar su demencia, y empecé a buscar pistas sobre su paradero. La mayoría de las veces me quedaba en casa a esperar a que volviera a suceder y a concentrarme en cualquier cosa que divisase desde su punto de vista: un jalón, el cartel de una calle, cualquier cosa. Me quedaba en casa y esperaba oír algo sobre extraños asesinatos en la televisión, en los periódicos o en el servicio de cablegramas. Vivía para encontrar indicios sobre su paradero.

Ella supo cuándo empecé a buscarla. Al principio Angelina era muy cuidadosa, pero a medida que transcurrió el tiempo, perdió el control. Se volvió descuidada y empezó a dejar un rastro.

Regresé al Yacht Club varias mañanas seguidas al acabar de trabajar, pero no podía seguir a Cap, que estaba siempre despejado y descansado. Me dolía continuamente la mandíbula de controlarme de una manera tan drástica. Yo no resultaba una compañía agradable. Al cabo de más o menos una semana, mi turbación me había arrebatado lo mejor de mí misma y empecé a ir directa a casa. No era simplemente llegar a casa después de trabajar. Me sentía como si cada día salvara mi vida. Cuando cerraba la puerta en lo alto de la escalera, casi estaba salvada. Cuando cerraba la puerta al final de la escalera, daba un suspiro de alivio. Podía relajarme.

El hogar. Mi apartamento era mi refugio. Era cómodo y era mío. Tenía su aroma peculiar: a sótano, rozando la humedad. El olor era agradable, era característico, era familiar. Olía como a hogar. El apartamento tenía mi personalidad, todos los muebles los había hecho yo, o los había recogido o comprado. La luz siempre estaba baja, tenue y suave. Podía ser yo misma entre esas frías paredes. No necesitaba fingir. Llegué a considerarlo casi un amigo, un protector, un compañero.

Lo primero que hacía cuando llegaba a casa era pensar en Sarah. Notaba la escasa carne de mis brazos y pensaba en ella, redondeada, musculosa, saludable, resplandeciente. Volvía a ajustarme la mandíbula y prometía comportarme como era debido para ir por el sendero recto hacia un estilo de vida tan sano como el de Sarah.

A veces creía estar al límite del ataque de nervios. Mi personalidad era tan inestable como para quebrarse. La idea era vaga pero omnipresente y se alojaba en lo hondo de mi mente. A todas horas sentía que me encontraba bajo una terrible presión. No tenía ni idea de dónde procedía la presión, ni tampoco qué hacer con ella, ni examiné detenidamente la sensación. Siempre había tenido en cuenta la posibilidad de enloquecer por completo —de hecho, yo sabía que en ocasiones había estado loca— y esa posibilidad aumentó cuando experimenté extraños destellos que no guardaban ninguna relación con mis experiencias.

Por ejemplo podía estar desayunando y preguntándome si Mary Lou se habría graduado después de divorciarse de Al, y albergaba sentimientos cariñosos hacia ella, y luego me percataba de que no conocía a Mary Lou. No conocía a Al. Eso me pareció un síntoma de demencia. No tenía ni idea de lo que significaba un ataque de demencia, ni qué podía hacer si ocurría. No estaba segura de reconocerlo si sucediese, pero sabía que al menos podía hacerlo en privado, ya que no a salvo, si me sucedía en casa. Por eso corría a casa después de trabajar y nunca invitaba a nadie.

Y entonces Ella empezó a perseguirme.

Era un asunto privado y no deseaba compartirlo, ni siquiera admitirlo. No estaba seguro de quién era Ella ni cuáles sus poderes o intereses sobre mí, pero su atención era tan tentadora, tan sensual, tan particular, que me arrastraba por completo. Me

atraía absolutamente. Me enamoraba absolutamente. Empecé a bajar la guardia, contrariando el sentido común.

La primera vez que la vi había sido en casa de Lewis. Hasta ese momento Ella rara vez me permitía recordar nuestras conversaciones, y mucho menos ver su rostro. Yo la conocía sólo como una esencia etérea que aparecía en medio de mis meditaciones. La que vivía dentro de la música. Y ahora, después de la muerte de Fred, Ella vino a buscarme, Ella me quería, Ella me deseaba y yo era...

Yo era joven. Muy joven. Y los jóvenes no conocen el peligro.

Descubrí que yo actuaba para obtener su aprobación. Con el tiempo, se desvaneció la idea de estar lo suficientemente bien para Sarah. Era demasiado adulator, demasiado alentador, demasiado divertido. Buscaba cosas ingeniosas para decir y descubrí que lo hacía para divertirla. De algún modo, sabía que Ella me observaba todo el tiempo. Sabía que nadie que me amase tanto como Ella querría estar conmigo todo el tiempo. Empecé a vivir con su idea tan íntimamente como vivía con el color de mi cabello.

Yo sabía lo que le gustaba.

A Ella le gustaba que me citara con la gente que llamaba al servicio de mensajería en mitad de la noche y que dejara la oficina vacía para reunirme con ellos.

Ella fue la única que me habló del estanque y de la vieja cabaña donde los llevaba y luego enterraba sus restos en la nieve para que la primavera los encontrase, si las hambrientas alimañas no los descubrían primero.

Ella me dirigía hacia las zonas más pobladas por turistas aptos para mis fines. Ella me ayudaba a elegir ropas atractivas, a decir cosas inteligentes y seductoras a aquella gente que Ella elegía por mí, cuando antes yo había sido una mentecata incapaz de abrir la boca.

Y mientras Ella me dirigía, me sentía muy orgullosa de demostrarle lo que había aprendido de Ella, que sus enseñanzas no se habían perdido, que yo era inteligente y deseaba agradarle, que pronto se desarrollaría mi imaginación y empezaría a inventar nuevas maneras creativas de desplegar mis recién adquiridas dotes de seducción.

Me fabriqué una capa azul marino de tela de toalla, lavable a máquina, para llevar debajo de mi abrigo y hacer mi trabajo limpiamente, como a Ella le gustaba. Dije e hice cosas abominables, complaciéndome en su aprobación. Mantuve conversaciones voluptuosas con los clientes, completadas con insinuaciones obscenas, delante de las demás chicas del turno de día, para consternación de éstas y entusiasmo de Ella. Empecé a salir más, me volví más animada.

Y luego iba a casa, cerraba la puerta con llave, daba de comer al gato y comía yo si tenía hambre, alargando el tiempo, el momento, excitándome.

Y luego llegaba la hora en que finalizaban mis obligaciones. Me tumbaba sobre el colchón tendido en el suelo y me ponía a meditar. Los labios me hablaban al oído —

los carnosos, rojos y brillantes labios— y Ella me hablaba con claridad y determinación, mansamente, y me explicaba el placer que yo le había proporcionado esa noche.

Y a cambio Ella me daba placer a mí.

Se me aparecía siempre en una o dos formas. Cuando estaba despierta, meditando, los labios me hablaban y, aunque sólo los veía a través del ojo de la mente, conocía cada pliegue, cada arruga de sus labios, cada curva de blancos dientes, cada mancha reluciente en la punta de su lengua.

Y cuando juntas nos escabullíamos a través del vacío, escuchando la música, y yo me sentaba tranquilamente mientras Ella ejecutaba los sonidos, como si Ella, la niebla, fuera la misma sustancia de las notas. Ella cambiaba a medida que la música crecía. Se arremolinaba como una bruma delicada. Se expandía en grandes masas de niebla en movimiento y me nublabla la visión, mientras caía sobre mí y me envolvía, excitándome, estimulándome. La música debía ser creación de Ella; nadie más podía haber imaginado algo tan bello, tan perfecto, tan esencialmente adecuado para nuestra relación, nuestras experiencias, nuestras personalidades, nuestra unión y nuestro amor.

Otras veces nos limitábamos a conversar: por su ingenio, experiencia y sus anécdotas daba gozo estar a su lado. Pero sobre todo su esencia era la del amor y cuando estaba con Ella, me sentía total y completamente amada.

Ahora parece incomprendible, pero pasó mucho, mucho tiempo antes de que me percatase de que Ella no tenía ningún nombre, ni tampoco la conocía. Mi soledad y el deseo de estar con otra alma se hacía confuso a la luz de su brillante y amorosa personalidad, y creí que había encontrado lo que estaba buscando.

Quizá fuera cierto.

En realidad era Ella quien había encontrado lo que estaba buscando, pues cuando me conoció obtuvo mi devoción de un modo tan completo como yo obtenía la sangre vital de Sus víctimas.

En nombre del amor.

Los días se hicieron más largos, llegó y pasó la Pascua, los regurgitantes autobuses dejaron de vomitar turistas y en las laderas de las montañas empezaron a aparecer parches marrones. Salí del invierno como si amaneciera de un profundo sueño, como si me despertara de un sueño tan lleno de terrores nocturnos y ruidos extraños que la realidad no hiciera más que levantar sospechas.

La nieve derretida corría por las calles, bajaba de las colinas, y los grandes torrentes y los barrizales constituían una situación apurada para quienes vivían por debajo de nosotros.

La primavera me trajo una sensación de renovación. Vi como la hierba se volvía

verde, las hojas brotaban en los árboles. Caminé junto a los árboles en el crepúsculo de la mañana y de la tarde, e, inspirada por todo ello, deseé una vida a la luz del día, entrar en la luz del sol y reírme en su calidez.

Pero en lugar de eso dormía durante el día. Desde el ocaso hasta la aurora dejaba que la oscuridad penetrara en mi mente. Estaba continuamente ocupada, sorprendida de mi rareza, dolorida por mi soledad, deseando con tanta fuerza... pero tenía miedo. Buscaba amistad, camaradería. En lugar de eso sólo encontré víctimas.

Empecé a perder la salud. Temía no sobrevivir a las noches, que pasaban factura a mi cuerpo. Ya apenas me reconocía a mí misma en el espejo. Necesitaba hacer algunos cambios.

Lo primero que hice fue dejar el servicio de mensajería para siempre. No necesitaba el empleo. Era demasiado... demasiado... opresivo. Al dejarlo sentí un gran alivio. Ahora podía hacer exactamente lo que se me antojase, sin limitaciones de tiempo, sin sentimiento de culpabilidad. Podía pasar el rato como gustase. Podía vivir de mis ahorros y de la cuenta de Pennsylvania durante mucho, mucho tiempo.

Pero esa primera noche, en lugar de dormir y empezar a readaptar mi peculiar horario para que coincidiera con horas de vigilia más normales, me levanté con Spartacus, la gata que me había adoptado cuando yo andaba deseosa de madurez y responsabilidad, cuidándola mientras ella daba a luz a una camada de cuatro gatitos, dos machos a rayas amarillas, otro manchado y una tigresa igual que su madre. Sostuve a los recién nacidos en la mano, aún húmedos de los jugos embrionarios y los acaricié y les hablé, los olí y los sentí. Eran tan puros, los pequeñines. Nunca habían comido, nunca habían maullado, nunca habían pensado. ¡Qué limpios! ¡Qué gustosos! Chupé la cara de uno, probando su humedad —salada, como las lágrimas—, probando su vida. Luego lo puse en la caja con su familia.

Pero entonces apareció Ella otra vez y, al principio, temí cuál sería su reacción al saber que yo había dejado el servicio de mensajería. Temía que Ella ya no me encontrara graciosa, ni excitante, ni atractiva, cuando en realidad esos miedos sólo existían en mi mente. Su afecto era incondicional y consistente.

De hecho, mis pequeñas inseguridades, mis temores y deseos de una vida distinta, palidieron ante la inmensidad de su afecto, su consistencia, su fortaleza firmemente arraigada.

Cada noche había algo que me entretenía, me mantenía despierta y me impedía ajustar mi horario. Mi lucha contra ello consistía en poco más que un pensamiento voluntarioso, pues Ella siempre tenía la última palabra, y cuando me acurrucaba en las sábanas con los puños apretados contra los ojos, Ella acudía y me susurraba al oído, y mi cuerpo ávido de caricias respondía. Estaba perdida. Perdida de nuevo.

A medida que la noche se aclaraba y la negrura de los ventanucos de mi sótano se volvía lechosa, el cansancio me vencía y ya no podía sostener la cabeza erguida. Por

fin llegaba el sueño, un duermevela sin sueños que no suponía ningún descanso.

REBECCA DEL ROSARIO: En realidad no deseaba arruinar a Angelina, pero estaba verdaderamente descontrolada. Me tomé mi tiempo antes de delatarla, porque no quería que sonara a uvas amargas, ¿sabe? Me refiero a que de verdad quería que me devolviera mi turno; mi novio también trabaja por las noches, de modo que era perfecto y era una pena que yo tuviera que trabajar durante el día, una verdadera lástima.

Pero Angelina se lo buscó. Al principio pensé que no hacía su trabajo, registrando las llamadas y todo eso. Me imaginé que se dormía. Las chicas siempre suelen dormirse en el turno de medianoche, ése es uno de los problemas que siempre ha tenido la señora Gardener.

De modo que la encubrí un poco, bueno a veces nos encubrimos entre nosotras. Luego las chicas del turno de mañana empezaron a contarme esas historias fantásticas sobre el modo de actuar de Angelina.

Debía de estar tomando drogas o algo así. Ellas me contaron que hablaba muy fuerte. Sabes que con los auriculares que llevamos, un susurro es suficiente, pero me dijeron que Angelina paseaba de aquí para allá entre ellas, con el cable telefónico enchufado al tablero, respondiendo a las llamadas, gritando a la gente, hablándoles muy fuerte y diciéndoles cosas terribles.

Una vez le dijo a un cliente que nunca se citaría con él porque era italiano y todo el mundo sabe que los italianos comen ajo y ella no soportaba el sabor a ajo en un hombre. ¿Se lo imagina? Estaba totalmente descontrolada.

Y cuando descubrí que había estado saliendo de noche, bueno, ahí lo tenía. Sólo tenía que decírselo a la señora Gardener. La señora Gardener podía haber perdido un montón de clientes y ése era el trabajo de todas, ¿no es cierto? Angelina no tenía derecho a hacernos eso.

La vi el día que la señora Gardener la despidió. Me dejé caer por allí pronto, porque sabía que la señora Gardener llegaría temprano para ver a Angelina antes de que se fuera a casa y con eso tuve la prueba. De hecho, casi no la reconocí. Llevaba más de seis meses en el turno de noche y un chico se había aprovechado de ella. Estaba tan delgada como un saco de huesos. Sus ojos estaban vidriosos y hundidos. Su cabello rubio ya no parecía rubio, era una especie de gris. Parecía ansiosa por largarse y cuando la señora Gardener la despidió, se limitó a coger el cheque y largarse. No dijo nada. Creo que le costaba mucho mantener los ojos abiertos. A mí me habría despejado que me despidieran, eso seguro. Pero a Angelina no. No sé qué drogas estaría tomando, pero iba realmente flipada. Quiero decir que había visto gente flipada antes y ella lo estaba del todo.

Me preocupé un poco por ella, ¿sabe? Angelina vivía en un sótano debajo de un

almacén en el barrio industrial de la ciudad, un lugar bastante siniestro. Fui a hablar con ella, para ver si se encontraba bien, pero nunca contestó a mis llamadas a la puerta. Eso estuvo bien, porque en realidad yo no deseaba ir a ese lugar, era demasiado macabro. Sólo quería controlarla, ¿sabe? En realidad, nunca deseé ser su amiga.

Como un compromiso entre Sus enérgicas exigencias sobre mí y mi desesperada necesidad de compañía, desarrollé una especie de táctica mientras andurreaba por la ciudad en busca de los compañeros adecuados. Pasé cierta cantidad de tiempo en las reuniones de Alcohólicos Anónimos, reuniones de la Asociación de Padres y Maestros, de Padres Sin Pareja, bailes de la escuela superior y otros compromisos. A veces encontraba un visitante solitario y nos emparejábamos, y yo averiguaba si sus hábitos alimenticios eran adecuados. La publicidad y la seguridad de la ciudad lo ponía difícil; los residentes en la localidad parecían algo histéricos debido al escándalo de las personas desaparecidas, pero mi persistencia siempre se salía con la suya.

El deshielo de primavera dispuso pulcramente de la pequeña cabaña junto al lago, arrastrando mi pequeño lugar de esparcimiento, limpiando toda la zona en general.

Oí rumores sobre funcionarios que dirigían investigaciones en la ciudad, pero no me preocupó porque el consenso general suponía que las desapariciones tenían relación con las drogas. Además, yo la estaba complaciendo y, amparada por la protección de Su poderosa influencia, me sentía a salvo.

Durante los meses de verano, Ella me enseñó una pequeña cueva, a sólo un paseo del Hotel Snowson. Eso parecía excitarlos, a mis amigos, a mis amantes, ser conducidos de la mano a través de la hierba, alta hasta la cintura, a la luz de la luna, hasta una cueva en las montañas. Muchas veces la conversación se centraba en torno al famoso asesino de Seven Slopes. La idea de toparnos con él en las colinas añadía excitación, añadía intrínquilis. El paseo nos proporcionaba a ambos tiempo para saborear la anticipación, para sentir la euforia del ejercicio físico en la caminata, elevaba los sentidos, endulzaba la percepción, afilaba el límite entre el placer y el dolor.

En realidad recibía una gratificación adicional, pues el sabor de la adrenalina se parece a una torta de miel. Me convertí en una hechicera, que controla su reino de un modo tan total que, con sólo levantar los brazos, los mares se abrirían a una orden mía. Yo controlaba las mareas del miedo y mis dulces dientes degustaban su sabor.

La cueva siempre estaba limpia cuando llegaba allí. Supuse que los animales salvajes de la zona estarían bien alimentados, un afortunado producto de mis hábitos. Disfrutaba siendo simplemente otro servicial eslabón de la cadena alimenticia.

No obstante, en uno de mis momentos lúcidos, cuando el olor a plasma no me hacía latir las ventanillas de la nariz, cuando mi mente no estaba enloquecida por la idea de la caza, o de matar, o de la recompensa que me aguardaba, cuando no estaba durmiendo el sueño embriagador de la bestia saciada, cuando no me estaba regocijando en sus enviciantes placeres, se me ocurría fortuitamente que yo era la

última persona en ser vista con demasiados individuos desaparecidos.

Sabía que pronto abandonaría Seven Slopes.

Ahuyenté estos pensamientos de mi mente. Eran molestos y desagradables.

Sin embargo, llegó el momento en que ya no podía ahuyentarlos.

La noche era joven, los gatitos habían crecido hasta convertirse en unos larguiruchos gatos adolescentes que retozaban a mis pies con los ojos abiertos y avizores cuando yo me sentaba a la mesa a leer.

Leía el periódico una vez a la semana para descubrir los lugares de reunión, acontecimientos, actos sociales y cosas populares por el estilo; cualquier lugar donde pudiera conocer a gente nueva, encontrar nuevos amigos. Tenía ante mí una taza de té humeante, mi capa se secaba en la pila del lavabo y mi mundo estaba en paz.

Volví la página, notando una sonrisita en mis labios, mientras mi cuerpo recordaba el intenso torrente de placer de la noche anterior, cuando sentí otra vez en el estómago esa sensación que se experimenta al bajar bruscamente en un ascensor. Bajó violentamente como si descendiera hasta el primer piso, luego se detuvo.

Conocía esa sensación. Era como caerse, era la caída en el vacío que no podía ser controlada. Era encontrarme con Boyd cara a cara, vergüenza a vergüenza.

Pero sólo caí un piso, luego las cosas volvieron a enfocarse de nuevo. Respiré hondo y doblé el periódico, mirándolo con horror. ¡Boyd no tenía que ver nunca el nombre del periódico! Lo puse boca abajo y, al hacer esto, mi mente se desmoronó y allí estaba Boyd, y Ella estaba con él.

Ella flotaba detrás de Boyd, la niebla se esparcía tras él como un paraguas o, mejor dicho, como unas alas, como un murciélago gigante. Boyd no la veía, no la conocía, no la conocía. Pero yo sí y yo sabía que Ella me había advertido que escondiera el periódico, lo que significaba que Ella controlaba estos encuentros.

Durante un segundo vi a Boyd mirando a través de mis ojos, en torno al apartamento, sintiendo cómo el gato me lamía la mano. Luego yo estaba en su camioneta, los faros oscilaban como si virasen despacio a un lado de la carretera, a la cuneta, las ruedas esquivaban montañas de hierbajos sobre la gravilla. Después volvimos a estar cara a cara y supe que él estaba enterado de mis actividades nocturnas y que le producían desprecio. La ira ardió en mi pecho. Después se acabó y volví a estar tranquilamente sentada a la mesa de la cocina.

Entonces supe que Ella me estaba amedrentando, probando. Éste era su jaque definitivo para destruir en mí cualquier resquicio de rebeldía. Ella no quería que yo tuviera amigos, ni compañeros. Ella quería tenerme de forma absoluta. Ella lo quería todo de mí, todo el tiempo.

Era Ella la que controlaba estos encuentros con Boyd. Lo mantenía en un lugar destacado de mi mente. Y ahora Ella me amenazaba con revelar mi situación, de un modo tan simple como dejarle leer el nombre del periódico local.

Bueno, no había funcionado.

Ella no me tendría. Ella no me tendría.

Aspiré unas cuantas bocanadas de aire e intenté calmar mi temblor. Sabía que tenía que renunciar a Ella, tenía que combatirla y podía vencerla, la vencería, porque tenía algo con lo que no creo que Ella contara. Tenía voluntad. Y fortaleza. La derrotaría.

Yo sabía intuitivamente cuál sería mi próximo paso. Me vestí presurosa, besé a cada uno de los gatos, les aseguré a todos que regresaría, luego salí del apartamento. Me interné en la plácida noche de verano de la desierta zona industrial. En el garaje del final de la calle, la tripulación nocturna permitía la subsistencia de los autobuses y camiones, pero los demás edificios estaban desiertos durante la noche. Sólo unas fantasmales luces de seguridad se atrevían a mostrar sus destellos en la oscuridad, a través de las ventanas y entre los ruinosos callejones.

Sabía perfectamente a dónde dirigirme.

Evité los lugares iluminados, escabulléndome por calles secundarias, pues no deseaba que me vieran, ni que me pararan, ni que me interrogaran. Junto al bordillo de la acera encontré un montón de basura en espera de ser recogida. Apoyada contra ella había una hermosa tabla. Arranqué otra de la ventana clausurada de un edificio recientemente desalojado y descubrí varios pedazos rotos de madera contrachapada cerca de una valla, junto a la pista de aterrizaje. Hice un montoncito con todos esos hallazgos a dos manzanas de mi casa y, así como de noche los roedores huyen por las zanjas al encontrar objetos brillantes, así yo buscaba maderas para construir mi defensa.

Tuve que regresar a mi apartamento a por un martillo y con el arrancar algunas molduras de los portales vacíos, hasta que por fin pensé que ya tenía lo que necesitaba. Fueron necesarios siete viajes para llevarlo todo a mi sótano, pero, una vez allí, empecé a trabajar febrilmente; los planes se me ocurrían de un modo automático, las herramientas parecían viejas amigas. Mi caja de herramientas se componía de un martillo, una sierra de mano doblada, un par de destornilladores y algunos clavos. Tendrían que servir, y sirvieron. A veces mi frustración alcanzaba proporciones frenéticas, y como sudaba del esfuerzo y el sudor empezaba a volverse ácido en mis ropas, me las quité y preferí el serrín al algodón.

Mis medidas resultaron correctas, mi intuición impecable. No me atrevía a pensar que estaba siendo guiada en esa empresa, ese era mi acto de rebeldía, tan fuerte que Ella no podía ni ignorarlo ni negarlo. Sabía que al menos Ella tomaría nota de las drásticas medidas que yo estaba tomando para evitar su contacto, de la dedicación con la que la estaba expulsando de mi vida. Una vez Ella se percató de lo importante que esto era para mí, supe que me dejaría en paz, para volver a descubrir la luz del día y encontrar otra vez mi camino entre la gente; algún día volvería a encontrarme

con Boyd cara a cara, en carne y hueso, a la luz del día.

Ya estaba acabada. Arrastré la mesa de la cocina hasta el dormitorio y coloqué la caja encima de ella.

Desacostumbrada a un trabajo manual de tal envergadura, sentí como si tuviera plomo en las venas. Regresé a la cocina para encontrar a los gatitos durmiendo en un montón cerca de la cocina y vi asomar la luz a través de las ventanas. El amanecer. Había trabajado toda la noche y ella no me había tocado. Yo la había vencido esa noche y lo haría la siguiente y la otra. Ya no sería su juguete, su instrumento. Sus ideas sobre mí no eran sanas y no volvería a tomar parte en ellas jamás.

Nunca jamás.

Me miré a mí misma, cubierta por completo de una pastosa mezcla de sudor y serrín, valerosa y sucia. Me vi las costillas y los prominentes huesos de las caderas, y supe que recuperaría la salud, limpiaría mi apartamento, pronto conseguiría otro empleo y regresaría a la normalidad. Pronto, muy pronto.

Me apoyé contra la cocina para aguantarme. El alba estaba despuntando y me sentía cada vez más débil. Di un largo trago de agua del grifo y luego, sin perder el tiempo ni la energía en darme una ducha, me metí en la caja y cerré la tapadera. Encajaba a la perfección.

Ella vería lo que había hecho para mantenerla lejos de mí, y me dejaría en paz.

Y yo la echaría de menos.

Creí que me estaba volviendo loco. Dios, me estremecía sólo de pensarlo. Empecé a comprender lo que era el mal. Me refiero a que lo vi con mis propios ojos. Cuando ocurrieron esas cosas, cuando me conmocioné y la encontré en... en ¿qué es ese lugar, un plano distinto? Da lo mismo, era como si siempre hubieran existido dos Angelinas. Una la víctima, la muchacha esencialmente buena, la que yo había conocido en Westwater, y otra, la malvada, que vivía dentro de ese sombrío lugar y pulsaba las cuerdas para hacerla bailar.

Dios, no sé. Quizá la otra no fuera Angelina. Quizá era cualquier otra cosa. Supongo que sólo estoy enojado por dejar que mi imaginación medite sobre qué podía ser. Pero una cosa es segura: Habían dos Angelinas allí y juntas eran horrorosas.

Empecé a tener una idea de dónde se encontraba. Cada vez que asomaba, sentía las montañas. Sabía que ella se encontraba arriba en las montañas, en algún lugar. Miraba mapas todo el día, me suscribía a más periódicos. Sabía que no faltaba mucho. Ella cometería un error y yo la atraparía.

Entonces, esa formidable historia se divulgó y yo me puse en camino.

Transcurrió una noche y Ella no contactó conmigo. Luego otra noche y más tarde una semana entera. Mis emociones eran tan intensas que poseían consistencia física. Ansiaba volver a verla. Deseaba con todo mi ser estar con Ella, sentirla junto a mí, conmigo, dentro de mí, en torno a mí. La extrañaba tanto que tenía ganas de hacerme una herida para poder superar el dolor, de acurrucarme en un rincón y mecarme adelante y atrás.

A la vez temblaba de excitación por haberme librado de Ella. Me castañeteaban los dientes y eso que vestía gruesos jerseys y tupidos calcetines, incluso durante las cálidas noches de verano, y siempre tenía frío en los brazos y las piernas. Apenas podía creer que lo hubiera conseguido, que hubiera derrotado a lo que amenazaba con destruir mi alma.

En lo más hondo de mi corazón no creía que Ella fuera a rendirse tan fácilmente, pensaba que Ella no había hecho más que retirarse y me estaba observando, que me estaba volviendo loca al pensar que poseía siquiera una pizca de poder sobre su inmensa personalidad. Pero me negaba a albergar estos pensamientos. Me subía un poco más la manta de la determinación y hacía otro montón de planes para mi vida.

Con el tiempo cesaron los temblores. Mi termostato interno parecía recuperar la normalidad. Dejé las mantas y los jerseys. Sin embargo, conservaba el horario nocturno, pero estaba bien: una cosa detrás de otra, sabía que con el tiempo eso también cambiaría.

Me aventuré a salir de vez en cuando al supermercado en busca de provisiones, e intenté probar suerte cocinando pan y esas cosas en mi pequeño horno. Las noches se desplegaban ante mí y compré más lámparas para expulsar a la oscuridad de mi apartamento. Evité, lo mejor que pude, la extraviadora influencia de la noche y cada amanecer, agotada del esfuerzo, me metía en mi caja y me felicitaba por el éxito de otra noche.

Transcurrieron varias semanas en las que Ella no dio señales de vida, y empecé a sentirme mucho mejor conmigo misma. Mi audacia fue en aumento y empecé a salir de casa al atardecer y a pasar algún tiempo con Cap antes de que el Yacht Club se llenase de gente.

Siempre estaba encantado de veras al verme. Al principio me costaba creer en su entusiasmo, pero con el tiempo me encariñé cada vez más con él. Parecía preocuparse por mi aspecto, siempre hablando de vitaminas y de las ventajas de raros alimentos, y no había ocasión en la que saliera del Yacht Club sin algo en el estómago o al menos en el bolsillo. No cabía duda de que tenía poco apetito. Yo cocinaba, pero uno o dos bocados me saciaban. La mayoría de la comida iba a parar a los gatos o, en el caso de los alimentos asados, a la familia de ratas que se había mudado al dormitorio que

quedaba libre.

Me ahorré explicaciones diciéndole a Cap que había estado enferma de gripe y las estaba pasando moradas para recuperar peso. Su risa estallaba contra la barra y las relucientes mesas, y me contaba lo mucho que él llegaba a comer en una comida familiar tipo la de Acción de Gracias. A Cap le encantaba la comida. Sus ojos brillaban cuando hablábamos de dorados pavos asados y el crujiente sabor a nueces aderezado con arándanos, y yo le ayudaba a barrer el suelo y me reía de su preocupación por lo que seguramente sería su fin. Cap padecía del corazón y él sabía que con el tenedor se estaba cavando su propia tumba.

Y cuando la gente empezaba a llegar para tomar su copa vespertina, yo le daba a Cap un beso en la mejilla y me escapaba por la puerta para dar un paseo.

Empecé a andurrear cada noche por la pequeña ciudad, pensando en cada esquina en regresar a casa e intentar dormir, intentar romper la rutina, dormir un poco cada noche para recuperar el horario normal, estar despierta un poco cada día. Pero irremisiblemente, a medida que transcurrían las semanas y las noches se hacían más largas, la oscuridad me impregnaba hasta los poros y desistía de la idea. En cambio, estaba contenta con dejar la mayoría de las tiendas al personal de día, de dejar la vida mediocre y normal de los que trabajaban de nueve a cinco.

Vagaba por las calles todas las noches, hablando en el lenguaje de la noche a los otros habituales con los que me topaba.

Y las noches se volvieron frías. Spartacus y sus hijas tuvieron una camada cada una y yo ya no encendí las luces en casa. Andurreaba desde la puesta del sol hasta la salida, inquieta, sin descanso, buscando algo, cualquier cosa, que me diera la paz, que llenase el vacío innominable que chirriaba de vacuidad.

Yo sabía que Ella me esperaba y buscaba desesperadamente una diversión, un camino alternativo, un modo de rehurla, aunque también sabía que su paciencia era eterna. Lo veía tan claro como podía ver el rostro de la luna llena.

En noviembre la nieve empezó a caer, los visitantes regresaron y el Yacht Club estaba abarrotado desde que abrían hasta que cerraban. Lo evité.

Me sentía frágil, como si mis huesos se hubieran descolorido y mis abrigos y mis prendas de invierno ya no bastaran para guarecerme del frío mientras yo vagaba a través de la noche y la nieve. Hasta mi apartamento era frío. Por la ventana rota que los gatos utilizaban de puerta siempre se colaba el aire fresco.

Una noche, cogí mi capa del armario y me la puse. La notaba pesada, más pesada de lo que recordaba. Al tocar el tejido sentí un escalofrío macabro de ansiedad. Había pasado mucho tiempo. Me la puse sobre los hombros y me la até al cuello.

Para calentarme —me dije—, para calentarme. Me puse el abrigo encima y salí a la noche, al invierno, y odié el hecho de que hubiera empezado a sentir la oscuridad exterior como un hogar.

Hundí las manos en los bolsillos, mis dedos se cerraron automáticamente sobre las chucherías del bolsillo y las frotaba inconscientemente mientras caminaba junto al umbroso almacén de la calle. Apenas eran las diez de la noche, pero hacía un frío espantoso y la nariz se me enrojeció y empezó a gotearme antes de pasar dos manzanas. La nieve estaba por caer, pesada en el aire, amortiguando los sonidos, distorsionándolos de tal modo que el crujir del hielo bajo los tacones de mis botas cobraba el aspecto de un ruido de la cuarta dimensión, y las luces amarillas sobre la nieve blanca y el aire gélido añadían un aura surrealista a la ciudad. La sentía desierta.

La sentía desierta.

Los restaurantes y bares de la ciudad estaban llenos a rebosar, así que evité la calle principal, no deseaba tratar con borrachos ni toparme con conversaciones felices. No me sentía como para que me atrajera la comodidad de un fuego y los jerseys de vivos colores que vestía la gente de pelo limpio y mejillas sonrosadas.

Arrastré dificultosamente mis botas contra la nieve de la acera de una calle paralela a la calle mayor.

Cuando llegué a la esquina donde convergen la calle Jack con Poplar, vi el puesto de periódicos de Joshua, encendido, cálido e incitante. Al cabo de dos pasos vi a Joshua, sentado en su postura de siempre detrás de la caja registradora, levantando una bolsa de papel hasta los labios y luego limpiándose la boca con la manga de su asquerosa y raída chaqueta del ejército.

Visitar a Joshua era una ocurrencia poco frecuente, pero no necesariamente desagradable. Abrí la puerta y casi me asfixio en el aire cálido y húmedo que olía a vino barato y a Joshua.

—¡Hey, Angelina! ¿Qué tal estás en esta noche desapacible?

—Helada. Joshua, gracias. ¿Y tú?

—Cuidando la tienda. Cuidando la tienda. ¿Has venido a buscar algún material de lectura o sólo a charlar?

—Sólo compañía, si no te importa.

—¿Importarme? Uno se siente solo aquí. Oye. Vigila esto. Voy un minuto a la trastienda. Atiende a los clientes que entren ¿vale?

Carraspeó, cogió sus muletas de acero que reposaban apoyadas en la pared, luego echó a andar a paso renqueante y desapareció tras la cortina a rayas que separaba la parte delantera del puesto de la trastienda.

La trastienda —yo lo sabía de anteriores visitas— consistía en un asqueroso cuarto de baño, con lavabo individual y pilas y pilas de revistas y periódicos viejos. La parte delantera de la tienda era parecida, sólo que las revistas y periódicos eran algo más recientes, más actualizados y la caja registradora era nueva. Joshua me había dicho que la asociación de comerciantes iba de vez en cuando y le adecentaban

la tienda, limpiaban el suelo, pintaban un poco, pero nunca se molestaban en la trastienda.

Detrás del mostrador había dulces, chicles y cigarrillos, y de izquierda a derecha grandes expositores de revistas. Cuatro aparadores de libros de bolsillo, gruesas novelas de guerra y la ventana del escaparate estaba llena de tebeos. Los periódicos estaban apilados en el suelo alrededor del mostrador principal, para que al hacer la compra, uno tuviera que permanecer a varios centímetros de distancia e inclinarse. A Joshua le gustaba eso, hacer perder el equilibrio a la gente.

Tenía el monopolio local. Esa coqueta y pequeña ciudad mantenía su vergüenza particular, su héroe de guerra particular, su ídolo roto: un veterano de Vietnam que alimentaba y cuidaba a una pequeña mascota. Joshua rebañaba la caridad como una gran salsa con un mascado mendrugo de desdén.

Y eso lo había vuelto viejo.

Había apilado dos puñados de periódicos y estaba sentada sobre ellos, desabrochándome el abrigo, cuando oí que Joshua terminaba del lavabo, oí el sonido de sus muletas metálicas y enseguida volvió a asomar tras la cortina.

—¿Te has ocupado de esta racha de clientes por mí? —Sonrió él. Yo me sentí como si fuera la única en la ciudad de quien Joshua no se burlaba. Me arrojó una bolsa de papel que yo cogí por reflejos—. Come algo, ¿lo harás?

Abrí la bolsa y descubrí dos donuts endurecidos.

—Oh, gracias, Joshua. No tengo hambre.

—Te estás consumiendo. ¿Qué demonios pasa contigo?

—Últimamente he estado enferma, creo, pero ahora ya lo he superado.

—Bueno, eso está bien. No conozco a nadie más que venga a sentarse conmigo por la noche. —Hubo un largo silencio mientras Joshua dirigía su atención hacia la botella que guardaba en la bolsa de papel. Nunca bebía mientras yo estaba con él, pero escrutaba su licor como si fuera su único punto de referencia—. ¿Por qué lo haces?

—Me gustas.

—Y una mierda. Yo no le gusto a nadie. Soy muy rudo.

—A mí me gustas.

—¿Sí?

Casi vi el asomo de una sonrisa en la comisura de su boca, pero no se la permitió.

—¿Qué es lo que te gusta de mí?

—Lo que está al otro lado de tu fachada ruda. Lo que serías si olvidases esa imagen y adoptases la que es más humana.

—No sabes de qué coño estás hablando. Primero pierde ambas piernas y las pelotas, y luego háblame de ser más humano.

La expresión de su rostro nunca se alteraba. También eso era parte de su fachada.

—¿Es que nada te conmueve? ¿Te has endurecido tanto que nada puede afectarte?

De repente me sentí como si yo fuera Joshua y estuviera enfrentándome a mí misma, a una extraña e inconcebible parte de mi ser.

—Será mejor que te vayas.

—Entonces te he afectado, ¿no?

—Sal de aquí, Angelina. Esta noche me aburres.

Cogí el abrigo.

—Yo me preocupo por ti, Joshua. Me preocupo porque estás sentado aquí noche tras noche, bebiendo y lamentándote para tus adentros. —También eso era una nueva faceta de mí misma—. Me gustaría enternecerte... de otro modo.

Su mirada nunca se desviaba. Noté cómo un destello de interés cruzaba el fondo de sus ojos, y sentí, como si fuera mío, mi propio deseo de cambiar, de unirme con una parte mejor de mi ser, pero en Joshua era una esperanza demasiado radical para ser real, la esperanza de que una muchacha, una muchacha de verdad le mirase, le volviera a enternecer con amor. Seguía mirándome y me di cuenta de que yo me preocupaba por él. Me preocupaba por Joshua y me preocupaba por mí, por mi propio bienestar. Su rostro era de repente joven e inocente, el mío se sobre impresionó en el suyo, como en una fotografía accidental, ambos absortos en los estragos del desencanto.

Un temblor recorrió mi cuerpo y me froté las manos. Cuando le miré de nuevo volvía a ser Joshua, el sucio, repelente, amargado Joshua. Había cerrado la puerta ante el rostro amenazador del afecto.

Se precipitó hacia sus muletas y se irguió, acercándose a mí. Su rostro revelaba el ansia del deseo. La suave caricia de las manos de una mujer sobre su piel bastarían para cambiar su vida. Yo tenía ese poder y debía usarlo en ese momento. Al levantarme me topé con las estanterías de tebeos que resbalaron en ríos rojos y azules de cubiertas satinadas. Puse mi abrigo sobre ellos en la ventana del escaparate, arreglándolos y ordenando su deslizante montaña.

En ese momento me escindí de mí misma. Me sentía indefensa ante lo que estaba haciendo, no comprendía mis razones, ni siquiera comprendía lo que estaba a punto de hacer. Sólo sabía que Joshua necesitaba esperanza; había vivido demasiado tiempo con miedo. Le disuadí de que cerrara la puerta con una caricia de mi mano en su brazo. Joshua apagó las luces y, un instante más tarde, me volví hacia él, con una peculiar y turbadora excitación en el estómago.

Joshua se sentó sobre mi abrigo, en el borde del escaparate, apoyó las muletas contra la pared y, cuando cogí la cinta que me ataba la capa alrededor del cuello, mis glándulas salivales se pusieron a funcionar. Fue entonces cuando descubrí mi propósito y el hambre que había ido creciendo en mí todos aquellos meses; la insaciable y voraz ansia que sentía por Joshua, no por Ella ni por ninguna otra cosa

más que por él. Él.

Y ahí estaba, sentado, con aspecto pequeño y frágil. Enfermo. Ansioso. Esperando. Sabiendo.

Le rodeé con mi capa y le entregué mi amor. En el escaparate. A la luz. Y probé la aspirina, oh, este dolor nunca cede. Y probé el vino que él había bebido y el azúcar en los alimentos que él había comido, probé dolor y más dolor y la soledad y la aflicción, y los tebeos se arrugaron y empaparon por debajo de nosotros, y Boyd lo veía todo, pero a mí no me importaba.

Ni tampoco a Joshua.

En cuanto vi los titulares del periódico de Denver, busqué Seven Slopes en el mapa y salí pitando. No había dormido mucho la noche anterior, de modo que conducía un poco ido. Sólo recuerdo dos cosas del viaje. Una es que conduje a una velocidad jodidamente excesiva, lo supe en ese momento, pero deseaba atraparla, acabar con eso, encerrarla y retirarla de la circulación. Fuera de la sociedad y de mi mente. Estaba demasiado cansado y conducía demasiado rápido. Por fortuna, eso no me ocasionó ningún problema.

El segundo recuerdo es una frase que me daba vueltas en la cabeza. Como cuando se te pega una canción. Bueno, desde el momento en que vi el titular, cogí mi maleta y salí por la puerta, hasta el momento en que entré en Seven Slopes, la idea que me revoloteaba en la mente era ésta: ¿Cómo podía ella... como podía abrazar tan cariñosa y tierna a un tipo y acto seguido dejarle seco? Ante el escaparate de una tienda. Cristo bendito.

Débiles notas musicales de una melodía melancólica flotaban suspendidas en el aire a mi alrededor. Se movían lenta y lánguidamente. Las azuzaba con un empujoncito de mi psique: ánimo, creced, cantad, cantad alabanzas... ¡Dejadme fluir, llevadme con vosotras y cantemos la música de las esferas!

Pero en lugar de eso, sentía como si se estuvieran extinguiendo, decayendo con un chirrido enervante, como un disco de fonógrafo rayado cuando se desenchufa de la corriente.

Me desperté despacio, sintiendo primero el frío que me había calado hasta los huesos durante mi sueño. Sentí la oscuridad a mi alrededor y eso era bueno, era reconfortante y sentí la dura madera debajo de mí y a mi alrededor; estaba segura, estaba cerrada, estaba bien.

Luego me acordé de Joshua y se me revolvió el estómago con una sacudida nauseabunda. Vi su rostro, no en paz, sino con una horrible sonrisa ante la muerte.

Abrí la tapadera de mi caja y aspiré una bocanada de aire fresco. Mi apartamento estaba negro como la boca de lobo. La cabeza me daba vueltas de mareo y tuve que sostenérmela con ambas manos para aquietarla. Salí despacio de la caja y bajé de la mesa, tambaleándome un instante antes de correr al baño para vomitar todo lo que contenía mi estómago.

Era negra, la nauseabunda sustancia que salía de mi boca y se vertía sobre el lavabo. La dulce y sabrosa ambrosía que había sido mía la noche anterior se había vuelto negra, pestilente y odiosa en el curso del día; durante mi sueño me hinchó el estómago y la vomité en un violento flujo ácido.

Me vino a la mente la palabra de Boyd. Asesinato. Había asesinado a Joshua; no cabía duda. No había actuado para calmar su dolor. No había actuado en despreocupado delirio. No había actuado para agradecerle a Ella. No había gozado de la música, ni de la cordial y familiar consecuencia. La había expulsado a Ella de mi vida y seguía matando. Había asesinado a Joshua y al hacerlo había perdido mi alma.

Apoyé la mejilla contra la porcelana manchada y observe el hilo de saliva que conectaba mis labios con el remolino de masa negra que arrastraba el agua. El estómago seguía dándome vueltas convulsivamente y aún sentía náuseas. Esperé. Gotas de sudor me enfriaban la piel mientras mi respiración resonaba dentro de la pila.

Mis brazos delgados como palos eran del mismo color que el lavabo; llevaban un año sin ver la luz del día.

Yo había renunciado a Ella y sin embargo continuaba viviendo a su manera.

Ella se había ido y Joshua se había ido y yo no tenía a nadie, a nadie, a nadie.

A nadie excepto... al Boyd de mis fantasías.

La depresión y la desesperación me endurecieron los miembros. Descansé el rostro en mis brazos cruzados sobre el lavabo y sentí el dolor que venía de dentro.

Había llegado la hora de marcharme. Mi estancia en Seven Slopes había concluido. Pronto volvería a oír mis pasos sobre la autopista.

Me incorporé despacio, me duché y me vestí con ropa de abrigo. ¿Qué había sucedido allí? Me parecía como si el pasado año y medio no hubiera sido más que un macabro recuerdo. Había acudido a Seven Slopes en busca de empleo, diversión, amigos. La vida había sido nueva y excitante. Mi futuro, que había sido brillante y lleno de gozo esperanzador, era ahora sombrío, horrible y siniestro.

¿Qué había hecho mal? Mis intenciones eran buenas, al menos eran rectas. Nunca deseé hacer daño a nadie y mira lo que había hecho... oh, mira...

Me temblaron las rodillas mientras meditaba sobre mi vida en Seven Slopes. Era como si por primera vez pensase en ella. ¿Nunca antes había meditado sobre mis razones? ¿Nunca antes había sido sincera conmigo misma? ¿Había mentido, engañado y pecado así por voluntad propia todo este tiempo?

Parecía increíble.

Y precisamente ahora tenía una oportunidad. Podía quedarme y dejarme atrapar; encerrarme a mí misma. O podía irme, rectificar e intentar pagar mi deuda con la sociedad convirtiéndome en un miembro activo. La dialéctica proseguía, pero yo ya había tomado una decisión.

Saqué la mochila del estante del armario y la llené de ropas de abrigo prácticas, dejando todas las prendas brillantes y de primavera que me habían resultado tan gratas, pero que colgaron mustias durante mucho tiempo. Vacíé la nevera y di de comer a los gatos y a las ratas. Deambulé por el apartamento, tocándolo todo, recordando cómo había conseguido cada cosa, la excitación de amueblar mi primer apartamento, de pagar por mi propio modo de vida y me entristeció dejar todo aquello.

Sobre todo...

Extendí la capa sobre la tapadera de la caja, la alisé allí donde estaba dura y tiesa debido a la sangre de Joshua. La capa encima de la caja y ésta a su vez encima de la mesa de madera parecían un altar. Y, de alguna manera, lo eran. Era un altar a la madurez, a crecer y a dejar atrás las cosas de la infancia. Era un símbolo de la búsqueda de la verdad y la justicia y hacer buena toda la maldad.

Algún día regresaría a Seven Slopes y cuando lo hiciera sería una buena persona, una persona encantadora, una adulta e ingresaría en el Yacht Club y jugaría al bridge y haría todas las cosas buenas y propias de los adultos.

Abrí la ventana de la segunda habitación para que las ratas pudieran subir y escapar, luego cerré la puerta del dormitorio para que los gatos no se las comieran al intentar salir. Me despedí de cada uno de los gatos y gatitos, mis amigos, con sus

voces maullantes que me resultaban tan queridas y su olor felino tan agradable y reconfortante. Los echaría de menos.

En un gesto final de despedida, entré una última vez al dormitorio, supongo que para convencerme de que me iba, de que no había ninguna esperanza de que me quedara y, al hacerlo, vi lo que verían ellos cuando entrasen.

La indignación creció en mi interior, al saber que pronto ellos violarían mi espacio, entrarían en mi dominio, en mi reino y verían ante ellos justo lo que yo estaba viendo en aquel momento.

Bueno, no lo harían. Recogí la capa de la tapadera de la caja, la doblé y la metí en el último resquicio de mi mochila.

Espera, Angelina —me dije a mí misma—. No vas a necesitar la capa. Déjala.

Y luego pensé en Boyd cuando viera mi pequeño altar, pues seguramente lo haría y sonreí y volví a dejar la capa en su dramático lugar sobre la caja. Me colgué la mochila al hombro y me fui sin volver la vista atrás.

En lo alto de la escalera, el aire gélido caía sobre mi rostro como una máscara. Miré la calle desierta de izquierda a derecha. Mi aliento flotaba ante mí mientras intentaba tomar una decisión. Adonde ir. Qué camino tomar. Izquierda o derecha.

El frío empezaba a molestarme y durante un breve instante deseé tener más carne en los huesos. Al sur. Iría al cálido sur.

Westwater.

Lewis.

Los talones de mis botas recuperaron pronto su sonido familiar y rítmico; mi marcha tenía un propósito y me encaminé hacia el teléfono cercano a la biblioteca. La calderilla tintineaba en mi bolsillo y pensé que probablemente bastaría para una rápida conversación. Durante todo el camino discutí conmigo misma si debía llamar o simplemente aparecer. Si llamaba, él podía decirme que no fuera. Si me limitaba a ir a su casa, él podía rechazarme en persona. No sabía qué sería peor. Pero seguramente él desearía verme. En otro tiempo Lewis me había amado, algo tenía que quedarle. Al menos debía ofrecerle la oportunidad. Tal vez, podríamos recuperar lo que tuvimos..., tal vez ambos habíamos crecido, cambiado.

Mientras depositaba las monedas, mi mente volvió a Westwater, al baile juvenil, a la camioneta de Boyd y a esa noche encantada y mágica que pasamos juntos, a la estación de autobuses y al hombre del abrigo con el cuello de piel de castor. ¿Realmente podía regresar?

Entonces sonó el teléfono y respondió una voz femenina.

—¿Diga?

Me quedé un momento en silencio, sorprendida, y ella repitió:

—¿Diga?

Era la voz de una mujer. Podía verla: alta y delgada, pelo azabache, buena

cocinera y probablemente buena jugadora de tenis. Ella y Lewis eran jóvenes y sanos, una buena pareja, una pareja prometedora, los inicios de una familia que duraría toda la vida. ¿Qué demonios estaba yo haciendo?

Me aclaré la garganta y en una voz que sonó demasiado joven, demasiado débil, demasiado inferior, dije:

—¿Está Lewis?

—No, me temo que no. ¿Quiere que le dé algún recado? ¿Llama a larga distancia?

—Sí, soy una amiga de hace mucho tiempo... —A lo lejos lloraba un bebé—. Sólo quería hablar con él un momento.

—Bueno, ¿puede llamarle él? —dijo sin un asomo de celos en la voz; estaba segura.

—No, no. ¿Es usted su esposa?

—Sí.

—No, no le diga nada. Dígame, ¿está bien?

—Sí, está muy bien. Todos estamos bien.

—Eso es bueno —dije—. Eso es todo lo que deseaba saber.

—Bueno, vale. Está segura...

—Estoy segura. Gracias. Adiós.

Colgué el auricular y apreté la frente en un lado de la cabina.

El prometedor Lewis. Revalorización de la casa. No, él y yo nunca podríamos, nunca.

Volvía a estar abocada hacia la carretera, sin destino, sin dirección, sin conocer a nadie, empezando de nuevo, combatiendo no sólo contra mí misma y las presiones adolescentes del crecimiento, sino también contra los elementos y las condiciones sociales de la vida.

Era demasiada carga.

Pensé brevemente en Rolf, pensé en ir a Pennsylvania. Pensé en Boyd. Sabía que no estaría casado y con un hijo. Pensé en la comisaría de policía de la localidad, en una taza de chocolate y alguien en quien confiar.

Me alejé de la cabina telefónica, ya agotada, me dolían los hombros de la carga psicológica y miré el cielo invernal, vi caer unos cuantos copos junto a las farolas de la calle. La ciudad estaba desierta. Claro. Era Nochebuena.

Necesitaba un lugar donde curarme, cambiar. Necesitaba que alguien me ayudara, me enseñara, me mostrara el modo.

Y de repente supe adonde ir. Sarah. Seguramente su invitación aún seguía vigente. Probablemente incluso tendría un árbol de Navidad.

La policía abrió su apartamento en cuanto yo llegué, lo cual ocurrió unos tres

días demasiado tarde. Creo que yo vi cómo mataba a ese pobre tipo, ese vendedor de periódicos y, cuando leí sobre ello, supe que había sido ella y me puse en marcha. Parece que en la ciudad todos conocían a Angelina y todo el mundo tenía cosas agradables que decir de ella. El peor comentario que recogí fue que era un poco rara, pero nadie creía que ella hubiera hecho el daño que había hecho.

Hasta que abrimos su apartamento.

Dios, era horrible. Todo el lugar era negro. Paredes, mesa, cortinas, todo negro. Olía a madriguera, o a hura, o a cueva de murciélagos. Ahí estaban los restos de lo que supuestamente habían comido los gatos desde que ella se había ido. Los gatos olían bastante mal, pero... bueno, era bastante duro de aceptar. El lugar era absolutamente inmundo, con la ventana abierta y los gatos entrando y saliendo, y más gatos, y gatos en celo y luchando y camadas bajo la mesa y oh, Jesús.

Había dejado abierta la ventana del cuarto trasero y las ratas habían entrado y anidado allí, pero la policía las cazó y cerró la ventana.

En el otro dormitorio había un colchón en el suelo, desgarrado y arañado, y una mesa con un ataúd encima. Por el amor de Dios. El policía que iba delante de mí salió de esa habitación tan rápido que casi choca conmigo. Se persignó y no se acercó. Yo también estaba asustado, pero sabía que tenía que abrirlo. Los otros policías se alegraron de que fuera yo quien lo hiciera.

Un gato amarillo acurrucado encima. Lo espanté, él resopló y bajó de un salto. La caja estaba cubierta con una prenda de toalla azul o negra. La aparté, un lado estaba apelmazado y tieso. La policía la metió en una bolsa de plástico. Debajo se encontraba el ataúd.

El ataúd estaba hecho con clavos doblados y bordes sin pulir, no era más que una caja conforma de ataúd, un embalaje de tablas en realidad. Lo miré y supe que iba a abrirlo y me pregunté qué demonios estaba haciendo yo allí. Reuní valor y lo destapé.

Estaba vacío, pero no del todo. Mi alivio inicial al comprobar que no había nadie dentro fue vencido de inmediato cuando olí el aroma de la caja. Me incliné y olí, era inequívoco. Entonces lo supe. Lo supe a ciencia cierta. No cabía duda. Era el olor de Angelina. Lo sabía de memoria, lo había dejado en el interior de mi camioneta, impregnado en mi abrigo, por todas partes. Tenía un olor particular, como todo el mundo, pero a mí me parecía un perfume.

La caja olía igual, no había error. Era fuerte, pero también era distinto, era más... Cielos, ¿cómo lo describiría? ¿Salvaje? ¿Animal? Es como cuando hueles una madriguera de zorro, nunca la olvidas. Así era.

De modo que al instante supe que buscar a Angelina no sería tarea fácil. Angelina había cambiado, muy bien. Había sido astuta. Pero yo también contaba con bazas importantes a mi favor. Angelina estaba realmente enferma. Realmente

enferma. Lo bastante enferma como para dormir en un... Dios.

Los enfermos, hasta que se curan, siguen enfermando cada vez más.

Había poco tráfico el día de Nochebuena. Caminaba por la carretera que salía de Seven Slopes en dirección suroeste, dejando atrás las experiencias vividas. Caminaba en la noche interminable, helándome de frío, con las estrellas como única luz. El cuerpo me pesaba, cargado de tristeza, de soledad.

A tres kilómetros de la carretera, enlacé con la autopista principal. Caía una nieve ligera, yo pateaba los guijarros de mi camino y sentía a través de las suelas de mis botas la vibración que indicaba que se acercaba un camión. Con cada uno que pasaba de largo, me adentraba con más arrogancia en su trayecto, de modo que ellos inevitablemente hacían sonar sus monstruosas bocinas de vapor y tenían que esquivarme. ¿No veían que necesitaba que me llevaran? Después de todo, era Navidad. ¿Adonde había ido a parar el cristianismo? Entonces el camión pasaba rugiendo, la atracción centrípeta casi me derribaba, me succionaba hacia las ruedas gigantes y, por un instante, entraba en calor, calor de la fricción y luego otra vez el frío, el viento helador; regresaba el silencio, siempre más intenso que el anterior, y luego cesaba la vibración del asfalto. El mundo era un lugar desesperadamente solitario.

Continué caminando, intentando fijar la mente en la marcha, en los kilómetros pasados, en la siguiente ciudad, que, seguramente, no quedaría lejos. Mi destino parecía abominablemente lejano, tan lejano que ni siquiera era una realidad, era una meta improbable. No creo que en verdad pensara que podía llegar hasta Nuevo México. Hacía demasiado frío, estaba demasiado cansada, demasiado agotada.

Entonces noté un resplandor en el cielo que tenía delante. Miré hacia atrás para asegurarme, sí, el cielo estaba indudablemente más claro hacia adelante. Una ciudad. Pronto llegaría a una loma y vería el letrero de un café, el primer camión pararía en este lado de la ciudad y sería acogedor y servirían chocolate caliente, y podría quedarme allí y descansar, entrar en calor y quizá conseguir que me llevaran hacia el sur, tal vez directamente hasta Nuevo México.

Entonces oí los tacones de mis botas, sentí su ritmo y la vieja sensación me limpió. La sentía, pero me resistía a rendirme a ella. Mi agonía me había mantenido en calor todos esos kilómetros. Pero allí estaba, innegable, el entusiasmo. La había dejado atrás. Estaba saliendo de la ciudad, empezando de nuevo. ¿Por qué había de sentirme melancólica? La vida era buena. Era libre, inteligente y capaz. El pasado no tenía por qué atormentarme.

Di unos cuantos pasos saltando mientras el resplandor del cielo se hacía más intenso. Todo mi cuerpo se estremecía en libertad. Sentí el temblor en el suelo, creció hasta convertirse en un rugido y el siguiente camión se detuvo y me invitó a subir.

En la cabina se estaba caliente y el conductor tenía un termo de café caliente que

compartimos. Avanzamos hasta esa ciudad y la siguiente y me castañeteaban los dientes en el ambiente caldeado del camión. No tenía idea del frío que había pasado hasta que empecé a entrar en calor y luego la tarea me pareció imposible. El hielo se me había metido en la médula de los huesos.

El conductor se llamaba Ned y era un buen chico. A menudo lo sorprendía mirándome con curiosidad y aunque no deseaba ser ruda con él —después de todo me estaba llevando y dando calor y café—, tampoco apreciaba su manifiesto interés. Encontré una manta detrás de mi asiento y me arropé con ella.

—¿Eres una fugitiva?

—¿De qué?

—Ya sabes. La escuela. La familia.

—No. No tengo familia.

—¿Adonde te diriges?

Sus preguntas eran exasperantes.

—Nuevo México.

—¿Tienes familia allí?

—Como he dicho, no tengo familia. Tengo amigos allí.

—¿No eres excesivamente joven?

Eso era demasiado. Me volví para mirarle directamente a la cara, para que no tuviera que escudriñar a hurtadillas por encima del cuello de mi abrigo.

—No soy demasiado joven —dije.

—Oh —respondió él, obviamente cortado—. Lo siento. Al principio me pareciste mucho más joven. Ahora veo...

Su voz se extinguió.

Recorrimos kilómetros silenciosos.

—¿Cuándo has comido por última vez?

—No tengo hambre.

—Ésa no era la pregunta.

—¿Por qué te interesa? ¿Intentas mantener una conversación o convertirte en mi guardián?

—Oye. He recogido lo que creí era una niña medio congelada y famélica de la cuneta de la carretera. Se supone que no llevo autoestopistas. Sólo intento ayudarte y todo lo que me ofreces es insolencias.

Él tenía razón. Me refugié en los pliegues de la manta.

—Voy a parar a comer algo. Te compraré un bocadillo, si quieres; tal vez comer te quitará el mal humor. O puedes ver si encuentras a otro que te lleve. No sé por qué adoptas una actitud tan negativa, pero yo no tengo por qué aguantarte.

No tenía nada de hambre; me temblaba el estómago de frío.

Por fin detuvo el camión en el aparcamiento de un café, lo aparcó con destreza y

paró el motor.

—Hay un enlace a poco más de un kilómetro —me dijo—. Allí puedes encontrar a alguien que viaje hacia el sur. Buena suerte.

—Gracias —le dije y con dedos temblorosos me quité la manta y cogí la manecilla de la puerta.

—Quédate la manta.

—Oh, no, está bien. Oye —le dije, plegando la manta y colocándola detrás del asiento—. Siento haber sido una molestia.

—No has sido una molestia, simplemente no eres divertida. Puedo pasármelo mejor solo —dijo, luego bajó, esperó a que saliera, me dio la espalda y caminó hasta el café.

Me dio la espalda y caminó hasta el café.

Me dio la espalda.

Le observé marcharse, intentando reunir la suficiente indignación como para salir tras él, pero no pude.

De nuevo la vida era dura; era un pesado fardo sobre mis hombros. Le miré marcharse, pensé en correr tras él, disculparme. Pensé en seguirle hasta el café, pedir una taza de chocolate caliente, pero ¿no sería un error suplicar otra oportunidad? Le miré marcharse, luego me coloqué la mochila a la espalda, me la ajusté lejos de donde me había rozado y eché a andar. La próxima vez sería más simpática.

Sin dejar de caminar, un pie delante y otro atrás, finalmente divisé el enlace. Era una solitaria farola que bañaba con luz amarilla un solitario cruce de caminos. A medida que me acercaba me parecía más solitario y más yermo, y unos copos ligeros caían en diagonal desde el foco de luz.

Me sentía cada vez más deprimida, mirando a ese pequeño cono de luz, en el silencio de la noche y en la intimidad de la nieve a mi alrededor. Por fin llegué hasta el cruce, me quedé en la curva bajo la luz y ése fue el fin de mi resistencia. Dejé caer la mochila a mis pies y junté mis rodillas congeladas, sosteniéndome lo mejor que pude, con unos temblores que empezaban a convertirse en convulsiones. No podía seguir.

Habría sido mejor que Ned no me hubiera recogido. Empezar a entrar en calor y luego volver a congelarse era mucho peor. Mi abrigo no estaba hecho para ese viento mordiente; tenía insensible la porción de pierna entre el abrigo y las botas. Tampoco notaba los dedos de los pies y tenía tiesos los de las manos.

Metí cada mano en la manga opuesta y permanecí de pie, con los hombros subidos hasta las orejas. Si recordaba correctamente la charla informal de Seven Slopes, pronto me entraría sueño a medida que mi sangre se espesara y subiera lentamente a mi cerebro. Entonces me tumbaría a descansar, a echar una siestecita.

Qué idea más agradable. Cerré los ojos. Echar un sueñecito parecía una idea

maravillosa. Casi imaginaba un hermoso y cordial sueñecito y tal vez, tal vez al despertar, me encontrase en casa, en la cama, acurrucada, cómoda y caliente, y todo habría sido una horrible pesadilla.

O tal vez no. Tal vez morir allí mismo, en aquel momento, sería lo mejor. Ya no habría más huidas. Ni más soledad. Ni más ser una extraña, ser diferente. No tendría que ponerme bien, o ponerme mejor, ni esforzarme por mantenerme despierta durante las horas de luz diurna. No tendría que preocuparme por mi pasado ni por mi futuro. Ni por Ella. Noté que me tambaleaba. Pensé que sería mejor tumbarme antes de que me cayera, pero mi mente estaba demasiado ocupada para pensar lo suficiente como para actuar. ¿Por qué todo el mundo pensaba en cortarse las venas o colgarse? Esto era tan superior. Simplemente salir afuera el día de Nochebuena y echar una siestecita.

Hasta el frío perdió su rigor. El concepto «frío» dejó de existir. El frío se hizo mi amigo, mi compañero. Entra, entra. Tú y yo descansaremos juntos durante un buen rato. Qué reconfortante. Qué placentero.

Entonces se produjo un estruendo terrible. Abrí los ojos y ante mí había un coche tocando la bocina. Un hombre miraba por la ventanilla. Quise hacerle señas, no gracias, me encuentro bien, pero tenía los brazos algo cansados, así que me limité a cerrar los ojos.

Mis brazos estaban demasiado cansados también para resistirme, cuando se acercó y me empujó al asiento delantero de su coche. Las rodillas no se me doblaban y temí que me rompiera los huesos, pero ni siquiera eso importaba demasiado. Estar sentada fue toda una mejora con respecto a estar de pie. Descansé la cabeza en su hombro, sintiendo las vibraciones de su voz, y me dormí.

Mostré a la policía de Seven Slopes toda la información que tenía sobre aquellos tres asesinatos de Westwater. Atraje su atención.

Entonces un poli empezó a contarme todos esos casos de personas desaparecidas que habían archivado, más de quinientos y el setenta por ciento en el año pasado. Caramba con estas pequeñas ciudades. Sujetan las cartas tan cerca del pecho... temen por su preciosa industria turística. Evitando la publicidad dejaban el campo libre a Angelina. Eso también le permitió escabullirse.

Drogas, pensaban ellos, o gente descarriada que no estaban donde ellos decían que estaban. Un lugar de tránsito durante la temporada, decían ellos. No podían responsabilizarse de los turistas.

Pero yo sí lo sabía. Sí lo sabía. Angelina. Maldición.

Pasé un rato en Seven Slopes, charlando con la gente, gente con la que ella había trabajado, gente con la que había convivido, en busca de otra pista, escrutando los periódicos, los servicios cablegráficos de noticias, los informes de policía. En busca

de otra pista. La prensa empezó a hablar un poco de la situación, nos prestaron cierta colaboración nacional y por fin me sentí como si estuviera haciendo algo positivo.

Cada vez que veía autoestopistas en la carretera, me paraba y les gritaba. Jesús, niños que aceptaban viajar con extraños. No tenían ni idea, no tenían ni la más remota idea de todo lo que anda por ahí suelto.

Yo les decía: «Cuando estás en el lugar equivocado en el momento equivocado pueden ocurrirte ciertas cosas. Si sigues haciendo autoestop te estás metiendo directamente en la boca del lobo. Tú te lo estás buscando. No coquetees con el peligro. Apártate de este maldito modo de vida».

Y terminaba dándoles un consejo: «Vete a casa y cierra las puertas».

Cuando me desperté, me hallaba desnuda entre sábanas lisas y blancas, feliz porque la pesadilla había acabado. Podía dormir en paz el resto de la noche. Me subí las mantas y me di media vuelta.

Al mismo tiempo olí el pestilente olor de la almohada que estaba junto a la mía y sentí el tortuoso dolor de mis piernas. No había sido una pesadilla. Al instante me desperté y me alerté. En guardia.

Examiné rápidamente mi entorno; percibí la vulgar habitación del motel en que me encontraba, también percibí que no estaba sola. Luego me revisé a mí misma.

Parecía estar intacta. Al menos la criatura que había dormido a mi lado había tenido la decencia de no depositar su olor en mí, ni dentro de mí, mientras dormía. Me dolían los pies y las piernas, la carne de mis pantorrillas estaba blanda cuando la pellizcaba. El pellizco no me dolía, ni siquiera lo sentía, pero el dolor persistía. El miedo me entró hasta las entrañas. Se me habían congelado las piernas y ahora estaban descongelándose. Las saqué de la cama e intenté levantarme. El fuego me quemaba pero me mantuve en pie.

Encontré mis ropas plegadas pulcramente sobre la cómoda junto a su maletín. Él no me había abandonado. Regresaría. El neón del anuncio del motel desparramaba luz rosada a través de la ventana. Parecía primera hora de la tarde.

Cuando terminé de ducharme, me sentí algo marcada y me tallaban las rodillas. Salí chorreando del cuarto de baño y, con la vista nublada, llegué hasta la cama. Una vez tumbada, respirando profundamente, la vista se me aclaró y vi a un hombre como una comadreja de pie ante mí, sosteniendo una bolsa de papel de comida maloliente.

—Mira —dijo él—. Será mejor que comas algo.

Le cogí la bolsa, pero no tuve estómago para comer su contenido. Piqué algo mientras me miraba. Lo oí hablar. El hombre se sentó en el borde de la cama. Tenía la esperanza de averiguar quién era, qué quería, dónde estábamos y a dónde se dirigía.

—Conduzco por las noches. Es el momento mejor. Suelo parar en donde llego y dormir un par de horas por la mañana temprano, refrescarme un poco y ya estoy listo para mis visitas comerciales. Supongo que has tenido suerte de que viaje de noche, de otro modo aún seguirías allí. Aquí también ha caído una buena tormenta. Aún estarías allí de pie con nieve hasta las narices.

Mi gratitud no era aplastante.

—De cualquier modo, me alegro de verte despierta y comiendo. Por un momento temí tener que llamar a una ambulancia. Quiero decir que seguro que tienes un sueño profundo, pero nunca había visto a nadie congelado de ese modo.

Su sonrisa se desvanecía, nerviosa.

Me cansé de la comida y la dejé caer al suelo.

—¿Cómo te encuentras?

—Me estoy reponiendo.

—Bueno, oye, tengo que volver a la carretera. —Miró su reloj—. Son más de las cinco. Siento tener que dejarte aquí, pero o te dejo o te llevo conmigo al menos hasta un hospital, pero no puedo hacerme responsable de tus facturas.

—No necesito un hospital. ¿Adonde va?

—A Texas.

—¿Pasa por Nuevo México?

—Espero hacer todo el trayecto esta noche.

Salté de la cama y me tambaleé hacia la cómoda.

—Hey, espera.

—Me voy con usted, si no le importa.

—Me importa. Creo que necesitas cuidados médicos. Oye. Cuando me haya ido, llama al hospital para que vengan a buscarte. —Se acercó a mí—. Sé cómo son estas cosas. Tú no puedes pagar, pero ellos te atenderán. Si estás conmigo, me empapelarán de facturas y yo tengo esposa...

Me cogió por las muñecas.

—No me toque —dije inexpresivamente y sus manos retrocedieron. Me senté en el borde de la cama y empecé a vestirme—. No necesito un hospital. Necesito ir a Nuevo México. Iré con usted.

—No, creo que no. Me parece que tienes problemas.

Cogió su maletín y una pequeña bolsa de viaje de la cómoda, y abrió la puerta.

Estaba indefensa para detenerlo. Me senté en el borde de la cama, sin saber siquiera si él había pagado la factura del motel y miré salir por la puerta al hombre que me había salvado la vida. Dejó las bolsas en la acera y me miró cuando se acercaba a cerrar la puerta. Yo tenía los tejanos puestos pero sin subir la cremallera, una bota puesta, la blusa desabrochada y el pelo húmedo. Me dolía el cuerpo y tenía los huesos molidos.

En esa décima de segundo me vi a mí misma como él debió verme: sola, desesperada, abandonada. Instintivamente supe cómo jugar mi baza.

—¿Por favor?

Su cara tensa se ablandó y sus hombros se deshincharon. Volvió la cara hacia el aparcamiento, con las manos en las caderas y supe que lo tenía en el bote. Se dio media vuelta.

—Muy bien, con dos condiciones.

Terminé de vestirme.

—Una, que estés fuera de mi coche antes de la mañana, y dos, si sigues enferma, te lanzaré a la cuneta.

Entró, recogió mi mochila y llevó las tres bolsas al coche. Yo le seguí, a cada

paso me dolía desde los dedos de los pies hasta las articulaciones de las caderas. Estaba en camino hacia casa de Sarah. Llegaría esa noche, o la siguiente.

Viajar en su coche fue más duro de lo que creí. Su continua charla me enervaba, sobre todo porque a cada minuto me planteaba un tipo de pregunta que requería una respuesta, por lo que debía hacer un esfuerzo para escuchar y comprender. Eso me resultó muy duro, pues la mayor parte de mi atención se centraba en ese sobrecogedor y horrible dolor de piernas.

Probé todas las posturas imaginables, pero nada me alivió. No importaba si estaba con las piernas cruzadas, sentada sobre los talones o tumbada en el respaldo con los pies levantados. El dolor era el mismo. No lograba acomodarme y el dolor me inquietaba. No podía sentarme quieta.

Alrededor de medianoche cruzamos Nuevo México y nos detuvimos para comer algo en una típica parada de camioneros que permanecía abierta las veinticuatro horas. Me ayudó hasta una mesa a la que me senté, pálida y temblorosa, mientras chirriaban mis traicioneras piernas y él entró a lavarse las manos. Pasó un rato estúpido antes de que me percatara de que él no iba a volver. Cuando por fin tuve la certeza, me sentó como una piedra en el estómago, en medio del vacío y la bilis. Cogí el menú y descubrí que él había dejado diez dólares antes de esfumarse.

Pedí chocolate caliente y me lo tomé, evitando los ojos curiosos de los noctámbulos del lugar. Mis piernas irradiaban tanto dolor que parecía que calentaban las botas.

Me habían abandonado. Estaba en el camino, sola, medio tullida, en medio de ninguna parte. Me había dejado iría, sin decir adiós. La auto-compasión se convirtió en rabia. ¡Cómo se había atrevido! Acaso no habíamos compartido... ¿qué?

Exactamente qué has compartido, Angelina, me pregunté a mí misma y me di cuenta que lo peor. El hombre me había salvado la vida, me había dado de comer, me había llevado y yo ni siquiera le había preguntado su nombre.

Por un momento olvidé el dolor de piernas, maravillada ante ese hecho. ¿En qué me había convertido, cómo podía ser tan insensible? Me ardía la cara, aguanté un trago de cacao en la boca hasta que lo tragué junto con el puñado de auto-compasión que tenía en la garganta, se me nubló la vista bajo el torrente de lágrimas sin derramar.

No te detengas ahora, Angelina, me dije a mí misma. Parpadeé para borrar las lágrimas, bebí el chocolate y me desmayé ligeramente con el ataque de dolor de piernas. Sarah. Sarah sabrá qué hacer y cómo. La visión de Sarah tumbada en el suelo, con cada fibra tensa y lisa, la piel reluciente de sudor y la oleada de salud, me hizo sonreír. Eso es lo que quiero, pensé. Y Sarah sabrá cómo proporcionármelo.

Pedí otra taza de chocolate y un bistec poco hecho, me froté las piernas y miré a

mi alrededor. Lo primero que vi fue el mantelito individual. Era un mapa del Estado de Nuevo México, con una gran estrella en la esquina noroeste que decía. «Café del Estado de Nuevo México» en unas espectaculares líneas rotuladas. Hacían juego con las letras del menú. Esta versión de «Usted está aquí» del mapa probablemente ahorraba a las indolentes camareras un millón de preguntas. Me elevó el ánimo. No me quedaba mucho trecho.

Bebí la segunda taza de chocolate y comí unos bocaditos del bistec muy hecho. El café estaba medianamente vacío en esa fría noche de Navidad. Los conductores de camión estaban en casa con sus familias. Tendría suerte si encontraba a alguien que me llevara.

¿Y si no lo encontraba?

Volvió a asaltarme la ansiedad. ¿Dónde pasaría el día? ¿Dónde dormiría sin congelarme? Necesitaba cobijo, oscuridad, una caja. Necesitaba recordar que Ella aún acechaba, esperando a que me rindiera, limitándose a observar, pacientemente, oh, tan pacientemente.

Me calmé, me froté los muslos e intenté recordar, no hacía mucho, cuando era más joven, más aventurada, cuando nunca me preocupaba por dónde iba a dormir, yo era una con la creación y pertenecía allí donde me encontraba. ¿Qué me ocurría en aquellos días?

No estaba segura. Pero algo había pasado. La vida despreocupada era para niños... para la niña que yo había sido en esa época... esa época anterior a Earl Foster, anterior a Lewis, anterior a Boyd.

Tres hombres se sentaron en unos taburetes giratorios redondos y verdes ante el mostrador de fórmica del Café del Estado de Nuevo México. Un muchacho fumaba cigarrillo tras cigarrillo en una mesa del rincón mientras su novia de pelo de rata dormitaba apoyando la cabeza en su hombro. Una mujer delgada sorbía café y se retocaba el lápiz de labios con un pañuelo después de cada sorbo. Me fijé en ella. Una vez vi la petaca que vertía en su café cada vez que la cansada camarera le rellenaba la taza.

Vio que la observaba y arqueó una ceja, ofreciéndome un trago. Sonreí, en medio de mi dolor tan personal, y decliné la invitación. Al cabo de un momento se había sentado conmigo sin que yo la invitara, pero estaba demasiado débil para protestar. Su cabello rojizo estaba tan perfectamente peinado que pensé que lo domaba con una redecilla. Brillantes sombras de maquillaje manchaban sus empolvadas mejillas y las cejas habían sido trazadas sobre una fina línea. Los ojos castaños brillaban en una cara arrugada con labios precisos. No era más alta que yo —un duende, pensé— y le sonreí.

Me dio unos golpecitos en la mano con su tono deslustrado.

—¿Viajas sola? —me preguntó.

Yo asentí.

—Yo también. Éste es mi viaje de Navidad, un pequeño regalo que me hago a mí misma cada año. Me encanta viajar. Es decir, por la noche. El día me asusta demasiado, todos esos camiones y autobuses y... cosas. —Volvió a verter la petaca en el café, luego enroscó fuerte el tapón y guardó la petaca de plata en el bolso—. ¿Te gusta... la noche?

Y sus ojillos brillantes se volvieron depredadores mientras los fijaba en mí por encima del borde de su taza de café.

Yo asentí.

—Eso creía. Sin embargo, ¿me gustaría que fueras distinta?

El dolor de piernas cedió un poco. No podía creer a esa mujer. Hablaba directamente a mi alma.

—Sí. Yo también.

—Olvídalo. —Agitó la mano por encima de la mesa—. Somos como somos. Eres demasiado joven para aceptarlo y disfrutar de tu vida nocturna. Yo desperdicié la mía intentando cambiar. —Sus manos hacían pequeños movimientos como si tocara el piano a cada lado del calé mientras lo miraba pensativa, con el ceño fruncido—. Así pues, ¿qué es lo que quieres?

—¿Perdón?

—¿Qué es lo que quieres? Los noctámbulos siempre desean algo. Siempre van a alguna parte o buscan algo o planean conseguir algo. ¿Y tú?

Lo pensé un momento.

—Necesito ir a... —aparté el plato y señalé en el mapa del mantelillo— aquí.

—Yo puedo llevarte —dijo ella—. ¿Qué buscas allí?

Me debatía entre enfurecerme ante sus inquisidoras preguntas o ser amable y participativa a cambio del viaje.

—Amigos —solté por fin—. Tengo que visitar a unos amigos.

—Ah —se carcajeó e indicó a la fatigada camarera que le sirviera más café—. Una balsa salvavidas. ¿Alguien que te salvará? Eso está bien. Te llevaré. Descubrirás que eso no funciona. Pero te llevaré. —Guardó silencio mientras la chica le rellenaba la taza, luego vació la última gota de licor en ella y removió el líquido negro con una cucharita—. ¿Dejarás que te lleve?

Yo asentí. Ella me sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro, repasándome. Bebí mi cacao frío y sentí el dolor de piernas. Me alegré que esa mujer, esa mujer vieja, rara e intrigante se ocupara de mí todo el trayecto hasta la casa de Sarah. Y entonces, con un jadeo, recordé.

—Me llamo Angelina Watson. ¿Y tú?

—Rosemary. Rose. —Sus penetrantes ojos relampagueaban ante mí mientras acababa su café en silencio. Luego, con los labios tensos, sacó dinero de su bolso de

piel y lo depositó sobre la mesa—. Entonces, ¿nos ponemos en marcha?

La seguí obedientemente, ocultando el dolor que me golpeaba el cráneo al ponerme en pie, sintiéndome muy pequeña e inexperta. Hasta más tarde —hasta que fue demasiado tarde— no se me ocurrió que ella me había dicho que los noctámbulos siempre buscan algo. En lugar de preguntarle su nombre, debí haberle preguntado qué deseaba a cambio del viaje.

Pero para entonces ya lo sabía.

Notaba que ella se alejaba de mí. Notaba que Angelina se trasladaba hacia el sur y no pude hacer más que quedarme en Seven Slopes y esperar. Ansiaba volver a la carretera, volver sobre el rastro, pero toda mi información estaba dirigida allí, y tenía que esperar. Esperar es la parte más dura de la caza. Me limitaba a rezar para tener una de esas experiencias en las que podía ver a través de sus ojos, de manera que me permitiera echar un vistazo alrededor y tal vez reconocer un letrero o algo... Era dura esa espera. La más dura espera a la que he asistido nunca. Estar tan cerca...

Y luego noté que Angelina estaba herida, realmente malherida y toda la aversión y el odio que sentía por ella se desintegró, como si... bueno, sólo se desintegró. Luego ya no quise seguir cazándola, quise abrazarla. Quise detenerla para que no se hiciera daño, ni hiciera daño a otros. Supe que si conseguía detener lo uno, lo otro se detendría automáticamente. Si ella no hería a nadie, no se heriría a sí misma.

Pasaba la mayor parte del tiempo en el bar Hot-Dogger, intentando dilucidar mi vida, y allí es donde me encontraron cuando por fin tuvieron noticias.

Su traje era de modista, su abrigo de piel, su coche lujoso. Rosemary caminó hasta el coche con aires de vieja dama sobre la nieve prieta, entró y lo puso en marcha con una feroz sombra de cansancio helado. Yo caminé despacio, con los pasos de un viejo, y cuando pude meter mis piernas dentro, el interior se estaba caldeando rápidamente. El dolor me anegaba el cerebro, apoyé la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Si hubiera sido un dolor que pudiera estrujar, un dolor ante el que pudiera apretar los dientes, un dolor agudo, que me permitiera chillar, habría sido más fácil. Pero era un dolor infernal, un dolor sostenido, ineludible, nauseabundo.

Dejábamos los kilómetros atrás mientras yo agonizaba, probando todo lo que sabía para desembarazarme del dolor, o al menos para calmarlo. La presencia de Rosemary era reconfortante. Notaba sus ojos luminosos sobre mí cuando me controlaba a cada poco, a veces dándome golpecitos en el hombro como había hecho antes.

Pasó un buen rato antes de que pudiera hablar, antes de que pudiera ofrecer a Rosemary algo de compañía. Y fue sólo después de que Ella viniera a por mí, a sobornarme, a tentarme para volver a las andadas.

Durante milésimas de segundo caí en el vacío y Ella estaba allí. Me cogió la barbilla en sus manos siempre con tanta ternura, su caricia era como de terciopelo. Su amor y calidez envolvían mi delirante cabeza, Ella me refrescó la frente con su aliento, descansó su mejilla junto a la mía y supe cuál era su oferta.

Ella aliviaría mi dolor.

Era una idea tan imperiosa, tener unas piernas normales, libres de dolor. Medité un momento lo maravilloso que sería y otro momento en cómo la había añorado (oh, sí, ése era el dolor que sentía) y abrí los ojos para mirar su amoroso rostro. Boyd me contemplaba por encima de su hombro, él me juzgaba y volví bruscamente a la realidad del coche, al lado de Rosemary, al dolor de mis piernas congeladas.

—¡No! —dije apretando los dientes—. ¡No pagaré ese precio!

Los ojos de Rosemary se abrieron alarmados y yo empecé a hablar, a hablar de Sarah.

Sarah lo había logrado sola. Vivir, ser amada, criar a su hijo, mantener un empleo, cocinar. Adulta. Responsable. Llevaba una vida sana. Sarah me enseñaría cómo hacerlo. Era una buena persona, una persona amable. Me había ayudado una vez; ahora me salvaría.

Sarah. La mera idea de su tez cetrina, medio india, medio oriental y sus amplios y rectos dientes en una sonrisa desinteresada, bastó para hacerme sentar derecha. Ella tenía todo lo que yo deseaba. Tenía sentimientos, tenía amor. Tenía amigos y sabía cómo comportarse como una amiga. Tenía familia: un hijo. Yo quería tener un hijo,

algún día. Quería una casa propia llena de colores vivos y dibujos y luz. Aire fresco. Quería una cocina y una tetera silbante. Quería un empleo y un coche y un modo de ayudar a los extraños necesitados.

Miré a Rosemary, colgada al volante como un pajarillo. Yo no quería ser siempre la que necesitaba ayuda.

Me dolían las piernas.

Pasaron los kilómetros y las horas. Al fin empezaron a destellar algunas luces de la ciudad ante mí, acurrucada en el asiento del coche, sujetándome las rodillas. Rosemary hizo una serie de giros. Las luces de la calle se deslizaban sobre el asiento creando distintos dibujos. Luego nos detuvimos. Ella apagó el motor y el silencio fue un amigo. Me tocó la frente con su mano fría.

—Espera aquí, enviaré a alguien a buscarte —dijo, luego salió, cerrando la puerta tras ella.

Al cabo de un momento, un indio enorme abrió la puerta y me aupó, me llevaba sin esfuerzo y en silencio, subiendo una vieja escalera de madera, y luego a través de una puerta que Rosemary aguantaba abierta. La habitación olía a rancio, a viejo. Era un olor agradable, seco y caliente. Me dejó sobre la hundida cama, cogió el dinero que le daba Rosemary y gruñó al marcharse.

En otro tiempo, la colcha había sido de felpa amarilla, pero ahora estaba desvaída y manchada. Temblé y me froté los brazos en una agonía semiconsciente, mirando el desconchado papel pintado a mi alrededor, luego vi a Rosemary cerrar la puerta y quitarse el abrigo. Sus ojos brillaban como dos canicas plateadas.

—Un regalito de Navidad, Angelina. Un regalito de Navidad para una vieja dama, una vieja, vieja dama. —Se sentó en el borde de la cama y me apartó unos húmedos mechones de cabello de mi frente febril y sudada—. Una vieja dama solitaria desea un poco de cariño navideño, —canturreó—. Sólo un poco de cariño navideño.

Yo estaba agotada, demasiado enferma para protestar. Vi la soledad en su rostro, vi la desesperación, vi el temor a ser rechazada, conocía esa sensación. Sentí el alba y volví la cabeza hacia la ventana. Aún estaba oscuro, pero podía sentirla. Arrancaba de mí las tinieblas y con ellas hasta mis últimas fuerzas.

—Rose —dije.

Ella me estaba desabotonando la blusa. Se detuvo y me acarició la mejilla.

—¿Qué ocurre?

—Es el alba.

—Sigue. Lo comprendo.

—Por favor..., ¿tendrás cuidado?

—Claro.

Y diciendo esto se inclinó sobre mí y me besó con toda la ternura de la que alguien es capaz.

Perdí la conciencia y pronto estaba en el frío territorio de la inercia sin sueños y sin tiempo. El lugar sin vida de los que no están muertos.

Me desperté despacio por el dolor, el omnipresente dolor de piernas. Me sentí vagamente incómoda, algo no iba bien. En realidad, parecía que algo me dolía, o que mi cuerpo ya no me servía, pero el ardiente dolor de mis piernas eclipsaba el resto de las sensaciones. Hacía calor, parecía como si tuviera kilos y kilos de mantas encima de mí y no estaba sola. El delgado cuerpo de Rosemary estaba acurrucado, desnudo, a mi espalda.

En cuanto empecé a volverme hacia ella, realicé un segundo descubrimiento: mis ligaduras.

La impresión me dejó en silencio un buen rato mientras examinaba las correas de cuero que sujetaban mis brazos por los codos y por las muñecas. Eran anchas, de calidad profesional con brillantes pernos de plata y grilletes. Otras me sujetaban las piernas por las rodillas y los tobillos. Las correas que me ataban las rodillas estaban cinchadas a las correas que me sujetaban los codos, todas ellas amarradas a una cuerda fijada al cabezal de la cama. Me encontraba atada y bien atada, con las rodillas casi en el pecho. Indefensa.

Mi mente siempre discurría perezosa al poco de despertarme y me costó un rato descubrir lo que iba a suceder contra mi voluntad. Tal vez Rosemary se había dormido antes de poder acabar su juego. Seguro que no...

—Rosemary. Rosemary, despierta.

Me debatía contra la espalda, con las rodillas en el aire, palpando las mantas.

Un rostro anciano, anciano, se volvió hacia mí. Privado del maquillaje, el rostro arrugado y fofo de Rosemary servía simplemente de grotesco marco de aquellos brillantes ojos marrones, aquellas afiladas puntas de alfiler que captaban cada matiz de la tarde invernal y me penetraban profundamente.

—Hola —dijo ella—. ¿Has dormido bien?

—Estoy atada.

—Oh, sí. —Los huesudos dedos acariciaron los correaes de cuero, sintiendo los bordes que apretaban mi carne—. Oh, sí —repitió, jadeante.

Se me puso la carne de gallina. Ella bostezó y se estiró, luego sacó su escuálido cuerpo de la cama y caminó desnuda por una puerta que yo no había visto la noche anterior. Oí los sonidos del agua corriente y de repente noté que tenía la vejiga llena. Sonó la cadena del wáter y ella volvió a salir, caminando hacia mí, balanceando sus flácidos pechos.

—Por favor, desátame.

—Todavía no puedo.

—¡Rosemary!

Yo estaba atónita y empezaba a tener miedo.

—No temas —dijo ella sentada en el borde de la cama, pero yo retrocedí de su lado—. Rose quiere que te quedes durante un rato, ¿vale? Sólo un ratito y luego te meteremos en el coche y Rosemary te llevará a casa de Sarah. Eso es lo que quieres, ¿no es cierto? ¿Ir a casa de Sarah? Iremos a casa de Sarah, sólo que... un poco más de Navidad para Rose, ¿vale? —Su mano me acariciaba el brazo, calmándome. Yo aún estaba en guardia, deseando desesperadamente poder creerla—. Rosemary sólo desea un poco de compañía, ¿vale? ¿Vale? Luego ella te llevará hasta la casa de Sarah.

Rosemary canturreaba dulcemente y casi me dormí, hasta que unas uñas como clavos se hundieron en mi brazo y grité de dolor, avergonzada cuando mi vejiga se aflojó durante un momento.

—Shhhh, Angelina, dulce Angelina. Lo siento, ¿te hemos hecho daño? Pobre pequeña. Anda, deja que Rosemary te haga sentir mejor.

Cogió las correas de cuero con una horrible fuerza y me dio la vuelta, de modo que yo yacía acurrucada de costado mirando el borde de la cama. La sangre de mi brazo se derramaba sobre las sábanas. Entonces ella rodeó la cama y se metió bajo las sábanas conmigo.

Oh, Dios, pensé. Oh, Dios. Por un viaje a casa de Sarah. No puedo soportarlo. No puedo soportar nada por un viaje a casa de Sarah.

Había una alternativa. Yo sabía que Ella me evitaría esta humillación, esta degradación suprema. Sabía que sólo tenía que llamarla y juntas, Ella y yo, acabaríamos con Rosemary y su repugnante diversión navideña.

Sentí el calor del cuerpo de Rosemary. Así tumbada su piel no debía estar a más de medio milímetro de la mía y cada fibra de mi cuerpo estaba alerta de miedo y ansiedad. Sabía que me tocaría, pero no sabía dónde ni cuándo y la terrible expectativa alcanzaba proporciones descomunales. Pequeñas vibraciones movían la cama mientras ella manipulaba algo, yo no sabía qué, pero sin duda pronto descubriría la verdadera magnitud de su perversión. De nuevo volvía a estar indefensa frente a la vida, literalmente en las garras de esa horrible mujer y ya tenía suficiente.

Apenas pude resistirme a la tentación de llamarla a Ella.

Ahí estaba. Algo horriblemente húmedo y frío se deslizó entre mis nalgas y todo lo que yo había estado construyendo dentro de mí durante los días pasados amenazaba con derrumbarse. Sentí la frescura de la noche, sentí su fuerza. La sentí a Ella dentro y me cogí el pelo con ambas manos y lo agarré como para salvar la vida. Me agarré, intentando no rendirme ante esa abyecta experiencia, intentando pensar sólo en Sarah, en Sarah y en Samuel, y en que ella me curaría, lo que en verdad deseaba más que nada en este mundo.

Sabía que podría soportarlo. Un viaje a casa de Sarah sería mi recompensa. Podría soportarlo. Conseguiría ir a casa de Sarah.

Se me puso la piel de gallina e involuntarios gemidos de repulsión nacieron en el fondo de mi alma, mientras Rosemary me tenía amarrada a la cama toda la noche, yo me hallaba indefensa para detenerla, indefensa para salvarme, mis malheridas piernas me daban la única paz que podía encontrar. Me sumergí en mi atormentante dolor mientras Rosemary pasaba las horas, gimoteando y gorjeando con su perversa charla y sus risas. Sólo me mantenía con vida gracias al dolor de piernas. Traté de ignorarla durante las horas interminables en las que jugó conmigo y con su maletín lleno de artículos especializados.

Después de lo que pareció una eternidad, sentí la llamada del alba y la bendita inconsciencia me cubrió como un sudario.

Una de las cosas que mi padre me remarcaba cuando me enseñaba a cazar —de hecho, lo mencionaba antes de cada viaje que emprendíamos— era: «Asegúrate de que sabes lo que andas buscando, hijo, y por qué. Y no regreses con ninguna otra cosa. Regresa con las manos vacías si es necesario, pero no regreses con algún trasto sólo para que el viaje valga la pena».

Cuanto más tiempo tenía que pasar sentado allí en aquel bar de Colorado y esperar a que Angelina saliera a la superficie, más tenía que pararme a pensar por qué anclaba tras ella, para empezar. Demonios, tenía un buen empleo, tenía a mi padre y a mi hermano Bill esperándome en Westwater. Podía ser un capataz de la construcción por aquel entonces, o podía haber regresado a la escuela, o hacer algo con mi vida, en lugar de estar sentado en un estúpido bar de Seven Slopes todo el tiempo, tomando café por la mañana y cerveza por la noche, intentando trazar un plan para cazar a esa escurridiza muchachita.

¿Para qué, Boyd?, seguía preguntándome a mí mismo. Matas a un ciervo, o a un cerdo, o a un conejo para comer. Para comer. Para vivir. ¿Por qué andas tras Angelina con tal desesperación?

Porque no quería ninguna escuela. Y no quería trabajar. Ya no quería a los mismos antiguos amigos, ni vivir en el mismo lugar, al lado de mi viejo y Bill. Estaba cazando algo nuevo en mi vida. Angelina simbolizaba precisamente eso. Ya estaba preparado para cambiar a Westwater y todo lo que tenía que ofrecerme, lo cual no era mucho.

No, esta caza se había convertido en algo más para mí. Estaba persiguiendo lo raro, lo insólito, lo amenazador, lo excitante. Estaba persiguiendo una presa inteligente, aunque un elemento incierto. Era lo más excitante de mi vida.

Y estaba a punto de «regresar sin nada». La próxima vez que viera Westwater, yo sería otro hombre.

Volví a despertarme a la puesta de sol. La cama estaba empapada de mis excreciones corporales. Tenía la piel agrietada e inflamada allí donde las correas de cuero habían mantenido la ácida mezcla en contacto con mi piel. La habitación olía como imaginamos que debe oler una vieja celda de prisión: a orina, sudor, dolor y asco.

Estaba sola.

Muy lentamente —el menor movimiento era una gran dificultad—, salí de la cama. La alfombra marrón grisácea estaba desgastada hasta su urdimbre en un sendero que llevaba desde la puerta hasta la cama y desde la cama hasta el baño. Usando la cama como apoyo de mis doloridas piernas, me puse en pie y caminé temblorosamente hasta el baño, sintiendo todo mi ser violado y deshonrado.

Me duché hasta marearme, restregando cada milímetro de mi cuerpo, intentando limpiar la sensación de los penetrantes dedos de la vieja, pero los recuerdos se aferraban profundamente. Me froté, abriendo las costras de mi brazo y la sangre se mezcló con el jabón, el champú y el agua y se arremolinaba bajo el grifo en el manchado suelo de la ducha.

Se me saltaron las lágrimas cuando supe que no podía frotarme lo bastante profundo y me apoyé contra el frío cristal de la ducha, deslizándome jabonosamente hacia abajo mientras mis doloridas piernas cedían bajo el peso de los sollozos. Me senté en el suelo, un fuerte chorro me caía en la coronilla y en los hombros, y me eché a llorar con todas las fuerzas que me quedaban. Sabía que estaba pagando por mis pecados, sabía que me merecía todo lo que Rosemary me había infligido y probablemente más. Gemí, sollocé y levanté mi débil puño hacia Dios, y al final sólo lloré.

Al final mis fuerzas para la autocompasión se agotaron y también el agua caliente. Me levanté y la cerré, luego corrí la cortina y la utilicé para ayudarme a mantener el equilibrio mientras enderezaba mis deterioradas piernas. En el lavabo había una toalla limpia y junto a ella estaban todos los objetos de baño necesarios, así como algún maquillaje ligero, lápiz de labios, sombra de ojos, mascarilla. Me sequé los temblores de piel con la toalla y me envolví con ella.

De nuevo en la habitación arrojé las sábanas y las mantas en una gran papelera junto a la cama y descubrí mi mochila en una silla tapizada de una raída imitación de terciopelo. Habían limpiado, planchado y plegado pulcramente las prendas que yo había vestido —¿hacía dos noches?, ¿hacía dos años?—. Encima de la ropa descansaba un sobre cerrado que ponía: «Angelina», con una rúbrica, y apoyado junto a la silla había un hermoso bastón de cerezo.

Cogí el bastón y lo admiré. El mango tenía forma de lagarto de bronce,

intrincadamente modelado, con su cola enrollada hasta casi la mitad de la madera, terminando en un pequeño serpenteo de lagarto. Mi pequeña mano se adaptaba perfectamente, mis dedos se cerraban en torno a su fría garganta. El bastón era corto, adecuado exactamente a mi tamaño. Lo amaba y lo odiaba, lo necesitaba y me ofendía. La bendije, la maldije. Me senté en el borde de la silla, con el bastón entre las rodillas y cogí el sobre. Lo volví a dejar, sin abrirlo, y me vestí.

Ella se había ido. Mi viaje a casa de Sarah se había esfumado. Había soportado todo... eso y ahora... nada.

Me sentí tan frustrada que me habría enfurecido, de haber tenido la energía suficiente. Toda mi energía se había desvanecido con las lágrimas y se la había tragado el desagüe de la ducha.

Una vez vestida, con una sensación de pulcritud y limpieza, comodidad y calidez, volví a sentarme en la silla, con el bastón en el regazo, y abrí el sobre.

Contenía tres hojas de papel perfumado de lavanda, cada uno lleno de una delicada caligrafía.

Mi querida Angelina:

Siempre me asedian los remordimientos después de sucumbir a mis pasiones más bajas. Recuperar el sentido siempre me conmociona, sin embargo conservo este apartamento para este tipo de emergencias. Prefiero estar preparada para mis perversiones que caer víctima de ellas de modos más terribles.

Te escribo esto mientras duermes el sueño profundo de quien no es ajeno a las bajas y arcanas pasiones, si mi instinto no me engaña. Eso es lo que me hace creer que tú comprenderás, como pocos harían, el alcance del remordimiento del que hablo.

En este momento mi remordimiento es tal que esta tarde no me atrevo a mirarte a la cara. Estoy asustada. Estoy asustada de tu reacción cuando te suelte en la oscuridad y me temo que mi sentimiento de culpabilidad y de repugnancia hacia mí misma me harían sucumbir ante ti. Y no puedo hacer eso, pues hay gente que depende de mí.

De modo que te dejo aquí, lo que engrosa mi culpa y remordimientos. Pero también eso pasará. Sinceramente espero que encuentres tu camino hasta tu amiga Sarah y te ayude en tu viaje. Por favor, acepta este bastón como regalo.

No sé si esto te será de algún consuelo ante los tormentos que aquí has soportado, pero déjame que te diga una cosa: Nunca antes había disfrutado tanto con alguien tan dulce y tierna como tú. La experiencia de las dos noches pasadas ha sido de sublime éxtasis para mi desviada moral y por eso estoy tan

en deuda contigo.

Que la paz sea contigo.

Rosemary.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Sabía exactamente a qué se refería. Yo podía terminar fácilmente igual que ella, vieja, sola, recogiendo niños desvalidos en paradas de camioneros en las afueras de la ciudad el día de Nochebuena para satisfacer ese... ese... ¿qué? ¡Dios! Arrugué la carta en la mano y cedí a media docena de densos sollozos.

Yo era distinta a ella. Yo nunca terminaría como ella. Nunca. Yo podía vencer a esa cosa. La vencería. La estaba venciendo. Sólo necesitaba llegar a casa de Sarah.

Probé el bastón, practiqué con él, aprendí a caminar con menos dolor. Cuando mi interior se hubo calmado un poco, me lavé la cara otra vez, me soné la nariz y me peiné. Luego me colgué la mochila y cojeando, bastón en mano, atravesé la puerta, dejándola abierta al salir.

Tambaleándome, bajé la escalera hasta el temprano tráfico de la noche. Hacía frío, pero no soplaba el viento helado. Miré a mi alrededor unos momentos, intentando mantener la presencia de ánimo, pero entonces no tenía presencia alguna. Ni siquiera sabía en qué ciudad estaba.

Aún tenía los diez dólares que el vendedor me había dejado, así que caminé hasta el pequeño café de la esquina. Dentro hacía calor, un rincón entero estaba abarrotado de policías bebiendo café y hablando tranquilamente entre ellos. Tomé asiento en la barra y pedí un cacao caliente y un bocadillo. El periódico plegado en el mostrador decía que me encontraba en Santa Fe. Estaba cerca. Probablemente nos separaban menos de ciento sesenta kilómetros. Sabía que Sarah me acogería. Me había acogido cuando estuve enferma. Volvería a acogerme. Ella me ayudaría y ésa sería la última vez. La última vez que necesitaría la ayuda de alguien. La última.

Bebí el cacao y di unos pocos mordiscos de atún, pagué la cuenta y caminé junto a la mesa de los uniformes azules.

—Disculpen —dije, e inmediatamente capté su atención, la de los seis. Me apoyé un poco más en el bastón—. ¿Hay alguna estación de autobuses o... algún modo de ir...? —me quedé callada y miré un momento la puntera gastada de mi bota. No sabía qué preguntar—. Estoy intentando llegar a Red Creek. No. Voy a Red Creek, pero no encuentro quién me lleve. Quiero decir, tenía quién me llevara, pero ella...

Volví a callarme. Debieron pensar que estaba drogada. Me sentía como si hubiera estado drogada.

Entonces sucedió lo peor. Las lágrimas que pugnaban por desbordar la comisura

de mis ojos —¿desde cuándo?, ¿desde que tenía doce años?— asomaron entonces y se estrellaron sobre el sucio suelo de linóleo blanco y negro.

—Necesito ir a Red Creek y no sé cómo hacerlo.

Sollocé sonoramente, luego respiré hondo, avergonzada de mi demostración. El silencio de la mesa se espesó. Después de recogerme a mí misma, respirar hondo un par de veces, me enjuagué los ojos, me limpié la nariz y les miré.

Los seis se miraron entre sí, dando muestras de meditar sobre mi súplica. Entonces uno de ellos dijo:

—¿Tiene dinero?

Hurgué en el bolsillo y saqué los cuatro billetes y el cambio que me había sobrado de la comida. Lo miraba estúpidamente, sintiéndome como si fuera a perder el juicio.

—Eso no la llevará muy lejos —dijo otro—. ¿De dónde es usted?

—Pero tengo más —dije—. Tengo una cuenta bancaria en Pennsylvania.

Todos ellos se miraron entre sí, esta vez parecían incómodos —casi turbados— en mi presencia.

Uno de los policías se puso en pie, sacó un liso billete de cinco dólares de su cartera. Me lo ofreció.

—Toma —dijo—. Hay un pequeño motel a unos tres kilómetros por esta carretera. Se llama «Fivers». La señora que lo lleva se llama Molly y cobra cinco dólares por noche. Ve allí, pasa la noche y por la mañana llamas a tu banco de Pennsylvania y les dices que te envíen algún dinero, ¿vale?

Me quedé allí plantada, mirando el dinero de su mano, pensando en lo de llamar al banco de Pennsylvania por la mañana. Yo no estaría despierta por la mañana. Las horas de funcionamiento del banco eran diurnas y no podía llamarlos a menos que estuviera despierta. ¿Y cómo demonios iba a recorrer esos kilómetros con aquellas piernas?

Sacudió el dinero ante mí.

—Toma. Cógelo. No merodees por las calles de noche. Es peligroso. —El policía miró a sus amigos. Ellos desviaron su mirada—. Vamos, ¡cógelo! —Acepté el donativo con reticencia—. Ahora vete al motel de Molly o uno de nosotros te arrestará.

Sus compañeros sonrieron, la tensión se rompió.

Murmuré las gracias y me di media vuelta, volví al mostrador y pedí otra taza de cacao. No podía creer lo que acababa de hacer. ¿Estaba totalmente loca? ¿Qué había hecho de mi inteligencia? ¿Y mis recursos? ¿Y mi sentido de la aventura y mi invencibilidad? ¡Pedir dinero a un policía! ¡Angelina!

Estaba avergonzada, deseé no haberme acercado a ellos para contarles mi estúpida historia. Deseé no haber aceptado el dinero y ahora que había pedido más chocolate caliente, en lugar de largarme corriendo, y peor que eso, tendría que

pagarlo. Él no me había dado dinero para un chocolate caliente. ¡Oh, Dios, qué desgraciada era!

Cogí el periódico de Santa Fe y lo abrí para distraerme de mis ideas autodestructivas y mi mente se sorprendió de lo que vio.

La fotografía de Boyd estaba en primera página. El titular decía: «El asesino de Colorado relacionado con los crímenes de Nevada».

Seven Slopes, Colo. (UPI) — El asesino de un minusválido, propietario de un puesto de periódicos en Seven Slopes podría estar relacionado con tres asesinatos cometidos en Westwater, Nevada, según un hombre de Westwater que se encuentra en la ciudad para ayudar a la policía con la investigación. Boyd Turner está en Seven Slopes para comprobar si los crímenes tienen ciertos elementos en común. «Si es así, creo que podemos encajar varias pistas. Podemos averiguar la identidad del principal sospechoso», ha dicho él. El jefe de policía ha declinado hacer declaraciones.

El terrible asesinato del veterano de Vietnam, Joshua A. Bartholtz, ha aterrorizado a la población local de Seven Slopes. Se han agotado los candados de las ferreterías de la localidad. La ciudad se ha vaciado de turistas y además de la perspectiva de un maníaco homicida suelto por la ciudad, los empresarios se enfrentan al desastre económico. Todo esto es muy parecido a la situación por la que pasó Westwater hace dos años, cuando tres personas fueron asesinadas en unas monstruosas vacaciones de fin de semana. Aquellos asesinatos permanecen sin resolver.

No podía seguir leyendo. Sólo podía mirar la foto de Boyd, sorprendido con la boca abierta mientras hablaba con los periodistas. Su Stetson se asentaba en lo alto de su frente, echado hacia atrás, sin duda en una demostración refleja de frustración. Llevaba su chaqueta de pana con forro de cordero y se hallaba ante el hotel Snowson de Seven Slopes. En medio de mi horror me asaltó una sensación de nostalgia.

Ahora Boyd me estaba dando caza. Había abandonado la caza menor y los pájaros. Ahora tenía una presa digna de su habilidad para seguir el rastro.

Volví a recuperar el juicio. Doblé tranquilamente el periódico, terminé el cacao, levanté la mochila y recogí el bastón. Me acerqué a los policías y dejé el billete de cinco dólares ante el oficial que me lo había dado.

—Gracias —le dije—. No lo necesito. Estoy realmente bien y tengo un lugar donde pasar la noche. Sólo que a veces... pierdo el rumbo. Por favor, discúlpenme.

Y salí caminando con toda la dignidad que mi ineptitud de tullida me permitía.

Iría a casa de Sarah y estaría bien. Y luego llamaría a Boyd para que habláramos. Dejaría que me atrapara si era eso lo que él necesitaba, pero así no. Dios mío, así no.

Saqué el pulgar en cuanto me hallé fuera de la vista del café y encontré quien me llevó lejos.

No parece importar demasiado lo que hago. Todo da lo mismo; la vida da lo mismo. Podía ser un tipo de Madison Avenue y daría lo mismo, trataría con el mismo tipo de gente, haría las mismas cosas, sufriría los mismos desengaños, haría los mismos tests de personalidad y me comportaría igual en cualquiera de esos empleos. Seguiría haciéndolo del mismo modo.

Mi viejo trabajó en la construcción hasta que ya no pudo más. Sus músculos y su espíritu se gastaron al mismo tiempo. Probó un trabajo de oficina, pero había ido demasiado lejos. La vida le había desgastado. Yo sigo pensando que tal vez si él hubiera empezado en una oficina, habría sido distinto. Pero no era ése el caso. Se trataba de una elección en la vida. No tenía por qué derrengarse. No tenía que haber trabajado en la construcción. Pero, conociendo a papá, se hubiera derrengado haciendo cualquier cosa. Eligió la construcción para ello.

Esta actitud me ha dado mucha libertad en la vida, pero a veces la libertad es desencanto. Nunca he echado raíces, nunca me he dedicado realmente a nada... es decir, hasta Angelina. Y cuando ella entró en mi vida, me dije, Boyd, éste es el vehículo de tus energías, esto es lo que debes hacer.

Vender zapatos, cuidar un rancho, ser policía... todo es lo mismo. Así que, pienso yo, si no importa lo que hagas, ¿cómo elegir qué hacer?

La elección es el mensaje. Todo el tiempo que estaba cazando solo en las montañas, rezaba pidiendo una verdadera presa. Cuando derribaba un ciervo, me sentía agradecido, pero también desilusionado. Los ciervos ya no eran una presa para mí, pero no sabía qué lo era. Me limitaba a rezar pidiendo una verdadera presa.

De modo que, ya ves, yo pedí esta presa. La elección de una carrera, una afición o ambas cosas, es la única oportunidad de afirmarse en la vida. Para mí es la caza.

La caza es el mensaje.

El coche que paró era un Volkswagen escarabajo. La conductora era una mujer de unos treinta años que vestía un abrigo de piel de imitación y ostentosos brillos en sus uñas asquerosamente largas. Se llamaba Winnie, dijo ella, y me aplastó contra el asiento de la aceleración antes de que me diera tiempo a sentarme bien y abrocharme el cinturón de seguridad.

—¿Qué demonios estabas haciendo ahí fuera en una noche como ésta?

—Voy a Red Creek —respondí.

Estaba agradecida por el viaje y sabía que si había soportado a Rosemary todo el tiempo que la había soportado, toleraría a Winnie durante, un par de horas. No haría nada mientras me condujera hasta Sarah.

—¿Qué le ha ocurrido a tu pierna?

—Piernas —le dije, percatándome demasiado tarde de que era la respuesta equivocada para disuadirla de entablar una conversación.

—Piernas, entonces. ¿Qué te ha ocurrido?

—Se me congelaron.

—Ooooh, Diosss, ¿se te congelaron las piernas? ¡Qué horror! ¿Cómo te sucedió? Suspiré. Winnie me iba a pasar su factura.

—Estaba a la intemperie en la nieve y se me congelaron las piernas.

—Diosss, no puedo imaginar nada peor que la congelación. Odio el frío. Hawai. Yo debería vivir en Hawai, ¿sabes? Quiero decir que no estoy hecha para este clima.

Se ciñó el abrigo y pisó el acelerador, como si eso sirviera de algo. Luego buscó entre los asientos y tiró de una palanca con un mango de plástico rojo. El calor fluyó en el pequeño habitáculo. Olía desmayadamente a cansancio y escupía pedacitos de basura dentro del coche, pero daba calor.

—Me encanta la calefacción de este cacharro. Por eso me compré uno, ¿sabes? Son fantásticos estos coches. No te preocupes. Pronto estarás resoplando de calor. Esta calefacción es fantástica. ¿Para qué vas a Red Creek?

—Para ver a una amiga. Tengo una amiga allí.

—Bien. Bien.

Encendió la radio y bruscamente desplazó el dial de un lado a otro, buscando la música que mejor se adaptase a su humor. Al no encontrar ninguna, la volvió a apagar, bajó la vista hacia mi bastón y se rascó el pelo anaranjado.

—Bonito bastón. ¿Cómo te sientes al caminar con bastón? Quiero decir que te mirará un montón de gente, ¿no?

—No.

—El bastón me hace pensar en personas mayores, ¿sabes? A la gente joven siempre me la imagino con muletas o sillas de ruedas, pero nunca con un bastón. En

realidad, un bastón tiene clase. Sobre todo uno como ése. Uau. Mira ese lagarto.

Alargó la mano para tocarlo, luego se lo acercó a la vista. Dedicando breves instantes de atención a la carretera que se extendía ante nosotras, examinó el extremo de bronce de mi bastón, luego me lo devolvió dirigiéndome una mirada escrutadora.

—Uau —dijo—. Eso sí es un bastón.

Dejé el bastón entre mis rodillas, sintiéndome cada vez más orgullosa de él, más celosa de él a cada minuto. El bastón se había convertido en un símbolo de mi firmeza. Había estado a las puertas del infierno por ese bastón. No. Había soportado a Rosemary como el precio a pagar por mi recuperación. Había pagado mi precio y recibí el bastón como premio. El bastón me ayudaría a alcanzar mi destino.

Claro que tenía un bastón. Claro. Debía tener un bastón así como símbolo de mi conquista y de haber regresado de donde había estado, ¿qué otra cosa sería más adecuada?... Acaricié levemente las escamas fundidas en bronce...

—Tengo un empleo esperándome en Carlsbad. Mi hermano trabaja allí y me llamó para decirme que necesitaba ayuda. Está bien, ¿eh? Ni siquiera sé qué clase de trabajo es, pero confío en él. Mi hermano está bien. Él y yo nos cuidamos mutuamente, ¿sabes lo que quiero decir? Al menos será más caluroso que Colorado, Dioss... Me gustaría que me encontrase un trabajo en Hawai.

Me recosté hacia atrás, escuchando con un pequeño resquicio de mi conciencia mientras Winnie se divertía sola hablando de Hawai y yo me concentraba en el dolor de piernas. Era como si el calor me chamuscara la carne de las pantorrillas. Puse la mano para sentir el calor; no estaba muy caliente, ni soplaba muy fuerte, así que supe que no me haría ningún daño. Cerré los ojos y me relajé, luego investigué la sensación del dolor intentando separar las diferentes impresiones.

El dolor penetrante era casi como un coro musical, rasgando un acorde universal. El dolor declinaba y aumentaba con la respiración, rasgaba el mismo acorde una y otra vez. Podía definir cada secuencia, ver la vibración de cada sensación distinta. Podía ver con el ojo de la mente cómo se rasgaba el acorde, pero no podía ver la mano que pulsaba las cuerdas. Me preguntaba si, empleando la voluntad, podría cortar las cuerdas y librarme del dolor. En realidad, el dolor ya no era dolor, era más parecido a una intensa presión. Había diseccionado el dolor hasta que ya no me dolía; era como pronunciar la palabra «oscuridad» una y otra vez hasta que pierde todo su significado y se convierte simplemente en un sonido carente de sentido.

Así pues. Podía controlarse el dolor a través de la mente. Sarah sabría todo eso, sabría de yoga, control mental y todo eso. Yo sería su discípula.

Winnie farfullaba, obviamente sin importarle si le respondía o no —pues yo nunca le respondía— y las dos nos dirigíamos en el pequeño Volkswagen a través de la fría noche de Nuevo México hacia Red Creek, finalmente, con el calor y el arrullo de su voz me quedé dormida.

Me desperté sobresaltada al primer resoplido del motor. Mis piernas ardieron al volver a la vida con una explosión de dolor; me las froté muy fuerte e intenté ponerme en situación. Íbamos cada vez más despacio.

El Volkswagen traqueteó otra vez, falló y volvió a ponerse en marcha, mientras Winnie lo maldecía, embragaba, soltaba el embrague y por último lo arrimaba a la cuneta. Las luces se debilitaban cuando ella intentaba ponerlo en marcha, hasta que se produjo un terrible chasquido y se agotó la batería.

Winnie apretó el interruptor de las luces de un manotazo, soltó una maldición y nos sentamos en la oscuridad, en silencio, durante un buen rato.

Por fin un largo suspiro escapó de sus labios, giró la manecilla de la puerta, la abrió de par en par, saltó fuera y la cerró tan fuerte que me estallaron los oídos. La vi patalear contra el suelo al borde de la carretera, detrás del coche, su abrigo ondeaba alrededor de sus piernas atraído por los coches que pasaban zumbando sin detenerse. Me acurruqué en mi abrigo, sintiendo el leve balanceo del Volkswagen con cada coche que pasaba. Intenté pensar, planear qué hacer. No sabía nada de coches; no podía hacer nada para reparar esta situación.

Sólo podía empezar una nueva situación.

El frío empezaba a calarme, cabalgando la oscuridad, cabalgando el viento.

Winnie volvió al coche, trayendo consigo una oleada de oscuridad helada, rompiéndome los tímpanos al cerrar la puerta otra vez.

—Joder —dijo.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? ¿Tengo pinta de mecánico?

—Lo siento.

—Sí, bueno, bien, aquí todos lo sentimos. Pero ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Pegarnos un tiro?

—Tengo que llegar a...

—A Red Creek. Sí, ya lo sé. Y yo tengo que llegar a Carlsbad. ¿Se te ocurre algo?

Se volvió hacia mí y me miró, la brillante sombra de ojos destelleaba en la brusca iluminación del tráfico que venía en sentido contrario. Su rostro estaba cubierto por una gruesa capa de maquillaje, agrietado en los límites. Sus horribles dientes de repente amenazaban bajo la curva de los gruñones labios anaranjados.

Sacudí la cabeza. Mis ojos eran incapaces de sostener su mirada. Winnie bajó la vista con una adorable prolongación de su cuello, dulcemente arrugado y maquillado. Noté un débil latido bajo la piel en cada embate de su corazón agitado y eso hizo surgir en mí sentimientos del abismo...

Me dio la espalda y se levantó la solapa del abrigo, devolviéndome bruscamente al presente. Noté con azoro que me salía saliva por la comisura de los labios. Me la enjuagué con la manga del abrigo, pero el mal ya estaba hecho.

Winnie tenía los ojos redondos como platos y los labios anaranjados tensos sobre los dientes, mientras agarraba asustada la manecilla de la puerta.

—Yo conseguiré que nos lleven —dije; abrí la puerta y estiré las piernas.

Apoyándome pesadamente sobre el bastón, pataleé contra el suelo para devolver la vida al dolor que había sustituido a mis huesos. Winnie alargó el brazo para cerrar la puerta. Oí el sonido de los seguros.

Me alejé del coche para que el tráfico que pasara pudiera verme, y al cabo de unos minutos se había detenido un coche. Era una pareja joven, acurrucada en el asiento delantero. Abrí la puerta trasera y metí mi mochila, mi bastón, y luego entré dolorosamente.

—Problemas con el coche, ¿eh? —preguntó el chico.

Volví la vista hacia el Volkswagen. En la oscuridad apenas se distinguía la abultada silueta del pelo de Winnie.

—Sí —dije, casi cegada por el dolor. Cerré la puerta tras de mí—. Por la mañana enviaré a alguien por él.

—Nosotros vamos a Texas —dijo la chica, soltándose del brazo de su novio y volviéndose por encima del asiento para mirarme.

Su fino cabello rubio parecía flotar alrededor de su cabeza. Sus rasgos se me nublaban en la punzante y furiosa locura de mi dolor. Me había movido demasiado rápido..., demasiado lejos, demasiado rápido. Durante un momento, la miré a través del velo de dolor y pensé... pensé...

—¿A dónde vas? —preguntó la chica.

La pregunta reverberó en mi mente: ¿A dónde vas? ¿A dónde vas? ¿A dónde vas? ¿A dónde vas? Y luego vi el rostro de Ella y su voz. El coche se alejaba a toda velocidad y yo estaba atrapada —atrapada en el coche con la mujer que haría cualquier cosa para tenerme, la mujer que nunca me dejaría en paz—, a menos que rechazase sus proposiciones.

Cerré los ojos y me hundí en el asiento, descansando pesadamente la cabeza sobre mi mochila. En unos instantes, el fuego que me recorría las piernas se apagó y ya no me daba vueltas la cabeza. Abrí los ojos y la chica aún estaba mirándome por encima del asiento.

—¿Estás enferma?

Respiré hondo. ¿Era ésa la mujer? ¿Era Ella? No sabría decirlo. No estaba a salvo en ningún lugar. No, dado el poder que tenía esa mujer. Debía ser muy cuidadosa.

—Sólo mis piernas. El frío...

—Oh —dijo ella y asintió comprensiva—. ¿A dónde vas?

—A Red Creek —solté.

—¿Por qué has dejado a tu amiga en el coche? —Nuestras miradas se cruzaron durante un breve instante. Percibía su enjuiciamiento, su desaprobación—. ¿No

quería ir contigo?

¿Cómo explicarle que el miedo de Winnie me había encerrado fuera del coche? ¿Cómo explicarle la compulsión que me había asaltado, la ruta de escape que estaba siguiendo? ¿Cómo explicarle que padecía una terrible enfermedad, o así me lo parecía, y que mi salvación residía en una casita de Red Creek?

Estaba demasiado cansada para explicárselo.

En lugar de eso, recordé mi talento, largo tiempo aletargado, para recargar el aire de una habitación; cerré los ojos y envolví el coche de amor y misterio, y un sentido de aventura asedió a los dos jóvenes amantes.

—Déjala en paz, Marsh —dijo el chico—. Déjala descansar.

La chica me sonrió y se dio media vuelta, mirando hacia adelante, acurrucándose bajo el brazo cobijador del chico. De nuevo volvía a estar de camino hacia la casa de Sarah. A salvo, por el momento.

Toda mi vida me había preparado para Angelina. Claro que no la conocía, pero yo había hecho mis deberes y los había hecho bien. Aprendí a seguir el rastro, a oler el aire, a aprender las costumbres y predecir los movimientos, a desarrollar mi intuición.

La policía de Seven Slopes deseaba publicar una foto de Angelina, de modo que le di su descripción al dibujante de la policía. Fue muy raro, volver a ver su rostro otra vez, a medida que cobraba vida en su libreta de apuntes. El dibujante añadió las pinceladas adecuadas, una mirada algo fiera, delgada y desesperada, salvaje y astuta, una mezcla del olor de su apartamento.

Me llevé una copia de ese dibujo al bar y me senté a mirarla. Era una cara que había conocido toda mi vida.

Allí en Seven Slopes le perdí la pista un tiempo, estaba tan endiablidamente contrariado, pero en cuanto tuve noticias de que la habían visto en Santa Fe, recuperé todos los sentidos. No era la llamada de un chiflado. Fue una información precisa proporcionada por seis policías, por Cristo, y salí disparado.

Ella andaba un paso por delante de mí.

Pero un paso era mucho más cerca de lo que había estado nunca.

El tiempo transcurrió en silencio y mi mente se agudizaba cada vez más a medida que nos acercábamos a Red Creek. Por fin entramos en la pequeña ciudad y la atravesamos directamente, directamente hasta el restaurante que hacía de parada de autobús. Hice que me dejaran allí en el aparcamiento y se fueron sin apenas decir adiós.

Me volví despacio para mirar el edificio. Tres coches y un camión se hallaban tras la barrera del aparcamiento; las paredes de ladrillo no presentaban ninguna muestra de lo que había dentro, sólo los reclamos de neón anunciaban lo que era.

Había estado allí hacía dos años. Entonces era una niña. Acababa de dejar a Lewis, estaba asustada, insegura y me disponía a atacar la vida con mi ingenuidad como armadura. Recordé el viaje en autobús desde Westwater hasta allí. Recordé salir del autobús y decirle al conductor que no continuaría. Recordé la caminata por la carretera en esa fría noche, oyendo los tacones de mis botas a un ritmo particular que hablaba de libertad.

Y libertad era lo que había encontrado. Libertad de todas las ataduras, todas las posesiones, todo lo personal. Yo había llegado a creer que las individualidades funcionan sólo con respecto mutuo, nunca en un vacío. Y ahí estaba yo, libre, vacía, expectante, dolorida.

No había crecido.

Me alejé del edificio. El final de mi viaje estaba a sólo unos kilómetros carretera arriba. Con la mochila colgada en el hombro izquierdo y en la derecha el bastón que soportaba mi débil peso, empecé a caminar el paseo definitivo.

Oía el taconeo de mis botas sobre el pavimento y esta vez tocaban una canción diferente, una canción vacilante —casi sincopada— en su irregularidad, su dolor y su miseria. Escuché y oí esperanza y más esperanza a cada pisada, a cada golpe del bastón. Me acercaba a la casa de Sarah. Estaba tan cerca que podía olerla.

Pero se acercaba el alba.

No sé cuánto tiempo estuve caminando. Sólo habían pasado tres coches cuando mis pies empezaron a levantar guijarros. Conocía la señal, sentí el alba, pero me resistí, intenté cogerme los pies, pero mi cuerpo era demasiado pesado. Empecé a tambalearme. Entonces supe que no me atrevería a hacer el loco. Debía prepararme para el día siguiente y encontrar un lugar donde dormir. Cualquier lugar, tranquilo, privado, resguardado de la luz del sol.

A mi derecha percibí maquinaria, montañas de arena y trozos de madera. Un lugar en construcción. Un poco más lejos alumbraba una bombilla solitaria en el alero de un edificio nuevo de metal, recientemente erigido, sin ningún signo de ocupantes. Dejé la carretera principal y me abrí paso cuidadosamente entre la basura esparcida,

buscando un camino que llevara hasta el edificio. Las puertas de acero estaban cerradas. Seguí buscando, mis pasos eran más débiles, el bastón indispensable, sin embargo difícil de manejar pues resbalaba sobre los inconsistentes escombros y se hundía hondo en la arena.

En la parte trasera del edificio se asentaba un gran contenedor de desperdicios, azul oscuro, con una tapadera de lámina metálica. Miré a derecha e izquierda. No veía ninguna alternativa razonable —no veía alternativa alguna—, de modo que mientras el tangible color rosa aparecía en el horizonte, rápidamente encontré un pedazo de escalera rota, la apoyé firme contra el contenedor, subí por ella y lo destapé. El interior estaba oscuro y olía a pintura. Había trozos de madera, masa de cemento, harapos y papeles, docenas de latas de soda aplastadas y el contenido de un cenicero. Arrugado en un rincón había un pedazo de tela.

Arrojé el bastón y la mochila dentro. Después, con mucho cuidado, una pierna y luego otra, me metí dentro, vigilando mucho dónde pisaba. El trozo de tela estaba tieso de pintura seca, aunque maleable hasta cierto grado, y lo coloqué en una posición adecuada, luego alargué el brazo para bajar la pesada tapadera.

Tranquilidad. Paz. Oscuridad.

Me encontraba a mis anchas, otra vez en mi camino. Estaba lejos de Ella, en la senda hacia Sarah, en la senda para ser curada, para ser íntegra y normal otra vez.

Encajé la mandíbula contra cualquier invasión de mi mente, y perdí la conciencia.

Me despertaron leves sonidos lastimeros. Ruidos cercanos, que retronaban de un modo metálico en las finas paredes de acero que me rodeaban, amortiguados por la tiesa tela que constituía mi lecho. Los gemidos estaban a mi alrededor, emanaban de cada rincón del contenedor, rebotaban en el peculiar conglomerado de ángulos bruscos y esquinas blandas, y volvían a mis oídos con sutiles diferencias tonales. Gemidos de zozobra, de incomodidad, de las torturas del Hades. Gemidos del alma, de una fuente de dolor demasiado profunda para definirla.

Los ruidos eran míos.

El aire estaba cargado y espeso por los tibios vapores de la pintura. Se me iba la cabeza y tanteé en busca de mi bastón, pero estaba lejos de mí y no podía cogerlo. Los vapores ascendían hasta mí en grandes y melladas olas tecnicolor, envenenando las células de mi cerebro, mientras yo me sacudía, encogiéndome como una mantis religiosa, intentando escapar de mi prisión tóxica. Era como si me moviera a cámara lenta, un movimiento hacia adelante y luego un largo descanso mientras un millón de abejas aleteaban en torno a mi cabeza. Escalé una montaña de fragmentos de cemento a cuatro patas hasta que pude erguirme y destapar el contenedor. Estaba caliente al tacto; el sol acababa de ponerse bajo el horizonte y había dejado sus huellas, me había asado en un horno de hojalata lleno de venenos.

Entró el aire fresco y aspiré una bocanada, debilitándome y enfermando cada vez más, en lugar de fortalecerme y despejarme. Volví a hundirme de rodillas bajo el peso de la tapadera, pero el tufo, el olor del trapo en el que había dormido todo el día era abrumador, vomitivo y busqué frenéticamente el bastón, lo encontré y luché lenta pero desesperadamente por salir del contenedor. Empujé la tapadera, la levanté cada vez más alto hasta que cayó hacia atrás y chocó contra la parte trasera del contenedor con un sonido que levantó grandes muestas púrpura ante mi vista. Retumbaron un buen rato mientras me agarraba al extremo del contenedor, respirando hondo. Cuando desaparecieron, dejé caer el bastón por encima del borde, luego saqué una mortecina pierna, rodé sobre los hombros y caí al suelo con un «¡uf!» mientras mis pulmones se recuperaban del golpe. Permanecí allí largo rato, intentando aclarar mi mente de las peculiares visiones, intentando aclarar mis oídos de las alucinaciones.

Un nuevo modelo de lucecitas rojas cruzaron por mi vista. Creía oír algo, algo al margen del espolio de la alucinación, pero lo rechacé. Quería que me dejaran en paz, estaba enferma, muy enferma, nada, nada pondría fin a esa terrible enfermedad, cuando de repente toda mi piel se estremeció.

Alguien me había tocado el brazo.

Lo vi a través de cumbres y remolinos de color. Su sonido retumbaría en mi cabeza durante días. Intenté sentarme, ponerme en pie, pero me caía al suelo, mis músculos ya no guardaban relación con mis nervios ni con mi cerebro. Recuerdo que una cosa calmaba la desesperada tormenta de dentro de mi cabeza.

Profería gemidos largos y fuertes. Eso suavizaba las oleadas de color en serenos charcos de luz. Dulcificó los asoladores ecos y calmó mis fibras. Respiré hondo y tranquilamente liberé un mantra que me relajó y me produjo la sensación de recuperar la vista.

El muchacho me aupó en brazos y me llevó hasta la parte trasera de su camioneta. Eran dos muchachos, por lo que pude distinguir. Uno estaba desenrollando un saco de dormir mientras el otro me sostenía. Reuní toda mi fuerza y voluntad, y me concentré en pronunciar correctamente las palabras.

—Mi bastón —dije. Mi símbolo.

El chico que me sostenía me sonrió.

—Tenemos tu bastón, no te preocupes. Vamos a llevarte al médico, así que no te preocupes.

Volví a concentrarme.

—Sarah —dije—. A casa de Sarah.

El chico me colocó sobre el saco de dormir y el otro depositó el bastón a mi lado. Yo los oía hablar entre ellos.

—¿Crees que hablará de Sarah Monroe?

—Sarah probablemente pueda ayudarla.

—Deben conocerse.

—Al menos Sarah sabrá si debemos llevarla al hospital.

—No está herida. Al menos está recuperando el sentido. Jesús, ¿qué crees que hacía en ese contenedor?

—Esnifar pintura.

—Jesús.

—Venga, vámonos.

Los portazos fueron como cuchilladas a mi vista y la camioneta se puso en marcha, cada movimiento producía un color nauseabundo ante mis ojos. Volvía a estar a merced de extraños. Otra vez. Pero me estaban llevando a casa de Sarah, sería cuestión de minutos. Ésta sería la última vez que estaba a merced de nadie.

La última vez.

Yo sabía que la policía tenía un montón de cosas que hacer al mismo tiempo y a pesar de eso lo estaban haciendo lo mejor que podían, lo cual no era mucho. La policía de los distintos condados ni siquiera se comunican entre sí y mucho menos la policía de los distintos Estados. El sistema Federal los reunía por fin, pero ¡cielos!, era tan lento.

Yo habría sido más paciente de haber tenido algo que hacer además de sentarme por ahí y pensar en Angelina, o si hubiera podido desempeñar alguna función oficial de poca autoridad. Por así decirlo, yo era precisamente un «colgado», y no estaba acostumbrado a eso.

Pero un asesino sólo es prioritario durante un tiempo, luego la policía vuelve a ser engullida por otros asuntos y se archiva en el quinto cuerno. De no haber andado yo tras sus talones todo el tiempo, Angelina podría haber... aún podría... bueno, es difícil decirlo.

Fijé los ojos en las estrellas y me concentré en respirar hondo. Cada giro de la camioneta coincidía con el mapa mental que conservaba de la carretera y una pequeña sonrisa empezó a cuajar en la comisura de mis labios. Ya me sentía libre, pero la libertad no procedía de separarse de lo que era real, era abrazar aquello que tenía valor. Sarah poseía consistencia, los sentimientos reales de una mujer, una mujer completa, una mujer cordial. Ella me acariciaría y yo también descubriría aquellos sentimientos inexplicables que me habían alejado todo este tiempo.

La camioneta se detuvo, tembló, protestó y se quedó quieta. Oí dos portazos y las dos jóvenes caras aparecieron ante mí por encima de la portezuela trasera.

—¿Te encuentras bien?

Yo asentí.

—Quietos. Parece que Sarah está en casa. Muy bien, la meteremos dentro.

Yo asentí, con lágrimas de alivio calientes y duras en el rostro y me quedé allí, esperando, anhelante.

Pronto oí pasos a lo largo del camino de gravilla y sonidos de conversación. Oí la voz de Sarah. Había sonado en mi mente hacía dos años, pero, de la continua repetición, había acumulado polvo, rayones y estaticidad, de modo que el sonido de mi recuerdo había perdido sus tonos más bellos. La voz de Sarah era profunda y agradable.

—No me imagino quién podrá ser —dijo ella y luego se asomó al improvisado lecho de la camioneta.

Empezaron a temblarme las piernas. Me apoyé sobre los codos, destellos de luz chocaban contra mi vista.

—Sarah —dije.

—Yo no... yo no sé quién eres —respondió Sarah—. ¿Eres una estudiante?

—No, no. Angelina Watson. Hace dos años... enferma junto a la carretera...

—Ah, sí, Angelina. Ya me acuerdo. Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—Por favor. Necesito tu ayuda.

Ella suspiró y mi corazón dio un vuelco.

—Yo no puedo ayudarte, Angelina. Puedo ofrecerte un lecho hasta que te recuperes, pero no puedo ayudarte.

—Sí —susurré—. Sí puedes. Eres la única que puede.

Me derrumbé hacia atrás mientras los contornos de sus rostros empezaban a vibrar en sombras azules y grises, y a expandirse y contraerse con mi respiración. Me hallaba al límite de mis fuerzas.

—Por favor —cerré los ojos—. Por favor, compréndelo.

—Creemos que tal vez necesite ir al hospital, Sarah —dijo uno de los chicos—.

La encontramos cuando acababa de salir de un contenedor lleno de latas de pintura.

—Vale. ¿Podéis meterla dentro, chicos?

—Claro.

La portezuela trasera se bajó entre destellos azules y yo me agarré al saco de dormir mientras ellos me sacaban del remolque de la camioneta. Luego me encontraba en brazos de alguien, con el bastón en la mano, y seguíamos a Sarah, mientras el mundo saltaba coléricamente a cada paso.

Ella sujetó la puerta abierta y su aroma levantaba globos lunares ante mis ojos a su paso.

Dentro, la casa estaba tal como la recordaba. Los colores quizá un poco más desvaídos, había montañas de tela alrededor, pero básicamente estaba igual. Un montón de luces parpadeantes en un rincón me hirieron la vista. Me retorcí de dolor y me percaté de que aquello era lo que esperaba encontrar en casa de Sarah: un árbol de Navidad.

—Venid. Ponedla en la cama.

La colcha radiaba colores anaranjados y rojos, y sentí que su dibujo me tatuaba la espalda. Aún me temblaban las piernas. Tenía frío y había empezado a tiritar. Sarah me tapó con una manta amarilla y salió de la habitación. La oí hablar con los muchachos, luego se cerraron las puertas y la camioneta rugió mientras bajaba por la carretera. Cuando Sarah regresó, trajo dos tazas de té caliente.

Con una mano amorosa tras mi cabeza, me ayudó a incorporarme para que echase un trago, luego me acomodó sobre una almohada. Se sentó en el borde del colchón y me miró con sus frescos ojos marrones mientras soplaba el humo de su taza.

No podía sostener su mirada.

—Angelina —dijo por fin—. ¿Qué estás haciendo?

—He venido aquí —logré decir—. Necesito tu ayuda.

—¿En qué?

—En..., no puedo... Necesito... Yo no... ¡Oh Dios!

Era incapaz de explicarme a través de la descripción, a través de la frustración, los años, la eternidad de experiencias fantásticas.

—Creo que necesitas dormir un poco. Hablaremos por la mañana.

—No, no, ahora, por favor, ahora.

—No, se está haciendo tarde. Esta noche aún tengo trabajo que hacer y mañana he de bailar. Tengo que dormir. Quédate aquí y yo dormiré en la cama de Samuel.

—¿Samuel? ¿Está aquí?

—Está con su padre —dijo con un destello de algo rojo que no acerté a identificar pero que distinguía perfectamente por la diferencia de tono de la conversación—. Buenas noches.

—Me alegro de volver a verte, Sarah.

—Eso es bonito —dijo ella y apagó la luz.

Permanecí tendida despierta, observando los dibujos de mis alucinaciones visuales danzar por el techo. Noté el frío y el vacío entumecimiento de todo mi cuerpo y aquel dolor de piernas que no cesaba. Me alegré de estar en la casita de Sarah, y aunque a ella no le agradara la idea, pronto le agradaría. Estaríamos bien juntas. Muy bien juntas.

A medida que avanzaba la noche me fui quedando dormida y soñé con el alba. Luego ya no tuve más sueños. Cuando me volví a despertar era la tarde siguiente y Sarah estaba frenética.

Antes de que mis ojos se abrieran por completo, Sarah había saltado sobre la cama y me sacudía por los hombros.

—¡Angelina! ¡Angelina! Despierta.

Yo intentaba desprenderme de ella con las manos, pero éstas tardaban en despertarse. Le hice un pequeño morado.

—Dios, pensé que estabas muerta. El doctor ha dicho que estabas en coma debido a los vapores de la pintura y que tal vez nunca despertaras.

Tardé un momento en comprender lo que me estaba diciendo.

—¿Doctor? —pregunté, con un raro sabor en la lengua.

—Está llamando a una ambu... ¡Espera!

Se puso en pie de un salto y fue a la otra habitación. La oí hablar excitada, luego ambos regresaron al dormitorio y se quedaron de pie mirándome. Parpadeé ante ellos, deseando despertar, despejarme, decir algo, si no importante, al menos inteligible. Me volvía a doler el cuerpo.

—Bueno, señorita, nos has dado un buen susto.

El doctor llevaba gruesas gafas negras una camisa a cuadros enrollada en los puños y tejanos. Su cabello negro empezaba a platear en las sienes.

—Lo siento —dije, luego me raspé la lengua contra los dientes, intentado localizar el sabor.

—Te traeré algo de beber.

Sarah miró al doctor en busca de su aprobación, luego desapareció.

—No todo el mundo se recupera de un envenenamiento tan tóxico como el que tú has padecido. Casi nadie se recupera sin alguna lesión cerebral. Me tomé la libertad de examinarte y debo decir que estoy muy sorprendido de que hayas sobrevivido.

Se sentó en el borde de la cama, adoptando una conducta confidencial. Yo iba recuperando la conciencia. Me hallaba desnuda debajo de las sábanas. Localicé el dolor en el brazo y me lo froté.

—Te he puesto una inyección para contrarrestar las toxinas. Ahora, Angelina, voy a hacerte una pregunta y quiero que me respondas la verdad, ¿vale?

Retrocedí ante ese hombre. Yo no le debía nada. No deseaba nada de él y sólo

quería que se largara de la casa de Sarah para que pudiéramos hablar.

—¿Qué clase de drogas has tomado?

—No tomo drogas.

—Oh. Ya veo. —Se echó hacia atrás, pensando que yo mentía—. Bueno, creo que te controlaremos en el hospital durante un tiempo, sólo para asegurarnos de que estás bien. A veces las toxinas pueden tener efectos retardados.

—No quiero ir al hospital. Estoy bien.

—Discrepo.

—No me importa. No necesito ningún hospital ni a usted. Por favor, váyase.

Ahora estaba totalmente consciente y la idea de que ese hombre me examinara mientras yo estaba durmiendo me resultaba repulsiva, aunque creo que Sarah actuó de buena fe.

—Señorita...

—Angelina.

—Angelina, ha estado en coma las últimas... al menos doce horas...

—Dormida.

—¿Perdone?

—Dormida. Estaba dormida.

—Angelina, soy médico. Sé la diferencia.

—Entonces vuelva mañana. Yo duermo de día, todo el día, sólo es eso.

El doctor se quedó callado. Nos miramos a los ojos un momento. Luego se produjo un breve destello de... algo que le hizo temblar. Se produjo un sórdido reconocimiento entre nuestras almas. Él cogió su maletín negro, lo cerró, apretó la cerradura de bronce y se puso en pie. Bajó la vista hacia mí un momento, luego se dio media vuelta y salió de la habitación. El doctor y Sarah hablaron brevemente en la cocina, luego se cerró la puerta y se puso en marcha un coche.

Por fin. Sarah y yo estábamos solas. Y la noche era joven.

Me trajo té caliente, un plato de fruta fresca y galletas. Me bebí el té de un trago y ella se fue para rellenar la taza mientras yo olía una rodaja de manzana y una baya. No me apetecían.

—Ha dicho el doctor que tú no cooperabas y que él no podía hacer nada más.

—No es eso —dije mientras me bebía la segunda taza.

—¿Qué esperas que yo haga?

—No estoy segura. Necesito aprender de tu forma de ser. Necesito volverme sana, de mente y cuerpo, yo sé que tú puedes ayudarme a hacerlo.

—Oh, Angelina —dijo ella y dejó su taza de té—. Ni siquiera puedo ayudarme a mí misma en estos días. No me queda nada para dar.

Mientras enfocaba mis sentidos, podía ver que Sarah había engordado. Su cabello estaba deslucido y sucio, una anémica palidez había sustituido el lustre fresco de su

tez. Mechones grises ensortijaban su cabellera y una red de arrugas le rodeaban los ojos.

—¿Qué es, Sarah? ¿Qué ha ocurrido?

—Muchas cosas. Demasiadas.

Se miró las manos y empezó tocarse la uñas.

—Cuéntamelo.

—El padre de Samuel vino de visita, descubrió que Samuel era obviamente su hijo, hizo cálculos para asegurarse, luego se llevó a Samuel. Estamos luchando en los tribunales. Gasté tanto dinero en abogados que me vi obligada a desempeñar dos empleos y no hice ninguno de los dos bien... estaba preocupada por Samuel. Me despidieron de ambos. Ahora no puedo pagar a los abogados y ya no quieren trabajar para mí. Samuel está en San Francisco y Victor dice que si lo quiero me tendré que mudar allí. Dice que no tenía derecho a ocultarle la existencia de su hijo. Cristo, apenas conocía a Victor. Fue sólo una aventura de una noche.

Las lágrimas asomaron por los ojos de Sarah y se derramaron por sus mejillas. Siguió en silencio arrancándose cutículas de los dedos.

Yo estaba anonadada.

Sarah se puso en pie de un salto y fue al cuarto de baño. La oí sonarse, luego dejó correr el grifo del lavabo. Cuando volvió, su cara estaba rosada por el agua y se había puesto crema en las cutículas.

—Bueno —dijo ella—. Ya basta de mi triste historia. Volvamos a ti. Lo primero que tienes que hacer es ser correcta con el doctor. Él sabe más que tú, Angelina.

—Él no sabe nada, Sarah. Yo no estaba en coma. Duermo durante el día y estoy despierta durante la noche. Eso es una de las cosas que necesito cambiar.

—Eso es fácil. Sólo tienes que cambiarlo.

Sarah no comprendía. No podía comprender. La miré, vi cómo había cambiado y me sentí reacia a hablar con ella. Ésa no era la Sarah que yo recordaba. Me vinieron a la mente las palabras de Rosemary. «Una balsa salvavidas. ¿Alguien que te salvará? Descubrirás que eso no funciona». Empezaba a estar asustada. Sarah tenía que ayudarme. Al menos tenía que intentarlo.

—No —dije—. No lo entiendes. Tengo miedo.

—¿De qué?

—De la luz.

Me froté la escasa carne del brazo en el que me habían puesto la inyección.

—¿Qué crees que sucedería?

—Bueno, la voz me dice que ya no puedo vivir a la luz y Ella parece estar en lo cierto. Al llegar el alba no logro permanecer despierta y, como puedes comprobar, no puedo despertarme hasta la noche.

—¿La voz?

—Creo que es el diablo. Una diablesa. Pero no estoy segura. Me obliga a hacer cosas terribles. Cosas terribles.

—¿Oyes voces?

—Oh, Sarah, no es lo que tú crees. Sé que parece una locura, pero no es como cuando los locos oyen voces que les dicen que hagan cosas... Mi voz..., sólo es una..., Ella más bien me invita a hacer cosas y cuando la complazco... cuando la complazco...

Dulces acordes musicales sonaron en mis oídos y el tenue dolor de mi brazo desapareció. Escuché un momento, como en trance. Había olvidado qué hermosa...

—¿Sí?

La voz de Sarah se interrumpió bruscamente. La música cesó. El dolor regresó, redoblado.

—¿Qué?

—¿La ves a ella?

—Oh, sí. Ella se me manifiesta de dos maneras. Una, como una niebla, evanescente y etérea, pero con sustancia. De la otra sólo veo la boca, los labios, la lengua y los dientes.

El rostro de Sarah palideció en la penumbra de la habitación y yo cerré los ojos un momento. Ahí estaban ellos, los labios, húmedos y perfectos, temblando tan delicadamente, planteando una pregunta con tanta elocuencia que podría haberla arrancado como una flor. Ábrete, pensé. Muéstrame la segura fila de dientes, la punta húmeda y rosada de la lengua perfecta. Muéstramelo. Muéstramelo.

—¿Qué te dice? —La voz de Sarah me arañaba como un serrucho oxidado.

—¿Qué? —dije, irritada por sus preguntas que volvían a traer la luz, el dolor, la desesperanza.

—¿Qué te dice?

Y entonces recordé que Sarah iba a salvarme. No sucumbiría a la seducción de Ella. Tenía que quedarme con Sarah, permanecer consciente.

—¿Qué? —volví a preguntar—. Lo siento. ¿Qué?

Sarah suspiró exasperada.

—Estoy intentando ayudarte, Angelina. Pero no puedo hacer nada si tú no cooperas. Ahora concéntrate. ¿Qué te dice la voz?

Intenté recordar alguna de las cosas que Ella me había dicho. No había nada que pudiera repetir. Habíamos compartido sensaciones, experiencias, entusiasmo, paz. Nos habíamos amado y dicho y hecho todo aquello que los amantes hacen en su mundo privado, y no había nada que realmente pudiera compartir...

Los labios se separaron y Ella me habló, en voz alta y clara, en esa voz que resultaba melódica y familiar a cada célula de mi cuerpo, a cada chispa de mi alma. La voz decía:

—«Te hablo de amor» —y todo mi ser se estremeció.

—Ella me habla de amor —dije.

—«Y juntas nos bastaremos».

—Y juntas nos bastaremos.

—«Juntas encarnaremos las más altas aspiraciones en la búsqueda de justicia de la humanidad...».

¿Era ése nuestro voto nupcial? «Juntas encarnaremos las más altas aspiraciones en la búsqueda de justicia de la humanidad...».

—«Y juntas estaremos...».

Tomé aliento.

—Y juntas estaremos...

—«Unidas en amor y en el trabajo. Para siempre».

Ella nunca antes me había hablado así y yo grité ante la belleza de sus palabras. Repetí la frase final de mi voto en un susurro apenas audible y, al hacerlo, el dolor desapareció. Volví a sentirme fuerte, poderosa, maravillosa, invencible.

Me senté en la cama y miré a Sarah, la pobre Sarah, tan bonita, tan noble, tan equivocada. Grandes círculos oscuros colgaban de sus ojos hasta mitad de sus mejillas.

—Sarah —dije—. Tal vez Samuel pertenezca a su padre, tal vez yo pertenezca a quien me ama. Tal vez tú pertenezcas a alguien, también.

—Angelina, no creo...

Pero la sujetaba por las muñecas y mi fuerza era algo hermoso. Los poderes del universo fluían a través de mí. La apreté más fuerte hasta que vi el misterio, la fascinación, el dolor, la rabia, la herida y el miedo cruzar por su vista. Eso me colmó y yo me relajé, deleitándome en las sensaciones, en el aura que Ella estaba creando en la habitación. Era celestial, era saludable, era nutritiva.

Y entonces Sarah empezó a forcejear en serio. Me eché a reír. Era tan sincera en sus intentos. Antes de que hubiera terminado, tenía rotas ambas muñecas y una clavícula. Yo me había montado sobre ella y la importunaba, pasando los dedos a través de su cabello grasiento y dejando que cayera sobre su rostro, creando escurridizos dibujos de moaré mientras el pelo remolineaba sobre sus rasgos.

Por fin ella se cansó. Yo conocía ese sabor. Se debía jugar con la presa sólo un rato y luego, las hormonas del cansancio añadían ácido a la sangre. El momento culminante estaba a punto de llegar.

—Sarah —dije, y sus débiles ojos se alzaron hasta mí—. Sabía que tú me ayudarías a encontrar el camino.

Se frotó los ojos cerrados de dolor y aflicción, respiró hondo e inició un nuevo intento por desalojarme de su pecho.

—Gracias, Sarah —susurré, rozando con los labios su pequeña oreja.

Luego me acurruqué en la ternura de su cuello, sintiendo el fino vello que me hacía cosquillas en la cara, probando la sal de sus esfuerzos, oliendo el olor de su miedo.

Mordisqueé sus gemidos y mastiqué sus quejas por completo, de modo que los sonidos burbujearon en el néctar, y observé la espesa sangre espumear y fluir un momento antes de enterrar mi rostro en la dulce fragancia, y beber hasta saciarme.

Cuando hube terminado, oí la música, desfilando en grandes nubes a mi alrededor. Los labios me hablaron orgullosos al oído y supe que por fin había llegado a casa, que cualquier otra cosa que hubiera pensado había sido un error: éste era mi destino, esto era lo que me hacía más feliz, ésta era mi vida y era la vida eterna.

Ella me despidió con besos y torrentes de éxtasis, oleada tras oleada de placer orgásmico, cada una aumentando y decayendo con la música, sólo para volver a elevarse y proseguir.

Yací en arrobamiento toda la noche, con el cuerpo apretado firmemente contra el de Sarah y el rostro enterrado en su pelo. Cuando la música regresó con la llamada del alba, la saqué de la cama y la metí en el armario, llevando con nosotras la manchada ropa de cama. Aparté los zapatos del rincón y la apoyé con delicadeza contra la pared, luego la cubrí con todos los preciosos tejidos que pude encontrar.

Cuando la mañana se infiltró en mis fuerzas, hice un nido entre las telas, me acurruqué en el regazo de Sarah y cerré la puerta del armario.

COLIN W. SHERWOOD, MÉDICO: Regresé al día siguiente a comprobar cómo seguía la chica, pero nadie respondió a la puerta. En realidad deseaba hacerle algunas pruebas. No tenía derecho a estar viva, lo digo en serio. Miré a través de la ventana del dormitorio y la cama estaba deshecha, así que imaginé que Sarah estaba haciendo la colada, o trabajando o algo y la chica había proseguido su camino.

Jesús, no creerá que ambas estaban... en el... mientras yo...

Jesús.

No creo que ningún mortal, hombre o mujer, pueda experimentar jamás los placeres de la luna de miel que Ella y yo sentimos esa noche. Me abrí a Ella tan completa y totalmente, que me sentí desgajada, descubierta, sin secretos, sin nada oculto. Ella tocó partes de mí que ningún hombre había tocado, lugares vulnerables que ninguna otra persona hubiera descubierto. Sus caricias íntimas eran penetrantes pero tiernas, me permitían comprender que mi voto hacia Ella lo abarcaba todo. La vida eterna incluía la absoluta honestidad y yo me quedé quieta esperando Su examen y disfruté Su placer mientras Ella me aceptaba.

Cabalgamos la música juntas mientras yo le desnudaba mi alma. Ella analizó, probó, aprobó y me la devolvió, alterada, marcada, sellada con Su autoridad de juez. Y cuando Ella hubo terminado, yo me sentí gozosa de su aceptación definitiva y volamos hasta las cimas, barriendo las estrellas con nuestro amor y nuestra risa, hasta que me percaté de que yo le había dado todo y Ella no me había dado nada.

La música se volvió amarga en el mismo instante en que los pensamientos tristes entraron en mi mente. Ella me excitó, me sedujo, intentó expulsarlos de mi mente, pero yo insistí. El matrimonio no sería equitativo a menos que Ella se abriera tan voluntariamente como yo.

Un acorde menor sonó a través del éter.

—Qué derecho tienes a exigir equidad en este matrimonio —preguntó Ella.

Nubes oscuras de notas profundas resonaron en el pozo que nos rodeaba. Las estrellas cerraron la tapadera de mi prisión. Ella no estaba dispuesta y yo estaba desnuda.

—Angelina —me enardeció ella, susurrándome al oído, pero yo me retiré, el encuentro era desigual, injusto.

Perdió su gracia, la alegría se esfumó. Me invadió la tristeza, el duro desencanto formó un enorme monolito ascendente.

—Por favor —dijo Ella—. No sabes lo que pides.

—Sí lo sé.

—No lo sabes.

—Se ha acabado —le respondí.

—Angelina, por favor, no.

—Muéstrate.

—No me atrevo.

—Muéstrate.

—Angelina, por favor.

—Muéstrate —le exigí—, o estamos muertas. Yo te he dado mi vida, mi alma, y tú no me has dado nada. Muéstrame la totalidad de tu ser y volveremos a pronunciar

nuestros votos. Juntas. Para siempre. Ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

Ella retrocedió ante mí, vacilante. Notaba cómo contenía la respiración, titubeante, temerosa, mientras esperaba. Recordé que cuando yo era más joven, en mi odisea a través del país, salté desde una alta cascada al río que discurría por debajo, sabiendo momento tras momento que finalmente saltaría, aunque aún no lo hiciera, no lo hiciera. El miedo me lo impedía, pero era un miedo sin sentido, pues sabía que finalmente saltaría. Ella me conocía tan bien que evocó para mí ese recuerdo. Ella aguardaba a punto de revelarse y yo contuve el aliento para calmar su temor.

Se apartó y de nuevo volví a oír la voz, las palabras cristalinas, vi los labios que me hablaban al oído. Vi mi cuerpo temblar en ese sueño sobrenatural, ante el reconocimiento físico del placer, a pesar de que yacía entrelazado con el barroco sudario del cadáver frío. Una vez más Ella me imploró que dejara las cosas como estaban.

—Es perfecto tal como es, Angelina. Dejémoslo así.

Sacudí la cabeza.

—Si tú eres el mismo Satán, yo debo saberlo.

La música cesó. El silencio rugió en la oscuridad. Ella se dibujó como una fina línea de efímera niebla y esperó. Un latido, dos latidos y luego Ella desapareció. Deslizándose silenciosamente.

Solté un suspiro. La había atrapado...

Pero mi reacción era prematura, pues al instante siguiente el universo se abrió y mientras un horror tras otro asaltaba mis sentidos, comprendí su reticencia a mostrarme su naturaleza abyecta.

Cada uno de mis temores fue abiertamente reconocido. Las cosas que me resultaban más repugnantes se me presentaban en todos sus detalles más escabrosos; las inseguridades y las faltas fueron liberadas y apiñadas de modo insultante. Los puntos débiles de mi ser fueron pinchados, la amarga terrenalidad de mis experiencias eran meramente una costra para ser arrancada y dejarla sangrar.

El horror del asalto me dejó demasiado atónita para retroceder, para defenderme, para evitar ser despellejada por esos insidiosos del Infierno. Mi recientemente lacerado y desnudo ser, era la víctima propiciatoria de los agudos latigazos que casi me destruyen.

No duró más que un momento que se extendió hasta la eternidad y cuando el último tañido de címbalos se hubo extinguido y el holocausto hubo pasado, yo estaba cortada en finas tiras y reducida a polvo a los pies de Ella, que me había atacado.

Se asentó la oscuridad, más serena que nunca, sin música, ni sonidos, todo se había disipado en el exceso del momento, no quedaba nada. En ningún lugar.

Y luego la leve caricia de sus espigados dedos palpó delicadamente los morados de mi psique y gemí para que Ella me dejara.

—Mírame, Angelina.

Qué otra cosa podía Ella hacer... no había mayor condena que la que Ella me había desvelado.

Pero espera. Aquellos eran mis terrores, mis horrores. ¿Dónde estaban los suyos? ¿Dónde su revelación?

Dirigí los ojos hacia Ella y por fin vi quién era en realidad. Pensé que Ella había arrancado de mi ser todo el terror que yo guardaba, pero tras ver su rostro otra vez me desgarró el terror. Y luego la estupefacción. Y luego la esperanza.

Por fin comprendí. Claro que nunca podría escapar de sus afectos. Qué estúpida había sido al intentarlo.

Una Angelina más joven y libre clamaba de desmedido entusiasmo en algún lugar dentro de mi corazón. Y luego comprendí el amor y la libertad y la satisfacción, una satisfacción tan profunda, tan adulta, tan sólida y sustancial que el goce de la tarde palidecía comparada con ella.

Tenía los miembros entumecidos cuando la conciencia se derramó por mi cuerpo. Me libré del frío abrazo de Sarah y abrí la puerta del armario, atenta. De repente poseía sentidos agudizados, como la capacidad de enmascarar el dolor mediante el uso de la música interna.

Me duché, notando un nuevo estado de mi cuerpo. Mi piel parecía traslúcida, venas azules se veían claramente. Ya no parecía escuálida y enfermiza. Era esbelta y escultural. En el transcurso de la noche yo me había convertido en una persona digna de culto.

Me sequé y me peiné hacia atrás con el peine de Sarah. Mi rostro había ganado años, sabiduría, confianza, rasgos de carácter tan hermosos. Contemplé mi rostro largo rato a la agresiva luz del espejo del cuarto de baño, luego la apagué. En el mortecino reflejo de la luna captado por el espejo, mis mejillas y mis ojos se hundían en la sombra de los huesos prominentes. La piel de mi cara era clara y sin arrugas, pálida y frágil. Sin embargo estaba extrañamente incompleta. Algo se había perdido.

Regresé al armario del dormitorio. La mandíbula de Sarah se estaba endureciendo con el *rigor mortis* y tuve que emplear todas mis fuerzas y el tacón alto de uno de sus zapatos desordenados para abrirle la boca. Con el índice toqué el fondo de su lengua, extrayendo el elixir de la vida que a Sarah ya no le iba a hacer ningún servicio. Regresé al baño, me lo apliqué despacio y con cuidado en los labios, alisando cada curva, cada recodo. Luego me pasé la lengua por los dientes blancos y hablé en voz baja, con el nuevo rostro de rasgos austeramente cincelados que me miraban.

—Angelina —dije, observando aparecer durante una milésima de segundo la punta de mi lengua cuando la ele cobró vida.

Sí, era Ella. En mi reflejo en el espejo. Ésos eran sus labios, sus dientes, su

lengua. Oscuros, húmedos, seductores, ahora aquellos labios tenían un rostro completo que les daría verdadera vida.

Ella y yo nos habíamos convertido en una... ¿o siempre había sido así?

Estuve a punto de abandonar. En Santa Fe. La habíamos perdido y yo saboreaba la desilusión del juego de la espera, buscando en los periódicos, enviando boletines a policías apáticos y sabiendo que probablemente ella se nos habría escabullido en la próxima parada. Yo sabía que otro seguiría adelante. Sabía que otro continuaría la búsqueda. Yo no tenía por qué hacerlo. Podía irme a casa.

¿Para qué? ¿Para un estúpido trabajo en una ciudad aburrida, con el cutre de mi hermano y un padre acabado?

Por mucho que odiase admitirlo, Angelina me había dado algo por lo que vivir, algo que cuidar, distinto a vegetar, envejecer y morir en Westwater.

Y supongo que estaba algo asustado de atraparla.

Pero entonces ese policía por fin, por fin, recordó de una puta vez que ella había dicho que necesitaba ir a Red Creek y fue entonces cuando supe que Angelina había cambiado. De alguna manera se había transformado y estaba buscando un lugar donde descansar y lamerse las heridas. Una madriguera. Un agujero.

Olí a animal herido cuando leí ese informe de la policía. Un animal herido es impredecible. Angelina debió de estar delirando para charlar con un policía, y aún más para decirle a dónde iba. Sí, olía a animal herido y cuando un animal está herido no tienes más alternativa que seguir el rastro hasta encontrarlo. Un animal herido puede ser abatido.

Un animal herido cambia toda la cacería. Está alterado, enloquecido, es peligroso. Todo cambia cuando persigues a un animal herido. No hay tiempo que perder y ya no hay otra opción. No podía evitar seguir, porque yo había elegido la caza.

La extinción no es natural. Todo sigue una escala. Si un animal no ha ido demasiado lejos, irá hacia el calor, para intentar alimentarse antes de morir.

Me descubrí a mí misma exigiendo tiempo, tiempo para acostumbrarme a mis nuevas propiedades, mis nuevos dones. También necesitaba dinero en metálico.

Hurgué en la cómoda de Sarah y descubrí un sobre con la palabra «Alquiler». Contenía cien dólares. Había otros diez en su bolso, que cogí sin remordimiento. El dinero era algo mundano. Sarah ya no lo iba a necesitar. Cogí prestado el coche, me dirigí a un pequeño motel a varios kilómetros de Red Creek y me inscribí, pidiendo una habitación trasera.

Envié una carta de explicación al banco de Wilton, dando como dirección actual la del motel. Por correo certificado me enviarían, dado mi requerimiento, un talón de caja.

La semana que pasé esperando mi dinero, también la dediqué regulándome. Había adquirido algunos talentos indómitos, el más espectacular era el uso de la música. Sin embargo, el tremendo don de la música no era nada comparado a la inmensa confusión que me producía. Preguntas y respuestas, desemparejadas y abstractas, dando vueltas en mi cabeza como la colada en la secadora. Uniría una respuesta a una pregunta al vuelo, creando una pregunta compuesta, obligándome a atrapar otra respuesta que refutase la primera, ocultando la pregunta y convirtiendo mi mente consciente en un gran bol de tallarines, preguntas y respuestas liadas unas con otras, sin principio ni fin.

¿Era rara de nacimiento o había adquirido mis rarezas? ¿Eran los demás como yo? ¿Eran mis rarezas perversiones de la personalidad o era una influencia externa la que me controlaba, como una vez pensé que hacía Ella? Y si descubría esa influencia, ¿me arrasaría en un momento de extrema hostilidad y se convertiría en parte de mí, permitiéndome descubrir que aún existía otra influencia, más importante, más oculta, más amenazadora? ¿Me hallaba yo en el centro de una grotesca mascarada que iría revelando las capas del ser a medida que yo madurase? ¿Tenía una enfermedad o un don? ¿Era universal la música? ¿Podían oírla los demás? ¿Podían controlarla tal como yo hacía?

Cómo ansiaba los sencillos interrogantes de la adolescencia, las preguntas de «¿por qué yo?». Ahora parecía que una sensación de eternidad ocultaba mi pensamiento, expandiendo las ideas más sencillas en una compleja procesión de contraataques y estrategias.

¿Podía yo cambiar el futuro? ¿Podía yo cambiar el pasado?

Durante cinco noches me senté en la habitación del motel y medité sobre los interrogantes. Durante cinco noches escuché mi música interior, la subí, la bajé, la encendí, la apagué, cambié el *tempo* y estudié los efectos. Eso borró el dolor de mis piernas. El bastón era aún una necesidad, y aunque mis piernas no estaban curadas —

estaban débiles y me molestaban—, ya no me dolían.

Trabajé en la música, sintonicé sus variaciones a cada minuto y disfruté de los drásticos cambios que podía imprimir en la habitación con las más ligeras alteraciones de tono o motivo. Mientras trabajaba empecé a descubrir confianza en mí misma, una confianza que siempre había asociado con la sabiduría. Me sentía segura de que podía enfrentarme a la situación más delicada de la vida, podía hacer brotar la música apropiada en el momento crucial.

Alterar el humor de una habitación llena de gente siempre había sido un talento, pero yo lo hacía a ciegas, por instinto. Ahora tenía herramientas, erudición y una técnica científica. El conocimiento me calmó.

Cuando llegó el sobre del banco, simplemente dejé sonar una delicada bruma de melodía bajo el oído del empleado y alegremente me dio el cheque en metálico.

Pagué la cuenta del motel, me compré algunas ropas, pues había perdido la mochila en el episodio del contenedor de pintura y llené de gasolina el depósito del coche de Sarah.

La tarde siguiente abandoné Nuevo México para siempre, siguiendo la llamada del norte. Conducía hacia Pennsylvania, de regreso a Wilton, de vuelta hacia mis raíces, de vuelta al suelo helado de mi nacimiento.

La libertad era algo distinto tras el volante de un coche. Yo era independiente y la independencia se sentía como una responsabilidad.

Los faros alumbraban la autopista desierta que se extendía ante mí y pronto me acostumbré a los destellos del constante tráfico que circulaba en dirección contraria. Los neumáticos producían sobre la carretera su propia música, monótona, grave, depresiva.

Entonces algo en la cuneta captó mi atención. Un autoestopista. Compañía. Se me avivó la curiosidad a medida que frenaban las ruedas.

Abrió la puerta de atrás y se metió dentro. Un chico, sucio, apestoso, ofensivo desde el primer momento. Eso no era lo que yo consideraba compañía, pero quizá... Lo flagelé con un hiriente haz de notas autoritarias y él volvió a abrir la puerta y salió. Luego envié una seductora cancioncilla y él dio media vuelta y abrió la puerta delantera. Era tan simple de manipular. Tan simple. No era de mi agrado, pero habría otros. Hice que cerrara la puerta, luego la abrió y la volvió a cerrar, sin entrar, luego hice que girara alrededor, se tocara la punta de los pies, girara una y otra vez y lo observé danzar al son de mi música. Tiré de los hilos de la marioneta hasta que empecé a reírme, luego reanudé la marcha, alerta, vigilante ante las posibilidades que pudieran surgir en mi viaje a Wilton.

Conduje respetando el límite de velocidad hasta Texas, donde vi al siguiente autoestopista, pero no pude detenerme. Se acercaba la mañana y debía encontrar un lugar para dormir.

Salí de la autopista y conduje despacio, dejando atrás estaciones de servicio y panaderías abiertas. Precisamente en esa pequeña ciudad había un bulevar con una hilera de supermercados y las luces de aparcamiento iluminaban kilómetros de asfalto desierto, cruzado por las líneas delimitadoras de los espacios del aparcamiento. Aparqué en un rincón discreto.

El ruido del primer tráfico de la mañana aumentaba mientras yo me senté allí unos momentos. Pronto llegaría el reparto a los mercados, luego acudirían los compradores y el aparcamiento se llenaría de bullicio y actividad. Sonreí. Algún gordo cliente dejaría a sus niños, limpios, sanos, pequeños bebés suculentos descuidados en el coche, aparcado inocentemente al lado del mío. La idea me resultaba particularmente agradable. Reconfortante.

Abrí el amplio maletero del coche de Sarah y saqué papeles, juguetes y las zapatillas de tenis de talla infantil de Samuel. Un coche grande tiene muchas ventajas. Extendí la manta que había cogido del motel, tapando las pequeñas acumulaciones de basura, luego desaté un cordón de uno de los zapatitos de Samuel y me metí dentro. Até un extremo del cordón a través de dos agujeros de la portezuela del maletero y el otro en la manecilla, luego lo bajé sin que se cerrara, sólo lo bastante como para que pareciera cerrado.

Me tumbé a mis anchas, con la cabeza y un hombro en la leve montaña del fondo. Era fantástico. Más amplio que el armario, más íntimo que la habitación del motel. Era cerrado, cálido, seguro. Oía a goma, autopista, polvo de la carretera y a grasa de eje. Relajé los músculos, me acomodé y empecé a hacer música. Interpreté la música que rodeaba el coche, para evitar que manos amantes de lo ajeno lo robasen, manos curiosas lo tocaran, manos serviciales cerraran el maletero. Interpreté la música hasta que el coche casi oscilaba con las vibraciones y luego la oscuridad se retiró y con ella también mi conciencia.

Cuando me desperté, lo hice bruscamente. Los ojos abiertos de golpe y los sentidos completamente alerta, preparados, listos. Escuché la actividad a mi alrededor. Carritos traqueteando sobre sus ruedas destartadas, portazos de los coches, llantos de niños, una botella rota.

Busqué el bastón, lo sostuve contra mi pecho, palpé el frío lagarto de bronce, palpé cada una de las escamas esculpidas, la larga y grácil cola ondulada, la fina garganta, los ojillos de bronce. Pasé los dedos sobre el liso y pulido fuste de madera y lo oí cantar, como el borde de una copa de vino cuando se acaricia con un dedo húmedo. Oí los acordes de la textura de la madera. Bien. Las cosas a mi alrededor tenían su propia música. Tenía mucho que aprender. Tardaría algún tiempo en percatarme de las ventajas de mezclar mi personalidad con la Suya.

Muy despacio, con dificultad y torpeza salí del maletero y cerré la portezuela. Me

di la vuelta y sorprendí a tres señoras mirándome, las tranquilicé una a una y sus ojos dejaron de centellear, sus rostros se ablandaron y prosiguieron sus quehaceres.

Puse en marcha el coche y lo incorporé al marasmo de tráfico vespertino, recordando con notable claridad el mapa que había estudiado en el motel. Sentía una gran necesidad de Pennsylvania. También noté que Boyd ya estaba con Sarah, y no malgastaría el tiempo en su empresa.

Acababa de acelerar el coche cuando los faros iluminaron a una pareja, un hombre y una mujer, de pie a un lado de la carretera. Pasé de largo mientras tomaba una decisión, luego me desvié hacia la cuneta. Ambos corrieron hacia mí, iluminados por el halo de los faros traseros. El hombre abrió la puerta y miró al interior. Al hacerlo, sonó un terrible estruendo producido por el tráfico de la autopista y la mujer empezó a bailar alrededor, desgañitándose. Automáticamente lancé una música para que se calmaran, pero el ruido persistió cada vez mayor, y un garito amarillo, con el pelo erizado, salió de entre el abrigo de la mujer y bailó, erguido, de puntillas sobre el asfalto.

—¡Dios! —dijo la mujer—. ¡Me ha hecho trizas el pecho!

Y del abrigo sacó una mano ensangrentada. El gato continuó resoplando y rabiando, erizado y frenético. Intenté calmarlo con música, pero no dio resultado. Intenté aportar un asomo de razón a la alborotada escena que acontecía al otro lado de la puerta abierta, pero la mujer gritaba y el hombre se debatía entre su lealtad hacia el gato y hacia la mujer. Mis mensajes eran confusos y no podía hacer nada en esa situación. Al ver la sangre de la mujer se me puso la piel de gallina y me rendí impotente ante la diversidad de emociones que se arremolinaban al otro lado de la puerta del coche.

Pisé el acelerador, la puerta se cerró sola, dejándolos plantados en el frío, solucionando sus problemas. Mis emociones daban vueltas debido a la confusión, me dolían las piernas, me latía rápido el corazón y las manos se me quedaban tías de frío al volante.

Limitaciones. Había limitaciones.

Aspiré dos profundas bocanadas de aire y regeneré mi entorno. Calmé el dolor, alivié el frío y asenté el estómago. No podía permitirme que otra situación me turbara de tal modo.

Pero la sangre en la mano de la mujer... La sangre de su mano...

La noche era joven y yo era una amante.

Me asaltaron pensamientos sobre Pennsylvania mientras frenaba el coche y mantenía los ojos bien abiertos en busca de personas solitarias en la autopista.

Ahí estaba. Justo ante mí. Volví a sentir confianza y seguridad con intenso alivio. Era un hombre joven. Un estudiante que sostenía un letrero que decía: «Princeton». Estaba bien afeitado y tenía los dientes blancos. No podía creer en mi buena suerte.

Lo amé inmediatamente.

El muchacho arrojó el cartel, una maleta y una mochila al asiento trasero del coche de Sarah y luego subió a mi lado. Olía a jabón, olía a cordialidad, olía a vida. Le rodeé de amistad y bienestar. Él respondió con entusiasmo.

—Hola. Me llamo Jack. Jo, me alegro de que pararas. Hace un frío de mil demonios ahí afuera.

—Sí —dije yo—. Sí que lo hace.

—Jo, también aquí hace frío. ¿Puedes poner un poco la calefacción?

Se frotó las manos y se las calentó con aliento.

Inmediatamente puse música, calentándole por dentro en lugar de por fuera.

—Eso está mejor. Gracias. Dime, ¿a dónde vas? Yo regreso a la universidad. Se me han acabado las vacaciones de Navidad, ya es hora de empezar el nuevo semestre. Estoy estudiando antropología. Oye, bonito coche. ¿Eres de Texas?

Su vitalidad me pilló totalmente desprevenida. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado tan cerca de alguien tan vital. Su esencia joven, viril, animal, ponía mis sentidos al máximo. Debía tener cuidado. Podía hipnotizarlo para que me obedeciera ciegamente, como las señoras del supermercado, pero eso sería un desperdicio de juventud y vitalidad, y por tanto una vergüenza. Era mejor encontrar el equilibrio entre el deseo y el temor, por un lado, y el entusiasmo y la voracidad, por el otro. Sería una empresa delicada, que requeriría una meticulosa concentración. Confié en que mis habilidades estuvieran premiadas para ello.

—No —dije—. Soy de Pennsylvania.

Me sonrió y yo asentí, anticipando un largo viaje en una atmósfera agradable, y me estremecí por dentro, para el placer de ambos.

Me puse malo al ver lo que le había hecho a esa señora en el armario. En realidad nunca antes había estado en la escena de uno de los crímenes de Angelina.

Se nos volvió a escabullir, de modo que dispuse de un montón de tiempo para meditar sobre ello. Un montón de tiempo para pensar en ella.

¿Cómo podía hacerlo? ¿Por qué no paraba? Sentí que Angelina creía que no podía dejarlo, pero siempre tenemos una oportunidad, ¿no es así? Creo que siempre tenemos una alternativa, ¿o no? ¿O no?

A menos que llegue un momento en que se nos nieguen las oportunidades y ya no tengamos ninguna.

Mi oportunidad desapareció cuando sentí a Angelina como a un animal herido, que debía ser cazado antes de que... antes de que... No sé, tenía la obligación moral de frenarla, porque ésas son las reglas del juego que yo practico.

¿Por qué reglas se regía ella? Y ¿cuándo perdió su oportunidad?

Mis opciones me superaban. Conduje agarrada firmemente al volante, escuchando la charla de Jack mientras intentaba desentrañar mis nuevos sentimientos. Ese nuevo conjunto de herramientas venía con un nuevo conjunto de emociones, no necesariamente conflictivas pero sí confusas. No sabía adonde llevarlo ni cómo acercarme a él. Las ventanillas de mis narices se llenaban de sus latidos y me apremiaba el apetito, pero no podía tomar una decisión.

Por fin, la frustración hizo salir lo mejor de mí, de modo que le drogué con la música: al caer dormido yo podría pensar, mientras avanzábamos a través de la noche. Ella siempre me había proporcionado las respuestas. ¿No tenía yo Su imaginación?

Eché un vistazo a Jack, cabeceaba plácidamente con los ojos cerrados. Una sonrisa le adornaba las comisuras de la boca. Era tan fácil de manipular, tan frágil. Era tan hermoso, tan accesible y estaba tan solo.

La pasión me decía que detuviera el coche allí mismo y que dispusiera de él a mi modo, que le amara y me nutriera, cediendo a la violencia necesaria, brutalmente mezclada con el placer. La razón me decía que esperara, que anhelara, que prolongara el momento, que aprendiera a controlarme. Sin práctica, mis métodos siempre serían nidos y vulgares.

Necesitaba detenerme, necesitaba un lugar donde tomar a mi amante. De repente tuve una idea y la idea me hizo sonreír al percatarme de que yo disponía del poder para hacer lo imposible: podía crear un lugar en su imaginación.

Me desvié a una oscura área de descanso y aparqué el coche en el rincón más apartado. En mitad del aparcamiento había un edificio con servicios, teléfonos y fuentes para beber. Detrás no había más que un campo liso y vacío, por lo que pude comprobar con los faros. Los apague y la luna me devolvía mis sensaciones.

—Jack.

Le toqué en el brazo, notando con disgusto el alto contenido en fibra artificial de sus ropas, deseando desesperadamente que mis dedos sólo hubieran tocado y no agarrado, y alteré la música hasta que se despertó.

Volvió sus ojos somnolientos hacia mí, parpadeó un par de veces y se frotó la cara.

—¿Dónde estamos? Hey, debo de haberme dormido. No tenía idea de lo cansado que estaba. Soy una horrible compañía, ¿eh? Lo siento. Dime, ¿dónde estamos?

—Estamos en mi casa de veraneo, Jack. Pensé que a los dos nos vendría bien dormir un poco. Mañana volveremos a la carretera y te llevaré hasta la universidad.

Me miró intensamente a los ojos y por un instante temí que me descubriera, que pudiera leer la mentira escrita en mi alma. Temí que pudiera ver el rostro de

Rosemary en mi técnica de seducción. Para defenderme, encendí la música y su mirada inquisidora desapareció.

—Fantástico —dijo, luego se volvió para sacar sus cosas.

—Déjalas. Enviaré a un hombre a buscarlas.

—Vale.

Ambos salimos del coche al mismo tiempo e inicié una sinfonía para él. La música consistía en un nuevo sentido para mí, una nueva habilidad. Podía componer e interpretar sin más concentración que la requerida para ver, hablar y charlar al mismo tiempo. Jack se dio la vuelta hacia el campo vacío, sus ojos vagaron por la mansión imaginaria que yo había construido y exclamó:

—Uau.

—Vamos —le dije—. Entremos.

Y lo llevé al campo.

Abrí para nosotros una puerta de madera labrada y le conduje a través de un exquisito vestíbulo. El mobiliario era macizo y oscuro. Muebles de madera tallada, tapices antiguos, cortinas de terciopelo y grandes retratos absorbían la tenue luz de las arañas de luces de cristal. Yo misma me maravillé de mi propia imaginación y le envolví más y más en la música para que no notara que los retratos carecían de rasgos. La alfombra era suntuosa de color rojo sangre y subimos juntos las escaleras, yo le precedía, ambos deslizábamos los dedos por la suave y pulimentada barandilla. Jack se había quedado sin habla y cuando me volví para mirarlo, sus ojos abiertos y maravillados ante la opulencia me llenaron de alegría.

Alentada por mi éxito, creé mi dormitorio con detalles aún más lujosos. La cama era pequeña, íntima, cubierta de terciopelo. Estanterías llenas de gruesos volúmenes se alineaban en las paredes. Lámparas antiguas derramaban luces bajas por todas partes. Barnizadas sillas de cuero negro rodeaban una mesilla de café de mármol y una barra provista de líquidos en botellas de cristal aguardaba convenientemente en un rincón.

—¿Es éste tu dormitorio? —preguntó él, y vi arder la admiración en sus ojos, una admiración que alimentaba el deseo, el deseo que siempre suscitan los poderosos, los ricos.

—Sí —le respondí y él me atrajo hacia sí y me abrazó.

Su olor hizo que se me cayera la saliva, que formó una mancha de espuma blanca en la alfombra.

—Vamos.

Me aparté de él y lo llevé de la mano hasta la cama, apagando las luces en el camino; nuestros ojos no cesaban de mirarse en un momento realmente romántico y mágico.

—No puedo creerlo —dijo él—. Es como un sueño.

Dudé en aumentar o reducir la música; repentinamente preocupada porque yo no tenía la suficiente experiencia como para mantener tan lujosa ilusión, y por un instante toda la estructura se tambaleó bajo mi duda. Sentí que la cama temblaba bajo mi indecisión. Entonces, a medida que recuperaba la confianza, la cama iba ganando solidez y Jack se inclinó sobre mí, traspasado por mis ojos y por mi poder. Sus dientes brillaron a la luz de la luna cuando una sonrisa de pasión abrió sus labios.

—Eres hermosa —me dijo, y supe que no lo había sedado del todo.

Me lamió el cuello y bajó su lengua hacia mis pechos mientras me desabrochaba la blusa, y el olor de su excitación era sobrecogedor, enloquecedor. Su pulso latía fuertemente en la habitación. Yo sabía que tenía que poseerlo o perdería el control, y eso significaría perderlo todo.

Lo empujé hacia atrás y le desabroché la camisa. Jack seguía mirándome.

—Mira qué pechos. Nunca había visto pechos iguales. Son tan... son tan fríos y blancos. Mira qué blanca es tu piel. —Me cogió un pezón entre los dedos y empezó a acariciarlo—. Hasta tus pezones son casi blancos. —Me miró a la cara—. Y tus labios. Tus labios...

Lo tumbé delicadamente y me quité los pantalones. Me puse a horcajadas sobre su pecho desnudo, sintiendo el calor de su cuerpo empapar incesantemente mis piernas hambrientas de calor.

Me agarré a su cabello con ambas manos y alcé la música hacia una elevación orgásmica, observando su cara, amándolo tan vehementemente que pensé en dejar la música así para siempre y cuando cerró los ojos, le clavé los dientes en el cuello, mordí la arteria y absorbí.

Mientras su cálida sangre me llenaba el estómago, yo lo conocí. Mientras su sangre se confundía con la mía, empecé a poseer sus experiencias, sus pensamientos, sus deseos, sus aspiraciones. Las imágenes cruzaban por mi mente mientras a Jack se le iba la vida y yo lo conocí, desde el día de su nacimiento, yo lo conocí, por completo.

Cuando llegó el estertor último y la muerte aferró su jaula en lo hondo de su pecho, me detuve y le besé en la cara, la frente, la nariz, los labios. Me senté sobre su pecho y me abroché la blusa, luego sacudí los hierbajos de mis pantalones y me los volví a poner.

De nuevo en el coche tiré su letrero y sus dos bolsas en el contenedor de basura. Luego me senté al volante, tratando de digerir mi experiencia. Era increíble. Quién había de creer que el amor podía despertar sentimientos como éstos, pasiones tan desesperadas saciadas tan minuciosamente.

Esperé, meditando, entreteniéndome, disfrutando de los últimos rescoldos y luego me puse en marcha, satisfecha, cómoda, otra vez hacia Wilton. Y mientras conducía, ideas y recuerdos que habían sido de Jack empezaron a estimular mi conciencia. Al

cabo de un rato, estaba colmada de sus ideas, sus impresiones, sus ambiciones, sus propias pasiones. Hasta sus pensamientos sobre mí eran ahora míos para examinarlos. No tenía ni idea de que sucedería esto, de que llegaría a conocer a mis víctimas tan bien que conocería a sus familias y me apenaría con ellas al descubrir su pérdida.

Pero yo le había dado la vida eterna dentro de mí.

La noche era cerrada y conducía deprisa, más deprisa de lo prudencial, pero había pocos coches en la carretera. La cara de Jack se materializó aún más grande en mi mente, fragmentos de conversaciones que había mantenido con su padre, sobre la escuela de medicina, sobre la obtención del título y marcharse a África y al Sudeste asiático para ayudar; con su novia, con la que había hecho el amor por primera vez la Nochebuena pasada... la Nochebuena en que yo había asesinado a Joshua ante el escaparate de su tienda. Los triunfos deportivos de Jack, su pulcritud, su idealismo, todo eso constituía un recordatorio de la venenosa bestia en la que me había convertido y yo tenía que desembarazarme de ellos, de todos, desembarazarme antes de que me volviera loca.

Supuse que debía de existir un modo de no pensar en él, y en cuanto lo pensé, se me ocurrió también la respuesta.

Volver a matar.

Me desvié por la próxima salida de la autopista y aminoré la marcha, conduciendo automáticamente como si siguiera un indicador de dirección, hacia el barrio más cutre de la ciudad.

Allí encontré a un borrachín, sólo un borrachín, sentado junto al poste de una farola, con los pies sobre una tubería y una bolsa de papel marrón sujeta por un grasiento guante. He aquí una persona sin aspiraciones —pensé—, he aquí una persona que no me despertará ningún sentimiento de culpa. He aquí un desecho de la humanidad, sin el cual el mundo estará mejor.

Abrí la puerta del coche y empecé a interpretar una música para él. Dejó la botella en la tubería y se acercó al coche tambaleándose. El pestazo era mareante, pero sabía que tenía que hacerlo o me cegaría la rabia interior. Se sentó a mi lado, extasiado, y yo me incliné sobre su repugnante regazo para cerrar la puerta, luego lo conduje hacia un distrito lleno de almacenes, asegurándome de que estuviera desierto a esa hora.

Aparqué detrás de un *bulldozer* y, con una impaciencia que superaba cualquier precaución, corrí alrededor del coche y abrí la puerta del borracho. Lo derribé al suelo y me aferré a su cuello, chupando furiosamente, desgarrándole cuando la sangre no salía lo bastante rápido como para borrar el eco de los recuerdos de Jack. La sangre estaba envenenada, el vagabundo estaba mortalmente enfermo de algo, además de su adicción a la bebida y supe que más tarde yo también enfermaría, pero por ahora aún quedaba sangre y mastiqué y mastiqué, sintiendo que su espíritu se debilitaba y su cuerpo se abandonaba al fantasma.

Me senté, jadeante por el ejercicio, oliendo sus asquerosas ropas mezcladas con el calor aceitoso del motor y el alquitrán de aquel lugar en construcción, y en una náusea gigantesca vomité todo lo que había bebido en un chorro que salpicó la puerta del coche y formó un charco junto al hombre muerto.

Me puse en pie, mareada y enfebrecida y me apoyé contra el coche. Me había equivocado. El deshecho de carne que se pudría a mis pies había sido antaño C. Wakefield Caldwell, ejecutivo de una corporación, un millonario, un filántropo, padre, marido e hijo de una orgullosa familia... hasta que la enfermedad de la bebida se adueñó de su alma, mucho antes de que yo me adueñase de su cuerpo. Sus aspiraciones eran de otro tipo que las de Jack, pero no menos carentes de convicción y altruismo. Su sufrimiento me llenó de dolor. Él era incapaz de dejar la bebida. Era adicto al alcohol, a pesar de que había destruido hasta la última fibra de su ser. Vio como su familia le perdía el respeto y le abandonaba. Vio como se derrumbaba su imperio. Había visto desaparecer bajo sus pies el último pedazo de alfombra cuando su madre cambió la cerradura de su apartamento. Sabía muy bien lo que había sido cuando hurgaba en el baúl de ropa gratuita del Ejército de Salvación y vendía los harapos a cambio de vino.

La voz de Jack volvió a deslizarse furtivamente para unirse con la de Joshua y la de Sarah y la de los demás. Música de fondo.

Ahora tenía a C. Wakefield Caldwell por compañía.

La espera era la parte más dura. Jesús, ella se nos escabullía cada vez. Parecía una profesional. Parecía conocer todas las estratagemas, pero lo que debía hacer para no dejar absolutamente ningún rastro solo, su paradero, ni pistas sobre su dirección. No podía creer que fuera tan astuta, aunque tal vez lo era. Prefería pensar que había tenido suerte.

Fuera como fuese, me dio tiempo a meditar sobre ella. Y sobre mí mismo. No me gustaba pensar demasiado en mí, pero fantaseaba mucho sobre Angelina. Siempre intentaba situarla mentalmente y provocar algún destello de intuición o algo lo bastante sólido como para encaminar la búsqueda en alguna dirección. El resultado fue que mi imaginación me condujo a reinos bastante extraños. A un territorio más oscuro que cualquier bosque que hubiera pisado jamás; esa concesión era más amedrentadora, más perversa, más peligrosa de lo que yo podía imaginar.

Pero intentar meterme en la mente de Angelina era lo peor. Siempre tratas de anticiparte a las intenciones del animal —¿saldrá a campo abierto, buscará agua o se ocultará bajo tierra?—, y para hacerlo con alguna precisión debes saber un poco sobre la especie.

Yo no sabía nada de Angelina, sólo lo que imaginaba en mi cabeza. A veces era preciso, pero la mayoría no era así. Sin embargo, lo peor era cuando tenía que

admitir que disfrutaba con mis propias escabrosas meditaciones, en las que trataba de pensar como ella, intentaba ser ella, adivinar qué pensaba ella, a dónde iría, cómo evolucionaría su enfermedad.

Lo dejé todo por ella. Todo. Familia, amigos, empleo, todo. Por ella. Ella y aquellas escabrosas meditaciones.

Seis noches más tarde, el coche de Sarah murió de una muerte escandalosa e inoportuna justo a las afueras de Wilton. La noche estaba en su plenitud, de modo que abandoné el esqueleto del automóvil donde se quedó y empecé a caminar.

Era una noche serena y sin luna. No había tráfico en la carretera de dos carriles que conducía a la ciudad. Me había acostumbrado a que mi estabilidad dependiera del bastón. El ritmo de mis pasos era regular y plácido, lento y deliberado, pensativo y controlado. Era bueno volver a caminar por la autopista.

Observé la caída de la noche, sentí el frío crepitar de las estrellas en el cielo despejado, oí el arrullo de los animales nocturnos en los campos.

Caminé hasta el pequeño letrero verde de letras reflectantes que decían: «Wilton, Pa., Pop. 4780», levanté un poco más la cabeza y enderecé la espalda. El lugar al que había prometido no regresar jamás, pues suponía ataduras —ataduras emocionales—, y a mí me importaba bien poco todas las cargas de la vida humana.

No obstante, allí estaba yo, y ningún resorte emocional me impelía a volver a ese lugar. Era otra cosa, algo más fuerte, turbio, más sustancial que las mediocridades de las emociones humanas, sin embargo, su naturaleza se me escapaba. Sólo sabía que era allí donde debía estar.

La noche declinaba cuando pasé por la primera estación de servicio, después por la taberna del tamaño de un granero de la que provenía la música *country* del oeste propia de una noche de fin de semana. Continué caminando, internándome en la ciudad, dejé atrás la tienda de alimentación, la lavandería, el banco y la oficina de la propiedad. Me detuve en la esquina junto al único teatro, que representaba sólo obras familiares y miré hacia el norte.

El barrio estaba allí mismo, sobre la loma. La casa donde Rolf nos llevó a Alice y a mí a vivir, el lugar donde Alice murió, estaba allí, en alguna parte, oscuro, lleno de extraños que dormían. Una luz ocasional procedente de un panel cuadrado era todo lo que delataba la presencia del barrio y que no se trataba de sólo un campo desierto lleno del enero de Pennsylvania.

Me volví para mirar hacia el sur. Las vías del tren corrían paralelas a la parte posterior de la calle principal y cuatro manzanas más allá se encontraba la casa donde Alice y yo vivíamos antes de conocer a Rolf. La casa donde nació, la casa donde mi padre se reía, donde murió, la casa que albergaba los recuerdos del aburrimiento infantil —la casa a la que juré no volver jamás— se levantaba justo cuatro manzanas más allá.

Me atraía como un imán.

Sólo quedaba un tercio de la noche, como mucho, cuando divisé la casa desde fuera. Parecía que no había cambiado. Seguía descuidada, sin pintar, desarreglada. El

árbol de la entrada estaba desnudo y espigado. Sucios montones de nieve se almacenaban en los rincones y bajo los pelados setos, mientras asomaban pedazos de hierba amarilla, que en la oscuridad daban un aspecto desolado y fantasmal. Los recuerdos de la casa se me presentaban nítidos pero curiosamente desprovistos de emoción.

Las emociones de tantos otros se arremolinaban dentro de mí. No tenía espacio para las mías.

Probablemente la cerradura de la puerta del sótano aún estaría cerrada. Mis pisadas crujían delicadamente sobre la nieve del camino mientras me dirigía a un costado de la casa y luego a la parte trasera. Los peldaños que llevaban a la puerta del sótano estaban cubiertos de nieve no hollada. Me encaminé hacia ellos sin vacilación, descendí los peldaños, y posé la mano en el gélido y oxidado picaporte. El ruido que hizo al abrirse me resultó tan familiar como los latidos de mi propio corazón. Nunca estaba cerrada con llave. Siempre estaba ajustada, pero yo sabía cómo abrirla, había que empujar la esquina superior, tirar del picaporte, dar media vuelta y levantarlo.

La puerta se abrió hacia adentro, arañando levemente el suelo de cemento. Entré y cerré la puerta con cuidado.

El mismo olor: dulce y mohoso, como si siglos de manzanas secas hubieran impregnado el húmedo cemento y la madera con su aroma. Ése era mi olor favorito de todos los tiempos. Respiré profundamente, cerrando los ojos, afinando mis sentidos, sintiéndome... en casa. Aliviada. Cansada. Otra vez en casa... después de un largo, largo viaje.

Dormiría más tarde. Antes que nada debía descubrir a los ocupantes.

Repasé minuciosamente el desorden del sótano: bicicletas, cajas marcadas con la palabra «Navidad», un equipo de pesca, una canasta de baloncesto, una diana de tiro al arco, grande y desgarrada. Un rincón del sótano tenía estanterías de obra y las estanterías estaban llenas de conservas caseras de frutas, verduras, mermeladas y salsas. Los estantes inferiores estaban abarrotados de provisiones enlatadas.

Una tela de araña cruzó por mis párpados cuando caminé bajo la escalera donde aún estaba la vieja y redonda lavadora. Era la lavadora rosada y de metal que recordaba de mi niñez. En la parte superior pude ver el rodillo para escurrir la ropa. Pasé el dedo por su superficie polvorienta. Un viejo caballo de juguete rojo aguardaba en el otro rincón, junto con una cuna desmantelada y una cocinita blanca de juguete que había sido abandonada en mitad de la ceremonia del té y las muñecas ocupaban aún sus asientos.

Hay dos niños en esta familia, pensé, y fui hacia la escalera. Recordé qué peldaños crujían y cuáles no, y con la ayuda del bastón los subí despacio, y cuando estuve arriba, abrí la puerta de la cocina.

En la casa dormían cuatro humanos. Podía olerlos.

La cocina estaba igual que la última vez que la vi: el mismo azulejo de linóleo blanco y negro, el mármol desconchado, el fregadero manchado; las toscas paredes amarillentas tal vez estuvieran un poco más sucias, un poco más pringosas.

La sala de estar estaba totalmente cambiada. El mobiliario era más barato, más ruinoso del que nosotros tuvimos nunca. Por todas partes había rastros de travesuras infantiles, marcas en las paredes, juguetes abandonados para pisarlos y tropezar con ellos, jarrones rotos pobremente pegados, señales de dientes sobre las patas de todas las sillas. Marcas de quemaduras en las mesas, en la tapicería; toda la casa estaba destartada, demasiado destartada, deprimente.

Pero sobre la repisa de la chimenea, la mujer había colocado dos velas y fotos de los niños, una ranita de cerámica y una flor seca. Me pareció un detalle de sensibilidad y por un momento deseé tener mi propia repisa de la chimenea donde colocar detalles de sensibilidad. Soplé con delicadeza el polvo que tenían acumulado y, al hacerlo, noté que alguien se levantaba de la cama. Mi corazón latió deprisa. Alguien profundamente dormido se había despertado. El chico. Caminé despacio y en sigilo hacia el pasillo para esperar, para observar.

En unos momentos se reanudaron las vibraciones del sueño. Caminé con sigilo por el pasillo y abrí la puerta del primer dormitorio.

Mechones rubios ensortijados en los extremos, derramados sobre la almohada. Una niña de cuatro, tal vez cinco años, dormía con la boca abierta, sus labios eran como pequeños pétalos rosados y húmedos, su respiración dulce sobre la almohada. Le acaricié la satinada mejilla. Estaba tan caliente. Era tan tierna y firme, dormía tan plácida y segura, tan feliz y despreocupada. De repente me fallaron las rodillas. Estaba agotada. Ansiaba dormir el sueño tranquilo de los niños. Me incliné a su lado, para llenar las ventanas de mi nariz con el aroma de la juventud, para oler su pureza. La niña movió sus piernecitas de muñeca bajo las sabanas, froté su cara con una mano y ella abrió los ojos.

Se sorprendió de ver mi rostro tan cerca del suyo, luego sonrió, la sonrisa de un ángel, mientras el sueño aún le enturbiaba el cerebro. Le dirigí una canción de cuna —la más dulce que se haya escuchado nunca y observé como se le caían los párpados y finalmente se le cerraban, y la sonrisa se desvaneció a medida que su respiración recuperaba la honda regularidad del sueño de los niños. Le acaricié el pelo un momento, sus mechones finos y dorados, luego me di media vuelta. Tenía mucho que explorar y disponía de poco tiempo.

La siguiente habitación había sido mi dormitorio. La puerta estaba cerrada. Giré cuidadosamente el picaporte y abrí la puerta. El suelo estaba lleno de juguetes y ropas; estanterías de libros se alineaban en todas las paredes. Ante mí quedaban unas literas de hierro, la litera de abajo estaba llena de trastos, en la de arriba dormía un niño.

Sorteé el desorden para llegar hasta el chico. Era mucho mayor que su hermana: doce, quizá trece años. Se había bajado las sucias y empapadas sábanas hasta la cintura, la piel de su espalda, fina y blanca como la leche, se hallaba desnuda, esperando que la tocaran, que la acariciasen. Un mechón de cabello castaño claro le caía gallardamente sobre la frente, los pesados párpados descansaban apaciblemente sobre las mejillas que se encontraban en plena transición de la regordeta niñez a la delicadeza de la adolescencia.

Interpreté una música bajita para él. Nada más empezar él se relajó, hundiéndose más en el colchón. Había estado en un tris de despertarse. Deslicé un dedo sobre su espalda, tan tierna, cosquilleándole, sintiendo la fresca suavidad de la piel. Le peiné el cabello de la cara y dibujé una ceja, una mejilla con el dedo. Me recordó a alguien. Toqué el puente de su nariz, le rocé los labios, una y otra vez, separándoselos, sintiendo sus dientes delanteros con la yema del dedo. Aumenté la música. ¿A quién me recordaba? Le abrí los labios y le miré los dientes. Tenía los dos incisivos algo ladeados, observé la curva de la mejilla y los labios carnosos, y entonces lo supe. Retrocedí, la música cambió y recuperé pronto el control antes de que él despertara, antes de que se despertaran todos. Me recordaba a Boyd, me recordaba tanto a Boyd que estaba segura de que si ese chico abría los ojos en aquel preciso instante, tendría una mancha marrón oscura sobre la pupila de un ojo.

Que tontería, Angelina, me dije burlándome de mí misma y, apaciguando al niño otra vez con mi música, me encaramé a la litera de arriba, asustándome cuando crujió. Le besé en el cuello y olí la maduración de su virilidad. Era un olor delicioso y dejé la nariz en la cavidad que se formaba entre el hombro y el cuello durante un buen rato, sin atreverme a probarlo.

Noté como la noche languidecía. Sobreviviría sin alimentarme una noche, pero no sobreviviría sin resguardarme del día. Dejé al niño a regañadientes, totalmente complacida porque dos niños perfectos durmieran en mi nuevo hogar.

Cerré la puerta y crucé el vestíbulo. El dormitorio principal. La habitación de los padres. Me detuve a examinar el papel pintado. Mi mancha de sangre aún estaba allí, no era más que una manchita sucia, pero ahí estaba. Recordé esa noche con tanta nitidez como si hubiera sucedido esa misma vigilia. ¿Habría sido la mancha de sangre la que me había atraído hasta esa casa?

La puerta estaba cerrada. La abrí despacio y entré.

La mujer dormía desnuda, la sábana y la manta estaban tensas alrededor de su marido, lo cual apenas permitía cubrirle a ella una pierna y un brazo. Tenía un cuerpo delgado y en forma, su cabello era de un tono cobrizo, mucho más claro que el vello con rastros de semen de su entrepierna. El olor a sexo aún flotaba pesadamente en el aire. El marido, de pelo oscuro, grasiento, rizado y barba negra e hirsuta adornando sus amplias mandíbulas, dormía ruidosamente y vestía un pijama a rayas.

La mujer era hermosa, tan hermosa como sus hijos. Me acerqué a su lado de la cama e interpreté la música para ella, mientras la acariciaba tiernamente. Acaricié partes de una mujer que no había tocado nunca, que no había visto nunca. La vi a través de los ojos de la eternidad. Acaricié su carne, absorbiendo la calidez, como si viera su cuerpo madurar y envejecer ante mis ojos. Cuidadosamente le hice cosquillas, la pellizqué y la penetré y, a pesar de mí, la música cambió y ella empezó a reaccionar.

Sabía que pisaba terreno peligroso, pero sentí que esa noche había excitado mi naturaleza más allá del límite de lo razonable y deseaba su reacción, y tragué la saliva que amenazaba con desbordarse.

Y entonces oí la voz. Esta vez era mi propia voz, clara y dulce: «Angelina empieza a despuntar el alba». Era cierto, podía ver mi propia sombra sobre la suya al tiempo que el cielo empezaba a aclarar.

Me retiré con reticencia, la besé levemente en el pecho y prometí regresar. Bajé la escalera con pasos ligeros, estaba perdiendo la conciencia, deseaba disponer de un minuto y otro más. Me maldije por haber sido tan estúpida y me arrastré bajo la escalera con la suciedad y el polvo y los secos esqueletos de insectos. Me tumbé y me quedé dormida.

SONJA HARDESTY: Todo es culpa mía. Oh Dios, sabía que estaba allí abajo en el sótano, lo sabía. Lo sentía. Casi... casi la vi.

Muy bien. Desde el principio. Justo cuando empezaron a producirse aquellos asesinatos, empecé a tener esos sueños eróticos. También mi marido, pero no tanto como yo.

Pensé que estaba atravesando una especie de etapa de identidad sexual. Al menos esperaba que así fuera... y sin embargo, pensé que podía tratarse de algo más, algo real, una fuerza física que me hacía algo a última hora de la noche, mientras yo dormía. Estaba tan asustada... me habría sentado junto al lecho de Amy durante horas y me preguntaba si era lo suficientemente real como para afectarle a ella y a Will, y no obstante esperaba que no fuera más que yo misma, una etapa por la que estaba atravesando, una crisis de mitad de la vida o algo parecido.

Pero todo el rato me burlaba de mí misma, porque sabía que eso... sentía a eso en el sótano.

Y no me sorprendí de que todas aquellas cosas sexuales siguieran produciéndose, noche tras noche, y todo el tiempo que en Wilton estaban sucediendo aquellas horribles cosas, que las puertas estaban cerradas con llave y todo el mundo estaba tan asustado... empecé a dudar de mí misma. Pensé que tal vez acababa de descubrir que yo era, ya sabe, una de esas personas que se excitan con los horribles crímenes que suceden en el vecindario...

Sea como fuere, estaba tan aterrorizada que hice como si no fuera cierto. Deseaba creer que eran imaginaciones mías... prefería creer que yo era una perversa antes de pensar seriamente en que el asesino estaba en mi sótano, de modo que nunca dije nada a nadie.

Vaya madre, ¿eh?

Oh Dios, lo peor es que pensé que si hablaba de esto con alguien, se acabaría y algo en mi interior no deseaba que acabara. Pensé que puesto que era ya una mujer de mediana edad y habiendo tenido dos niños, ese tipo de sexo se había acabado, bueno, no verdaderamente acabado, pero no lo que solía ser y eso era tan... tierno, casi amoroso. Me asustaba y me confortaba a la vez. Suena raro cuando lo digo.

Así que, ya ve, apenas pensaba en lo que no podía sucederle a Will, o... o a Amy... Dios, no puedo creer que esté diciendo esto.

Cuando abrí los ojos y recuperé la conciencia durante un brevísimo instante, me centré, lúcida y serena, y obtuve la respuesta a mis dificultades.

Niños. Gratos e inocentes niños. Olían tan bien; sabían tan tiernos, ricos, blandos, immaculados. Los niños no habían envenenado sus cuerpos con drogas ni productos químicos; no habían endurecido sus corazones ante las ironías de la vida; sus vidas habían sido breves, sus aspiraciones limitadas. Podía vivir con el conocimiento y la conciencia de los niños —podría vivir con el optimismo de los niños— mucho mejor que con el amargo esbozo de los recuerdos adultos.

Y dos niños perfectos vivían justo encima de la escalera. Mi huevo en el nido, mi reserva.

Encima de mí la casa rebosaba actividad. Las tablas del suelo sobre mi cabeza crujían cuando eran atravesadas por pisadas y yo sintonizaba y reconocía las vibraciones de la voz. La tarde era joven: estaban preparando la cena. Alguien podía oírme o verme mientras salía del sótano. ¿Debía esperar a que se fueran a la cama? Miré el desolador sótano a mi alrededor. No podía.

Me desperté, me quité las telarañas del pelo y me cepillé la suciedad de la ropa. Según mi experiencia con los dos autoestopistas y el gato parecía que mi poder de sugestión tenía sus límites. No podía hipnotizar a más de una persona a la vez. Aunque tal vez pudiera envolverme en la música como había envuelto al coche en el que dormí. Tal vez pudiera ocultarme, convertirme en una sombra ante sus ojos durante un breve instante —sólo necesitaba un instante—, luego tendría el campo libre y ellos no tendrían porqué saber nada.

Caminé hacia la puerta de salida, sintiendo el frío a través de las rendijas. Cuando me disponía a girar el picaporte, la puerta de la cocina que se hallaba en lo alto de la escalera se abrió ruidosamente. Una bombilla desnuda que colgaba sobre los peldaños se encendió, iluminando todo lo que no quedaba oculto por la sombra de la escalera. Pies enfundados en zapatos blandos bajaron ligeramente los peldaños de madera.

Me agaché, sintiendo erizarse el vello de mi nuca. Un rugido salvaje aguardaba en el fondo de mi garganta. La mujer apareció ante mí. Alta, esbelta, con tejanos y una camiseta blanca, y su largo cabello cobrizo cepillado y resplandeciente. Se detuvo ante las estanterías de comida enlatada y me dio la espalda. Se contoneaba mientras revisaba la fila y decidía qué hacer de comida.

Si ella se daba la vuelta, me vería.

Cogió una lata, luego otra y dejó la primera. Seguía inspeccionando la hilera. Inicié una música, no dirigida hacia ella, sino para elevar el nivel de mis vibraciones, para resguardar mi carne de los ojos intrusos o de un descubrimiento peligroso.

La mujer dejó de contonearse. Lentamente se volvió hacia mí y sus ojos parpadearon por toda la extensión del sótano, descansando durante un buen rato sobre la puerta del sótano. Ella no me veía, pero me sentía. Se frotó los brazos con sus finos dedos y pude percibir el acre aroma del miedo. Miró rápido la lata que tenía en la mano, cogió otra casi sin mirarla y se precipitó a subir la escalera, apagó la luz y cerró de un portazo al salir.

Suspiré aliviada. Había funcionado, pero sólo hasta cierto punto. Ella sabía que yo estaba allí... podía no saber cuál era mi naturaleza, pero su instinto descubrió al mío y por tanto debía quedarme poco tiempo allí, debía actuar con brevedad y astucia.

La puerta del sótano se abrió haciendo poco ruido y volví a caminar sobre la nieve.

Atravesé el patio trasero, que daba al del vecino, hasta la parte de atrás. Giré hacia el norte en la próxima calle y me dirigí hacia la ciudad, al otro lado de la ciudad, en busca de un barrio mejor, en busca de la clase alta de Wilton, donde alimentaban a los niños con mantequilla y dulce de leche, donde los niños eran gorditos y tiernos, estrujables y deliciosos.

Avanzaba rápidamente en la noche temprana, amparándome en las sombras y arrimándome a los muros. No quería que nadie me parara y me preguntara qué estaba haciendo... incluso podían reconocerme. Con el bastón podía caminar ligera y así lo hice, atravesé la calle mayor y subí hasta el iluminado barrio que se hallaba sobre la loma.

A pesar de su prestigio, ese barrio tenía patios delanteros muy pequeños y apenas había espacio entre las casas. Sabía que los patios traseros eran más grandes. Muchas de aquellas casas tenían piscina. Pero todas las casas estaban adosadas, dando su fachada a la calle, como si guardaran su intimidad detrás.

Caminé lentamente, dejando que los recuerdos afloraran a mi mente. Tenía compañeros de clase que vivían en esas casas. ¿Dónde estarían ahora? ¿Qué andarían haciendo? ¿Quién vivía y quién no? ¿Quién había triunfado? ¿Quién tenía hijos? ¿Quién era un alcohólico y quién un adúltero? ¿Quién era un desfalcador y quién se prostituía? Un barrio tan bonito debía de ocultar un montón de perversiones.

La noche invernal era más joven de lo que yo creía. Chicos vestidos con anoraks y armados con bolas de nieve jugaban en las calles. Todos se paraban y me miraban al pasar y yo podía oír sus murmullos. Se asombraban de que careciera de ropa de invierno. Especulaban sobre mi bastón. Se desafiaban entre sí a tirarme una bola de nieve, pero ninguno lo hizo. Yo llevaba la cabeza gacha, asumiendo la postura de una vieja bruja y seguía adelante, despacio. Ya no sentía el frío. Sólo sentía la calidez de los niños al pasar.

Las casas estaban iluminadas con colores cálidos. La luz amarilla se derramaba

por las ventanas hacia la noche negra y gris. Caminé a lo largo de la calle uno, luego doblé la esquina y caminé hasta la siguiente. A través de las cortinas corridas observaba a los habitantes del barrio mientras servían la cena, limpiaban las cocinas y encendían los televisores. Caminé y observé, escuchando los talones de mis botas sobre las heladas aceras.

Y entonces la vi. De pie ante la ventana de la sala de estar, con las manos cruzadas para mirar, más allá del reflejo del fuego, la noche que aguardaba en el exterior. Para mirarme a mí. Me detuve y la observé, arrobada por su belleza. Unas coletas negras miniatura sujetas por unos lazos rojos colgaban a los lados de su cabeza. Llevaba un vestidito blanco con corazones rojos estampados. Me pareció como si acabara de regresar de un viaje a casa de la abuela, o de algún lugar igual de especial e importante, y estaba despierta tan tarde porque estaba demasiado excitada para irse a dormir.

No podía tener más de cuatro años, y sus dienteillos de bebé me sonreían al mirarla. Me saludó con la mano y luego se volvió y echó a correr y al cabo de un momento una hermana mayor corrió las cortinas.

Rodeé la casa, temerosa de que la siguiente luz encendida se hallara en el segundo piso, pero estaba equivocada. El dormitorio de los niños se encontraba en la planta baja.

La miré ponerse un pijama rojo, con su barriguda redonda tan lisa como un tambor sobre las braguitas rojiblancas. Vi entrar a su madre y arrodillarse juntas al lado de la cama y rezar sus oraciones, luego la pequeña se metió en la cama mientras su madre le leía un cuento.

Me quedé afuera, de pie, firmemente plantada sobre la nieve, con los dedos agarrados al borde exterior del alféizar, mirando. Miraba el amor y la alegría que transpiraban, sabía que la niña estaba bien alimentada y eso aumentaba mi impaciencia.

Por fin la madre besó a la niña, apagó la luz y salió de la habitación. Empecé a examinar los marcos de las ventanas.

Tenía una contraventana exterior, sujeta por pestillos atornillados. Los hundí con el dedo y dejé la contraventana en el suelo. La ventana ulterior estaba cerrada, de modo que empecé a interpretar una música tranquila y amable.

Al cabo de pocos instantes, la niña abrió los ojos y yo recreé para ella la música de un circo, de la aprobación de mami, del entusiasmo y la diversión, un trato especial por tratarse de una niñita tan maravillosa. Salió de la cama y fue directa hacia la ventana, luego tuvo que volver a por una sillita para subirse y alcanzar el picaporte. Luchó con él. Su carita de querubín hacía muecas de esfuerzo, hasta que sonrió mientras la media luna se deslizaba a su alrededor.

Abrí la ventana y ella me miró con sus enormes ojos marrones.

—¿Es cierto? —susurró ella con un leve balbuceo.

Cuando yo asentí, se levantó de la silla y titubeó hasta su cama. Cogió la manta verde oscura de su cama y la sostuvo contra la cara —con el pulgar metido en la boca— y volvió de nuevo junto a la ventana. Me miró solemnemente durante un momento, se quitó el pulgar de la boca y levantó las manos hacia mí. Yo la saqué por la ventana y la cerré.

Ése era el calor que mi cuerpo necesitaba. Me senté con la espalda apoyada en la casa y abracé su voz aguda, envolviéndonos con la manta oscura. Continué la música para ella, tejiendo un hechizo mágico, llevándola al circo, a la feria, protegida y feliz, y ella, con el pulgar en la boca, gorjeaba tiernamente contra mi pecho.

Agaché la cabeza hasta su cuello, regordete y húmedo en ese pliegue. Era tan perfecto que no podía tolerar echarlo a perder, por muy famélica que estuviera. La idea de mordisquear, roer, desgarrar, parecía incompatible con mis sentimientos, con mi propósito, y mientras la probaba, dando pequeños lametazos, saboreando su excitación salada, pensé que tal vez podría, con mucho cuidado, absorber un largo pliegue de piel y dar un mordisco, atravesando y cogiendo la arteria en el lugar preciso.

Le mordí el cuello y escuché los gemidos de placer que surgían de su garganta mientras ella experimentaba los payasos y los caballos y las delicias del último sueño de la infancia, y cuando sentí que el pulso se hacía más fuerte, tiré de un gran montón de carne, luego lo mordí rauda y minuciosamente con mis incisivos y la sangre empezó a fluir.

¡Oh, que dulce melodía! Acuné a esa niña contra mi pecho, era tan pequeña que podía abrazarla toda, no necesitaba sentarme sobre su pecho ni forcejear con ella, ella vino a mí por su propia voluntad y totalmente confiada. La rodeé con ambos brazos en un apasionado abrazo mientras su fluido vital se vertía en mi cuerpo hambriento de calor y supe sus alegrías, sus juegos, las cuitas y problemas de su niñez. Era maravillosa.

Cuando estuvo vacía, continué abrazándola, acunándola, mientras su esencia fluía en mí, y supe que tenía la respuesta a mi vida: inocencia.

Inocencia. El sentimiento se agarró a mi garganta como una bufanda de lana rasposa. Inocencia. Nunca la había tenido. Nunca había experimentado la confianza ciega de la que había dado muestra esa niña al saltar por la ventana hacia mí. Yo había abusado de su confianza y la había dejado seca, sólo porque era inocente.

La inocencia fue su crimen. La inocencia fue su crimen y mi salvación. ¿Viviría mejor con la inocencia de mis víctimas que con los depravados y aniquiladores sueños de los adultos en los que se convertirían con el tiempo?

Sí.

Dejé a la niña, ahora una cáscara, una patética y ajada muñeca de trapo y la apoyé

en un lado, y al hacerlo vi dos precisas incisiones en un lado de su cuello —mi trabajo más pulcro hasta la fecha— y luego su rostro se enterró en la nieve, donde se desplomó, y no pude ver nada más.

Me envolví los hombros con la manta verde oscura, esperando conservar parte de la calidez que el parco bocado me había proporcionado, notando que con unos pocos arreglos me serviría de capa. Me cepillé la nieve de la espalda, encontré el bastón y de nuevo volvía a estar en mi camino.

Creo que Wilton guardó muy bien el secreto. No deseaban desatar el pánico ni nada parecido, pero si hubieran sido un poco menos reservados, yo lo hubiera sabido y hubiera podido evitarlo... bueno, no lo sé. Murieron un montón de niños. Angelina era despiadada.

Un monstruo, eso es lo que era, un monstruo. El informe sobre el coche robado no relacionó Pennsylvania con Nuevo México hasta la primavera. Y para entonces...

Bueno, para entonces, Angelina se había deformado, más allá de cualquier posible reconocimiento. Pero yo la conocía.

Yo la conocía.

Me hice un precioso hogar para mí sola en el sótano. Ordené las cosas bajo la escalera y en el silencio sepulcral de la noche llevé tablas de madera y cosas para construirme un espacio privado, un lugar íntimo, cómodo y personal. Construí un lugar donde pudiera escapar de los pesares de la luz, de ser descubierta... allí donde el lustre ebúrneo de mi rostro no atrajera la atención mientras dormía en las sombras. Me construí una caja.

Mi vestuario mejoró pues yo saqueaba de aquí y de allí; me encantaba merodear en los vestíbulos de los hogares en los que me infiltraba. Disfrutaba con los armarios, los sótanos y los niños de los moradores, variaba un poco los muebles de lugar hasta dejarlos más a mi gusto, descansando y disfrutando de un libro, a veces en la biblioteca, después de desayunar.

Sin embargo, nada me fascinó tanto como la familia que vivía en el piso de arriba. No me atrevía a hacerles daño, eran tan íntimos, tan queridos. Mis visitas nocturnas se convirtieron en una costumbre. Disfruté de la mujer con un asomo de celos perversos. Era tan hermosa, tan cordial y completa, y disfrutaba de una vida activa y satisfactoria con su compañero a la luz del día. Me gustaba jugar con ella y a veces con él, aprendiendo sobre los hombres y las mujeres, aprendiendo sobre aquello que les excitaba. Me intrigaban particularmente sus reacciones sexuales, pues eso es lo que induce a los humanos a reproducirse.

Me sentaba junto a la niña y le alisaba el cabello de la frente redondeada y le concedía bonitos sueños mientras la miraba respirar, miraba el destello de sus ojos bajo los párpados. Mentalmente le había dado el nombre de Diana, diosa de la luna, diosa de la caza, de todo lo que es sagrado.

Al niño lo llamaba Daniel, porque parecía no tenerme ningún miedo. Él siempre estaba en guardia, tenía el sueño ligero, sólo perdía la conciencia cuando yo interpretaba la música. Examiné a Daniel cada noche, como hacía con todos los habitantes de las casas que visitaba... excepto con Diana, claro. Diana era la pureza inviolada. Examinaba a Daniel cada noche, tocando, inspeccionando, observando sus reacciones, sus respuestas. La música cambiaba automáticamente, anticipándose a las necesidades de sus sueños, sumiendo su conciencia en un profundo trance.

Yo disfrutaba de esa música nocturna mientras jugaba con su carne y sus sonrisas de durmiente, y dulces gemidos de placer constituían el contrapunto melódico para mis oídos. ¡Que sinfonías creábamos juntos! Aprendía a tocar el cuerpo de Daniel como un instrumento musical y a pesar de su inconsciencia crecimos muy juntos. Yo sabía que él me conocía. Yo había invadido sus sueños y él me conocía.

Con el tiempo su trance se intensificaba con sólo entrar en su habitación. Su cuerpo respondía automáticamente a mi presencia, con lo cual los acontecimientos

habían tomado un curso delicioso.

Y yo pensé que si él me conocía, él me amaba.

Noche tras noche me resistía a la tentación de despertarlo. Deseaba sentarme y charlar con él, simplemente estar juntos en la oscuridad de la noche, nuestra sociedad secreta de dos, sólo descubrirnos el uno al otro y estar juntos.

Nunca debí haber sucumbido, pero la soledad se hizo tan grande, ante ese modo de vida de aislamiento extremo que el control definitivo sobre mis víctimas me dejaba sin compañía de ningún tipo. Un sentimiento nuevo crecía en mí, una clase de hambre distinta, un ansia por alguien que fuera como yo, o pudiera ser como yo. Quería a alguien con el que pudiera compartir, pues aunque yo era una criatura de la noche —alguien cuya voluntad se había volcado hacia la oscuridad— aún sentía, aspiraba, deseaba.

Había otros seres de la noche. Los había visto: sombras moviéndose. No sabía si eran como yo. No tenía ni idea, pues los evitaba a todos. No deseaba nada de lo que ellos tenían. Sólo deseaba la calidez y los vivos, los que tenían carne succulenta, eran los únicos que podían darme esa calidez. Dudo que la compañía de cualquiera perteneciente a la miríada de compulsivos de la noche hubiera saciado mi apetito de conversación.

Sabía que llegaría un tiempo en el que encontraría a alguien a quien pudiera enseñar, alguien que viera en mí algo de sus aspiraciones, y yo miraba a ese muchacho y deseaba que fuera él. Tenía tantas ganas de caminar con él, enseñarle todo lo que había aprendido, compartir mi vida... Una noche, la tentación, el deseo de compañía, fue superior a mis fuerzas y lo desperté.

Lo hice despacio. Mi control era absoluto. Interpretando una escala musical podía devolverlo al sueño. Deseaba que él se acostumbrara, tal vez, de un modo gradual, al cabo de varias noches, a que yo estuviera allí, con él, en persona.

Sentí despertar su conciencia; me latía fuerte el corazón de ansiedad. Iba a despertar a mi amante, iba a estar realmente con él, conversar con él, en verdad, en la vida real, como había hecho tantas veces en mis fantasías.

Me senté a su lado, con las piernas colgando al borde de la litera de arriba y recorrí con el dedo la línea familiar que trazaba su vello claro desde el ombligo, mientras él recuperaba la conciencia lentamente, paso a paso.

Se sorprendió tanto al verme por fin, a la chica de sus sueños, a su compañera nocturna, la que había compartido esos momentos eróticos con él. Estaría tan complacido. Apenas podía esperar. La anticipación hacía temblar mis órganos internos hasta que pensé que me iba a dar un ataque. Era él, él era el único, él era el compañero de mi vida. Seguramente ese chico me elegiría.

Parpadeó y luego abrió los ojos, desenfocados. Los volvió a cerrar, a medida que yo arremolinaba la música hacia un estado de semiinconsciencia. La habitación se

hallaba a oscuras, había luna nueva, poco podía ver en la penumbra.

Volvió a abrir los ojos y me vio. Yo relajé la vigilancia, esperando que me dirigiera la primera sonrisa somnolienta, el reconocimiento del amado, pero su reacción no revistió la ternura que yo esperaba. Al verme abrió la boca de horror, llenó los pulmones, presto a gritar y sus ojos marrones se engrandecieron de espanto. En mi sorpresa, dudé un momento, sin saber qué hacer. Mi primer impulso fue sofocar al mocoso con su propia almohada, pero su forcejeo me habría tirado al suelo.

La música. Fabriqué una alta y poderosa, y el niño perdió la conciencia de inmediato.

Sudaba y me temblaban las piernas. El chico lo recordaría. No podía borrar mi acto de estupidez. Qué loca había sido.

No había nadie como yo.

Me quedé allí de pie, a su lado, hasta que noté la llamada del alba.

Le acaricié la espalda e interpreté notas profundas y oscuras de sueño relajado para él, con la esperanza de que se despertara medio drogado por el sueño y confundiera mi desatino con una simple noche de terror.

O podía matarlo.

No. Esa casa debía conservarse sagrada, nadie debía examinar el sótano en busca de pistas.

El alba despuntaba y di una palmadita a mi Daniel en la mejilla, luego salté con agilidad de la cama. Me envolví en mi manto verde oscuro y, sintiéndome más sola que nunca, me arrastré hasta el sótano, para meterme en mi sucia caja provisional debajo de la escalera y tumbarme, plácidamente, en espera de la noche siguiente.

Cuando me desperté, un crucifijo colgaba de la escalera directamente sobre mi caja.

Noté el cambio que experimentaba Wilton. Interesante, una ciudad asediada. Primero olí la paranoia que flotaba como una espesa niebla sobre las calles y en torno a los hogares. Nadie caminaba por la calle después de anochecer. Ningún niño jugaba en las agradables tardes de primavera. Las puertas estaban cerradas y las cortinas echadas. Toda la ciudad se retraía en una especie de luto privado.

Entonces salió la policía y los vigilantes. Al principio caminaba por las calles sin temerlos, pues ellos veían mi silueta y me juzgaban inofensiva. Pero a medida que persistía en mis incursiones nocturnas, a medida que las desgraciadas víctimas seguían abriéndome las puertas cerradas de su reino, los hombres empezaron a reunir su temor en grupos y en mí se despertó algún recuerdo antiguo y empecé a tenerles miedo. Los veía, quietos en grupos o vagando por las calles, en silencio, discretamente armados. Sus negras siluetas recortadas por la luz de las farolas o de las estrellas me recordaban aldeanos con antorchas. A través de un creciente sentido

de eternidad, mezclando el pasado con el presente y con el futuro, mis ojos contemplaron padres, hermanos y abuelos frenéticos, desolados y preocupados, pero mi imaginación veía a los cazadores, a la muchedumbre linchadora y a los grupos furiosos e iracundos que se convertían en monstruosos.

Yo bailaba alrededor de ellos, ocultándome tras los árboles, los matorrales, tras las esquinas de las casas. Bailaba alrededor de su impotencia, sabiendo que mi tiempo en Wilton se estaba acabando, sin embargo dilatándolo más allá de los límites del sentido común. Hacía un mes que debía haber salido de Wilton, pero no fue así. No podía soportar abandonar a mi Diana, a mi Daniel. A mi hogar, a mi tierra. Tendría más cuidado.

Y entonces desperté a Daniel, como una idiota, y la noche siguiente encontré un crucifijo colgado sobre donde yo dormía.

Había sido obra de Daniel, lo supe al instante. Me amaba demasiado como para entregarme a la muchedumbre que me destrozaría, Daniel sabía demasiado. No, estaba claro que pretendía inmovilizarme con ese ridículo esfuerzo, como para hablar conmigo, para controlarme... a su propio súcubo que vivía en su sótano. Su secreto. El secreto que mi Daniel y yo compartíamos.

Descolgué el crucifijo y lo examiné mientras escuchaba los sonidos procedentes del piso de arriba. Sin duda, había pertenecido a su madre. Pensé en esperarle, pero luego supe que nunca bajaría mientras su familia estuviera despierta; Daniel esperaría a que se hubieran dormido. Nos reuniríamos en la oscuridad de la noche. Me daba tiempo a salir y regresar.

Salí sigilosamente por la puerta y sentí la ligera lluvia brumosa que caía a mi alrededor. La tierra se había vuelto verde en las últimas semanas y el fresco olor a tierra húmeda, a raíces podridas y a la descomposición del invierno flotaba perezosamente en el aire entre las gotas de lluvia. La paranoia de la ciudad ronroneaba a mis pies como un gato hambriento y yo sonreía para mí, sabiendo que la adrenalina añadía más sabor.

Sin embargo, esa noche había un olor nuevo en el aire y era miedo. Una sola y afilada nota acre de miedo fluía claramente a través de la carrera de obstáculos de la bruma. Alguien andaba afuera, asustado. Alguien cercano.

Me envolví en mi capa para resguardarme de la lluvia y eché a andar.

Por fin Angelina y yo estábamos en la misma ciudad al mismo tiempo. Ella estaba en Wilton, es verdad. Asesinando niños. Asesinando niños indefensos. ¡Dios!

Sabía que estaba en Wilton, pero no sabía dónde. Trabajábamos en silenciosa desesperación, el alcalde y yo. Yo intentaba permanecer en la sombra hasta comprobar toda la información... no podía soportar que se me volviera a escabullir.

La ciudad era presa del pánico, pero por fin sentía que mi cerco se estrechaba en

torno a ella. Intenté hacer las cosas metódicamente, como se hace en una cacería. Ellos estaban impacientes. Pero yo no tenía ninguna autoridad, así que, mientras yo clasificaba la información, ellos le tendieron una trampa.

Seguí el olor a miedo durante dos manzanas. El olor se agudizó y se centró y empecé a sospechar. En Wilton ya nadie andaba por la calle después de anocheecer. Nadie. Todos se quedaban dentro, encerrados con llave con su aire acondicionado y su miedo, respirando los vapores de su propia desesperación.

¿Por qué, pues, podía oler el silencio histérico de una niña... allí afuera?

Me oculté en la sombra de una casa y pensé. La atracción de la humanidad de la niña era poderosa: el olor me hacía latir las ventanas de la nariz, empecé a segregara saliva. Pero había algo que no encajaba.

Azucé el resto de mis sentidos, intentando desentrañar mi reticencia a ese cándido y fácil alimento. Como una antena de radio, dirigí mi foco en toda la zona y saqué la única conclusión a la que podía llegar: se trataba de una trampa.

Me llenó de indignación. ¡Cómo se atrevían a considerarme tan estúpida! Dejan a su bocadito de carne tentadora sufrir toda la noche y que la torturen las pesadillas durante el resto de su vida... yo no la tocaría, no caería en su patética estratagema.

Apoyé la mano en la casa de cuya sombra disfrutaba para sentir las vibraciones de la familia que estaba dentro. Esta casa, pensé. Ésta es la casa que poseeré esta noche. Y disfrutaré de cada uno de sus moradores.

Escuché más con la mano y esperé a que la casa se quedara en silencio. Entonces, utilizando la música, persuadí al marido de que me abriera la puerta. Entré en el recibidor. La esposa aguardaba su maldita recompensa en el lecho matrimonial y los gemelos de los que ávidamente daría cuenta se arrojaron sobre ella. Todo el rato mi indignación aumentaba y decaía. Estaba verdaderamente herida porque los padres de esta comunidad fueran unos cretinos tan insensibles. Bueno, eso les daría algo de qué hablar entre ellos.

Cuando terminé, me senté tranquilamente en la sala de estar, sabiendo que me había propasado, empachado. Mi cuerpo estaba terriblemente incómodo. Me senté cuidadosamente, con la esperanza de no devolverlo todo en la alfombra que tenía ante mí. De modo que me quedé allí, esperando a que desapareciese la sensación de empacho, esperando a que llegara la paz, esperando la calidez, esperando.

Pero en lugar de la paz llegó la tristeza, tristeza por esa familia, tristeza porque mis únicos compañeros fueran víctimas drogadas por la música. Tristeza porque en la vida no había otra cosa para mí y no había nadie con quien compartirla. No era una sensación nueva, pero su intensidad era abrumadora. La desazón me inmovilizó mientras pensaba en mi vida y mi peculiar sentido de la eternidad le confería una continuidad más allá de cualquier previo brote de nostalgia. Veía la extraordinaria inevitabilidad de mi situación, veía que incluso las cosas que leía, soñaba, pensaba y hacía de niña se aproximaban a su conclusión natural. La conclusión lógica era yo,

sentada educadamente, otra vez enferma, en el sofá de una familia de extraños muertos.

Mi eterna visión de futuro estaba distorsionada. Miraba a través de capas y capas de cristal, cada una de las cuales imprimía a la escena su distorsión particular, la suma de todas las pantallas se volvía casi opaca en el futuro lejano y sabía que mis acciones de esa noche y cada momento de mi vida, determinaban la dirección que mi vida tomaría en esa fantástica casa de la risa del futuro. No había nada planeado, nada predeterminado. Tendencias, hábitos y preferencias estaban programadas en el argumento de la vida, pero las decisiones finales me correspondían a mí.

Ésta era la parte más triste, pues yo ya no tenía alternativa. No podía volver atrás. Nunca podría adoptar la vida de un ser humano normal, ni siquiera de un humano tullido. Había traspasado el umbral con Sarah hacía unos meses y ahora se había alterado hasta mi ser físico. Poseía esos dones, esos poderes...

No. Yo había elegido mi sendero y lo seguiría.

El estómago se me asentó un poco mientras volvía a pensar en las cuatro personas cuyos espíritus estaban reunidos en la eternidad conmigo. Yo guardaba su conocimiento, su sabiduría. Con cada nueva muerte, las voces anteriores amainaban, pero aún las oía en mi mente... en el coro del Hades. La muerte había sido automática, no hubo ninguna diversión en ella. La había perpetrado como venganza a la trampa que me habían tendido los incompetentes vigilantes, uno de los cuales estaba dispuesto a sacrificar a su hija. ¡Qué repugnante!

¿Repugnante, Angelina? Disparar a un pez en un barril es repugnante también para el deportista.

Pero yo no soy ninguna deportista. Yo mato para sobrevivir.

Propasarme en los asesinatos fue excesivo. Has desperdiciado la noche, desperdiciado.

Me levanté del sofá y empecé a vagar por la habitación. Fui al dormitorio de la mujer, vi a los niños esparcidos sobre ella como marionetas rotas. Algo me atrajo hasta el baño y entré en él, con precaución.

Me atraía el aroma del jabón de lavanda. La mujer se bañaba con jabón de lavanda. Lo había olido en su piel. Tal vez ésa era la razón de mi melancolía insondable. Jabón de lavanda. Alice usaba jabón de lavanda. Yo también pero había dejado mi última pastilla en casa de Lewis y no lo había olido desde entonces.

Lentamente me desaté la capa y la dejé caer al suelo. Me quité las botas, los calcetines, los pantalones y la camisa. Mi cuerpo, delgado y pálido, resplandecía en la penumbra. Abrí el grifo de la ducha, me metí en ella y sentí que el agua me lavaba, pero su calor no me calentaba.

El jabón no hacía espuma. Me froté frenéticamente la piel con él, pero no dejaba aroma. Me restregué, cada vez más desesperada, nada. Me hundí otro peldaño en la

sombría depresión.

Cerré el grifo del agua y salí de la ducha, secándome sin notar siquiera que me había mojado. Fui hacia el armario y encontré ropa interior negra limpia, que resaltaba contra mi piel absolutamente blanca. Ella también tenía un jersey negro y unos pantalones de seda negra.

Estaba contemplándome en el espejo cuando oí un ruido en la cocina. Automáticamente caí en el sofá, empecé la música, ocultándome de la vista, de las miradas y, mientras me concentraba en la música, en el latido de mi corazón, en escrutar la casa en busca de intrusos, de la causa del ruido, vi desaparecer mi reflejo en el espejo.

Yo no era real.

Mi subconsciente juzgó que el ruido era la caída natural de algo, nada que temer. Me aposté ante el espejo, elevé y descendí la música y observé mi reflejo aparecer y desaparecer. Ya no era algo con materia. Ya no era real. En algún momento había traspasado la línea física que separa la vida de la sombra... Había otros como yo que pasaban ante mí en las sombras de la noche. Lo mismo debía parecerles yo a ellos.

Pero Daniel... Daniel me había visto... ¿o no?

¿Qué hizo Daniel al verme?

Volví la mirada hacia los tres cadáveres sobre la cama.

Ellos no eran nada. Eran patéticos. Ni siquiera Daniel era algo, sólo un chaval, un chico, mortal y asustado. Afuera, en algún lugar, estaba mi víctima ideal. Afuera, en algún lugar, estaba la persona por quien pondría mi existencia en peligro. En algún momento de mi futuro tendría lugar un combate de voluntades y el botín sería para el vencedor. En eso consiste la vida hoy, Angelina, pensé. Supervivencia. Perpetuación de las especies. En algún lugar existe la víctima perfecta cuya voluntad, cuando sea vencida, luchará conmigo a muerte y esa lucha significará su vida. La vida en la eternidad. Sí. Una compañía en la eternidad.

La esperanza alivió mi perspectiva durante un momento. Ahora me sentía capaz. Estaba preparada. Era prolífica.

Aún sintiéndome pesada debido a mis excesos, me envolví en la capa y salí afuera, escuchando los sonidos del barrio. La lluvia había cesado, dejando las calles relucientes. El olor a miedo aún flotaba nítido en el aire, pero ya no era agudo ni acre.

La niña de la trampa sabía de algún modo que el peligro casi había pasado.

Deseaba irme a casa, meterme tranquilamente en mi ataúd, sin embargo me picaba la curiosidad, me guiaba hacia la acumulación de hombres. Creo que tenía que demostrar mi superioridad. Y los límites de mi irrealidad.

Sabía exactamente dónde se encontraban. Sus auras iluminaban de rojo el porche de una casa al final de la manzana. Me embocé en la capa y elevé la música, sintiéndome sólida y competente, y caminé por en medio de la calle hacia ellos. Oía

el ruido del bastón y el de los tacones de mis botas. Levanté la cabeza y les desafié a verme.

La niña, como un señuelo, estaba apostada en el lindero del césped. Arropada en un saco de dormir, del que sólo le sobresalía la coronilla. Estaba durmiendo, pero su sueño era intranquilo; la idea de que su padre y sus muchos amigos la vigilaban nunca se alejaba de su mente.

Caminé despacio por el centro de la calle, deteniéndome delante de la niña. Giré a su alrededor, arrastrando los pies sobre el pavimento lleno de arenilla mojada, levantando la capa a mi alrededor al andar.

El color del aura que rodeaba el porche cambió. Ellos me notaron.

—Escuchad —oí que decía un hombre.

—Yo no oigo nada.

—Cállate.

—¿Qué has oído?

—¡Cierra la jodida boca!

—Yo vi una sombra.

—¿Dónde?

—Allí afuera.

—¿Os vais a callar de una vez, tíos?

Disfruté muchísimo con ellos. Elevé la música y bailé en la calle. Giraba cada vez más rápido, sabiendo que yo ya no era real, sabiendo y odiando el hecho de que nunca más volvería a entrar en calor, sabiendo que mis heladas y exangües aletas de la nariz nunca volverían a oler un asado y que mis gélidos dedos nunca volverían a sentir la textura de nada que no fuera carne viva; había cambiado los sentidos de la vida por las nuevas experiencias sensuales del erial eterno y bailaba con ellas, bailaba con el frenesí de los malditos.

Luego me detuve y, aunque no podían verme ni oírme ni sabían exactamente dónde estaba, sabían que yo estaba allí... y me paré y metí mi frío dedo en la oreja de la niña-señuelo.

Se levantó chillando como una histérica, chillando sin parar, y los hombres llegaron en tromba desde el porche, agitando armas y linternas en un caos perverso. Los miré con tristeza, me envolví en la capa y regresé tranquilamente a casa.

Me metí en silencio en mi ataúd, olvidando por completo a Daniel y a su crucifijo. Me quedé despierta varias horas, recreando la escena en mi mente, enojada e inquieta, intentando captar una esencia que revoloteaba, algo que se me había escapado, un elemento importante de esa noche que me estaba perdiendo, me estaba perdiendo debido a mis excesos e indulgencias.

Yacía en el frío suelo de cemento, no estaba triste, pero tampoco contenta con la revelación de mi nueva naturaleza, sólo tenía frío y me sentía sola, y esperaba que

llegara el sueño y borrara mis pensamientos.

Y cuando me desperté, oí a Boyd.

Al día siguiente fueron los funerales. Los funerales de los niños. Seis ataúdes de niño alineados en el cementerio, todos tapados por idénticas mantas de flores.

Que extraño funeral. No vi emoción, ni siquiera en los padres de los niños que enterramos. Mientras el sacerdote celebraba la ceremonia, miré a mi alrededor a las caras de la gente de la multitud y todas estaban surcadas por profundas líneas, como si hubieran sido rajadas por hojas de afeitar. No había conversaciones, ni charlas, ni lágrimas, ni nada. En unos meses habían dejado seca a esa ciudad. Seca.

Después del funeral, convocamos otra reunión. Allí fue donde afloró la emoción y se desbordó en ira. Ella había asesinado a otras cuatro personas la noche anterior. Sabía lo de la trampa: los tipos que la tendieron incluso creyeron verla, pero no estaban seguros... Ellos no tenían ni idea de con quién estaban tratando. Ni, en realidad, yo tampoco.

De cualquier modo, era jueves o viernes... no lo recuerdo con exactitud, sólo recuerdo que era un día de escuela y convocamos la reunión en el terreno de la feria, justo en las afueras de Wilton. Allí debía estar toda la ciudad, dividida en grupos. Era una multitud iracunda y no tenía en quién descargar su ira, de modo que la expresaban unos contra otros.

Un grupo quería llamar a la Guardia Nacional. Otro grupo quería llamar al papa. Un tipo nos dio un plazo. Dijo que acudiría a la prensa nacional a vender su historia y la del monstruo chupasangre de Wilton el lunes. Si deseábamos guardar silencio, teníamos hasta el lunes. La gente que se beneficiaría de una ciudad llena de gilipuetas quería llamar a la prensa en cualquier caso. La policía y el alcalde sólo querían contárselo a la gente que pudiera colaborar.

Era un desastre. Una ciudad entera unida sólo en el miedo.

Yo sólo deseaba encontrar el escondite de Angelina antes de que se mudara.

Y entonces lo vi. Un niño, merodeando en los límites de la multitud. La expresión de su rostro era arrogante y su actitud altanera. El niño sabía dónde estaba Angelina, yo estaba seguro de ello.

Pero cuando me presenté y hablé con ellos de lo que sabía sobre Angelina, y les conté a los ciudadanos de Wilton sobre los años que llevaba siguiéndole la pista y lo que había descubierto en su busca, me hicieron demasiadas preguntas y tuve que dar muchas explicaciones. No podía dejar de mirarlo.

Era un niño, el único que había allí. En Wilton, en aquellos días ningún niño se quedaba en casa sin ir a la escuela. Los acompañaban de aquí para allá y no dejaban a ninguno solo ni en casa. Salvo a ese niño. El sabía algo, tenía que saberlo.

El miedo que sentí al despertarme era una presión indolora, claramente reconocible como miedo, sólo que no presentaba reacción física como ocurre con los mortales, con reacciones normales. Como el dolor de piernas, que se había convertido en una pesadez física, así el miedo era una sensación de pesadez, de presión.

Tenía frío y me sentía transparente, tranquila e inteligente. Había demorado demasiado tiempo en Wilton y ahora me pisaban los talones, me buscaba el mejor. Mis sentidos volvieron a la vida, agudizados por ese temor.

Boyd había venido a por mí.

Boyd. Pensar en él me trajo recuerdos, extraños recuerdos que parecían inmersos en la confusión, pero pertenecían a otro tiempo, a otra época; los experimentaba otra Angelina.

Boyd. ¿Cómo sería volver a verlo, hablar con él, estar cerca de él?

¿Podríamos cazar juntos, Boyd y yo?

Sí, Angelina, me dije a mí misma. Boyd está cazando. Te está cazando a ti.

Di por concluidas mis ideas —¿románticas?— y empecé a trazar un plan. Había llegado la hora de mudarse. Tal vez había cometido errores en Wilton que no habría cometido en otro lugar. Tal vez cambiaría de hábitos. Había llegado el momento de poner fin a mis fantasías pueriles. Había llegado el momento de ceder sólo lo suficiente como para asegurarme la supervivencia y dedicar mis energías a descubrir un compañero, un amigo, un confidente, un camarada.

Un amante de la noche.

Me moví para salir de mi celda de dormir, pero algo había cambiado. Noté que las paredes que me rodeaban eran distintas, eran sólidas. Empujé la tapadera con todas mis fuerzas, pero no se movió. Me atenazó el miedo, dejé de forcejear y empecé a pensar.

Daniel. Desde luego. El sabía que yo estaba allí y me había dicho que lo sabía; había colgado el crucifijo para alertarme y estúpidamente yo no había hecho nada al respecto. Y ahora, mientras dormía, me había aprisionado, me había claveteado dentro de un ataúd recién construido.

Abrirme paso a golpes habría sido alertar a toda la casa. Además, estaba por ver si podría liberarme yo sola. La construcción parecía resistente. La caja era sólida. Si hacía mucho ruido, seguramente los padres acudirían a liberarme. No. Daniel les convencería de lo contrario y tendría que vérmelas con alguien más que con Daniel. Yo podía manejar a Daniel si estaba solo.

Intenté la música, pero la caja no capitulaba a los acordes de la melodía ni a mi falta de materia. Yo aún era enteramente sólida, sólo que poseía un aspecto algo vago cuando fluía la música.

Intenté localizar a Daniel y obligarlo mediante la música a acudir a mí, a liberarme, pero no había nadie en casa. Busqué por toda la casa, ni un solo latido, ni una respiración, ni una célula viva en el edificio.

Daniel había sido más listo que yo. Se había aprovechado de mi debilidad y ganado la primera mano. Lo pagaría caro. Lo pagaría caro.

Di un fuerte golpe a la madera e hice una mueca ante el estruendo que retumbó en el espacio cerrado. Sería imposible escapar. A regañadientes, me tumbé hacia atrás a esperar, con las manos en el pecho en la más cómoda posición de descanso. El crucifijo descansaba allí, frío en mi pecho. Jugueteeé con él, acariciando la cadenita de oro, deslizando mi pulgar sobre las rayas entrecruzadas del anverso.

Sentí furia.

El chico lo pagaría caro.

El niño desapareció antes que pudiera llegar hasta él. Nadie más parecía haberlo visto, al menos nadie pudo decirme quién era. Después de la reunión en los terrenos de la feria, todos estaban enardecidos. Les dijimos que se fueran todos a casa y miraran en sus sótanos y garajes y en los remolques de los coches viejos fuera de servicio. Angelina debía de estar oculta en alguna parte. Eso contribuyó a dispersar su agitación de masa enfurecida. Les dio algo que hacer en lugar de regodearse en su impotencia. Regresé a casa del alcalde, donde habíamos establecido una especie de cuartel general temporal.

Justo antes del crepúsculo, cuando empezaban a encenderse las farolas de la ciudad, empezaron a congregarse las familias por cuestión de seguridad. Creamos refugios en las escuelas y en las iglesias. Nadie se quedó en casa. Los niños reían y jugaban, pensando que esa reunión de populacho atontado se trataba de una celebración, mientras los adultos se apretujaban de un miedo tan físico que podía olerse.

Yo estaba tomando un café en el porche del alcalde, asintiendo y haciendo señas a los tipos que pasaban por delante con mantas, comida y niños, cuando el mismo chico llegó corriendo calle abajo y subió directamente al porche, cerrando la cristalera de un portazo. Se quedó allí de pie, sofocado, jadeante, y tuvo que respirar hondo durante un minuto o dos antes de poder hablar. Tenía la feroz mirada de un conejo asustado.

La señora Haskill, la esposa del alcalde, salió, vio quién era y dijo:

—¡William! —Le miró con una serena curiosidad reflejada en el rostro—. Siéntate aquí, Will. Te traeré un vaso de zumo.

—No, gracias, señora —respondió Will, aspirando hondas bocanadas de aire—. Sólo necesito hablar con...

Me señaló con un movimiento de cabeza.

—Boyd —le dije.

—El señor Boyd. ¡Por favor, señora Haskill!

Necesitaba privacidad desesperadamente.

—Muy bien, por supuesto —y cerró la puerta tras ella.

—Siéntate aquí, Will.

—No, gracias, señor. La he atrapado. La he atrapado. He atrapado a la asesina. La he metido en una caja en mi sótano.

—¿Qué has hecho?

—Ella asesinó a todas esas personas. Asesinó a nuestros vecinos. Yo pude haberla detenido, pero no lo hice. Yo sabía que estaba allí abajo, me despertó la otra noche y le puse el crucifijo de mamá encima, pero ella se levantó por la noche y asesinó a esa familia. No lo supe hasta la reunión que hubo en el terreno de la feria, entonces me fui de allí, fui a la tienda de papá y construí una caja grande y fuerte. Ella nunca saldrá de allí, señor, yo la metí allí y ahora estoy aterrado. Estoy aterrado. Ella se despertará a la puesta de sol, ¿no es cierto? Y sabe que fui yo quien lo hizo. Ella me despertó una noche, estaba sentada en mi cama... —el muchacho empezó a llorar—. Oh Dios, fue horrible.

Le di al chico una palmada en el hombro y le dejé solo un momento mientras iba a por un pañuelo de papel y el zumo que la señora Haskill había preparado. Cuando regresé, estaba sollozando, con la cara aún sofocada y los ojos abiertos como platos.

—Muy bien, Will —le dije después de que tragara un poco de zumo y se sonara la nariz—. Dime cómo era ella.

—Delgada. Pequeña y rubia. Enjuta. Muy ligera, tuve que cogerla en brazos para meterla en la caja. Muy menuda, huesuda y fría. Fría como el cemento húmedo. Pero ligera —se estremeció—. Ella dormía en una especie de fortín que había construido debajo de la escalera de nuestra casa. Tuve que dismantelar eso y sacarla de allí, luego la metí en la caja y ella ni siquiera pestañeó. Habría creído que estaba muerta, pero ella era tan...

El chiquillo movió los brazos.

—¿Flexible?

—Sí —volvió a su zumo—. Yo temía que despertara. Un poco más y no lo logro de lo asustado que estaba —se frotó la piel de gallina de sus brazos—. Era casi bonita, sabe, quiero decir, podía ver donde...

—Sí —dije—. Ya sé.

—Así que esperaremos a que amanezca y luego le clavaremos una estaca en el corazón, ¿verdad?

Hasta ese momento no me percaté de la locura que se había cebado en esa ciudad. Ante mí estaba un jovencito de unos catorce años, hablando de clavar una estaca en el corazón de Angelina. Probablemente también quería cortarle la cabeza y

rellenarla de ajos. Dios. Pero no debí sorprenderme. Toda la ciudad participaba de una caza de brujas. Abundaba la superstición, había brujos, y encantamientos colgados de cada puerta y alrededor del cuello de todos. Se trataba de gente que predecía —por dinero, claro está— quién sería el próximo. Incluso oí que algunos rajaban gallinas para leer el futuro en sus entrañas. Intenté ignorar todo eso, salvo cuando Will me dijo que se escondía en su casa. Sabía que tenía que actuar con muchísimo cuidado para evitar una catástrofe.

—No, Will, las cosas no se hacen así. Ella es una persona, como tú y como yo.

—No, no lo es.

—Sólo está enferma, eso es todo.

Miró al suelo y restregó los pies.

—Pues, ¿qué vamos a hacer?

—¿No has dicho que está a buen recaudo?

El chico asintió.

—Bueno, entonces esperaremos hasta mañana y la sacaremos. Y luego mañana por la noche, cuando se despierte, hablaremos con ella.

—Estáis locos.

—La conozco, Will. Ya has visto tú mismo lo pequeña que es. ¿No crees que tú y yo podemos manejarla?

Me miró con sus ojos grandes y vi un poco de mí mismo en ese chico.

—No creo que nadie pueda manejarla —dijo.

Avanzaba la noche. Me encontraba en una caja extraña, inmovilizada y furiosa, indefensa y desesperada, de modo que aguardé. Aguardé. Mientras estuve allí aguardando, mis dedos se familiarizaron íntimamente con la crucecita de oro.

Esperé toda la noche. Nadie entró en la casa, ni se acercó. Desplegué mi conciencia, la hice vagar por la casa, por el barrio, en busca de Boyd, pues seguramente él estaba detrás de esa degradación. En mi estado de impotencia, el creciente torbellino de miedo me enloqueció.

¿No puedes enfrentarte a mí, Boyd? ¿Has tenido que enviar a un niño a hacer tu trabajo durante el día, a encadenarme mientras dormía? Me has seguido, has intentado cazarme, has seguido mi rastro durante años, Boyd, con tu actitud autosuficiente, y cuando llega el momento decisivo, ¿no te atreves a hacerlo tú mismo?

Tengo poco interés en tus maneras insignificantes, Boyd. Hombres mejores que tú han muerto bajo mis amorosas caricias y estuvieron agradecidos por ello. Libérame y veámonos.

Si te atreves.

Will y yo hablamos en mitad de la noche, luego la señora Haskill nos dio unas mantas y dormimos en los sofás cama fuera en el porche. Oí la respiración del chico un buen rato antes de que le venciera el sueño. Me quedé despierto mucho más tiempo. Sabiendo que Angelina estaba encajonada e indefensa en un lugar nada cómodo. Sabía que la ciudad estaba a salvo de ella durante la noche, pero notaba su presencia, notaba su horrible y casi inhumana ira y supe que, cuando la liberara, sería muy difícil tratar con ella. Teníamos que hacerlo bien, con cuidado y sin provocar el pánico en la ciudad.

Cuando podamos demostrarles que sólo es Angelina, sólo una muchachito perturbada y no un monstruo legendario de Transilvania, entonces se calmarán. Pero si acuden en masa al sótano de Will, tendremos muchos problemas.

Casi podía verla, encerrada en esa caja oscura. Cada vez que cerraba los ojos, veía su cara, con los ojos abiertos, irradiando una luminiscencia propia, la piel flaca y lustrosa, muy tensa, demasiado pálida, sobre huesos afilados. La veía y veía sus labios —eran exangües— veía esos labios terriblemente blancos curvados en una sonrisa mientras sus ojos destellaban en reconocimiento y pronunciaban mi nombre: «Boyd».

Me senté rápidamente, sintiendo como me subía la bilis y el sudor empapaba mi rostro. Debí dormirme, aunque no recuerdo haberlo hecho. La voz de mi sueño

seguía revoloteando en mi cabeza, pero no era más que un mal sueño. Angelina no se parecía en absoluto a esa... esa... grotesca calavera viviente que había imaginado en mi sueño.

Me tapé con la manta y volví a tumbarme. La mañana llegaría lo bastante pronto como para arreglar ese asunto.

Al día siguiente, los ciudadanos de Wilton estaban frenéticos de alivio. Por primera vez en más de cuatro meses había transcurrido una noche sin que se produjeran asesinatos. Intenté disfrutar de su alegría sin perder la razón. Les imploré que no se relajaran en la vigilia, pero no hubo manera. Como ciudadanos oprimidos que nunca pierden su esperanza, su optimismo, estaban convencidos de que la plaga había acabado, la pesadilla había concluido, y salieron felices en busca de aire, ansioso por regresar a su anterior modo de vida. Intenté convencerlos de que lo recomendable era ser cautos, pero no me oían y yo no podía contarles exactamente lo que sabía. No hasta que Will y yo nos hubiéramos ocupado de Angelina.

Me desperté con todas mis facultades absolutamente alerta. Mi situación era la misma; podía decir que la seguridad de la caja no había cambiado. La diferencia residía en la casa. La familia había vuelto al hogar.

Los padres estaban mirando la televisión, mi preciosa Diana jugaba tranquilamente en su habitación y mi Daniel... escruté la casa, en busca de una pizca de su aroma. No estaba en casa.

La casa se notaba agradable, el aire relajado.

El barrio había perdido el miedo.

Podía ver a mi adorable Diana, mi diosa, mi ángel, y le envié su canción de cuna favorita, la que había interpretado para ella noche tras noche, la melodía de la que nunca se cansaba, la que le había dado placer todas las noches durante meses.

Ella la oyó y yo la tuve en mi poder.

Seguí su avance mientras silenciosamente salía de la habitación, pasaba ante la de sus padres y atravesaba la cocina. La vi dudar en la puerta del sótano, pero la obligué, elevando la música y luego bajándola, amenazándola con quitársela. Ven, pequeña, ven un poco más cerca y yo interpretaré para ti una sinfonía, una que te sumirá en el placer y te mantendrá suspendida...

Abrió la puerta. La oscuridad del sótano se incrementó al entrar ella.

Le dije con música: no enciendas la luz. Es una sinfonía de la noche y es hermosa sólo en la oscuridad. No temas, sólo es música, no debes temer nada, la música es hermosa y adorable, como tú. Ven conmigo, ven hacia la música, baja un escalón.

Bajó un escalón.

Me estremecí de placer y ella bajó otro para complacerme, y otro, deslizándose su manita de bebé por la barandilla, y luego otro, y pronto bajó los siguientes tan rápido como pudo, gorjeando.

Llegó al final. La oscuridad la rodeaba y chupaba el gorjeo de su garganta. Le temblaba el labio inferior y estuvo a punto de darse media vuelta y desaparecer escalera arriba. O lo que hubiera sido peor, estuvo a punto de gritar.

—Diana —dije, con voz dulce y armoniosa.

Ella conocía ese apodo y lo adoraba. La lágrima que amenazaba con salir se frenó mientras la música volvía a calmarla. Dio unos pasitos hacia mí, titubeando, pero sin temor.

—Diana —dije—. ¿Puedes acercarte a la caja grande? ¿Puedes averiguar cómo abrirla?

Contemplé mi prisión a través de sus ojos. Las cerraduras eran sencillas. Tres enormes aldabas y una pequeña clavija enclavada como seguridad.

Observé cada vez más nerviosa cómo los dedos infantiles manoseaban las adultas

cerraduras metálicas.

—Tira de los palos.

Ella lo comprendió y lo intentó, pero se frustró con facilidad. Mi nerviosismo creció cuando ella liberó uno y luego se ocupó del siguiente. El segundo estaba más duro, pero por fin lo liberó con facilidad. Luego la niña tuvo que girar el anillo de metal para hacerlo coincidir con la hendidura de la aldaba. Eso fue lo más difícil para ella, le dolían las manos y empezaba a tener miedo de la oscuridad. Yo estaba perdiendo la paciencia. Estaba tan cerca de la libertad, podría frustrar los planes que Boyd y el chico tuvieran para mí en cuanto esa mocosa consiguiera liberarme.

Tranquila, Angelina, me decía a mí misma. La niña lo hace lo mejor que puede.

Empecé otra vez la música, acariciando tiernamente sus cabellos dorados con ella, calmándonos a ambas en ese momento tan tenso. Los rebordes del metal mordieron sus deditos tiernos y el olor a sangre fue tan intenso que casi me puse a aullar dentro de mi prisión. Giró la primera cerradura y quitó la aldaba.

Buena chica, buena chica. Ahora la siguiente. Apenas podía permanecer consciente, estaba hambrienta. La tensión del momento me tenía a punto de explotar. Con la segunda empezó a sollozar. La caja era irregularmente cuadrada y la aldaba no estaba recta del todo. Era muy difícil girarla.

Aumenté la música, con la esperanza de darle fuerzas. La niña se esforzó, sacaba la lengüita rosada por la comisura de la boca. Gruñó y se quejó, empezó a llorar un poco y a sollozar cuando la sangre fluyó por la aldaba, pero yo había aumentado la música. No debía, no podía dejar que parara. Casi estaba fuera.

Dio resultado. La segunda estaba abierta.

La tercera era más fácil de abrir. La niña la giró y muy lentamente tiró de la aldaba. Retrocedió dos pasos y se metió los dedos sangrantes en la boca.

Tranquilité mi corazón un momento, no podía creer mi suerte. Luego estiré los brazos y levanté la tapadera. Se abrió sobre las bisagras silenciosas y allí estaba ella, como un ángel.

Salí y me arrodillé ante ella, prometiéndole que esa noche, más tarde, le llevaría a un viaje maravilloso hasta la tierra anhelada por su corazón. Interpreté una ligera melodía para ella mientras observaba su saliva manchada de sangre, de un color verde oro en la oscuridad, salir por la comisura de la boca. Con mucho cuidado, le tomé los dedos y examiné los cortes, luego me metí sus dedos en la boca, probé el delicioso fruto, los regordetes nudillos, mojándolos delicadamente con la lengua, abriéndome el apetito.

La miré a los ojos, los ojos de mi rescatadora, y quise levantarla y bailar con ella, hundir mis dientes profundamente en su cuello y disfrutar del flujo dorado de esa niña maravillosa. Pero no me atrevía. Despacio, a regañadientes, resistiendo la tentación, saqué sus tiernos dedos de mi boca y le di unos cariñosos golpecitos en la

cabeza.

—Ahora vete a la cama, cariño, y más tarde iré a arroparte.

Ella se dio media vuelta y corrió hacia la escalera. La detuve con un tañido de címbalos, un frenesí que sólo ella podía oír.

—No le cuentes esto a nadie. —Ella me miró, con sus ojos inocentes, interrogantes—. Será nuestro secreto —le dije.

Ella asintió solemnemente y subió al mundo superior.

Yo sonreí para mí, luego volví a cerrar la caja y me senté en el rincón.

Boyd y el chico no tardarían en llegar.

Me enfrentaría a ellos en igualdad de condiciones.

Aunque creí en la historia de Will, no dejé que el alcalde ni la policía se enterasen. Tenía varios motivos. El primero era que ellos acudirían y la despedazarían o, lo que es peor, la dejarían escapar en la confusión. El segundo es que podía no ser Angelina o tal vez ella ya había salido y se había ido. Y el tercero, probablemente el verdadero motivo de que no dijera nada, es que la quería para mí solo. No quería compartir el enfrentamiento con nadie más, y menos aún con una multitud. Había sido mi cacería todo el tiempo y era honesto que la atrapara yo.

Habría ido con Will en el instante en que me dijo que Angelina estaba en su sótano. Pero no pude. No pude. Sentía como si nos hubiéramos citado y necesitaba sentarme y pensar, prepararme para el momento. El momento que había anhelado con frustración impotente durante años, estaba allí y necesitaba meditar sobre ello un rato. Necesitaba pensar qué le diría, cómo actuaría, qué sentiría.

En cualquier caso, estuve ocupado en reuniones todo el día, hablando con la gente que intentaba controlar la ciudad. Todo el mundo había regresado a casa, como he dicho, pero un puñado sabía que el peligro no había pasado, de modo que ensayamos nuevas estrategias de búsqueda y también para evitar que los habitantes fueran asesinados y los medios de difusión convirtieran Wilton en un carnaval.

Durante todo el día, en esas reuniones, supe dónde estaba Angelina y no se lo dije a nadie.

Por fin me encontré con Will en casa del alcalde justo antes de las diez de la noche y nos dirigimos a su casa. En mi mente no cabía ninguna duda de que Angelina estaba en esa casa. Lo supe cuando nos encontrábamos a más de tres manzanas de distancia. Podía sentirla.

Los padres de Will estaban viendo las noticias. Me presentó y les dijo que iba a mostrarme su colección de libros sobre ocultismo. Ellos estaban muy preocupados y no prestaron demasiada atención. Entramos en el cuarto de Will a esperar a que sus padres se acostaran, antes de bajar la escalera.

Tenía toda clase de libros sobre ocultismo, brujas y cosas por el estilo, y estaba

muy orgulloso de enseñármelos. Intenté hablar con él, intenté decirle que se trataba de una mujer joven muy enferma. Compulsiva, obsesiva, autodestructiva y homicida, es cierto, pero enferma al fin y al cabo. No había nada de sobrenatural en ello. Sólo era Angelina, nada más que Angelina. Un triste caso de trastorno psicopatológico.

Pero él no entendía nada de eso. Se limitaba a mirarme con unos ojos que de algún modo veían más allá de mi experiencia y pacientemente me volvía a hablar de estacas clavadas en el corazón y ritos macabros, por llamarlos de alguna manera.

Oí apagar la televisión y sus padres nos desearon las buenas noches. Luego se cerró la puerta de su dormitorio.

Will se quedó muy quieto y también yo. Nos sentamos en la litera de arriba, con sólo una lámpara encendida y escuchamos los sonidos de la casa.

El tiempo parecía transcurrir sin que nos enteráramos. Miramos el reloj a las once menos cuarto y un minuto más tarde ya eran las once y media. Ninguno de los dos habló ni se movió en cuarenta y cinco minutos. Creo que escuchábamos el mal en las paredes.

Supe que entrar en el sótano era lo último que deseábamos hacer en el mundo. El miedo se congregaba en mis entrañas y supe que si me levantaba para dar un paso hacia ella, me atenazaría. Había perdido la fuerza en las manos. Ni siquiera podía apretar el puño. El miedo me hizo trizas los nervios y al mirar a Will supe que a él le ocurría lo mismo.

Con los ojos muy abiertos y la frente empapada en sudor, me susurró: «Justo antes del alba. La liberaremos justo antes del alba. Entonces será más seguro».

Eso suponía unas buenas cinco horas allí sentados, empapados en nuestros ácidos.

Pero a medianoche, oímos abrirse la puerta del dormitorio de su hermana.

Me senté en una polvorienta caja de libros, esperando, mi mente daba vueltas sobre sí misma. El sabor de la sangre de Diana en mis labios alimentaba mi obsesión, poniendo en peligro mi vida. Noté como me debilitaba y me enfriaba de tanta ansiedad y tan poco alimento. Había gastado muchas energías durante mi confinamiento. Tenía que esperar a Boyd y al chico, y me estaba mareando de esperar.

Sería mejor que saliera a la caza. Y me alimentara. Y me calentara.

Diana. Aunque la había probado, deseaba más. Sin embargo, tenía que esperar.

Ellos llegaron a la casa. Oí sus fuertes pisadas sobre las tablas de encima de mi cabeza. Escuché el murmullo de sus voces y supe que se creían superiores, pensando que yo yacía encerrada e indefensa debajo de ellos.

Boyd. Los años que había pasado pensando en él, preguntándome sobre él y yo, y lo que podía haber sido. ¿Qué había pensado él todos esos años?

Yo lo sabía. Sabía lo que pensaba. Me había cazado, me había seguido y disfrutaba desmesuradamente de su presa. Él creía que yo estaba encerrada.

Bueno. Por fin tendría lugar nuestra confrontación, pero sin duda sería algo distinta a como Boyd la había imaginado. Nunca sería otro trofeo en su colección.

De repente supe perfectamente por qué Ella había alimentado esa extraña relación con Boyd. Ella no había dejado nada al azar en mi desarrollo, y esa noche pasaría mi examen final.

Necesitaba tener la cabeza clara, reaccionar con celeridad en caso de que él tendiera sus trampas.

El hambre pesaba onerosamente en mi mente, la debilidad mermaba mis facultades.

Diana. Volví a probar su dulzura en mi lengua.

Inspeccioné la casa mentalmente. Los adultos se habían acostado, les bajé los párpados y los adormecí con una breve oleada de música agradable. También mi Diana estaba durmiendo, ligeramente. Boyd y Daniel estaban en la habitación del chico, sentados en la litera de arriba. Unos libros descansaban en su regazo y estaban charlando. Hablaban de destruirme en la misma habitación que había sido la mía. Esa habitación había sido mi cuarto, donde una vez tuve sueños infantiles, pensamientos, propósitos y emociones pueriles. Mi habitación. Mi lugar, mi santuario, los confines de mi vida, desde que nací hasta que cumplí los doce años.

Estaban tramando contra mí.

Les envié música para mantenerlos ocupados, disfrutaba regulando sus reacciones con mi afinado talento. Tejé redes para ellos, redes de peligro, de dolor, de suplicio, y las tensé cada vez más en torno a ambos, revelando el olor del miedo que se filtraba a

través del parquet hasta mi regazo. Apreté los lazos corredizos en torno a sus gargantas, los envolví con ataduras de inseguridad, ineptitud, ineficacia e impotencia.

Los tenía más atados con sus propias excreciones emocionales que lo que Rosemary me amarró con sus correas de cuero.

Y entonces me concentré en Diana.

Despierta, querida, ¿recuerdas mi promesa? Ven conmigo y yo te lo daré todo.

Ella se acordaba. Se levantó y, sin que fuera necesario alentarla demasiado, abrió la puerta y caminó por la casa. Nunca se atrevió a encender una luz. Recordaba lo de la sinfonía de la oscuridad. Era demasiado buena, demasiado preciosa, demasiado maravillosa. Me dolían las glándulas salivales de admiración.

Vino directamente hasta mí, a través de la cocina. Abrió la puerta del sótano. Bajó los escalones, de uno en uno, oh, mi niña, oh, sí, ven, ven con Angelina, ella te lo dará todo. Todo y más.

Mi cuerpo se desmayaba de hambre al ver su pijamita rosa bajar por la polvorienta escalera del sótano. La preciosa niña pronto tendría su vida, sus experiencias, para mí sola. Yo sabría quién era ella en realidad. Durante un breve instante sería una con ella, dos personalidades se mezclarían en una y luego su identidad parpadearía y se desvanecería, pero yo poseería su esencia. Yo poseería su magnitud virgen e inmaculada, y no la pervertiría como sus padres y la sociedad harían con el tiempo. La mantendría fresca, eternamente joven.

O tal vez ella sería mía, podría presentarle la vida tal y como yo la había conocido. Mi preciosa Diana podría ser mi legado a Wilton, Pennsylvania. Podría dejar atrás una parte de mí misma a otra de mi especie.

O podía convertirse en mi compañera y ella me llamaría Señora.

Ven conmigo, Diana, preciosa.

La sostenía en brazos, tierna y acurrucada, olía a calidez y a la dulzura de dormir. Se frotó los ojos con los puñitos y yo bailé con ella.

—¡Amy! —oí a su hermano que la llamaba, y yo le disparé un arponazo de terror que hirió su estómago.

Ella es mía ahora, mocoso. Déjala en paz.

Nos sentamos juntas a la mesa del té; ella tan formal y modosa en su pijama de algodón, con las manitas heridas en su regazo, y yo bebía su olor mientras sonreía y elevaba una minúscula tacita de té de plástico, vacía, en un fingido brindis a su salud. Ella bajó la vista hacia sus manos.

—Diana, querida, ¿qué te ocurre? Oh, ya sé. Te prometí un viaje y estamos aquí en este horrible e intimidatorio sótano.

Me levanté y tendí la mano hacia ella. Levantó la vista hacia mí con aquellos confiados y amorosos ojos y supe que tenía que darle eso, precisamente eso. Tenía que concederle el placentero sueño infantil de su vida. Entonces ella puso su manita

en la mía, y la llevé a mi escondite debajo de la escalera y ella se metió allí conmigo. Sostenía su cuerpo cálido muy cerca del mío, tan cerca que podía sentir su pulso incluso en sus piernecitas y empecé a quitarle el pijama con cuidado mientras tejí su ilusión final.

De repente recuperé el aliento. Me sentía como si estuviera atado a una silla con gruesas cuerdas alrededor de mi pecho y bruscamente desaparecieron.

También Will respiraba hondas bocanadas de aire, aguantándose el estómago, y supe por el aspecto de su rostro que el control de sus tripas no era tan bueno como el mío.

Pero algo había cambiado. El aire era distinto. El miedo ya no era opresivo. Will probó la fuerza de sus miembros, entonces llevó ropa limpia al baño para cambiarse. Al irse me miró y dijo:

—¿Un psicópata haría eso?

Me dejó con una nueva clase de miedo y un pensamiento sobre las estacas. Al regresar dijo:

—Amy está allí abajo. Vamos. Tenemos que ir ahora.

—Espera un minuto, Will —le dije—. Amy no puede llegar hasta ella, ni ella hasta Amy, ¿verdad?

—Bueno... sí... supongo...

Su respuesta no era todo lo confiada que habría deseado.

—¿No crees que debemos esperar hasta antes del alba como habíamos dicho? Ella está a buen recaudo en la caja, ¿no?

—Tengo que ir a buscar a Amy.

—Aguarda. ¿Puede Amy abrir la caja?

—No.

—Pero tú sí.

—Sí.

—Si Angelina puede inspirarte ese temor, tal vez pueda hacer que le abras la caja.

Will retrocedió y se sentó en la litera. Su rostro presentaba el dolor del sacrificio en nombre de la culpabilidad.

—Boyd —dijo—, es mi hermana pequeña.

—Lo sé. —Miré mi reloj—. Es poco más de la medianoche. Amanecerá a las cinco. Al menos esperemos un par de horas.

Will se mesó los cabellos.

—Oh, Dios —dijo él, luego enterró la cara en las manos, mientras nos sentábamos allí a esperar.

Creo que lo hice lo mejor que supe en esas circunstancias. Tengo la conciencia

tan limpia como aquella noche. En realidad pensé que la caja de Will era fuerte y que su hermanita no podría abrirla. Supongo que quizá estaba algo asustado de bajar allí —me pregunto ¿quién no lo estaría?— pero en verdad, honestamente creí que la niña estaría bien.

Pero no pasó ni media hora cuando Will gritó y supe que había subestimado a Angelina.

Curiosamente mi fruición de la niña se intensificaba por la presencia de los dos allá arriba. Me recordaba a Joshua en su puesto de periódicos allá en Colorado. No las circunstancias, claro, pero sí la naturaleza pública del acto. Allí en el escaparate de su tienda. Allí bajo los pies del hermano de la niña y de Boyd, el pretendido salvador de la humanidad.

Los despreciaba.

La niña era dulce y maravillosa, cálida y nutritiva, y disfruté hasta su última gota, hasta el final. Hasta el final, cuando por último cerró los ojos y el torrencial flujo de recuerdos y experiencias inundó mi válvula mental, sentí que la niña llamaba a su hermano y también percibí la respuesta de éste. En ese momento supe que en aquella pequeña había chupado también la persona de Will. Los dos estaban unidos, muy unidos.

A pesar de eso, la muerte carecía de aventura, servía a su propósito y no hizo más que confirmar mi sentimiento instintivo de una gran conquista, un ejercicio de mis talentos supremos. No obstante, esperé.

Cuando la niña murió tuve que apartar el cadáver de mi presencia.

El ataúd hecho a mano por el chico. Un lugar perfecto. Me acerqué a él despacio, llevando el cadáver conmigo. Rápidamente lo abrí y metí el cuerpo en él, luego lo volví a cerrar. Oí la quietud arriba. Como la niña requirió toda mi concentración, tuve que detener la música para los de arriba. Y ahora ellos estaban conscientes, libres e inquietos.

Vamos, pues, y que todo esto termine entre nosotros. Me senté en el borde de la caja, golpeando con la gastada punta de mi bastón sobre el suelo de cemento, esperando. Vamos, chicos. Venid con Angelina.

Se acercaban. Atravesaron la cocina; podía sentir los latidos de sus corazones. Al llegar a la puerta vacilaron. Luego la abrieron y un destello de luz ondeó sobre la escalera. Ya empezaban a aburrirme. La calidez de la sangre de la niña, que fluía a través de mí, me dio ganas de parar todo eso, de descansar, de dormir.

Entonces la bombilla desnuda proyectó su luz, cegándome momentáneamente, pero me recuperé en seguida y, cuando recuperé la visión, los dos bajaban las escaleras.

Yo estaba en pie, bastón en mano, preparada para enfrentarme a ambos.

Boyd vino hacia mí el primero; el chiquillo pisaba su sombra.

—¿Angelina?

—Hola, Boyd.

—Angelina ¿qué te ha ocurrido?

—He crecido. Madurado. ¿Y a ti?

—¿Crecido? Mírate. Estás hecha un desastre.

La inseguridad hizo mella en mí y la música se elevó automáticamente para proteger mi vulnerabilidad. No podía permitirme el lujo de meditar sobre ello. Al cabo de un momento recuperé el control.

—Tengo lo que los hombres han buscado durante años.

—¿Qué es?

—La vida eterna.

—¿Dónde está Amy? —dijo el chico desde detrás de Boyd.

—En el ataúd que tú construiste para ella. Una disposición muy útil, gracias.

—Oh, Angelina, corta el rollo —la brusquedad de Boyd no coincidía con el recuerdo que yo guardaba de él—. ¿Te gusta este estilo de vida que has elegido?

¿Gustarme? Él no lo entendía.

—No te gusta, ¿verdad?

Le miré, observé al chico atisbarme desde el costado de Boyd. Él azuzaba a Boyd, que apretó los dientes y devolvió el codazo al chico.

—Ven conmigo, Angelina, y nosotros nos ocuparemos de ti. Te daremos todo lo que necesites...

—¡No! ¡Mátala! —me atacó el niño.

Yo lo herí con la música y cayó de rodillas. Boyd se agachó para ayudarle y luego me miró. Yo relajé mi postura y alivié las molestias del muchacho, preparándome para enfrentarme a Boyd. Estábamos a menos de dos metros, mirándonos el uno al otro, rebosantes de animadversión, durante un buen rato. El chico se cogió el estómago y gimió.

—¿Estás bien, Will?

—Está bien —respondí por él.

Boyd se acercó. Yo me erguí más tiesa, retrocediendo ante su mirada. Su mirada era más dulce que la que yo recordaba, más... humana, más mortal. Más cálida. Separó las manos en gesto de paz y sus ojos brillantes de emoción aprobaron con la manchita marrón en un iris. Vi profundidad en esa mancha.

—Ven conmigo, Angelina. Deja todo esto.

Siempre había sabido que Boyd y yo nos volveríamos a encontrar; existe un lazo misterioso entre nosotros. Lo supe desde la primera vez que nos vimos.

—Por favor, Angelina. Lo que estás haciendo aquí no está bien.

Se acercó otro paso y yo era arrastrada hacia él, atraída hacia él por algo más que su olor. Había algo más, algo que una vez había conocido de Boyd pero lo había olvidado, olvidado en el drama de las escenas que habíamos compartido desde que nos conocimos, olvidado en mis fantasías, olvidado en la locura de mi vida... olvidado.

—Angelina, yo... Angelina, no tienes por qué vivir de esta manera.

Boyd me tendió las manos y yo las miré. Grandes y cálidas, abiertas y seductoras, tiernas y dignas de confianza. Yo estaba cansada, tenía tanto sueño.

Entonces se produjo un forcejeo y el chico gritó:

—¡No!

Y se abalanzó sobre mí. Pillada desprevenida, retrocedí un paso y el ataúd me frenó. Se me doblaron las rodillas y me senté violentamente, elevando la música y el bastón al mismo tiempo. Se le pusieron los ojos vidriosos como reacción a la música mientras yo apuntaba cuidadosamente a la sien del chico, pero cuando tracé con el bastón un gran arco, su hermana, dentro de mí, traicionó mi propósito. Ella detuvo el movimiento de mi brazo. Vacilé durante un brevísimo instante, lo suficiente para que la música titubeara, el chico esquivara la trayectoria y me fallara la puntería. Recuperé el control y bajé el bastón con todas mis fuerzas, golpeándole fuerte. Pero fallé en mi intención de darle en la cabeza y le rompí el bastón en el hombro. El bastón salió disparado de mi mano dolorida y luego el chico estaba sobre mí, cortándome la respiración contra la caja.

—¡Basta, Will! —oí gritar a Boyd, pero también él me sujetaba sobre el ataúd y mi música y yo estábamos indefensas para detenerlos.

Forcejeé, pero tenía las piernas débiles y desacostumbradas. Me tiraron al suelo, donde el chico se sentó sobre mis piernas mientras con una mano cogía las aldabas. La otra le colgaba ociosa en el costado. Lo había herido. Veía su dolor, rojo y púrpura a su alrededor, y sin embargo ardía en deseos de vengar a su hermana. Estaba impresionada por semejante resistencia, semejante motivación.

Boyd me sujetó las muñecas a la espalda y bajó la vista hacia mi rostro. De nuevo, en medio de mi furia, temor y sufrimiento, experimenté ese sentimiento hacia Boyd. Empecé a interpretar bajito la música para él, mientras el chico gritaba y golpeaba la caja, maldiciendo. Boyd reaccionó. Se relajó sólo un poquito, lo suficiente.

El chico quitó las aldabas y abrió la tapadera.

—No mires, Will —dijo Boyd.

Pero claro que lo hizo y empezó a sollozar. Yo yacía quieta, jadeante del ejercicio, interpretando una ligera música para Boyd, manteniendo el contacto leve como una pluma, dejando que el chico se inmovilizara solo con sus propias emociones estúpidas.

—Ayúdame a meterla, Will.

Will devolvió la mirada a Boyd con el rostro sofocado, sudado, empapado en lágrimas.

—Amy —dijo el chico.

—Ayúdame a meter a Angelina en la caja, Will —dijo Boyd, y yo tuve que aumentar la música sólo un poco para contrarrestar la reacción emocional del

muchacho.

Will tendió el brazo bueno hacia la caja para coger a su hermana y yo insuflé la incertidumbre en Boyd en ese preciso instante. Dudaba entre refrenar a Will o refrenarme a mí y su equilibrio era algo precario.

Me di la vuelta violentamente y le cogí el brazo entre los dientes. Los clavé con toda mi energía, sintiendo cómo mis dientes desgarraban tendones y venas, chupando profundamente, desesperadamente, todos sus jugos. La sangre se derramaba por mi rostro, me anegaba los ojos mientras le chupaba el espíritu, preservando su alma de la carne.

Vi la inminencia del golpe, pero no me importó. Había probado en Boyd algo nuevo, algo tan extraordinario que necesitaba todo el tiempo para ponderarlo. Despertó en mí un nuevo sonido, una nueva música. Abrió nuevas vistas, nuevos ámbitos. Ingresé en un nivel más elevado en el descubrimiento del yo. Me aferré con mi vida a su brazo, bebiendo más y más. Nunca tendría bastante, era todo tan nuevo y empezaron a desplegarse los misterios del universo.

Luego el chico me golpeó y yo me retiré al vacío, a descansar, a recuperarme, a maravillarme.

La reconocí por los ojos. La conocí por los ojos. Había cambiado tanto en el curso de todos esos años. Se había convertido en un monstruo, pero el monstruo era claramente Angelina.

Resultaba extraño enfrentarme por fin a ella en ese sótano. Había vivido esperando ese momento y por fin había llegado. Pronto finalizaría y eso me producía una especie de tristeza. Había sido toda una aventura. Ella me había dado tanto, había sido Angelina.

No puedo explicar exactamente lo que ocurrió allí abajo, todo fue tan rápido. Recuerdo algunas partes a cámara lenta y otras distorsionadas, extrañas, como si estuviera drogado o algo por el estilo.

Will estaba realmente apesadumbrado por su hermana, pero su pena casi le mata. Angelina pudo haberlo matado con el bastón, pero sólo le alcanzó en el hombro.

En cualquier caso, por fin la metimos en la caja. La arrojamos encima de la pobre Amy. Supongo que no debimos hacerlo, Angelina estaba inconsciente. Will la noqueó mientras ella me mordía, pero Dios, incluso inconsciente, no me soltaba. Seguía mordiendo y chupando, a pesar de que tenía los ojos en blanco. Ella estaba... oh, Cristo, yo sólo quería librarme de ella. Tuvimos que abrirla las mandíbulas con el extremo de bronce de su bastón. Una vez terminó la succión, ella se relajó.

Cuando la tuvimos en esa caja, con capa y todo, cerramos la tapadera y la afianzamos. Me envolví el brazo en la camisa y me puse a temblar. No podía creer

que realmente la tuviéramos. Me senté allí, Will y yo nos abrazamos y ambos lloramos. Lloramos porque se había acabado, pero porque no se había acabado del todo. Will aún tenía que enfrentarse con la muerte de su hermana y sacar a Angelina de encima de su pobre cuerpecito, y yo aún tenía que cuidar de mi brazo desgarrado y... y... y..., enfrentarme al hecho de que cuando me estaba chupando la sangre, pensé por un momento que me iba a explotar el corazón, dolía tanto y me sentía tan bien a la vez. Todo lo que acerté a pensar fue cómo había enmarañado mi vida, cuánto había odiado —a mi padre, a mi hermano, a mí mismo—, que la vida era una mierda y dolía todo el tiempo, la vida dolía, y qué avergonzado estaba de que todo hubiera resultado de ese modo, pero en realidad no me importaba lo bastante como para cambiar. Y ahora, Angelina... Dios, me dolió, pero fue bueno. No quería que se detuviera. Me estaba castigando porque me amaba.

Y yo merecía ambas cosas... ambas, el dolor y su amor.

Ha transcurrido un año desde que empecé este diario. Los médicos lo leerán y hablaremos de él, y los abogados intentarán corroborar los detalles, y todos alucinarán horrorizados de que sea absolutamente cierto.

Todo es cierto.

Pero eso no me concierne en absoluto, pues he descubierto las ventajas de una jaula. Mantiene al preso lejos de la sociedad, pero también a la sociedad lejos del preso.

Soy muy afortunada.

La sociedad conoce sus fortalezas y sus debilidades, y este hospital tiene el deber cívico de mantener intacta su reputación. El hospital hará todo lo que esté en sus manos para evitar que la gente sepa que a veces desaparecen las toallas del cuarto de la ropa blanca y aparecen alrededor del cuello de los muertos. La sociedad prefiere mentir, engañar y disimular su ineptitud, a creer mi historia, a creer que yo vivo sana y salva y feliz aquí, en la medida en que haya un solitario guardia de noche que pueda ser seducido con una simple melodía.

Por fin he aprendido que no es la muerte la que establece la diferencia. Es la vida. Mi vida. Yo mato para vivir. Y eso es un trato justo. Chupo la vida de los animales pequeños, dejando sus despojos exangües para los carroñeros —tres o cuatro por noche es bastante— y sólo en dos ocasiones he sido incapaz de resistir el ansia por un ser humano.

Mato para vivir. He crecido gracias a las pasiones de la larva, gracias a la peligrosa excitación, a la extravagancia del matar. He crecido gracias al encierro de la crisálida e irrumpido en la madurez. Ahora, a medida que mi visión de la eternidad se centra gradualmente, otras prioridades ocupan mi atención.

Por ahora tengo un Estudiante para mí sola. He superado la soledad y he ingresado en el compañerismo, en un reino interior colmado de paz y de felicidad. Yo enseño y mis enseñanzas son reminiscencias de mi profesor.

La recuerdo muy bien, a Ella y lo mucho que significó en aquellos primeros tiempos.

Will, mi Estudiante, ¿resulta ser una refracción diferente de mi propia alma? ¿O es este estudiante en realidad un ser humano distinto, cálido y vivo? No tengo respuestas, pero sí paciencia. Las respuestas llegarán. Sólo sé que lo que comparto con Él es la misma esencia de la realización.

Ya no estoy sola.

Esta noche, cuando me desperté, encontré un pequeño pastel que los demás pacientes habían dejado junto a mi lecho. Las enfermeras tomarán nota por la mañana de si lo he comido o no. Nunca me han visto comer. Pero lo encontrarán intacto, su

chocolate helado sin morder, el «veintiuno» amarillo escrito con mano temblorosa estará sin probar.

Soy afortunada por haber encontrado esta paz a tan joven edad.

El bastón que me han dado es un tubo de metal horroroso, pero me sirve. Mientras camino por los corredores, pretendo oír con él la grávida de la carretera bajo mis botas y el ruido de un sólido bastón de madera de cerezo con un lagarto de bronce como empuñadura. Siento el viento frío lacerarme a través de mi manto, y hablo y río con mi Estudiante, observando el crecimiento, el progreso, creciendo yo también gracias a nuestra sociedad, sabedora de que yo soy, nosotros somos, inmortales y eternos.

La metieron en un asilo en alguna parte del país. Yo fui a visitarla varias veces cuando se encontraba en el hospital de Filadelfia, pero siempre estaba durmiendo.

Regresé a Westwater, volví a mi viejo empleo en la construcción, pero lo dejé al cabo de una semana. Que te consuma —que te obsesione— algo durante años y que luego se acabe, que se resuelva, te deja un vacío. No estoy seguro de lo que haré ahora. Regresaré a la escuela, tal vez, o viajaré un poco. Cazar a Angelina por todo el país no era exactamente viajar, pero me inspiró deseos de explorar un poco.

No sé.

El brazo está curado. Lo tengo cosido a cicatrices y he perdido algo de movilidad en la muñeca, pero no está mal. Aún puedo apretar el gatillo.

Apretar el gatillo. Dios, que sueño tuve anoche. No estoy seguro de que pueda siquiera hablar de él.

Soñé que estaba cazando, solo, arriba en las montañas. Me encontraba sentado en una roca, esperando, con el rifle apoyado en el ángulo del brazo cuando vi un gran gamo correr directo hacia el claro. Era el mismo gamo que había perseguido durante semanas. Semanas enteras. Y allí estaba, justo ante mí, más grande que un oso. Muy despacio, levanté el rifle, contuve la respiración y apreté el gatillo.

El rifle me golpeó en el hombro y el estruendo sacudió la nieve de algunos árboles. Recuerdo que me revolví en la cama, casi me desperté, pero no desperté. El gamo dio un brinco y se tambaleó una decena de metros, luego se desplomó y yo corrí hasta él. Supongo que nunca había visto morir a un ciervo. Al menos nunca había visto uno igual.

Le había acertado justo donde había apuntado, directo en el gaznate. La sangre caliente manaba a borbotones de la herida abierta en el cuello y teñía la nieve. La miré brotar. Me limité a mirarla. El ciervo pataleó un poco, luego se quedó quieto y pronto la sangre fluyó más lenta, después el chorro cesó y simplemente se derramaba, a través del pelaje, fundiendo la nieve. Fue tan hermoso, ese rojo intenso contra el blanco.

Me limité a mirarlo y me alegré de que ese ciervo que yo había cazado, ese gamo que había llegado a conocer, a amar, pudiera morir de una muerte tan hermosa.

Cuando me desperté, la almohada estaba empapada de saliva y el hambre retumbaba en lo más hondo de mi alma.



ELIZABETH ENGSTROM, que antes de consagrarse a la literatura trabajaba en el campo de la publicidad, es autora asimismo de *When Darkness Loves Us* y *Lizzie Borden*. *El elixir negro* fue nominada para el Premio Bram Stoker como obra sobresaliente en el género de terror. Desempeñó además el puesto de secretaria de la asociación Horror Writers of America. Tras residir mucho tiempo en Hawai, se ha radicado en Oregon, donde vive con su esposo, su hijo y numerosas ovejas.

«Una escritora inusualmente prometedora.»

Dean R. Koontz

«Engstrom ha escrito una novela que te cautiva con cada uno de sus truculentos detalles y luego te sacude con un desenlace imprevisto.»

VOYA

«Uno de los mejores libros que he leído en esta década, una novela de considerable suspense.»

Charles L. Grant